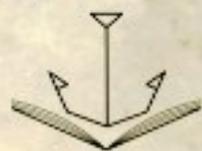




32

POLICIACA

JUAN ANGEL CARDI
VIERNES EN
PLURAL



JUAN ANGEL CARDI
VIERNES EN
PLURAL



Viernes en plural constituye un digno exponente de esto que ha dado en llamarse «la nueva novela policial cubana». Su autor logra combinar en un argumento atrayente y equilibrado, los resortes esenciales de la «novela enigma» y la «novela negra», enmarcándolos, además, dentro de un entorno social de efervescencia revolucionaria, y proyectándolos hacia una simbiosis de lo puramente policial y lo que se conoce como literatura de contraespionaje. Los asesinatos simultáneos de un anciano oligarca y de un tartufo santurrón echan a andar el proceso investigativo, que alcanza su desenlace luego de múltiples peripecias, entre las cuales aparece, como al trasluz, el proceso de descomposición sufrido por la burguesía cubana ante el avance arrollador de la Revolución.

COLECCIÓN: RADAR 32



Juan Ángel Cardí

VIERNES EN PLURAL



POLICIA CA

ePub r1.0
ePub2.0

Edición: Josué Marrero
Redacción: Victoria Hernández
Cubierta: Roberto Artemio

© Juan Ángel Cardí, 1981
© Sobre la presente edición:
Editorial Letras Cubanas, 1981

Esta novela obtuvo mención en el concurso Aniversario de la Revolución, del Ministerio del Interior, correspondiente a 1974

Impreso en la Empresa Poligráfica “Alfredo López”, del Ministerio de Cultura, en el mes de noviembre de 1981, “Año del XX Aniversario de Girón”

EDITORIAL LETRAS CUBANAS
Calle G Núm. 505, El Vedado
Ciudad de La Habana, Cuba.

Editor digital: WeaR&WaZ
ePub base r2.1





—ewya_#041(25)—

EWYA es un proyecto sin ánimo de lucro, orientado a la difusión digital de obras literarias de escritores cubanos, fundamentalmente; pero también de obras literarias de autores extranjeros, publicadas por editoriales cubanas...

WeaR&WaZ[®]
©RiverDry 01.05.2022

¡Síguenos en redes sociales!



t.me/p_ewya



[@EWYAProyecto](https://twitter.com/EWYAProyecto)



[@proyecto_ewya](https://www.instagram.com/proyecto_ewya)



[@EWYA_Project](https://www.facebook.com/EWYA_Project)

*Al Ministerio del Interior
en el XX Aniversario
de su fundación.*

¡Elemental Watson, elemental!

CONAN DOYLE

I. Algunos antecedentes

El día que asesinaron, de un modo casi simultáneo, al comerciante mayorista Isauro Estivil y al reverendo padre Paolo Rossini, mi tía Alberta dio muestras de parecer inconsolable. Era de esperar. Una persona entregada durante toda su vida a practicar tres plausibles virtudes —la sociabilidad, la paciencia y la ternura— está obligada a ser sensible frente a los hechos brutales.

En verdad, tía Alberta sólo adolece de dos perdonables defectos: el primero: hace muchos años se casó —el mismo día y para siempre— con mi tío y con un tablero de damas, aunque estoy seguro de que lo hizo henchida de lucidez mental y desbordante de amor desinteresado. Su otra deficiencia consiste en una incurable tendencia a fabricar matrimonios a toda costa sin medir los posibles efectos de su manía y su mayor satisfacción siempre ha sido la de lanzar suspiros en atrios de iglesias, pasillos de notaría y, más recientemente, en portales de palacios de matrimonios, en tanto murmura al oído de cualquier circunstante: «¡Ay! ¡Y pensar que gracias a mí se conocieron!»

Sólo para lograr tan pueril e insignificante recompensa, tía Alberta suele echar a andar, con todas sus fuerzas, las susodichas virtudes. Apenas atisba la posibilidad de unir a dos seres con lo que ella llama —deliciosa y cándida— «el nudo de la felicidad», su sociabilidad se torna terca, su paciencia se hace ilimitada y su ternura llega a ser poco menos que insufrible. Como ella jamás lee novelas policíacas —«No sé cómo se puede perder el tiempo con esos relatos horribles si existen Hugo y Flaubert», suele decir con mirada

candorosa—, no arriesgo nada al declarar en estas páginas que yo he sido siempre —a partir de mi adolescencia— su predilecta presunta víctima y cómo —en defensa propia, naturalmente— me he visto obligado más de una vez a engañarla, aunque con mentiras tan dispensables como indispensables, las cuales en alguna ocasión llegaron a ser poco menos que peligrosas, como en el caso de Teresita Ampudia —apetecible heredera de ingenios y latifundios.

Por aquellos días nuestros diálogos eran de este tenor reticente: «¿Fuiste a ver a la Ampudia anoche?» «Por supuesto, tía, y...» «¿Y qué cuenta la linda Teresita?» «Nada de particular. Ella...» «¿Ya la besaste?» «¡Hum! Espero besarla mañana, si es que...» «¿La llevaste al estreno de la última película de Bette Davis?» «No, pero pienso invitarla al teatro y...» Así durante meses, al cabo de los cuales apareció en casa Teresita Ampudia y, al verme, soltó delante de tía esta inesperada imprudencia: «¡Caramba, joven, cuánto tiempo sin verlo! ¿Dónde se esconde usted?» Es obvio decir cómo tía Alberta me sometió desde entonces a un régimen doble de sociabilidad, paciencia y ternura.

Su manía de celestina honesta y bien intencionada la llevaba a establecer relaciones con asombrosa facilidad y ya andaba por una página muy adelantada del directorio telefónico cuando me presentó, en cierto lugar repleto de tedio, a la señorita Enriqueta Estivil, una muchacha de belleza impresionante que parecía obligada al voto solemne de vivir lo suficiente para alcanzar el ideal místico del abrazo perfecto y, al mismo tiempo, adolescente del más asombroso de los orgullos: el de usar —como su máximo atractivo y de manera insaciable— sus labios ejercitados y jugosos. Recuerdo muy bien que tía Alberta me acercó a ella con intensa sociabilidad y con muy dulce ternura, y no olvido cómo después, en casa, solía repetirme, muy paciente y pertinaz: «Enriqueta es una excelente muchacha. Sabe bordar maravillosamente. Toca el piano de manera admirable»... Etcétera, etcétera. No sería honesto dejar de confesar que por aquellos días, como me hallara yo entregado a ciertas actividades arriesgadas, advertí la conveniencia de establecer una suerte de noviazgo más o menos formal con la muy experimentada señorita Estivil. Por tal motivo, que, dicho sea de paso y con franqueza, nunca he pretendido calificar como loable, fingí resignación ante

la tenacidad de tía Alberta y me entregué a pasar dos o tres horas cada noche envuelto en oleadas de perfume —**Guerlain**: lunes, miércoles y viernes; **Coty**: martes, jueves y sábado— en el coquetón saloncito de novios de la mansión Estivil.

En realidad era un aposento de medianas proporciones, pero parecía un lugarcito que sólo tenía cabida para dos personas debido a que, aparte del amplio, cómodo y fortísimo sofá, allí se apilaban tres o cuatro inconcebibles mesas de té muy guarnecidas de cacharros colorinescos; decenas de pedestales de pórfido, mármol y ébano; centenares de cojines, jugueteros y almohadones; una cantidad inverosímil de muñecas terriblemente rosadas y ojiabiertas; una cifra insólita de miniaturas de ámbar, jade, porcelana, cristal, yeso y hasta barro; y un asombroso reloj de péndulo, de más de dos metros de altura, sin duda fuera de lugar en aquel ambiente miniaturizado, aunque tenía la importante misión —aparte de dar las horas y las medias— de tocar, justamente a las once de la noche, los primeros compases de no recuerdo cuál sinfonía de Schubert. Para mi prometida, aquel batiburrillo era más digno de reverencia que el más sagrado santuario. Sólo ella tenía llave y no permitía entrar a nadie, salvo a mí, por supuesto, y a la maravillosa muchacha que cada viernes venía a dar cuerda al reloj y que, a veces, la ayudaba en la limpieza bisemanal de tanta quincallería.

Me duele decirlo, pero no amé a primera vista —ni a segunda— a Enriqueta Estivil. Por el contrario, jamás experimenté ninguno de esos síntomas que, según algunos expertos en la materia, suelen manifestarse cuando se quiere de veras. No obstante, sus mórbidos brazos eran como implacables serpientes y estaban domesticados a los efectos de permitir que los labios ávidos y absorbentes de su dueña produjeran besos inextinguibles y —es justo consignarlo— de bastante agradable sabor. Esto, por sí mismo, no habría sido indeseable para nadie, incluyéndome a mí, de no ser aquellos cuchillos óseos, sobresalientes debajo del cuello de mi ardorosa prometida, que, clavándose en mi región homologa, me producían una rara sensación de tortura.

Pero aquella era, en verdad, una tortura soportable si se la comparaba con otras que por aquellos tiempos practicaban ciertos esbirros ávidos de dolor y sangre ajenos. No me quejo, no. Por el contrario. Me complace consignar que

le debo agradecimiento a Enriqueta Estivil desde cierta noche de trágica orgía genízara en que fui a verla para hacerle jurar que diría haber estado conmigo desde varias horas antes. Y eso fue lo que sostuvo —con serena valentía y genuino orgullo— delante de un asesino profesional llamado Esteban Ventura, devolviéndome de ese modo a la libertad y a la vida. Quizás sea oportuno agregar que pensé mucho en su abnegada y fiel actitud cuando a principios de mil novecientos cincuenta y siete subí a las montañas orientales, luego de un breve viaje a Nueva York, donde —dicho sea de paso— mi tío solucionó, con mi modesta cooperación, el caso que fue conocido como «El enigma de la esmeralda»^[1].

La familia de la señorita Estivil no parecía quejarse de mí. Aunque yo era un modesto empleado de la compañía eléctrica y, además, abogado sin pleitos remunerables, el padre de Enriqueta mostraba complacencia en regalarme a menudo unos minutos de monólogo financiero, acaso con la sana intención de prepararme para mi futuro de príncipe consorte, en tanto la señora Estivil asumía la actitud discreta y melosa de una madre que sólo desea ver casada a su hija con «un hombre decente», preocupación casamentera que no sentía por su hijo Pedro Isauro, a quien solía repetir esta maternalísima contradicción: «No te comprometas, hijo querido. Disfruta de la vida, que para casarse siempre hay tiempo.»

A veces yo almorzaba con ellos los domingos, días en que siempre estaba presente el padre Paolo Rossini, un hombre rechoncho, de ojos adormilados y sensuales y que hablaba el español con un marcado acento italiano. También iba yo alguna que otra tarde a darme un chapuzón en la piscina, de tamaño insolentemente olímpico, o participaba en las veladas familiares de los miércoles, simples pretextos para evaluar con metódica saña, los más recientes pecados, de la fauna oligárquica, para que Enriqueta tocara al piano un complicadísimo **Quiéreme mucho** o, a petición de su madre, «alguna cosita de Bach», y para que Pedro Isauro realizara divertidas imitaciones de gente conocida, excelentes remedos que hacían reír estruendosamente al padre Rossini, cuando no era él el imitado, pues en tal caso el estruendo corría a cargo de Anselmo Estivil, hermano de Isauro. Pero Anselmo callaba, entre maldiciones masculladas, cuando el muchacho imitaba los tonos de su voz sin matices y la mímica de sus gestos vulgares. En verdad, era agradable ver

y escuchar al muchacho cuando se entregaba al humorístico fingimiento de la severa actitud de su padre, de las melodramáticas y artificiosas poses de su madre y de la ceremoniosa y estirada prestancia de doña Lota, la consentida ama de llaves, pero nada tan divertido, como la festiva imitación que hacía del hablar, del andar y hasta del besar y abrazar de su hermana.

Cuando, a fuerza de pueblo en rebeldía, se desplomó el régimen oprobioso de Batista, me reintegré a la vida civil y al aparecer en la casa con el uniforme de miliciano sorprendí una mirada terrible en los ojos oscuros y profundos de la señora Estivil. Por su parte, don Isauro comenzó a observarme de soslayo y a espaciar más y más sus disertaciones de economía aplicada a la importación de víveres al por mayor. Un día, lanzó una indirecta sutil. En otra ocasión, una insinuación mordaz. Por su parte, Enriqueta, que no había hecho comentario alguno acerca de mi camisa azul y mi pantalón verde olivo, me dijo una noche: «Papá está muy disgustado con el gobierno.» Pocos días después —luego de una consulta a mi amigo Amiel—, estrené una corbata llamativa, vestí un traje de muselina gris y le mentí a mi novia: «He decidido darme de baja en la milicia.» Don Isauro, que pasaba cerca de nosotros, se volvió, sonrió con evidente satisfacción y dijo: «Eso me parece muy atinado, jovencito, muy atinado», y se marchó para regresar unos minutos más tarde con una botella de amontillado carísimo y una gran caja de carunchos. Desde aquel momento nuestras relaciones mejoraron y sospecho que hubieran mejorado mucho más de no ser porque le clavaron aquel puñal en el justo medio del corazón, como le ocurrió aquella misma noche y, con el mismo puñal, a poca distancia de la mansión Estivil, al reverendo padre Paolo. Estos dos hechos ocurrieron durante la madrugada de aquel viernes cinco de agosto de mil novecientos sesenta.

II. Ronda a un moribundo

Viernes 5 de agosto de 1960. 10:00 a.m.

Mi tío jugaba una de sus acostumbradas partidas de damas consigo mismo. Me acerqué, casi en puntillas. Cuando remató a favor de las negras con una jugada magistral, eché a volar un silbidito de admiración. Rechazó el elogio sonoro con un gesto y me preguntó:

—¿Deseas algo?

—No se haga el desentendido —repliqué con fingido enfado—. Tía Alberta me dijo que usted escuchó la noticia por la radio. Ella está muy afligida. En cambio, usted...

Me cortó la frase con un ademán y me dijo:

—¿Qué esperabas? ¿Encontrarme anegado en lágrimas por el asesinato de tu futuro suegro?

—No —respondí—. Sé que usted no es un sensiblero; pero me gustaría verlo interesado en ese doble crimen misterioso.

Cuando colocaba las piezas en sus correspondientes escaques, me dijo, mientras pegaba la yema del índice a la del pulgar.

—En ningún hecho de esta naturaleza hay una pizca así de misterio, muchacho.

—Eso ya me lo ha dicho otras veces. Sin embargo...

—Sin embargo, insistes.

—Comprenda que este asunto me toca muy de cerca.

—Las informaciones de la radio no te mencionan.

—No me quejo de eso, tío. ¿Y usted?

Hizo la primera jugada de las blancas y me preguntó.

—¿Conocías a ese padre Paolo?

Me alegré verlo acomodado a mis intenciones y respondí:

—Por supuesto. Era el confesor de la familia. No mío. Es decir, todavía no lo era. Hasta hoy, mi confesor es usted.

En lugar de premiarme el halago con una sonrisa, me dispensó una mueca al preguntarme:

—¿Visitaba la casa con frecuencia?

—Mucho. Al principio creí, que era un huésped con comida, cama y toalla limpia tres veces a la semana.

Tampoco sonrió.

—Siéntate —dijo, mientras me señalaba una silla que siempre estaba vacía delante del tablero.

Como las fichas negras estaban frente a mí, moví de 23 a 19; pero él retornó la pieza de madera laqueada a su posición anterior y me dijo, con tono de sargento de milicia:

—Cuéntame lo que sepas de esa cosa repugnante.

Me froté las manos y comencé a contarle.

El imponente reloj soltó, a las once en punto, sus habituales compases sinfónicos y me dispuse a repetir los movimientos automáticos de siempre: liberarme con lentitud de los brazos de Enriqueta Estivil, recomponer el nudo de la corbata, frotarme con el pañuelo los labios y las mejillas, rozar con un postrer casto beso la frente de mi prometida, moverme poco a poco hasta la puerta, abrirla y salir, vestíbulo adelante, en dirección al cada noche más ansiado albedrío. A esa hora la planta baja solía estar desierta y silenciosa. La servidumbre que pernoctaba en la casa se retiraba habitualmente a las diez, después de que una muchacha preciosa me servía una taza de café y me entregaba un aromático caruncho «de parte del señor don Isauro». La señora Estivil se recogía poco antes o poco después, salvo cuando tenía teatro, o

cine, o recepción ofrecida por alguna cofrade de la «guía social», o cualquier otra actividad de dama adúltera. En cuanto a mi futuro hermano político, jamás estaba en casa a esa hora, salvo los días de velada. Pero aquella noche del jueves cuatro toda la rutina se trastornó.

Desde hacía unas semanas —por razón de que su apartamento del Vedado andaba en proceso de remozamiento— se hospedaban en la casa un señor alto, apuesto y muy atildado, siempre untado de talco demasiado fragante para un hombre de cuarenta y tantos años, y su esposa, una estupenda mujer que andaría por los treinta, aunque paseaba con cierta vanidad y bastante descoco por los veintitantos. Era alta, bien formada, bella y alegre. Cuando la vi y oí por primera vez, comprendí en seguida por qué en la literatura se ha usado tanto eso de «risa cascabelera», pues Angélica de Forniéres, al reír, sonaba como si mil cascabeles fuesen agitados por una mano histérica. Sin duda ella me miraba con cierta intención desconocida, a juzgar por la vehemencia con que los celosos pellizcos de Enriqueta atenaceaban mis muslos.

El señor Forniéres parecía un viejo y muy íntimo amigo del señor Estivil; pero Angélica no era muy devota de la señora de la casa. Es decir, al revés. En verdad, la Forniéres no perdía ocasión de celebrar las prendas, los zapatos y hasta las mejillas artificialmente sonrosadas de su hospedera, pero como tenía la falta de originalidad de usar siempre la misma muletilla —«¡Oh, qué **chic** su peinado!», «¡Ay, qué **chic** sus chinelas!»...—, la señora de Estivil, a cada **chic** de su rival, replicaba con miradas repletas de animadversión.

—¿Rival?

—Sí, tío, rival. Me lo dijo hace algún tiempo el disipado Pedro Isauro. Lo encontré en un night-club, es decir, en su caldo natural, e hizo lo de siempre: enarboló una botella para lanzársela a alguien, a cualquiera. Cuando lo llevaba a su casa, me confió a gritos sus dudas sobre la honorabilidad comercial de su padre y sobre la honorabilidad moral de su madre. También tuvo mucho que decir acerca de la honorabilidad en generar de su tío Anselmo, de la tal doña Lota y hasta de las de los dos Forniéres. De la de Enriqueta, no, claro está. Según él, su padre era un bandido, «un ladrón de

levita», palabras textuales; que se entendía con ese «demonio de Angélica», también dicho entre comillas, en tanto que su señora madre lo mismo se tendía junto a su cuñado, que junto a Charles Forniéres o el padre Paolo, «entre otros».

Tío alzó la cabeza para mostrarme una mueca de asco.

—Según esas opiniones —dijo—, la señora Estivil perdió esta madrugada al marido y a un amante.

—No sea tan cruel, tío. Recuerde que esas informaciones venían empapadas de alcohol.

—Cuando el río suena... —dijo.

Casi pierdo para siempre el uso de la palabra. En treinta años de convivencia con él, era el primer refrán que asomaba a sus labios, aunque, en verdad, no llegó a completarlo. Mientras yo me esforzaba por recobrar la voz, él movió una pieza negra y dio rienda libre a otra de sus manías: la del soliloquio mascullado. Esta vez el monólogo estuvo muy salpicado de improperios disonantes. Como yo conocía de memoria sus virulentas opiniones sobre la burguesía, aventuré un desviadero para que regresara al tema que me interesaba:

—Cálmese, tío... Juegan las blancas. Yo creo que la mejor jugada es trece-dieciocho, porque si mueve catorce-diecinueve, pudiera ser que...

Me miró con uno de sus mil modos de mirar con sorna, movió la ficha blanca que estaba en 12 y que yo jamás hubiera tocado en semejante situación, y me ordenó, ahora con menos autoritarismo:

—Continúa.

Por supuesto, continué:

—También está en la casa, disfrutando de vacaciones, lo que hace con harta frecuencia, Anselmo Estivil, hermano menor de don Isauro y administrador de la sucursal en Santiago de Cuba de la «Casa Importadora Estivil». Es un hombre un tanto grueso, con mejillas en bolsa y ojos de vaca. Además, es muy desaliñado, pese a sus muselinas y casimires importados. No es un tipo alto, pero sabe estirar el cuello y las piernas para parecerlo. Verdaderamente, no creo que un ente así sea capaz de seducir siquiera a la doña Brígida del Tenorio, pongamos por caso. Yo diría que...

En ese momento, tío —que terminaba de ganar con las blancas y perder con las negras—, me cortó la frase con un ademán y preguntó:

—¿Y los criados?

—Creo conveniente advertirle que en la casa no hay mayordomo.

Repelió el chiste con un movimiento de hombros muy característico en él y dijo:

—¿Cuántos y quiénes son?

—Cuatro: el chofer, un español servil, nada menos que ex requeté. También está la espigadísima y encantadora Tila...

—¿Qué hace Tila?

—Atiende a la señora. La señorita suele bañarse, vestirse y perfumarse sin ayuda. Si lo desea, también puede sospechar del cocinero chino, de apellido Wong o Chan, aunque yo preferiría sospechar de una señora con la cara muy hosca a quien todos llaman doña Lota.

—¿Qué hace ella allí?

—Pues hace veces de ama de llaves, de administradora general y de supervisora **honoris causa** de todos los movimientos de la casa por imperceptibles que sean. En rigor, sospecho que es mucho más que una asalariada. Tiene cara de fauno con sayas, aunque da la sensación de tener entablada, una lucha violenta consigo misma por mantenerse esbelta y presentable. Para la limpieza usan a dos muchachas negras que no duermen ni se alimentan allí. Es una modernísima modalidad de esclavitud a la que denominan con el eufemismo de «trabajo por horas».

—Conozco esa infamia —replicó tío, y agregó—: ¿Qué sabes de lo ocurrido?

—Anoche, como le dije antes, se alteraron los hábitos. Cuando abrí la puerta del saloncito para retirarme, tropecé con la señora de Estivil. Estaba muy nerviosa y chilló casi junto a mi oído: «¡Corre, Enriqueta, que tu padre se nos muere!» Enriqueta corrió, llevándome consigo, hasta el piso alto. Tendido en su cama, Isauro Estivil parecía necesitar más aire del que cabía en la amplia habitación. Hacía un par de semanas que no lo veía y, en verdad, todo lo que quedaba de él era como una caricatura salida del lápiz cruel de Paco Sierra. De sus mejillas, antes lozanas y frescas como consecuencia del **savoir vivre**, sólo quedaban arrugados chorros de pellejo amarillo mate. De

la nariz, que apenas unos días antes semejaba una orgullosa y erecta atalaya para husmear negocios óptimos, sólo restaba un feble amasijo de carne muerta que se desbordaba sobre los labios exangües y descompuestos en una mueca risible a fuerza de macabra. En rigor, sólo existía vida, un sumario hálito de vida huidiza, en el negro fondo de las cuencas. El cráneo...

Tío desprendió la barbilla de entre las manos y me interrumpió:

—Pareces un narrador de **soap opera**. ¿Por qué no te limitas a contar los hechos?

Si eso me lo hubiera dicho, digamos, Joe Louis en sus mejores tiempos, le habría hecho escupir media docena de molares; pero él era mi querido y respetado tío, por lo que me limité a replicar:

—Perdone... Lo creí preocupado por el problema que le plantea ese peón negro en dieciséis y quise hacerlo reaccionar con un poco de literatura descriptiva.

Chasqueó la lengua y movió una pieza blanca de 3 a 7. Como de ese modo el peón negro pasaba de peligroso a inerme, exclamé:

—¡Bravo!

—No es para tanto —dijo, sonriendo.

Sonreí también y continué:

—Rodeando al enfermo, de izquierda a derecha, estaban doña Lola, Anselmo Estivil, el señor y la señora Forniéres, la encantadora Tila y, demasiado junto a esta, Pedro Isauro. La señora de la casa se abrió paso hasta el lado derecho de la cabecera, seguida por Enriqueta. Y por mí, claro. La señora Angustias comenzó a gemir y a estrujar la almohada de su marido. Mi prometida lloraba en silencio. Recorrí la estancia con una mirada circular. El mobiliario es sobrio. No hay adornos, lo que denuncia la falta de una mano femenina, aunque en la casa no faltan manos de esas. En la pared de frente a la cama, algo desentonaba, por impropio de una alcoba: un cartel, encerrado en un cegante marco dorado, que rezaba en letras semigóticas: **Time is money**. Instintivamente, busqué en las otras paredes, por si existía otro letrero que dijese: **Think!** No lo vi. En verdad, no hacía falta, porque en aquella casa era imposible encontrar alguien capaz de pensar. Volví a pasar revista. Todos los hombres llevábamos las manos en los bolsillos del pantalón, en tanto las mujeres no sabían qué hacer con las suyas, excepto la

graciosísima Tila. Ella sujetaba con la mano derecha una taza llena de algo oliente a infusión de no sé qué y tenía en la otra mano dos cápsulas rojiverdes que había tomado de un frasco azul cobalto. Cuando el enfermo se negó a cooperar, ella le murmuró al oído una frase mimosa. Mi futuro suegro esbozó algo que pretendía ser una sonrisa, se dejó colocar en la boca las cápsulas y, a sorbos lentos, trasegó el brebaje. Entonces se me ocurrió decir: «¿Por qué no avisan al médico?» El enfermo me dedicó un pedacito de mirada muy triste; pero doña Lota me acriminó, con fingida naturalidad: «El médico acaba de salir, joven.» Jamás me dedicó otro adjetivo, sin embargo, aunque siempre pronunciaba **joven** con énfasis un tanto ambiguo, no estoy ofendido por eso. Anselmo Estivil preguntó con voz apagada: «¿Qué dijo el doctor Sagerí?» La señora Angustias miró a su cuñado de un modo que sospeché quería decir: «¡Hombre, Anselmo, más discreción! ¡El pobre Isauro se nos muere y no debe enterarse!» Después, lo de siempre en tales casos: un largo y tedioso silencio. Me acerqué más a Enriqueta con ánimo de despedirme, pues comprendí que estaba injertado en medio de una cuestión estrictamente familiar. Ella estaba recostada a una mesita de noche sobre la que se hallaba una revista. Reconocí el formato y la tipografía. Era un ejemplar de **Time** al que, obviamente, le habían arrancado la portada de un tirón. El señor Forniéres, que parecía muy atribulado, se había abierto paso hasta junto a la mesita. En ese momento noté que una mano del moribundo estaba aferrada a una pluma estilográfica.

Tío se apresuró a tomarse a sí mismo, con su ficha blanca ubicada en 5, dos de sus piezas negras. Sin levantar la mirada, me preguntó:

—¿Estaba descubierta?

—¿Quién?

—La estilográfica.

—¡Ah, sí! Lista para escribir. No sé si para usted tendrá alguna importancia el saber que el enfermo tenía la otra mano bajo la gruesa colcha de lana roja.

—¿Hacía frío allí?

—Todo lo contrario. Pero ya usted sabe cómo son las mujeres en estos casos. Cuando el infeliz, agitado, intentaba destaparse, la señora Lota se apresuraba a cubrirlo hasta la garganta. Y hacía más: dejaba allí sus

regordetas manos, como para impedir que el enfermo contrajese una pulmonía. Cuando yo era pequeño, tía Alberta...

Tío trazó con la mano una raya vertical en el aire para cortar mi tierna remembranza, se acarició la barbilla y se echó hacia atrás en su butaca al preguntarme:

—¿Qué enfermedad padecía el señor Estivil?

—Una enfermedad nada burguesa: anemia hemolítica o algo semejante.

—¿Dijiste que lo atendía el doctor Saguerí? ¿Se trata de Celedonio Saguerí?

—El mismo.

Me di un buen manotazo en la frente, porque un chispazo de la memoria me hizo recordar algo. Tío me preguntó:

—¿La mataste?

Caí del nido al preguntarle:

—¿Qué dice?

—Que si mataste a la mosca que tenías en la frente —replicó con sorna.

—No bromea, por favor. Acabo de recordar algo que considero muy importante. Escuche: hace unos meses, Enriqueta me retuvo con... —carraspeé un poco— con una larga escena de celos en la que el **leitmotiv** era Angélica de Forniéres. Por esa razón salí del santuario poco después de la una y treinta. Atravesé el oscuro vestíbulo y ya junto a la puerta de bronce y cristal, vi al trasluz la figura de alguien que accionaba la cerradura. Me eché a un lado. La puerta se abrió lentamente para dar paso a la sigilosa y alta estampa del joven doctor Saguerí. De espaldas a mí, cerró la puerta y, con paso cauto, se hundió en la oscuridad del vestíbulo. Antes de disponerme a salir, aún escuché el rumor de sus pasos en la escalera.

—¡Bah! —hizo tío.

—No le reste importancia al asunto. Para mí es una costumbre muy nueva esa de que un médico tenga llave de la casa de un paciente. ¡Espere! ¿Usted quiere decir que poseía llavines de las puertas de sus clientes? ¿Tía Alberta lo sabe? —iba a decir algo, pero lo atajé—. Espere, espere... Tiene que saber, además, que por aquellos días el señor Isauro Estivil disfrutaba de muy buena salud. Por eso, recuerdo que entonces me dije: **Cherchez la femme!** y que...

Tío hizo una mueca para demostrarme su indiferencia, por lo que le dije:

—Querido tío, usted bien sabe que soy mayor de edad y que, por tanto, estoy capacitado para opinar. Además, a lo largo de nuestras relaciones creo haberme ganado el derecho de sospechar por cuenta propia.

—Ese es tu peor defecto —replicó—: sospechar sin ton ni son.

Como me hizo la ofensa de no levantar la vista del tablero, esperé a que moviera una pieza negra y continué:

—Sea como sea, para mí resultaba dudoso que un tipo apuesto y tan lleno de orgullo como Celedonio Sagerí, casado con una de las más cotizadas **jeunes-filles** de la **high life**, utilizase un llavín clandestino para caer en los brazos de una mujer tan madura como Angustias de Estivil o en el regazo de una vieja tan podrida como la doña Lota. Por tanto, la mejor probabilidad señalaba a la escultural Angélica de Forniéres...

Todavía sin levantar la cabeza, añadió a mi conjetura:

—...o a Enriqueta Estivil.

Demoré varios segundos antes de conceder:

—Es posible, es posible. La vida está repleta de sorpresas.

Pero él, implacable, repuso, irónico:

—¿Y no había otra muchacha encantadora y maravillosa en la casa?

Irritado, me levanté para exclamar:

—¡No! ¡Ella no!

Esperé que terminara de reír e intenté remendar mi exabrupto involuntario:

—Tiene que saber que por entonces esa muchacha tenía su dormitorio en un pabellón aparte.

Sonrió y sonreí, lo cual significaba que no había vencedor ni vencido.

—Por supuesto —dijo—, el señor Estivil era un buen cliente...

—¡Inmejorable! Últimamente, Sagerí venía tres veces al día, lo cual representaba..., déjeme ver..., treinta por tres, noventa. Eso es: un salarito de noventa pesos cada veinticuatro horas. Y vea lo que son las injusticias burguesas: a la bella Tila, que atendía y aplicaba las inyecciones al paciente, ni un centavo extra...

—¿No dijiste que Tila era la criada de la señora?

—Tío, no es bueno menospreciar a las criadas. Ella, además de encantadora, es casi enfermera. No pudo graduarse porque se le interpuso ese

eterno y lamentable problema de la subsistencia. Precisamente, sus conocimientos le habían hecho ganar el puesto, pues la señora de Estivil tiene la manía de aplicarse, por distintos conductos, once o doce clases de hormonas para conservar frescas las carnes y activa la libido.

—Todo eso te lo dijo Tila.

No era una pregunta, sino una afirmación y eso quería decir que su mente estaba funcionando muy bien. Carraspeé un poco antes de informarle:

—Sí, señor. La encontré un día en la calle. Pura casualidad, se lo juro. El mundo es tan pequeño como una pelotita de ping-pong, tío. Por cierto, a la luz del sol se veía mucho mejor que en la penumbra de aquella casona.

—¿A qué hora te marchaste? —preguntó.

Tiene esa mala costumbre de saltar de un asunto a otro sin previo aviso; pero como yo estaba acostumbrado, le respondí:

—Espere... Aquel silencio pesado y gris duró un buen rato. Así una mano de Queta, siempre le digo Queta en los momentos emotivos, y se la apreté con suavidad de condoliente. Me lo agradeció con una sonrisa amarga, pero no me soltó los dedos. Don Isauro se agitó, abrió mucho la boca y trató de quitarse de encima aquella losa funeraria de lana ciento por ciento pura. Doña Lota volvió a impedirselo, yo diría que a brazo partido.

—¿El señor Estivil usaba las dos manos en el esfuerzo por destaparse?

—Es usted muy sagaz, querido tío. No. Usaba sólo una...

—La de la estilográfica, naturalmente.

—Sí, señor.

—¿Y no llegaste a saber si en la mano que ocultaba debajo de la frazada tenía una libreta, una hoja de papel, o...?

Me atreví a interrumpirlo con mi mejor tono de intrigante:

—Todavía no lo supe. Pero había escuchado, en medio del silencio, el crujir de un papel que se oculta debajo de una colcha gruesa. Usted mismo ha diagnosticado que tengo un oído perfecto. Y como creí advertir que por lo menos uno de los presentes tenía tan buen oído como yo, eso me estimuló a luchar. Cuando el enfermo se agitó un poco más, la lindísima Tila miró su reloj y dijo: «Es hora de inyectarlo.» Todos le abrimos paso. Era el momento más oportuno para jugar a la curiosidad. Hice el intento de pasar al otro lado de la cama, pero Enriqueta me lo impidió al apretar fuertemente mi mano.

Anselmo Estivil, doña Lota y la señora Angustias formaron un coro para rezar, murmurados, un par de padrenuestros, mientras Tila preparaba los aperos. Algunos de los presentes volvieron la cara. Después, se escuchó un levísimo «¡Ay!» Dos minutos más tarde, el enfermo dio muestras de sentirse aliviado y cerró los ojos. «Duerme, el pobrecito», dijo el ama de llaves mientras mostraba una de las muchas facetas de su innata hosquedad al señalar la puerta con un movimiento imperativo del mentón. Salimos todos, en este orden: Pedro Isauro, la esposa del moribundo, doña Lota, Anselmo Estivil, la señora Angélica Forniéres, Tila, Charles Forniéres, quien, dicho sea a punto, tomó algo de sobre la mesita de noche, Enriqueta, que depositó antes un beso en la frente de su padre, y yo, que me detuve lo suficiente para alzar furtivamente una punta de la frazada.

—¿Era un papel lo que tenía en la mano?

—Se equivoca, tío. En la mano oculta del enfermo había otra cosa: lo más parecido a un pañuelito azul que he visto en mi vida.

Entonces tío me lanzó una de sus más inesperadas preguntas:

—¿Y desde cuándo los pañuelos crujen como papel?

Tardé más de lo debido en reaccionar. Lo reconozco.

Al fin, comencé a decir algo:

—Espere, espere... ¿Usted cree que...?

—¿Quién pudo tomarlo sino ella?

—Pero es que...

—Es que tú tienes el oído perfecto; pero, sin dudas te falla la vista. O la perspicacia...

Me dolió, pero aguanté.

—Para la vista —riposté— conozco a un buen oftalmólogo. Pero no sé de ningún especialista en la otra deficiencia. Por tanto, puede dejarme cesante. De todos modos, mi verdadero trabajo es el de la compañía...

—Eso es una ñoñería —dijo—. ¿A qué hora saliste de allí?

Crucé las manos, sobre el pecho y dije, muy contrito:

—Le aseguro, tío, que no sabía lo que iba a pasar; pero miré el reloj al salir. Eran las once y veintisiete.

III. Algunas verdades y no pocas mentiras

Sábado 6 de agosto de 1960. 12:10 p.m.

El interrogatorio resultó un tanto informal y casuístico. Todos estábamos en el salón principal de la mansión, sentados frente a Vladimir Perea y Liorno Colino, dos imberbes ex combatientes de la Sierra, quienes hacían loables esfuerzos por suplir con su innata suspicacia campesina y la sagacidad propia de los guerrilleros, la falta de práctica en el riguroso y nada fácil menester de interrogar a los sospechosos en un hecho criminal. Por mi parte, pude enterarme —basado en las declaraciones de los allí presentes— que ninguno de ellos era capaz de espantar a un mosquito y me limité a tomar nota mental de todo lo dicho, a los efectos de trasmitírselo a mi tío, quien, en definitiva —y no me molesta el confesarlo— es, de nosotros dos, el que sabe.

De todo lo dicho parecía inferirse que alrededor de la una y treinta de la madrugada del viernes, el señor Estivil se quejó larga y amargamente y que su esposa, según declaración de esta, acudió en seguida, aunque sólo aventajó a doña Lota en unos pocos segundos. EL enfermo dio entonces una orden: «Traigan inmediatamente al padre Paolo», sin duda con la pía intención de irse al cielo legalmente absuelto de sus no pocos ni muy veniales pecados. El ama de llaves dijo que había despertado al hermano del moribundo. Anselmo

Estivil, naturalmente, se apresuró a ir en su fairlane verde en busca del sacerdote. Entretanto, don Isauro, en un postrer gesto de imposición de su voluntad, había ordenado que todos se retiraran a dormir, pues deseaba hablar a solas con su confesor. Las dos mujeres, llorosas y abrazadas, se marcharon a sus respectivas habitaciones: la de la señora situada inmediatamente a la derecha de la del enfermo aunque sin comunicación interior, pues la puerta comunicante estaba clausurada desde hacía varios años, no sé si por disposición de algún departamento de salud pública o si por otra causa más privada; y la de doña Lota ubicada en un extremo del pasillo, anexa a la de don Anselmo.

El hermano del moribundo declaró que había ido a buscar al padre Paolo en su automóvil. Pero no lo trajo en el fairlane porque el reverendo insistió en usar su propio carro. Parece que el señor Rossini no quería molestar al señor Estivil a la hora de regresar a su casa. Según don Anselmo, al llegar a la mansión condujo al sacerdote hasta la habitación del enfermo. A una pregunta de Vladimir Perea, el señor Estivil respondió que su hermano le había dicho: «Gracias, Anselmo, y vete a la cama, que quiero estar a solas con Paolo para ponerme a bien con Dios.» Obedeció a medias. Fue a su habitación; pero estaba preocupado por su hermano y no se acostó. Declaró también que «aproximadamente media hora después» escuchó chirriar la puerta de la habitación de don Isauro, salió al pasillo y volvió a ofrecerse para acompañar al sacerdote, pero Paolo, «un hombre muy terco», insistió en regresar solo. Entonces, le preguntó por el enfermo. A otra pregunta, respondió que vio al reverendo Rossini «bajar las escaleras, atravesar la sala y entrar en el vestíbulo». Después de escuchar el abrir y cerrar de la puerta principal, se retiró a dormir. «Dormí profundamente», dijo con aire condolido.

La señora Angustias no pudo agregar nada interesante al ser reinterrogada. Como el día había sido muy agitado, se sentía cansada y, cuando su marido la despidió de la habitación, fue a su alcoba y tomó una buena dosis de somnífero. No tardó en dormirse, también profundamente, hasta que fue despertada, alrededor de las cinco, por la señorita Tila.

Algo parecido ocurrió con el ama de llaves: cansancio, un poco de llanto, un par de pastillas y a dormir a pierna suelta. A las cinco, la despertó la crisis

histórica de la señora Angustias.

Por su parte, los señores Forniéres también tenían el sueño duro, a juzgar por sus declaraciones. Nada vieron y nada oyeron. Sin embargo, el señor Forniéres no salió detenido después del interrogatorio, a pesar de haberse encontrado en su cuarto un pantalón manchado con grasa muy fresca y, además, mojado con agua de mar, según se pudo determinar más tarde. La perfumada y casi desnuda señora de Forniéres se mostró un tanto altiva al declarar; pero eso formaba parte de sí misma. En verdad, parecía repetir una historia escuchada muchas veces, quizás de labios de su propio marido.

Pedro Isauro era el que menos sabía: nada sabía, no recordaba nada. Y dijo que no hablaría sino delante de un abogado. Entretanto, ingirió una botella de whisky escocés.

La encantadora Tila sí tenía cosas interesantes que contar. Pedro Isauro la asediaba desde hacía meses con juvenil terquedad. Al escuchar esto, el muchacho rió nerviosamente. Ella dijo que le temía. Cuando se retiraban de la habitación del enfermo, a las once y veintitantos, él le había dicho, presumiblemente con voz de sátiro: «Esta noche iré a tu cuarto.» Luego Tila bajó al saloncito a dar cuerda al reloj.

En este punto de mi relato, tío preguntó:

—¿A darle cuerda al reloj?

—Sí, señor.

—Pero a esa hora todavía no era viernes —silabeó.

—Cierto —riposté con rapidez para aplastar a su perspicacia—. Lo que usted no sabe es que ella tiene libres los cinco y veintiuno de cada mes; y cuando uno de esos días cae en viernes, como en este caso, atiende el reloj la víspera.

—¡Ah, vamos! Prosigue.

Proseguí:

—Después, Tila subió a su cuarto.

—¿Dentro de la casa?

—Sí. Desde la gravedad de Estivil, ella ocupaba la habitación situada a la izquierda de la de él. De ese modo podía atenderlo mejor.

—Comprendo. En fin, subió a su cuarto y...

—Pasó el cerrojo y se dispuso a no dormir. Aparte de su temor al joven fauno, tenía que inyectar al enfermo a las cinco de la madrugada. Tomó un par de pastillas de benzedrina. Más tarde, como a las dos, escuchó el chirriar peculiar de la puerta de al lado y oyó conversar al padre Paolo y a don Anselmo.

Tío soltó la pieza que iba a mover y preguntó:

—¿Sobre qué asunto conversaron?

—La cosa fue así: Estivil dijo: «¿Lo acompaño, padre?», a lo que el reverendo replicó: «No te molestes, hijo. Iré solo en mi carro.» Luego don Anselmo preguntó: «¿Y cómo se siente Isauro?» y Rossini le informó: «Duerme como un bendito, hijo mío.» En seguida la muchacha escuchó los pasos del cura en la escalera y el vestíbulo y el abrir y cerrar de la puerta de la calle. En mi opinión, tío, ella no mentía. —Hice una pausa y agregué—: No creo que ella sea capaz de mentir. No me mire así. Puede turbarme el recuerdo de los hechos.

—Cálmate, muchacho. Nunca te había visto tan apasionado.

Di un saltito en la silla y repliqué:

—No es justo que me acuse de eso. Bien sabe usted que...

Como me pareció que no me escuchaba, no terminé la frase, aunque nunca he recordado qué iba a decir. Él me miró con ternura durante unos segundos. Después, realizó una jugada y me preguntó:

—¿Qué declaró tu prometida?

—Enriqueta declaró, con la cabeza entre las manos, que no recordaba nada. Durmió toda la noche. Parece que en algún lugar de aquella casa inmensa existe un laboratorio clandestino para fabricar somníferos. Cuando salgamos de este lío, le prometo investigar el asunto.

—¿Quieres decir que ella también tomó pastillas de esas?

—Eso dijo y, claro, yo lo creo.

—Continúa.

—No queda mucho por decir. El chofer reaccionario parece estar fuera del lío. Es una lástima que no sea el criminal; pero, gracias a la enfermedad de su amo, gozaba de vacaciones. El cocinero chino dormía en el pabellón construido fuera de la mansión. Los bajos están ocupados por un amplio

garaje, capaz de albergar a ocho o diez carros de los más caros. En los altos hay seis habitaciones para los criados. Una de ellas, inmediata a la del chino, era la de Tila, pero, como le dije, la muchacha, desde que don Isauro comenzó a guardar cama...

Repitió su ademán cortante y me dijo:

—No seas machacón, nene.

Fingí enfado y me levanté para andar un poco por la sala. Él tenía la cara entre las manos y los codos sobre las rodillas; pero no miraba al tablero. Eso quería decir que reflexionaba. Al cabo de un minuto, se soltó la cabeza y colocó las manos en la cintura antes de ordenarme:

—Siéntate.

Cuando obedecí, se echó hacia adelante y me pregunto:

—¿Tila no escuchó los quejidos del enfermo a la una y media?

—No lo sé. Ella no habló de eso.

—¿Y no has pensado que si no habló de eso es porque no los oyó?

El razonamiento me golpeó detrás de la frente.

—Aunque a veces uno oye cosas que luego no recuerda —dijo, como hablando consigo mismo...

Razonamiento tan contradictorio me golpeó también dentro del cráneo. Pero eso no fue todo, porque añadió:

—...o no quiere recordar.

—¡Basta! —dije—. No agote las posibilidades —chasqueé dos dedos—. ¡Ah, ya! No se preocupe. Ella me lo dirá.

Tía Alberta entró y colocó dos tazas de café junto al tablero de damas y se retiró tan cauta como había entrado. Mi tío terminó, antes que yo, de sorber la fuerte y aromática infusión. Al colocar la taza sobre la mesa, me soltó casi en las narices:

—En fin, ese muchacho llegó a tocar en la puerta de... de la linda, encantadora, preciosa y maravillosa Tila.

Mi padre murió poco antes de nacer yo y mi madre lo siguió el día de mi nacimiento, de manera que fui a dar a casa de mis tíos cuando apenas contaba unas horas de vida. La amplia y vieja casa del Vedado es el único hogar que

he conocido y creo haber dado a entender hasta qué punto tía Alberta es para mí una verdadera e insustituible madre. En cuanto a mi tío, debo, puedo y quiero decir que he gastado mucho tiempo en el intento de definir qué siento por él. No creo posible admirar a un padre más de lo que yo admiro a mi tío. Conozco desde muy pequeñito todos los vericuetos de sus manos, de sus dedos: cada venilla, cada pliegue, cada línea por insignificantes que sean. En verdad, sus cariñosas manos se fueron haciendo viejas entre las mías y conozco cada huella del lento paso del tiempo por sobre ellas. También me sé de memoria su rostro —¡ese querido rostro afable sin ángulos bruscos!— y no solamente cada arruga —que ya son muchas— sino todas sus expresiones —que no son pocas. Presumo de poder adivinar qué gesto va a componer ante determinada situación y de saber, sin temor a errar, cuál de sus expresiones —triste o dura, dulce o tierna— va a demostrar este o aquel sentimiento.

Tuve, en verdad, una niñez feliz, alegre, y siempre me sentí seguro porque sabía que él estaba allí, vigilante, alerta, celoso de mi presente y de mi porvenir. Mientras crecía, experimentaba la placentera sensación de que a mi lado se agigantaba un amigo, el mejor de los amigos. Algo he aprendido en los libros de texto, pero todos esos libros alcanzaron a enseñarme muy poco en comparación con lo mucho que aprendí en las tibias veladas hogareñas. Y sé que todo lo que he aprendido de él no es más que una parte infinitésima de su sabiduría, una sabiduría sosegada y discreta que ha sabido mantenerse equidistante entre la vanidad y la modestia, porque debe saberse que él considera a la modestia como el octavo pecado capital y a la vanidad como manifestación de impotencia amotinada.

No son ricos, aunque tampoco son pobres, pero mi tío siempre hizo resistencia a que lo catalogaran como un miembro de la llamada clase media, a la que considera como un rebaño de gente prisionera de una u otra ambición, siempre imposible de alcanzar. Mi tía Alberta, por su parte, aprendió con él a valerse por sí misma, sin contratar sirvientes. La casa —espaciosa, clara, cómoda y ventilada— la heredó ella de su padre, un coronel de la guerra de independencia, el cual no dejó otra cosa porque, según tío, «tenía el hermoso defecto de la honestidad». Tío había ejercido durante treinta años como médico, y cuanto sacó de eso fue el cheque mensual del

retiro, algunos ahorros y un viejo automóvil que ya anda en la categoría de espantajo. Nunca lo vi fumar y sólo levanta una copa en ocasiones en que es ineludible brindar por algo que justifique tal sacrificio del paladar, según su propio decir. En su trato diario con la gente es afable y simpático, aunque no desprecia la sátira cuando estima que puede ser útil a los demás, nunca a él mismo. Posee un hondo y agudo sentido del humor, del humor tierno y sano. Recuerdo que en cierta ocasión me dijo: «Se va perdiendo el humor en el mundo, hijo.» Y otra vez: «Es necesario rescatar a la sonrisa para que la gente la use.» Por otra parte, repele la estridencia de la carcajada —aunque no juzga su efecto sino su causa—, criterio que también aplica a todo ruido violento y a toda manifestación airada.

Tiene dos pasiones —aparte de su devoto amor por tía Alberta—: leer y jugar a las damas. Junto a la sala hay una biblioteca con ocho o nueve mil volúmenes muy manoseados y en la que Ovidio y Marcial alternan con Joyce y Kafka, y Shakespeare se codea —yo diría que sin sonrojo— con Simenon, con Chandler y hasta con Conan Doyle. Por la otra parte, nunca conocí a nadie que lograra siquiera el honor de entablarle una partida de damas. Acaso sea por eso que él prefiere jugar a solas. Incontables veces me he detenido a su lado para verle ganar y perder al mismo tiempo. Es muy divertido eso. A ratos juega sentado de un solo lado del tablero, con las rodillas juntas y el mentón aprisionado en el hueco de las manos. En ocasiones, cambia de asiento, situándose alternativamente frente a las fichas blancas y a las negras. También suele pasear —presumiblemente cuando la partida se le hace difícil— en torno al tablero, con una mano debajo del sobaco y la otra acariciándole lentamente la barbilla. En tales casos, tía Alberta cruza la sala de puntillas y deja sobre la mesa una taza de café, marchándose luego, siempre silenciosa y tímida.

Pichardo, un viejo retirado y vecino nuestro, suele venir a participar de la colada de las cinco y media y siempre gasta una hora en admirar las extraordinarias jugadas y contrajugadas de esas partidas que yo considero como surrealistas. Es el propio Pichardo —buen hombre nacido para la admiración fanática de las virtudes ajenas— quien asegura donde cualquiera pueda oírle que mi tío es el único ser capaz de hablar, indefinidamente y con amenidad, sobre cualesquiera temas, «no importa si son divinos o si son

humanos». Yo sé que es así y sé que de los segundos suele hablar con un ligero asomo de ternura burlona y que comenta los primeros con tono ligeramente satírico. «La fábula religiosa, griega, romana, islámica, católica..., es la más alta expresión de la imaginación humana. Es lástima que ese género literario ande, desde hace siglos, en plena decadencia —expresó un día delante de un sacerdote que no tuvo tiempo de completar el signo de la cruz, porque tío agregó, como para pasmarle las intenciones de excomulgador. Por supuesto, no me niego a reconocer que algunos metafísicos extemporáneos tienen una morbosa inclinación hacia la creación de nuevos mitos y fetiches para adornar, o remedar, ciertas creencias caducas; pero, ¡infelices!, carecen de imaginación. Y es que la imaginación, hermana gemela de la fantasía, no se aviene con cierta clase de filosofía domesticada.»

Pese a todo, yo considero que sus cualidades más extraordinarias son el don de penetrar hasta el fondo de cualquier cuestión con asombrosa perspicacia y yo diría que sin hacer esfuerzo mental alguno, y la facultad, presuntamente innata, de hurgar en cada efecto para dejar bien al descubierto su correspondiente causa. Esa agudeza para discernir sin jaquecas ni preocupaciones, acompañada de una agilidad de pensamiento asombrosamente repentina y expresada con suma sencillez, es lo que más admiro en él. Naturalmente, sería absurdo calificarlo de genio, honor, o lo que fuere, que él rechazaría muy enojado. En rigor, tío es solamente un hombre sencillo, normal, equilibrado y repleto de paciencia y sosiego interior que, al analizar una situación determinada, sabe desbrozarla sin apasionamientos de lo inútil, de lo que estorba, para componer con el resto un juicio razonable o una solución sin reproches. Es, en fin, un destructor de «ilusiones apasionadas y de espejismos delirantes», que es como él suele llamar a mis conjeturas, mis hipótesis y mis suposiciones. Como ya se habrá comprendido, a mí me complace hincarle para verle saltar. Tácitamente aceptamos esa leve batalla y siempre, al final, reciprocamos sonrisas.

Ahora él estaba mirándome, como si esperase que yo me decidiera a salir del denso estupor en que me hallaba hundido y nada menos que con la boca

abierta. Cuando recobré mi aplomo, le dije, con un poco de sorna disimulada entre los pliegues de una sonrisa:

—No se vanaglorie. Era fácil de adivinar que Pedro Isauro haría eso.

—Pero él —replicó muy sonriente— tocó en la puerta de la habitación habitual de Tila, la de encima del garaje.

Como yo no le había dicho eso, tan enfática afirmación me pareció cosa de magia, por lo que le pregunté, mirándole a lo profundo de sus ojillos verdiocres:

—¿Se atrevería usted a decirme cómo lo dedujo?

—No lo deduje —replicó, muy sonriente—. Tú me lo dijiste.

—¿Yo?

—Sí. Hablabas del cocinero chino y lo asociaste al cambio de habitación de la muchacha. Además, por tus propias palabras sé que ella no declaró nada en relación con eso.

—No comprendo por qué usted se enfada cuando alguien le llama genio —dije, ya vencido—. Sí, tío, la vida desordenada de ese muchacho le impide saber siquiera cuál es la puerta de su propia habitación. En efecto, el cocinero chino declaró que, a las dos, el beodo Pedro Isauro tocó con ruidosa impaciencia en la puerta de la habitación habitual de la... ¡de la bien formada Tila!

—Eso significa que él no fue a acostarse cuando salió del cuarto de su padre. ¿Y tú? ¿A qué hora llegaste?

—¡Eso es una trampa verbal! —repliqué con bien fingido enojo.

—Responde.

—Bien, señor Merlín. Él me trajo hasta aquí en su auto.

—¿Antes de que él se emborrachara en un bar o después?

Lo miré y comprendí que estaba muy cerca el intercambio habitual de sonrisas.

—Después —confesé—. En fin, sí, señor. Al salir de la habitación de su padre, Enriqueta sintió deseos de encerrarse a llorar y la acompañé hasta su sanctasanctórum. Cuando salí a la calle, Pedro Isauro me invitó a subir a su automóvil, un lindo oldsmobile descapotable. El muchacho se sentía deprimido y necesitaba su medicina. Confieso que me dejé llevar a un bar. Posiblemente, el cantinero, un tal Rudy, recuerde la hora de nuestra entrada y

de nuestra salida. Si su mirada no miente, querido tío, sospecho que debo fabricarme una coartada mejor. Pero yo no sé cómo manejar un puñal, y usted sabe que yo no lo sé. De todos modos, si cree que estoy en peligro, confío en que me tenga todavía como su sobrino predilecto y...

Movió el peón de 4 a 8 y me interrumpió:

—Ponle el número de orden a esa tontería. Y ahora, dime: ¿qué estado de ánimo tenía ese malcriado?

—Estaba irritado. Me habló de las fieras, creo que dijo hienas, que rondaban en espera de que la muerte cargara con el viejo para echarse encima de su dinero. Habló también de cierto medio millón de dólares contantes y sonantes no anotados en ninguna libreta bancaria. No lo apunte en sus memorias; pero me dio la impresión de que él también se sentía un poco hiena.

Esperé que recompensara mi inteligente observación siquiera con una mirada; pero mantuvo la vista fija en el tablero, donde media docena de peones parecían dispuestos a entablar una dura lucha. Opté por continuar:

—A la una le dije que tenía sueño y me trajo a casa en su automóvil. Entré por la puerta justamente a la una y once minutos. Mi reloj es un obsequio suyo y usted me aseguró que es un cronómetro muy fijo. Claro, yo pude haber salido después para cometer esos dos crímenes perfectos.

Acaso para simular que no había captado la ironía, realizó un par de jugadas y luego preguntó:

—¿Sabes algo del testamento?

—No creo que Isauro Estivil me haya dejado un solo centavo. Me trataba bien, es cierto, pero su buen trato se limitaba a darme consejos financieros y a obsequiarme tabacos.

—No la numeres. Esa no es una tontería, sino una idiotez. ¿Conoces al notario de la familia?

—Sí —respondí secamente—. Es el doctor Pardillo.

—Llámalo. Quizás te diga algo interesante.

Salí al vestíbulo y llamé al doctor Pardillo. Cinco minutos después, regresé a la sala.

—Todo a tu novia, ¿verdad?

Me había asombrado tantas veces ese día que ya no me quedaban reservas de asombro.

—Todo a mi novia, sí, señor —respondí—. Excepto diez mil dólares, que deja a la maravillosa Tila.

Me dejé caer en un sofá. Entonces, él sonrió. Y yo, naturalmente, sonreí.

IV. Lugar común forense

Sábado 6 de agosto de 1960. 2:15 p.m.

Rumbo al Necrocomio municipal, me entregué a reflexionar. A pesar de que mi tío se burla del misterio, yo había llegado a la conclusión de que el caso Estivil Rossini era endiabladamente enigmático. En primer lugar, estaba la coincidencia en el tiempo de los dos hechos. Pese a la poca distancia entre los escenarios de ambos crímenes, era indudable que el asesino, o la asesina, tuvo que actuar con mucha celeridad, con bastante precisión y con no poca astucia para imprimir a su macabro trabajo aquel sello de insólita simultaneidad. Eso, en el caso de que hubiese actuado una sola mano, pues no era desechable otra posibilidad, es decir, que, si bien era cierto que las dos heridas mortales podían considerarse —por decirlo al modo de Liorno Colino— como gemelas, muy bien pudieron haber sido utilizados dos puñales no menos gemelos, cada uno esgrimido por una mano diferente, aunque, en tal caso, nadie dudaría que ambas habrían actuado sometidas a un plan que contemplaba la sincronización de los dos asesinatos.

Esta hipótesis colocaba un presunto puñal en las manos de Petra Donoso, ama de llaves del padre Paolo Rossini, aunque más tarde yo llegaría a saber que era algo más. Ella —única persona que convivía con el sacerdote— dijo a las autoridades que había pasado aquella noche en la casa sin oír ni ver nada, pero sus declaraciones dejaron en Perea y Colino «la impresión de que

ocultaba algo». No obstante, si eso había sido así, ¿quién había esgrimido el otro puñal? Yo, por mi parte, tenía varios candidatos de uno y otro sexo, pero como todos tenían el mismo móvil y todos habían tenido ocasión de dar la puñalada a Estivil, no me atrevía —aparte de que era una solución similar a la dilucidada por Hércules Poirot en **El crimen del expreso de Oriente**— a especular con la suposición de una puñalada aplicada por un colectivo de hienas. Más, existía otro intrínquilis en el asunto: en el crimen de Isauro Estivil el móvil era evidente, especialmente si el hijo del comerciante no había mentado en cuanto a cierto medio millón de dólares contantes y sonantes que andaban en el juego; pero, ¿por qué mataron al padre Rossini?

Como el espantajo llegara a mi destino, puse fin a mis reflexiones diciéndome, como otras veces: «¡Al diablo todo eso! ¡Ya el tío se encargará de resolverlo!» Bajé del carro y entré en el Necrocomio.

Los médicos forenses, viejos amigos de tío, me informaron de su coincidencia en la imposibilidad científica de determinar con exactitud una diferencia mayor o menor de tiempo entre una muerte y la otra, porque era necesario considerar que el cadáver de Isauro Estivil estuvo envuelto en una gruesa frazada de lana durante algunas horas, en tanto que junto al cadáver de Paolo Rossini se había encontrado, en silencioso funcionamiento, un calefactor eléctrico, de esos que tienen la apariencia de un ventilador doméstico. Es decir, la alta temperatura de ambos ambientes alteró de un modo artificial el proceso del **rigor mortis** en los dos cadáveres. Esto daba lugar a una complicación seria —mi tío siempre consideró estos datos como pruebas de imbecilidad del asesino—: no era posible, científicamente, determinar cuál de los dos hombres había muerto primero.

V. Una testigo maravillosa

Sábado 6 de agosto de 1960. 2:45 p.m.

Como yo tengo domesticado el espejito retrovisor de mi espantajo, él me indicó, en Malecón, a la altura del parque de Maceo, que un pontiac negro andaba detrás de mi rastro. Sentí deseos de echarle una ojeada al tipo que lo conducía. En la esquina de Galiano frené bruscamente ante la luz verde del semáforo y el pontiac no tuvo otra opción que la de pasar por mi lado. Era un hombre de piel cetrina, barba cerrada y una naricilla que a duras penas podía sostener los grandes espejuelos de cristales reflexivos. Reinicié la marcha y como el desnarizado, indudablemente sorprendido por mi maniobra, disminuyó la velocidad, no me fue difícil doblar Prado arriba antes que él. Después de verificar que el pontiac me seguía a prudente distancia, doblé a la izquierda en Teniente Rey para arrimar el espantajo junto al parquecito del Cristo. Al bajarme, eché una ojeada de reojo y pude ver que el individuo aparcaba el pontiac en la calle Bernaza. Tomé por Villegas y anduve, a paso lento, hasta encontrar la puerta verde. Al soslayo advertí que el tipo andaba por la acera de enfrente. Subí de tres en tres los escalones de la estrecha y empinada escalera, recorrí el pasillo, pasé junto a una señora que exhibía en la mejilla una hermosa verruga y golpeé suavemente con los nudillos el número pintado en la puerta gris. Ella entreabrió. Entré, pese al intento de

resistencia que hizo, y abarqué con una mirada el reducido escenario. Lo vi a él y dije, disimulando la sorpresa:

—Perdonen el lugar común, pero esto es lo que se llama matar dos pajarillos tontos con un solo disparo.

Era obvio que no me esperaban. Ella se escurrió y noté que el pánico no sentaba bien a su rostro. Fue a sentarse casi junto a él, en la pequeña cama vestida de gala con un cobertor de chenille barato; pero limpio y bien tendido. Ella no aflojaba el miedo y él no parecía asustado. Me dio la impresión de que estaba jugando a pasar por hombre duro, tanto, que dijo, sin mirarme, aunque apuntándome con la barbilla:

—¿Qué hace este aquí?

Ella, claro está, no sabía qué contestar. Lo miré cara a cara y tuve que hacer un buen esfuerzo para no echarme a reír. Tenía revuelto el pelo ensortijado y grasoso; los ojos pequeños y fruncidos, casi cerrados; los labios, demasiado finos, formaban, con los extremos hacia abajo, una parodia de rictus machista. Su mentón cuadrado rumiaba con lentitud algo que parecía ser chicle de ira. Sentí el rechinar acompasado de sus dientes que yo sabía pequeños y blancos, como los de un bebé. Vestía caro, como siempre. Podía apostarse, para ganar al seguro, que en el ribete interior de los bolsillos del pantalón decía: «Pure wool. Made in England» y que dentro de los zapatos y en la parte interior del cuello de la camisa se podía leer: «Made in USA.» El pantalón era poco más gris que los zapatos. La camisa era verde, listada en lila, o viceversa, y tan ajustada que las mangas apenas podían contener los bíceps hiperdesarrollados por la gimnasia. Me creí obligado a responder a su pregunta:

—Ella no lo sabe.

—¿Qué quieres? —preguntó él

—Conversar.

—¿Sobre qué?

—Sobre crímenes a granel.

Ella se estremeció; pero él hizo un esfuerzo por mostrarse más duro.

—¿Tú mataste a alguien? —me dijo.

—No recuerdo —respondí.

—Entonces, no tienes nada que temer.

Me mortificó su obstinación en parecerse a Mike Hammer y le dije, en tono zumbón:

—¿Y si la policía no cree en mi amnesia? ¿O es que no sabes nada del testamento de tu padre?

—¿Qué pasa con el testamento? —preguntó, ahora erguido, apoyado en las palmas de las manos.

Dejé caer las sílabas, una a una:

—El señor don Isauro Estivil Sueiros cambió su testamento anterior por otro en el que lega toda su fortuna y todos sus bienes a su hija Enriqueta Estivil Vargas. Todo, excepto diez mil pesos que deja a Marieta Gonsés Fleitas, más conocida por Tila.

Tras varios segundos de tensión muscular, la muchacha expelió un grito ahogado, en tanto el muchacho daba un gran salto en la cama. Se le aflojó lo duro hasta hacerse delicuescente. No sé de dónde sacó ánimo para preguntarme:

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo dijo una gitana. Pero lo peor del asunto es que esa desdicha tuya me convierte en sospechoso. ¿Comprendes?

Desde luego, yo contaba con su incompreensión, manifestada con un encogimiento de hombros, porque, naturalmente, él era egoísta. Como yo necesitaba clavarle más la idea, le martillé cerca del oído:

—Dejar todo eso a tu hermana es como dejármelo a mí. ¿Entiendes ahora?

Inútil esfuerzo. No entendió, es decir, no podía entender. Todo lo que se le ocurrió fue preguntar, desesperado:

—¿Y yo? ¿Qué voy a hacer yo?

—No sé. Quizás tengas que aprender a trabajar.

El verbo pareció hacerle daño. Primero, se puso pálido, demasiado pálido para su temperamento sanguíneo. Después, metió sus dedos cortos entre las sortijas de los cabellos grasientos. Luego, con las manos soldadas a la cara, se dejó caer en la cama y comenzó a sollozar, acaso por primera vez en su vida. Verdaderamente, movía a lástima, a mucha lástima. Al observarlo yo pensaba en mi tío, porque él había previsto la escena. «Cuando le digas eso, déjalo llorar», me había dicho unas horas antes. La muchacha no sabía qué hacer,

aparte de mirarme con los lindos ojos llenos de brillante humedad. Su expresión, cómicamente tonta, contrastaba con la angustia rabiosa que gemía a su lado. Traté de soslayar toda ironía cuando dije al derrumbado muchacho:

—No llores, Pedro Isauro. Eso no arregla nada. Sería mejor que buscaras un modo de probar qué hiciste ayer entre la una y once y las cinco de la madrugada. Todo lo que se sabe de ti es que, a las dos, tocaste en una puerta equivocada.

Puso cara de idiota al preguntar:

—¿En qué puerta?

—En la de la habitación de Tila, la de los altos del garaje. Como eres tan desentendido, no sabías que ella, desde varios días antes, dormía en la mansión. Pero, ¿qué pretendías anoche? ¿Violarla?

Se echó hacia atrás, con la cabeza entre las manos.

—¡No, no! —gritó—. ¡No sabía lo que hacía! ¡Tú sabes que estaba borracho!

—¿Qué hiciste después?

—Salí a la calle. Tomé un auto de alquiler.

—¿A dónde fuiste?

—A un bar... A varios bares... No lo recuerdo... No sé...

—¿A qué hora regresaste a tú casa?

—Tampoco lo recuerdo. Desperté a las seis. Estaba dentro de mi carro. Cuando entré en la casa, mi madre me dio la noticia... Pero, ¿tú sospechas de mí?

—Aunque así fuera, no puedo hacer nada contra ti. Ni a tu favor.

—Eres abogado.

—No ejerzo la carrera.

Se limpió los ojos con el antebrazo y exclamó, histérico:

—¡Yo no fui! ¡Yo no lo hice!

—Pudiste haberlo hecho. A la una y once minutos me dejaste frente a casa. Tuviste tiempo. Pero no te acuso. También pude hacerlo yo. Y yo tampoco tengo coartada.

Cometió entonces la vileza de volverse hacia la muchacha y señalarla con un dedo tembloroso mientras chillaba, con la hombría hecha talco:

—¡También pudo hacerlo ella!

Sin duda, le quedaba un restito ínfimo de vergüenza, porque bajó la cabeza, se pegó dos fuertes puñetazos en la frente, dirigió a Tila una mirada oblicua, se levantó y salió. Cerré la puerta y me volví a mirar a la muchacha.

—¡Al fin solos! —exclamé.

Aflojó el gesto tonto y dejó rodar dos lágrimas que estuvieron detenidas largo rato entre las largas pestañas. Me miró y parece que encontró en mis ojos valor para decir:

—¿Qué quiere usted de mí?

—Vine a traerte la buena noticia. ¿No te alegras?

Se retorció los lindos dedos con tanto brío que temí se los echara a perder. Coloqué una mano sobre su hombro derecho y sentí, al tacto, que recobraba la calma con grata lentitud. De pronto, alzó los ojos y me preguntó:

—¿Eso no me hace sospechosa?

—¿Tú sabías lo del cambio de testamento?

—¡No! —exclamó—. ¡Le juro que no!... Pero, ¿por qué me dejó ese dinero?

—Cálmate, nenita. Quizás él quiso recompensar tu bondad. Esos bueyes de oro suelen ser magnánimos a la hora de marcharse para el mundo de los huesos mondos. Es un gesto clásico en esa gentuza.

Anduve unos pasos y registré un pequeño estante donde había pomos, adornos y tonterías acicaladoras. Leí la etiqueta de un frasco. Lo abrí y tomé una pastilla. Fui al lavamanos, medié de agua un vaso y se lo ofrecí. Ella apuró el calmante, siempre mirándome; pero ahora con el esbozo de una sonrisa. Se sentó en la cama.

—¿Ese muchacho viene a menudo a llorar aquí? —le pregunté.

Me respondió con otra pregunta:

—¿A qué viene usted?

—A corresponder a una invitación tuya. ¿No recuerdas? —le mostré el reverso de una tarjeta en cuyo anverso estaban impresos un nombre y otras señas—. Hace unos meses te pregunté tu dirección y me la apuntaste en esta tarjeta. ¿No es esta tu letra? No había venido antes por falta de tiempo.

—Pero...

Le tomé la barbilla con dos dedos.

—Olvídate de la palabra **pero**. Es muy vulgar y nada dice, jamás dice nada. Mírame y escúchame —me clavó su mirada grande y negra—: Sí. Es posible que te veas enredada en este embrollo sangriento. Sin embargo, no temas.

Es cierto que ella había tomado una píldora tranquilizadora; pero quizás yo puse en mis palabras alguna dosis fuerte de un calmante más eficaz. El caso es que una sonrisa —una de esas sonrisas que yo llamo puras— se abrió paso entre sus labios. Insistí:

—Estoy seguro de que nada tienes que ver con esos crímenes abominables. No obstante, es necesario que hablemos de eso. Lo único que pido es que seas sincera, que me digas todo lo que sepas. ¿Me lo prometes?

Usó las pestañas para asentir. Golpeé la tarjeta con el índice y le pregunté:

—Primero: ¿alguna vez invitaste a venir aquí al señor Forniéres?

—¡No, no!

—Segundo: ¿y a don Isauro?

—¡Tampoco!

—Tercero: ¿y al otro Estivil?

—¡No, no! ¡Se lo juro! —gritó; pero luego, laxando la voz, agregó—: Un día él me siguió hasta aquí.

—¿Y qué?

—No ocurrió nada. Ni siquiera lo dejé pasar. Me produce asco ese hombre.

Le mostré el lado impreso de la tarjeta.

—Cuarto —dije—: ¿Y este señor Molínez?

—También me asediaba, como Pedro Isauro... Como todos... Me ofrecían cosas, dinero... Los hombres no entienden. Nunca he encontrado un hombre que entendiera. Los que no luchan para tomarla a una por la fuerza, sólo piensan en pagar. Y hay otros que aspiran a ser pagados. Yo no soy de las que cobran. Ni de las que pagan. Ni tampoco dejaré que me tomen por la fuerza. Pero, ¿por qué le digo todo esto? Usted tampoco comprende. Ninguno comprende.

Le tomé las manos al decirle:

—Yo comprendo.

Me miró don inefable candor. Y comenzó a tutearme:

—Escúchame: soy una mujer tonta, pero honrada. Yo nació en...

—Otro día me cuentas eso, nenita linda. Conozco muchas historias como la tuya. Además, hay dos cadáveres, todavía insepultos. Lo que necesito es conocer la parte más reciente de tu vida. Por ejemplo: la señora Angustias declaró que había oído quejarse amargamente a su marido alrededor de la una y treinta. ¿Oíste tú esos quejidos?

—No...

—¿Y la orden que dio Estivil para que trajeran al cura?

—Tampoco.

—¿Estás segura?

—Sí.

—¿Escuchaste cuando salió Anselmo Estivil?

—Sí.

—Sí.

Me golpeé ligeramente la frente con tres dedos.

—No comprendo —dije.

—¿Qué es lo que no comprendes?

—Que hayas escuchado unas cosas y otras no.

—Es que don Anselmo, al salir, tuvo que pasar por frente a la puerta de mi habitación. Conozco sus pasos.

—Me satisface esa explicación, nena. ¿Y oíste cuando don Anselmo regresó con el padre Paolo?

—No.

Volví a golpearme la frente, aunque esta vez lo hice más fuerte y con el puño. Acerqué mi cara a la suya para decirle:

—¿Cómo es posible? Ellos, al subir, **también tuvieron que pasar frente a tu puerta**. ¿Es que no estabas despierta?

—Sí, pero... —me miró con sus enormes ojos llenos de algo que parecía una mezcla de tribulación e impotencia—. He pensado en eso y, de veras, no recuerdo haberlos oído llegar.

Me levanté para ir a dar un breve paseo por el reducido espacio libre del cuarto antes de enfrentármele, tomarle la barbilla en la palma de mi mano y decirle, con son tolerante:

—Tila: ¿no mentiste al declarar que escuchaste hablar en el pasillo a Anselmo Estivil y al padre Rossini cuando este se retiraba después de confesar al enfermo?

—No mentí. Escuché claramente la conversación.

—¿Quieres repetirme las palabras que escuchaste?

Las repitió una a una, sin variación. Cuando terminó, me senté a su lado para decirle, sin tono acusatorio, porque no estaba seguro de lo que decía:

—Nena, he estado dentro de esas habitaciones del piso alto. Las paredes son gruesas y las puertas cierran muy bien ajustadas. Desde dentro, si acaso, se puede escuchar el rumor apagado de las voces, pero no claramente todas las palabras de una conversación.

No pareció sorprenderse. Por el contrario, fue ella la que me proporcionó una colosal sorpresa al decirme:

—Es cierto. Lo que no dije a la policía es que me asomé a la puerta de mi cuarto.

Fingí toser para disimular mi pasmo, a la vez que acopiaba apacibilidad.

—¿Por qué no lo dijiste? —pregunté con dulzura.

—No sé... Tenía miedo... Creí que eso me complicaría.

—Pero, ¿por qué te asomaste?

—No me había acostado. Me sentía nerviosa por lo de ese muchacho. Además, había tomado dos pastillas de benzedrina, porque a las cinco de la mañana tenía que inyectar al enfermo. No podía usar el despertador, debido a que el ruido del timbre alteraba a don Isauro. Recuerdo que escuché el chirrido inconfundible de la puerta de este. Como estaba cerca de mi puerta, la entreabrí... Una suele hacer esas cosas...

—Te creo. Si no fueses curiosa no gastarías sostenedores... En fin, ¿viste algo?

La encantadora Tila me brindó otra fenomenal sorpresa.

—Sí —dijo—. Primero, escuché la conversación entre ellos. Luego vi al padre Rossini pasar y bajar el tramo de escalera que podía verse desde mi puerta. Llevaba la sotana alzada con una mano.

—¿Escuchaste el ruido de un automóvil que se ponía en marcha?

Quedó muda, con los ojos muy abiertos y muy fijos en los míos. Así estuvo poco más de diez segundos. Al fin, se decidió a exclamar, con cierto

alborozo en la voz y en los gestos:

—¡Madre mía! ¡Ahora recuerdo! —se serenó un tanto mientras explicaba—. No podía escucharlo.

—¿Por qué?

—Porque, al bajar el padre, comenzó a sonar la locomotora.

La inverosimilitud me hizo tomarla por los hombros y estremecerla, al tiempo que le preguntaba con legítima soma:

—¿Qué locomotora pasa por Miramar, querida nenita?

Se echó a reír como ríen los niños ante los monos del zoológico. Después, me explicó:

—Es el auto de un vecino. Hace un ruido infernal, como el de una locomotora de ingenio... Había sonado antes, poco después de salir don Anselmo. Sí. Sonaba a ratos. La escuché varias veces durante la madrugada.

Como aquel era un indicio verificable, volví al tema anterior:

—¿Cuando bajó el padre Paolo viste a Estivil?

—No podía verlo desde mi posición. Sólo oí su voz.

—Eso significa que él no bajó con el sacerdote.

—Estoy segura de que no.

Leí un poco en sus ojos y la lectura resultó favorable a ella. Y a mí.

—Bien —dije—. En ese momento serían las dos de la madrugada, aproximadamente. ¿Escuchaste llegar a Pedro Isauro?

—Sí. Oí el ruido de su automóvil, poco después de salir Rossini.

—¿No sonaba la locomotora?

—¿No te dije que sonaba a ratos?

Entonces la maravillosa Tila abrió la boca y volvió a cerrarla con mucha prisa.

—¿Qué ibas a decir, nenita?

—Nada, nada.

Le tomé una mano entre las mías, le mire de cierto modo las brillantes pupilas y le dije, casi a cara tocante:

—Acordamos que me lo dirías todo. Estoy en peligro, Tila.

Me miró largamente mientras volvía a meterse de narices dentro de su hermoso candor, un candor de un rosado muy atractivo. Apreté un poco su mano. Tenía la piel delicada y vibrante. Nada. Apreté un tantito más.

Tampoco. Recorrí con una mano su antebrazo sedoso. Los vellos alteraron su quietud. Su nariz aleteó. Sus labios hicieron un movimiento oferente, y cuando los míos se disponían para el ansiado encuentro, ella echó la cabeza hacia atrás mientras sus mejillas enrojecían y en tanto sus párpados ocultaban el brillo cegante de los ojos. Despedazada la ilusión, volví a la carga:

—¿Qué ibas a decir, nenita?

—La señora bajó la escalera.

Eso no lo podía esperar ni mi tío. Me levanté y le agarré el mentón para alzarle bien la cara. Se dejó hacer, pese a que fui peor que brusco.

—¿Cuándo? —pregunté.

—Un poco después que el padre Rossini. Iba muy apurada. Escuché cuando abrió y cerró la puerta de la calle. En seguida, oí que arrancaba su automóvil —sonríó con picardía al aclarar—. No. No sonaba la locomotora.

Para mí ya era suficiente. Le agarré las muñecas y las apreté hasta que hizo un gesto de dolor.

—Basta de fantasías, muchachita —le dije con dureza—. No es posible que puedas distinguir a los automóviles por el ruido que hacen.

—Los de la casa y los de los vecinos, sí. Te lo juro. Cuando Elena dormía en mi cuarto...

—¿Quién es Elena?

—¿No la recuerdas? Trabajó en la casa.

Consulté a mi memoria, que no es de las más deficientes. Respondió que sí. Elena era una rubia pequeña, que andaba a saltitos y se especializaba en miradas de reojo y en guiños un tanto impúdicos.

—La recuerdo. Pero, ¿qué pasaba cuando ella dormía en tu habitación?

—Jugábamos, al «quién-salía-y-quién-llegaba».

Hizo una breve pausa, sin duda para reírse interiormente de mi cara de idiota y luego explicó:

—Como sabes, el cuarto está encima del garaje y todos en la casa tienen automóvil. Nosotras aprendimos a conocer los ruidos peculiares de cada carro y también los de muchos carros de visitantes de la casa y vecinos del barrio. No es tan difícil aprender el juego, sobre todo si una tiene insomnio. El automóvil de la señora es un mercedes petrolero. El señor se lo había

regalado para que no derrochara gasolina. Ella sale mucho. Entre mil automóviles distinguiría el sonido de ese mercedes. ¿Me cree?

—Estoy convencido —dije—. Un día jugaremos a eso. Tiene que ser muy divertido. Ahora, dime: ¿escuchaste regresar al mercedes?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo demoró?

—No sé... Pero...

—¡No más peros! —exclamé desde el justo borde de la exasperación—. ¿Sabes o no sabes cuánto tiempo tardó en volver el maldito mercedes?

—No te incomodes, chico. Podemos medir el tiempo.

Cualquiera que sea la pasta de que está hecho mi tío, yo no dudo de que hasta él hubiera saltado al escuchar semejante proposición. Confieso que tuve que dominar a viva fuerza mi bestial impulso de agarrarla por el cuello y apretárselo hasta la asfixia. Me alegro de no haberlo hecho, porque, del otro modo, posiblemente nunca se hubiese despejado el misterio que envolvía al horrendo doble crimen. Cuando estuve totalmente sosegado, pregunté con una sonrisa artificial:

—¿Medir el tiempo? ¿Cómo? ¿Cuándo?

Se levantó y me dijo con aire cándido:

—Ahora. Sería muy fácil.

Se dirigió con mucha naturalidad a una mesita, registró en ella hasta encontrar un bolsilibro de tapas verdes y me dijo:

—Yo tenía este libro entre las manos cuando me asomé a la puerta. Y comencé a leerlo apenas la señora salió. En ese momento, el reloj de la sala dio las dos.

—Eso no dice nada. Sólo nos da la hora de salida.

—Sí dice algo —replicó, con más inocencia que ironía—, porque cuando el mercedes regresó marqué con un papel la página que leía.

Si llego a pegar un poco más fuerte, me habría hecho almidón el frontal; Tomé el libro, es decir, se lo arrebaté de las manos. Era una edición barata de una de esas graciosísimas aventuras del FBI. Lo hojeé y encontré un papel doblado entre dos páginas. Ella me señaló un párrafo.

—Leí justamente hasta aquí.

Me volví para mirarla y di un paso atrás para admirarla. Coloqué mis manos sobre sus hombros, esta vez muy suave y dulcemente. La impulsé hacia atrás con delicada lentitud, en dirección a la cama.

—Ahora, nenita, acuéstate.

Se acostó, le puse el libraquito entre las manos y miré mi reloj.

—Lee— ordené.

Tuve que escucharlo, porque ella suele leer a media voz. Se trataba de unos peligrosísimos comunistas que planeaban asaltar la Casa Blanca con el diabólico objetivo de secuestrar al señor Eisenhower y someterlo a un tratamiento evidentemente ilegal. El propósito era terrorífico y escalofriante: los rojos pretendían introducir dentro de la piel del desdichado presidente a un miembro de la cheka, algo así cómo quien deshuesa un pavo para rellenarlo con trufas. Naturalmente, no llegarían a realizar su nada loable plan, porque allí estaba el infalible Billford Trenton, supercerebro norteamericano con más potencia física que un batallón de tanques y más inteligencia que un par de docenas de **einsteins**, el cual ya andaba sobre la pista de la cédula X-546-C, dirigida directamente desde el Kremlin.

—«...Billford Trenton —leía la encantadora Tila—, macizo come un roble y poderoso como un tifón, fijó su democrática y penetrante mirada en el número de la casucha sucia y pestilente del sombrío y sedicioso barrio de Harlem. Aquella era la guarida de los temibles bolcheviques sometidos a Moscú. Trenton pensó durante un minuto en las bienandanzas de la beatífica sociedad de consumo y eso multiplicó sus fuerzas. Sin vacilación, se dirigió a la desvencijada puerta y su puño invencible hizo sonar en ella tres golpes cortos y uno largo.» ¡Ya! —exclamó la bellísima chiquilla.

Miré el reloj: exactamente veintisiete minutos y once segundos. Pocas horas antes yo había recorrido en mi automóvil —varias veces, por distintos caminos y a diferentes velocidades—, la distancia existente entre la mansión Estivil y el chalet de Rossini. Tío y yo habíamos decidido aceptar, de acuerdo con los promedios, que no era posible ir y venir en menos de cinco minutos y veinte segundos, ni en más de trece minutos exactos. Por tanto, la señora Angustias Vargas contó con oportunidad y tiempo suficiente para cometer los dos asesinatos, especialmente si se tomaba en cuenta la posibilidad de que poseyera una llave de la casa de su amante, el reverendo padre Paolo. Todo

aquello era como para sentirse satisfecho. Tenía algo nuevo que llevar a mi tío para que lo procesara en la computadora que yo sospecho lleva oculta en su cráneo. Sin embargo... Me enfrenté a Tila, me acerqué hasta percibir su aliento agradabilísimo y le pregunté, señalándole el libraje:

—¿Por qué marcaste la página en ese momento?

—Porque sentí curiosidad y volví a asomarme.

—¿Cómo dices? ¿Volviste a entreabrir la puerta? ¿Por qué?

—Porque no sólo oí llegar al mercedes, sino que escuché los pasos de ella y de otra persona —dijo sonriendo, yo diría que maléficamente.

Me llevé las manos a las sienes. Aquello era más de lo que pudiera haber soportado el mismísimo Job. Fui hasta la mesita y registré: en efecto, encontré novelas del FBI, del Oeste, de supermanes, de hiperespías... Volví hasta junto a ella para decirle:

—¿Nadie se ha tomado el trabajo de enseñarte que estos libritos son nocivos?

Ella entendió lo que yo quería decir. Lo vi en su rostro adornado por la burla. Se incorporó sobre un antebrazo y me dijo, sin duda muy confiada en que iba a proporcionarme la enésima sorpresa:

—Pues, sí. La señora venía acompañada. ¿Sabes por quién? .

Medité un ratito, tal y como suele hacerlo mi tío, es decir, agarrándome la nariz y trazando circulitos con el índice en el entrecejo. No dio resultado, aunque es muy cierto que yo no soy mi tío. Dejé caer la mano sobre la rodilla.

—En fin, adorable Tila, ¿quién acompañaba a la señora?

Se levantó, me alzó la barbilla con la palma de una mano, guiñó uno de los ojazos y me dijo:

—¿Te das por vencido?

—Sí.

—El señor Forniéres, tonto.

Me golpeé la nariz con el papel que tenía en las manos. No sé por qué lo abrí después. Era el resultado de un examen de la sangre de Isauro Estivil. A simple vista deduje que aquello no era sangre. Miré la fecha: «3 de agosto», es decir, sólo dos días antes del asesinato. Comenté:

—Si el criminal llega a conocer este análisis, se hubiera ahorrado una puñalada. Al infeliz Isauro sólo le quedaban por tomar dos o tres tazas caldo.

Ella sonrió con un tanto de amargura.

—Después de ver esto, ¿qué prescribió el doctor Saguquí?

—Lo de siempre: vitamina Be doce inyectable, cápsulas...

—¿Cápsulas de qué?

—De Polivitaminerol. Ahí tengo lo que quedó de un frasco...

Miré hacia donde ella me indicaba y reconocí el pomo azul cobalto.

—¿También indicó la infusión que le diste anoche?

—Era té. Yo se lo preparaba para que pudiera tragar las cápsulas.

—¡Ah! —dije.

Volví a tomarle una mano entre las mías y le dije:

—Me marcho, Tila. No te preocupes. Yo volveré. ¡Ah! No salgas de aquí.

Y no dejes entrar a nadie.

Salí. La dama de la verruga me midió la estatura mientras me daba paso. Ya en la calle, vi al hombre de la nariz breve. Estaba plantado en la esquina; pero cuando llegué a Teniente Rey, se había esfumado. Como el pontiac negro todavía estaba aparcado en Bernaza, supuse que el tipo estaría metido en el hueco de una puerta.

Le conté a tío la para mí muy fructífera entrevista; pero él no pareció interesarse mucho en ella, aunque yo sé que él a veces se hace el desentendido para disfrutar con mi incurable vehemencia. Cuando terminé mi relato, sólo me preguntó:

—¿Dices que verificaste eso de la locomotora?

—Sí. Me molesté en hacerlo. La tal locomotora es un Chevrolet de mil novecientos cuarenta y nueve. Pertenece a un vecino maniático, famoso por su tacañería, quien había estado la madrugada de marras tratando de corregirle un fallo al motor de su reliquia. Usted sabe cómo es eso: se echa a andar el carro, se apaga, se aprieta una tuerca, y vuelta a probar el motor... En fin, puedo asegurarle que hace un estruendo infernal. El tacaño accedió a ponerlo en marcha cuando se lo pedí...

—¿A qué hora comenzó el estruendo infernal?

—Alrededor de la una y treinta. A esa hora el maniático llegó a su casa y comenzó a interpretar la sinfonía dodecafónica. La función terminó a las cuatro de la mañana, cuando una vecina se asomó a una ventana y le tiró una sandalia al viejo.

Tío remató brillantemente la partida que jugaba y comentó:

—Eso da un poco de claridad al caso.

—¿Y qué me dice de la salida de la señora de Estivil y de su regreso acompañada por Forniéres?

Después de colocar las fichas para comenzar otra partida, dijo, como hablando consigo mismo:

—Parece que en aquella casa nadie duerme. Es un mundo de sonámbulos, insomnes y fantasmas. En Inglaterra, o en Escocia, estaría vacía, con un letrero en la puerta: «Se alquila. Fantasmas garantizados.»

—¿No cree lo que dijo la muchacha?

—Creo en ti. Tú afirmas que ella no mentía. Además, la cosa encaja. Todo forma parte del juego macabro. Lo que quiero decir es que toda esa gente, toda esa gentuza, no vive. Está muerta, como estaban muertos desde hace mucho tiempo esos dos señores que fueron apuñalados por otro cadáver. Es una danza macabra. Esa sociedad que se desintegra está formada por esqueletos, pero no como los de Posada. Los mejicanos tienen un intuitivo panorama tragicómico de la vida. Han aprendido a burlarse de los cadáveres vivos utilizando esqueletos pelados de toda carne. Los hacen moverse, reír, montar a caballo, a caballo también descarnado, danzar y hasta morir. Pero las calaveras mejicanas son distintas a los fantasmas de Escocia. Allá, los duendes son serios, graves, y hasta usan monóculo y clac. Son muertos que asustan a los muertos, a los que viven muertos. Es una mágica inversión, un sorprendente contraste de valores...

Movió una pieza y murmuró:

—¡Que asco!

—Yo también me siento repugnado —dije—. En fin, parece que el caso se presenta difícil.

—El asunto es muy simple, muchacho.

—Sí —repuse con marcado tono irónico—. Ya sé que encontrar simples las cosas complicadas es una facultad de los genios.

—No ironices —replicó—. Y ahora, vuelve allá y lleva a esa muchacha al cine. Elige una película que tenga gracia de la buena. Nada de oestes. Nada de violencia. Nada de adulterios italianos. Ella no es una calavera mejicana ni un fantasma escocés. Está viva y merece vivir. Anda, anda, y trae algunas de esas cápsulas. Y esta vez no te olvides del papel.

Era cierto. Me había olvidado del papel.

VI. Su primer beso

Sábado 6 de agosto de 1960. 8:00 p.m.

Mientras ella se peinaba ante el pequeño espejo colgado en la pared, cometí un pecado bastante venial: escamoteé el frasco azul cobalto y lo eché en un bolsillo. Al terminar de acicalarse, se volvió, separó los brazos del cuerpo, dio una lenta vuelta en redondo y me dijo:

—Ya estoy lista, señor abogado.

Observé —una a una y muy despacio— las sesenta y seis pulgadas de su estatura. Como lo hice de abajo a arriba, detuve la mirada en sus rutilantes ojos oscuros. Sería una tontería negar que el impacto me estremeció. Ella hizo con todo el cuerpo un ademán entre seductor y provocativo y me preguntó con contradictoria candidez:

—¿Te gusto?

Cierta vez, cuando apenas mi cabeza alcanzaba la altura de la mesa del comedor, tía Alberta me sorprendió con ambas manos en una fuente de arroz con leche. Desde entonces nunca había vuelto a sentir la llamarada del sonrojo. Por eso digo que, sin duda, fue la falta de costumbre lo que me impidió responder a Tila cuando sentí aquella inesperada ola de ardencia que me subió a las mejillas y aquel infamante calor que abrasaba mis orejas. En verdad, no se me ocurrió otra cosa que desviar la mirada hacia el reloj, tomarla tímidamente por el brazo y decirle, con tono poco más que apocado:

—Es tarde. Vamos.

Estuvimos en el cine. Pasaban una cosa divertida de Tati. Acaso porque el rubor no gusta de mostrarse en la oscuridad, no me sonrojé al tomarle una mano y mantenerla entre las mías durante toda la función. Ella se dejaba hacer y comprendí —al escuchar su risa llana y al atisbar sus frecuentes y encendidas miradas de reojo—, que se sentía bien. Tanto, que no pudo evitar el decírmelo cuando, en el automóvil, aproximó su hombro a mi hombro:

—Soy feliz.

Era uno de esos momentos considerados como clásicos y oportunos. Me volví y le tome la barbilla para aproximar su cara a la mía. Cerró los ojos y extendió los labios hacia adelante. Aprecié el dulzor de su aliento y percibí el sonido jadeante de su respiración. Y las bocas se unieron... No me es posible precisar cuánto tiempo estuvieron unidas y excitadas; pero sí puedo afirmar que nunca antes había experimentado tan apacible dicha.

Con una cosquilla de orgullo paseándose por mi piel, arranqué el carro. Íbamos por San Rafael adelante cuando ella acercó su boca a mi oído para decirme:

—¿Sabes que ese fue mi primer beso?

Sentí deseos de reír, pero me contuve. Me volví bruscamente, pero nada dije. En su mirada leí —¿o quise leer?— que no mentía. Por mi parte, no mentí al decirle:

—También el mío...

Sus ojos relampaguearon y abrió la boca, indudablemente con la intención de incriminarme, pero algo advertiría en mi mirada que la hizo arrepentirse. Entonces, se abrazó a mi brazo y reclinó su cabeza contra mi hombro.

Doblé en Prado y, a la altura de Dragones, recordé algo que mi tío consideraba importante.

—Tila —dije—, habíamos quedado en que tú, a las cinco, fuiste a la habitación del enfermo para inyectarlo y descubriste que estaba muerto. ¿No es así?

—Sí.

—¿Viste un papel por allí?

—Sí, pero lo había visto antes.

—¿Cuándo?

—Cuando lo inyecté, poco después de las once.

—¿Isauro Estivil tenía ese papel en la mano?

—No. Estaba sobre la cama. Lo tomé al voltear al enfermo.

—¿Por qué lo cogiste?

—No sé. Lo tomé instintivamente.

—¿Por qué lo guardaste?

—No iba a tirarlo al suelo delante de esa terrible doña Lota, con esa manía de limpieza que tiene. Por eso lo metí en el estuche de los inyectores. Luego me olvidé de él.

—¿Dónde está ese papel?

—Lo traigo conmigo.

No tuve tiempo para dar un grito de sorpresa porque estaba entretenido en mirar por el espejo retrovisor cierto buick rojo que parecía seguirme. Me rasqué la frente y pregunté:

—¿Por qué lo trajiste?

—Me pareció que te interesaría. Hoy, después de salir tú, Forniéres vino a verme. Quería el papel. Me ofreció dinero y hasta me amenazó... —chasqueó dos dedos y agregó, un tanto exaltada—: ¿Sabes que antes de Forniéres vino a verme otro hombre?

—¿Un tipo sin nariz, de espejuelos oscuros reflexivos?

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

—Andaba de ronda por tu casa. ¿Qué quería?

—Me dijo que deseaba hablar conmigo, sobre los... los crímenes. Sentí miedo y cerré la puerta.

—¿Lo habías visto antes?

—No.

En plan de verificación, yo había dado la vuelta al Capitolio. En efecto, el buick rojo parecía ir a remolque del espantajo. Me arrimé a la acera, junto al edificio de la compañía telefónica. Mi seguidor no era un profesional, porque cometió la simplicidad de aparcar ante el hotel New York. La poca distancia me permitió descubrir que el desnarizado no estaba en el buick. Aunque me pareció que eran demasiados carros para un solo espantajo, encogí los hombros.

—Dame ese papel —dije a Tila.

Hundió dos deditos en el sostenedor, sacó lo pedido y me lo entregó, depositándolo suavemente en mi mano, como si me ofreciese algo frágil o algo abstracto, un latido de corazón, por ejemplo. Pero era sólo un papel, claro. Estaba tibio. Lo desdoblé. Lo que yo esperaba: una portada de la revista **Time**. Debajo del título, escrito con tinta azul por una mano temblorosa, se leía: **is money**. Eché en un bolsillo el ininteligible indicio y puse el carro en marcha.

—Sujétate el cinturón, nena.

Ella fingió hacerlo. Avancé por Dragones. El buick rojo me seguía. En Galiano, torcí a la izquierda e imprimí velocidad al carro. Desobedecí la luz roja de Galiano y Reina y tomé por esta calle. A poco menos de cien por hora, di la vuelta a la manzana para volver a Galiano. Conseguí el propósito de situarme detrás del buick, que estaba detenido —yo diría que paralizado— en la esquina de Reina. Rectifiqué la posición de la pistola y abrí la puerta; pero no tuve necesidad de bajarme. El tipo arrancó y, a buena velocidad, tomó Reina arriba. Yo tomé Ángeles abajo, muy despacio. Entonces ella preguntó, creo que con una pizca de sorna:

—¿Nos seguían?

—¿Cómo lo adivinaste?

—Es lo que ocurre siempre en las películas... y en las novelitas nocivas.

Nos miramos para sonreír a dúo.

—No sólo en las novelitas y las películas, nenita, sino también en la vida real. No creas que los cineastas y los autores de esos libritos son genios, ni imagines que los criminales de carne y hueso carecen de talento. A propósito: ¿de quién es ese automóvil rojo?

—No sé. Su ruido, especialmente al arrancar, me parece familiar. Pero no recuerdo haber visto ningún automóvil de ese color en la casa de Estivil, si es eso lo que quieres saber.

Mi amiga inseparable, la intuición, me hizo hurgar en un bolsillo. Le mostré el pequeño pedazo de cartulina donde ella, meses antes, escribiera su dirección. Me dedicó una mirada de admiración mayúscula.

—¿El buick rojo es de él? —pregunté.

—¡Sí, sí, sólo que cambió de color! —volvió a chasquear los dedos—. ¡Oye, hasta anteayer ese carro estaba pintado de gris!

Aceleré el espantajo y ella volvió a reclinar su cabeza en mi hombro. Pensé que merecía un premio y tomé el camino más corto para llegar a Potín. Sorbió con deleite el helado de chocolate. Al volver al carro, me preguntó:

—¿Y ahora.

—A mi casa. Pero no temas. Vivo con tía Alberta y ella te pondrá a dormir en un cuarto herméticamente cerrado y se sentará ante la puerta del mío hasta el amanecer.

Jamás escuché reír a una mujer con tanta alegría. Hubiera dado una tonelada de uranio por ver a mi tía presenciando el indescriptible espectáculo de aquella risa juvenil, franca y vibrante. Al cabo, me preguntó sonrojada:

—¿Por qué a tu casa?

—Porque mi tío tiene ideas muy particulares acerca de las calaveras y los fantasmas.

VII. El tío ya sabe cómo fue y quién lo hizo

Domingo 7 de agosto de 1960. 8:00 a.m.

Era domingo y los domingos yo gastaba un poco más la ropa de cama. Cuando desperté, creí ver delante de mí, por primera vez en la vida, eso que en los cuentos del desierto suelen llamar espejismo. Me froté los ojos y volví a mirar. Era, en efecto, una bandeja. Alcé la mirada y, desde lo alto —¡dulce sensación de espejismo deshecho!—, Tila me dijo:

—El desayuno del señorito.

—¿Tío sabe esto? —pregunté, espantado.

—Su señor tío, jovencito, es la persona más encantadora que he conocido. Tan encantadora, que no pienso darle mi dirección.

Había en su voz un canoro son de sinceridad. La atraje hacia mí y rocé sus labios con un beso casto. Se sonrojó.

—Es mucho mejor ser buena que calavera —le dije

—Ya he visto las calaveras de... ¿Cómo se llama?

—Posada. ¿Te gustaron?

—Son muy alegres. Parecen vivir. Y reconcilian con la vida.

—Ahí está el secreto, nena: vivir, reconciliarse con el vivir.

Desayuné a lo príncipe Rainiero, pero no me gustó. Hay que tener mucho más cuidado con las sábanas que con el mantel. Especialmente si quien lava las sábanas es tía Alberta. De todos modos, no es demasiado malo sentirse príncipe durante media hora en toda la vida. Cuando ella se retiró con la bandeja, tomé una ducha fría, me vestí y salí al corredor. Había sol, mucho sol lindo y grato que acariciaba las flores del patio y entraba por los cristales azules, rojos y amarillos de los ventanales. Besé a tía Alberta, que regaba un arriate desbordado de tilo y hierbabuena. Aspiré deleitado una bocanada de aquel perfume salvaje, es decir, primitivo, todavía incivilizado. Mientras yo contemplaba, absorto, un cantero donde alternaban, en copiosa florescencia, rosales, azucenas, gardenias y claveles, tía Alberta me tomó por la manga de la camisa y me obligó a bajar la cabeza hasta muy cerca de su boca.

—Es una muchacha maravillosa —me dijo. Y en sus ojillos brillaba un destello de picardía que yo conocía muy bien.

Al barruntar que ella estaba a punto de echar a andar su incorregible manía de cupido con faldas, recompuse la actitud modesta de una rosa y me deslicé con rumbo a la sala.

El tío fingió que no me esperaba. Le di tiempo para que realizara en su tablero un par de movimientos de lo que me pareció una sorprendente variante del famoso «séptimo de Moya». Saqué del bolsillo el frasco de Polivitaminerol y lo coloqué en un escaque desocupado. Sin alzar los ojos hacia mí, tomó el pomito azul cobalto, desenroscó la tapa, vertió en la palma de una mano un par de cápsulas e hizo un gesto ambiguo al mover los dedos para sopesarlas.

—Qué imbecilidad —murmuró.

Como yo no había dicho una palabra, no podía aplicarme aquel comentario. Señalé al tablero y pregunté:

—¿Qué? ¿No es bueno ese último movimiento de las blancas?

Me obsequió una sonrisa mientras sopesaba otro par de cápsulas.

—Están vacías —dijo.

Con la boca semiabierta, me apresuré a verificarlo. Destapé una cápsula. Y otra. Y todas. Todas estaban vacías. Muy asombrado, comenté:

—Esto es una tentativa de asesinato.

—¡Eso es una imbecilidad! —replicó—. Es decir; una imbecilidad encima de otra. La primera fue prescribir, contra una anemia hemolítica aguda, esta porquería ineficaz, producida en uno de esos laboratorios mercantilistas que, inexplicablemente, todavía subsisten por ahí.

—Yo creo —me atreví a decir— que, más que imbecilidades, fueron piadosas acciones para apresurar la inevitable llegada de doña Final.

Me miró con cara de no-me-hinques-para-que-salte, colocó los codos sobre los muslos, apesó el mentón con las manos y clavó la mirada en el tablero. Me senté delante de él, curioso por saber cómo resolvía el «séptimo de Moya» en que estaba metido; pero no efectuó una sola jugada. Al cabo de un largo minuto, alzó la mirada sin levantar la cabeza.

—Es una muchacha excelente —dijo, y me pareció que imitaba la voz de tía Alberta.

Lo miré, pero no. En su cara no vi la menor señal de que fuera un conspirador contra mi soltería. Por el contrario, pensé que acaso él sentía su corazón tan saltarín como el mío. Naturalmente, no experimenté celos, porque —aparte de la ventaja que yo le llevaba con aquel primer beso—, no me lo imaginaba en plan de presunto adúltero. Al fin, resolvió con un par de jugadas la difícil partida, se reclinó en la butaca y me preguntó, con mucha gravedad:

—¿Tú la crees capaz de haberse entregado a Isauro Estivil?

—¡No! —respondí, tajante.

—¿Ni por diez mil pesos?

—¡Ni por todo el oro del mundo! —exclamé.

—No te enfurezcas, muchacho —dijo, muy sonriente.

De súbito, comprendí que sus dos preguntas tuvieron el propósito de evaluar la sinceridad de mi sentimiento. No me ofendí, porque él era quien era y, además, porque hasta entonces yo, de puro intento, siempre había utilizado un lenguaje anfibológico al referirme a Tila Gonsés. Tío pareció esperar que pasara la procesión que me andaba por dentro. Luego, dijo:

—Yo tampoco lo creo. Y es bueno que coincidamos. Hablé con ella y descubrí que es una magnífica observadora. En fin, ¿quién te siguió anoche?

Le entregué la manoseada tarjeta y cometió la indiscreción de leerla por el reverso, inmiscuyéndose, por segunda vez en pocos segundos, en mi vida

privada. Al voltearla y leerla, dijo:

—¿Quién es este señor Molínez, Tila?

Yo no supe cuando ella entró, pero estaba allí, con la bandejita portadora de dos tazas de café muy negro y muy fragante... ¡y dos copas de ron añejo! Mientras tío paladeaba el dorado líquido, ella respondió:

—Es un hombre que embarca gente a Estados Unidos.

—¿Es visita habitual de la casa?

—Sí. Desde hace algunos meses. Conversaba mucho con el señor Estivil. Tiene negocios en los muelles.

No era nada nuevo para mí. La tarjeta rezaba que aquel tipo era corredor de aduanas. Tío preguntó, supongo que ingenuamente:

—¿Y tú tienes negocios en los muelles?

Ella captó el equívoco y rió al responder:

—Ni en los muelles ni en ninguna otra parte. Esa tarjeta me la dio hace tiempo, cuando me asediaba. Recientemente, quiso darme otra. Se ofreció para sacarme del país.

—¿Tú tienes el proyecto de irte al extranjero?

La pregunta me pareció incongruente; pero abrí los ojos a la respuesta, que no se hizo esperar:

—No, señor. Me siento muy bien en Cuba. Quiero estudiar.

Espiré un buen soplo de aire sobre el tablero. Tío me miró y sonrió antes de volverse a la muchacha para preguntarle:

—¿Qué o cuánto te pidió este individuo para sacarte del país?

Tila no comprendió en seguida. Meditó unos segundos y volvió a reír antes de responder, muy lúcida:

—Primero me pidió **qué**. Y como yo me negué a dárselo, me habló del **cuánto**.

Me enfadó que a tío no lo asombrara aquel eufemismo tan perspicaz, aunque yo sé que él es muy entendido en asombrarse sólo por dentro.

—¿Cuánto? —se limitó a preguntar.

—Quinientos pesos. Claro, me aseguró que ese era un precio especial para mí. Parece que otros tienen que pagar dos mil. O más.

—¿Te habló de una lancha o...?

—No precisó ese detalle.

—Otra cosa, Tila: ¿Molínez y Forniéres tienen relaciones?

—¡Cómo no! Van y vienen juntos. Forniéres usa con frecuencia el carro de Molínez.

—Está bien, hija. Deja ahí esa bandeja.

Colocó la bandeja junto al tablero y se retiró. Sus tacones imitaban el ritmo de una música alegre, criolla. Tío la vio alejarse y luego se dispuso a iniciar otra partida. Cuando terminó de colocar simétricamente las veinticuatro piezas, me dijo, en tanto clavaba un índice en mi pecho:

—Escúchame bien: en algún lugar del litoral hay una embarcación, presumiblemente un yate, perteneciente a la familia Estivil.

—No es posible —repliqué—. Si existiera tal yate, yo lo sabría.

A mi tono altanero respondió con tonillo picante:

—¿Cuántos calzoncillos verdes tenía el señor Estivil?

Por supuesto, semejante pregunta me hizo daño y le pagué con moneda similar:

—Tres docenas verde limón y media docena verde palmera. ¿Quiere saber cuántos botones usaba en la bragueta?

Rió antes de decirme en su grato tono paternal:

—No te enojés, nene.

Solamente me decía **nene** cuando sentía deseos de abrazarme y, claro, eso enternece a cualquiera, hasta a mí. Y, enternecido, sonreí.

—Es casi al revés, hijo. Si tú supieras que esa embarcación existía, yo no me interesaría en que la buscaras, porque no tendría nada que ver en este asunto tan sucio. Búscalos. Es un barco que la noche de los crímenes se preparaba para zarpar o tenía algún desperfecto mecánico.

—¿Está estudiando magia a su edad?

—No bromees. Por ahí andan sueltos algunos entes peligrosos. **Sin embargo...**

Yo conocía muy bien el tono de aquel **sin embargo**.

—¿Quiere decir —pregunté, anhelante— que ya usted sabe...?

—Sé el **cómo** y el **quién**. Sólo falta encontrar respuestas a unos pocos **por qué**.

Él jamás mentía. Es por eso que me inflé de orgullo.

Al velatorio de los difuntos concurrió —como habría dicho uno de aquellos cursis cronistas sociales que padecemos— «lo más granado y chic de la high-life». Faltaban muchos, claro está, porque ya por entonces el éxodo de plutócratas había dejado miles de casas vacías en El Vedado, Miramar, Biltmore y otros apartaderos de la burguesía derrotada, pero estaban casi todos los tozudos que confiaban en el milagro —que cada día imploraban a san Sam— de ver desembarcar por el Malecón a los marines para hacer que «las cosas volvieran a la normalidad». Más que funerales, aquello era un conciliábulo propicio para intercambiar ilusas esperanzas y engordar rumores absurdos.

Las tres mujeres —Angustias, Lota y Petra— parecían una sola. Lloraban muy afligidas, sentadas entre los imponentes féretros. Anselmo Estivil, Charles Forniéres y Argelio Molínez pasaron horas en continuo secreteo. Enriqueta lloraba sobre mi hombro. Angélica de Forniéres parecía interesada en pescar, con el anzuelo de su mirada y la carnada que se supone, no sé si a un obispo lleno de talco o a un millonario rezagado, pues los dos ocupaban un cómodo sofá ubicado frente a los muslos de ella. Pedro Isauro Estivil, como de costumbre, se tambaleaba e hipaba alcohol del caro. Cuando llegaron el doctor Saguerí y su esposa, fueron a dar el pésame a la viuda de Estivil. Ella se levantó, hipeante, y dio un abrazo perfectamente histérico al médico de la familia. Cuando se desabrazaban, vi que él entregaba, de modo subrepticio, un papel, o algo semejante, a la inconsolable señora. Pese a que aquel no era un momento oportuno para cuestiones mercantiles, pensé en que podría ser la factura de las visitas al enfermo ya difunto.

VIII. A la pesca de evidencias

Domingo 7 de agosto de 1960. 3:00 p.m.

El sujeto de los espejuelos reflexivos guiaba su pontiac justamente sobre las huellas de los neumáticos del espantajo. No lo hacía del todo mal. Sabía conservar la distancia con bastante pericia y suficiente discreción. Esto me llevaba a deducir que se trataba de un profesional, aunque sus trucos sólo podían servir contra alguien que no conociera el oficio. Por suerte para él, yo tenía algo importante que hacer y maniobré el timón a mi manera para llegar a donde iba sin aquel rabo negro detrás.

No era yo el único tonto que pescaba en aquellos canales, donde la posibilidad de atrapar un pez era tan remota como la de abrir un agujero con un mondadientes en medio de la calle y encontrar un hueso de pitecantrophus, aunque yo siempre he pensado que lo divertido del pescar quizás sea hacerlo donde no hay peces. En rigor, esa es la más pura afición por la pesca. Lo otro, pescar donde exista algo que pescar, es profesionalismo. Desde luego, se trata solamente de una opinión personal y no estoy dispuesto a polemizar en torno a ella.

A mi lado derecho, apenas a unos diez metros, estaba un señor gordo con un niño inquieto y una vara inocua. A mi izquierda, sentado a lo sastre, con

una pipa muy roída entre los labios, había un hombre seco, afilado y sucio que parecía conocer el secreto de aquellos canales, porque no pescaba. Se limitaba a observar, con aire ausente, el ligero chocar del agua contra los pontones, aunque, de cuando en cuando, miraba hacia la calle, como si esperase a alguien.

—Bonito yate —le dije, al tiempo que señalaba con mi vara una embarcación que se mecía un poco a nuestra derecha y que lucía en la popa una palabra azul: «Time».

El hombrecito golpeó varias veces la cachimba contra el muelle y, sin mirarme, rezongó:

—Sí.

Registró sus bolsillos y no encontró lo que buscaba. Cuando se volvió hacia mí, abrió la boca para dedicarme una sonrisa desdentada y alargó una mano huesuda para tomar el habano que yo le ofrecía.

—Gracias —dijo; olisqueó el puro con gesto de conocedor y agregó—: Parece de los buenos.

Trabé un pedacito de camarón en el anzuelo y rezongué:

—Sí.

El hombre hizo un hueco con las manos para encender el caruncho, aspiró una larga bocanada con evidente deleite; entrecerró los flácidos párpados; alzó la puntiaguda barbilla y expelió humo por boca y narices durante un buen rato. Me pareció como un dios extemporáneo que se introducía sin permiso en la mitología para iniciar en el placer de fumar a sus cofrades del Olimpo. Un dios que no sabía leer un anillo de tabaco; pero que condescendía a conversar de tú a tú con los mortales.

—Ese es el yate de los Estivil.

—He oído hablar de ellos.

—¡Claro que ha oído hablar! Al viejo Estivil lo asesinaron hace un par de días.

—Cierto, cierto... Lo leí en el periódico... Ese yate debe andar muy rápido.

—¡Bah! Hace ocho nudos, pero puede hacer más. Tiene un problema en el motor. Cualquier día se funde en el Golfo y va a parar a la Conchinchina. Yo puedo arreglarlo. Precisamente, estoy esperando al dueño.

—¿No me dijo que al dueño lo asesinaron?

—Ahora quedó de dueño un socio de Isauro Estivil. Por cierto, hace un par de días que no viene por aquí.

Eché el anzuelo al mar estéril y dije, como si soñara:

—Si yo tuviera un barco así, no me bajaba de él.

—No lo crea. Al final, se aburriría. Digo, si no lo usaba nada más que para pasear.

Puse mi mejor cara de asombrado y repliqué:

—¿Y para qué otra cosa puede servir un yate?

Sonrió mientras me miraba de arriba a abajo, cómo registrándome las intenciones. Sin duda quedó satisfecho, porque, al cabo, dijo, en tono confidencial:

—Para muchas cosas, amigo, para muchas cosas.

Me hizo un guiño a dos ojos. Le devolví uno de los míos, el más comunicativo, antes de fingir caerme de una nube.

—¡Claro, para muchas cosas! —exclamé y luego bajé el tono para añadir —: Por ejemplo: para sacar gente del país.

El recién estrenado dios puso cara de mortal asustado; pero, después de echarme otra ojeada sagaz, me golpeó en el hombro con familiaridad y me dijo, en un tono poco menos que íntimo:

—Usted sabe..., usted sabe...

El momento me pareció oportuno para ir directo al asunto y le confié, con son triste:

—Tengo a mi madre muy enferma en Miami.

—¡Coñó!

Miró a su alrededor, se aproximó más, echó a un lado mi latita de camarones y sopló a mi oído:

—¿No puede irse legalmente?

—No. Digo, sí. Sí. Pero los trámites demoran demasiado. En realidad, yo...

El hombre pareció interpretar muy bien mi reticencia. Me echó una buena bocanada de humo en la cara, acaso para demostrarme que su afecto por mí iba **in crescendo**, y me volvió a golpear el hombro como si él fuera mi tío.

Hizo una pausa para dar una larga chupada al caruncho y dijo, mientras me señalaba el «Time» con la punta del habano:

—Yo creo que ese barco sale de viaje el sábado que viene.

—¿No dice usted que tiene el motor descompuesto?

—Sí. El dueño, o sea el socio del dueño, estuvo tratando de arreglarlo la otra noche —volvió a echar una mirada circular y bajó la voz—; por cierto, que fue la noche del crimen. Yo lo ayudé un poco; pero no le dije lo que tenía. ¡Qué va! La cosa no es tan grave. Lo que le falta es una pieza.

Mientras enganchaba otro camarón en el anzuelo, pregunté:

—¿Y por qué él viene de noche? ¿Es que trabaja de día?

Largó una risotada al replicar:

—¡Ese jamás ha trabajado, compadre! Viene de noche por precaución. La noche es mucho mejor para esos trajines, porque no hay curiosos. ¿Me comprende?

—Comprendo, comprendo. La noche y la soledad... No es prudente que la gente sepa ciertas cosas, digo yo...

—¡Claro que no! Ese hombre sabe mucho. Antes de cada viaje, viene él solito para prepararlo todo; aunque la otra noche, como a las dos de la madrugada, vino a buscarlo una vieja con un mercedes.

Mitológico al fin, el dios pertenecía a la especie de los parlanchines clásicos. Pese a la importancia de sus informaciones, fingí desinteresarme de lo que me interesaba:

—Usted parece estar muy bien enterado de todos los movimientos de este lugar.

—Yo nací aquí y aquí me crié —dijo con aire orgulloso—. Conozco, a todo el mundo desde que esto era una playita para pobres, antes de que hicieran este embarcadero para millonarios.

Lanzó al aire una ancha y espesa bocanada y la observó, placentero, hasta que estuvo bien disuelta en el fresco aire de la tarde.

—Pero las cosas se están poniendo cada vez peor —dijo, muy acongojado—. Los millonarios se están yendo. La mitad de los yates ya son del gobierno.

Compuse una cara de apolítico para decir:

—Sí. Nadie sabe a dónde iremos a parar.

El hombrecito se acercó a mi oído para decirme, confidencial:

—Al comunismo, compadre. Eso es lo que dice Forniéres. Y ese sí sabe lo que dice.

—¿Quién es Forniéres?

—El hombre que le dije. El socio del difunto.

—¡Ah, ya! El que anda con la vieja del mercedes.

—¡Nada de eso! Ese no es un tipo que se ocupe de las viejas, mi amigo. Digo, a menos que haya algún negocio por el medio. La mujer oficial de Forniéres es una hembra fantástica, brutal. ¡Y valiente!

—¿Ah, sí?

—Como usted lo oye. Es una tremenda marinera. Siempre va en los viajes del barco, aunque creo que en el del sábado no va a ir. Parece que es uno de los viajes especiales.

Le mostré mi mejor cara de lelo y le pregunté:

—¿Especiales?

—Sí. En esos viajes solamente van Forniéres, un hermano de Estivil y un tal Molínez.

Indudablemente, todo eso era más de lo que tío quería saber. Entonces, mientras tiraba de la vara, grité:

—¡Huy! ¡Parece que picó uno!

El neodiós soltó una carcajada que me hizo sentir pequeñísimo, casi molecular. En medio del espasmo, se burló:

—¡Sí! ¡Sí! ¡Picó un pontón del muelle!

Tiré de la vara hasta que el hilo se rompió y me levanté. Sacudí mis pantalones y obsequié al señor gordo mi latita de camarones.

—Me doy por vencido —dije.

—De todos modos, usted no vino a pescar —dijo el hombrecito a mi oído.

Le entregué otro caruncho y él trepó una mano sobre mi hombro. Su familiaridad no olía muy bien; pero... Echamos a andar muelle adelante. Hablamos un poco más. Mientras guardaba mi vara en el maletero del espantajo, le guiñé un ojo. Al entregarle una tarjeta con mi nombre y dirección, le dije:

—¿De veras va usted a hablar con él? —cuando asintió, agregué—: Créame que me urge ir a Miami... ¿Hay algún teléfono público por aquí?

—A tres cuadras, en el bar de Chepa. ¿Quiere ir a llamar y a tomarse una cerveza bien fría?

—Sí, vamos; pero yo invité.

El dios soltó una carcajada verdaderamente olímpica.

Pasé por casa a cambiarme de camisa y de pantalón. Tío estaba en el recibidor. Tenía entre las manos un libro encuadernado en tafilete rojo, signo distintivo de los tomos privilegiados que se alinean en la cabecera de su cama. Me acerqué en puntillas: ¡era «Epigramas», de Marcial! Desde pequeño yo sé muy bien que a él no se le puede molestar cuando lee. Es por eso que me apliqué, sin hacer ruido, en levantar cojines, mover adornos y registrar gavetas. Dio resultado: cerró el libro y me preguntó:

—¿Qué buscas, muchacho?

—Una pieza para arreglar el motor de un yate. Salgo el sábado de pesquería con unos amigos.

Naturalmente, sonrió. Aproveché su buen ánimo y le conté mi entrevista con el dios; pero sólo se le ocurrió decir:

—Todo eso encaja en el rompecabezas.

—¿Dónde tiene usted ese rompecabezas? Me gustaría verlo, aunque no sea más que para ver cuántas piezas faltan por encajar.

—No te desesperes —dijo, otra vez muy sonriente.

—¿Y qué me aconseja? —repliqué—. ¿Leer a Marcial? ¿O cree que son más apropiados para mí los cuentos de Perrault?... En fin, buscaré a una cartomántica. Quizás ella me diga cómo supo usted que ese yate existía.

En lugar de enfadarse, me dijo, muy flemático:

—Tú pudiste haber llegado a la misma conclusión, pues tenías todos los datos.

—¿Yo?

—Sí. Cronología aparte, primero: Molínez y Forniéres están íntimamente asociados; segundo: Molínez y, por tanto, Forniéres se dedican a embarcar

gente para Estados Unidos; tercero: en la habitación de Forniéres fue ocupado un pantalón manchado con grasa fresca y empapado en agua de mar...

Castigué a mi incapacidad con un fuerte manotazo en la frente y dije, resignado:

—Basta, señor Cagliostro.

Le tomé los hombros y estiré los brazos para admirarlo desde la cúspide de mi engreimiento filial. Él, conmovido, palmeó paternalmente mis costados.

IX. Descubrimiento de varios pecados más o menos mortales

Domingo 7 de Febrero de 1960. 5:00 p.m.

No era la primera vez que andaba detrás de mí un tipo de nariz rara; pero el ñato de ahora era demasiado contumaz. Cuando llegué al lugar donde guardaba mi carro, lo vi. Es decir, no lo vi a él, pero ya yo estaba muy familiarizado con los grandes espejuelos reflexivos que me acechaban desde detrás de un árbol, una cuadra más allá. Presumí que su pontiac negro no andaría muy lejos y me alegré de su disimulo. Eso quería decir que ya él sabía que yo sabía que me seguía. Por otra parte, su prudencia indicaba que, al menos por el momento, no se interesaba por mí, sino por las personas con quienes yo me relacionaba. Sin embargo, me sentía mortificado, ya que, como quiera que un investigador profesional siempre trabaja por cuenta ajena, no me atrevía a determinar quién, de entre media docena larga de sospechosos, pudiera ser su cliente. No creo necesario aclarar que el tipo no me preocupaba ni mucho ni poco, acaso por aquello de que gato no come gato. Y aunque me cosquilleaba el deseo de intercambiar un par de párrafos con él, decidí aplazar el choque para cuando me sobrara un poco de tiempo. Por eso, aunque mi propósito era dirigirme a Miramar, tomé en dirección al centro de la ciudad. Al fin, después de varias vueltas y revueltas

entretenidísimas, lo perdí de vista, es decir, él, sin duda mareado, me perdió de vista en Neptuno y Belascoaín. .

La atrapé en el parque de los árboles gruesos de la Quinta Avenida. Ella parecía ir de prisa; pero alguna cosa extra debí poner en el guiño que le dirigí al pasar junto a mí, porque la velocidad de sus piernas disminuyó ostensiblemente. Eso me dio oportunidad para apareármeme sin demasiado esfuerzo. Cuando habló, su voz sonó irritada, y, por su segunda pregunta, deduje que acaso no fue mi guiño lo que la hizo cambiar de paso:

—¿Por qué me sigue? ¿Usted es policía?

Me decidí por responder a lo que me convenía:

—¿Está prohibido seguir a una muchacha bonita?

No respondió, pero se detuvo. Era mejor así, porque, además de admirar su cuerpo esbelto y su cara linda, pude mirar a mi gusto sus ojos verdes, en los que había un poco de susto. Puse cara de don-juan-honesto y le dije con mi mejor seriedad:

—Me gustas mucho.

Sonrió. Sólo un segundo, pero sonrió. La tomé con delicadeza del brazo, la conduje hasta bajo uno de los árboles grandes y casi la obligué a sentarse en una de las fantásticas raíces aéreas. Digo **casi** porque ella también puso un poco de su parte al acomodarse.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté con voz de **werther**.

—Irene.

—Nombre de santa... ¿Qué edad tienes?

—Dieciocho.

—Edad de virgen. ¿Trabajas?

—Soy sirvienta.

—Profesión de mártir.

No creo que haya entendido mucho; pero volvió a sonreír, ahora con largueza y de un modo tal que su sonrisa me pareció impropia de una santa, virgen y mártir. Me senté a su lado y no tardé en arreglármelas para que me contara algunos fragmentos dispersos, todos muy suspirados, de su biografía. Nada de particular interés. Con ligeras variantes, lo de siempre: la campesina

deslumbrada que emigra a la capital para intentar la búsqueda de un futuro mejor. Luego, la inexplicable demolición del castillo edificado en el aire. Después, lo que yo sabía desde la víspera: de casa en casa, fue a parar allí.

—¿Te maltratan? —pregunté.

—No. La señora es muy buena.

La miré. Ya ella me miraba. Pero no entendió lo que le decían mis ojos y mi gesto. Tampoco creo que ella tuviera conciencia de lo que dijo. Ocurre que a veces la gente entiende cuando ha dicho algo inconveniente y a veces ni siquiera sospecha que ha soltado una incongruencia. Endurecí más la mirada. No resultó. En fin, tuve que lanzarme de cabeza al río sucio:

—Estarás pensando en la casa anterior donde serviste. ¿Era la de los López Trigo? No. Esa fue antes. La buena, en todo caso, sería la señora de Gonzaga...

Su cara linda se transformó en máscara de incompreensión. Poco menos que letra a letra, terminé la frase...

—...porque un cura, nenita, no puede tener **señora**.

Se puso de pie. Como me sentía cómodo, permanecí sentado. La tomé por una muñeca. Temperatura: fresca. Pulso: algo alterado. Respiración: disneica. Mirada: entontecida. Orejas: sonrojadas. Labios: mohínos.

—No te preocupes, muñeca. Todos somos indiscretos de cuando en cuando.

Tiré de su brazo para hacerla sentar. Lo conseguí, esta vez más junto a mí. Percibí su aliento perfumado con **chewin-gum**. El talco olía a barato, aunque no tanto como el rouge de sus labios, unos labios que parecían gruesos si se los comparaba con la breve nariz de punta ligeramente alzada. Pero tales detalles no desmerecían la belleza de su rostro, donde unos ojos muy grandes, muy verdes y muy inquietos servían de atracción principal. Volví a faltar:

—Yo mismo suelo ser indiscreto. Pero no temas. No le diré a nadie que me dijiste que el padre Rossini tenía mujer.

—¡Yo no dije eso!

—No lo dijiste, querida Irene, pero yo lo entendí. Ahora, dime: ¿por qué la señora es buena? ¿Te regaló un vestido usado el día de tu cumpleaños?

Intentó volver a levantarse, pero se lo impedí sin hacer fuerza. Bastó que le acariciara una mano. Eso siempre me da buen resultado. Como estaba a punto de llorar, hice una mueca y saqué la lengua. Casi nunca falla eso. Sonrió. Coloqué un brazo por encima de sus hombros. Se acomodó. La situación era ideal para mi propósito y reanudé el ataque con voz suave, pausada:

—Irene, hace varias semanas que me intereso por ti. He hablado con algunas personas del barrio. Por eso he sabido que esa señora pasaba por ser sólo una sirvienta del cura, pero, en realidad, era algo más. De esta manera, tú vienes a ser la criada de la concubina del difunto. Algo así como la tapa de la olla... —hice una pausa y pregunté—: ¿Lloró mucho?

—¿Quién? —preguntó con el tono de alguien que oyera hablar por primera vez de Marilyn Monroe.

—Ella, nena —respondí—, la señora Petra. Llevaba algún tiempo con él. Algún cariño debía tenerle al infeliz padre Paolo. Siempre uno llora un poquito a las personas que quiere y que se van para siempre de este mundo. No sé quién dijo que cada lágrima es una gota de dolor.

Más o menos, conseguí el efecto que esperaba, porque me dijo, con más ingenuidad que admiración:

—Usted habla muy bonito.

—Y eso que no me has oído hablar solo... Pero, ¿lloró?

—Sí. Pero siempre llora cuando está sola.

La respuesta me pareció discordante; pero no me detuve a analizarla, sino que me limité a decir:

—Es muy natural. Hay que salvar las apariencias, como dijo la emperatriz Josefina.

Esperé que ella deshiciera la O admirativa que formaron sus labios y le disparé junto al oído:

—Nenita, ¿tú sospechas de alguien?

—No. ¿De quién puedo sospechar?

Su tono ingenuo garantizaba la veracidad. En rigor, yo no esperaba otra cosa; más, mi pregunta tenía una segunda parte:

—Pero la señora sí sospecha de alguien. ¿No es cierto?

Su mano se enfrió un tanto dentro de la mía y se la froté para devolverle su calor natural mientras ella respondía:

—No... No sé... Ella dijo a la policía que no tenía sospechas. Dice que no sabe quién pudo haber matado a un hombre tan bueno, tan santo...

Me tire más a fondo, mientras la miraba son ternura:

—Pero él no era tan santo, ¿verdad?

Sus ojos traviosos se paralizaron un instante. Al recobrar su viveza, uno de ellos me dedicó un guiño en tanto los labios formaban una sonrisa llena de sana malicia:

—¡Eres el diablo! —comentó.

—¿Y él?

Cerró la boca; pero no tardó en abrirla para decir:

—No. Él no era ningún santo.

Acomodada ya a mis intenciones, entré en materia:

—¿Lo visitaban muchas mujeres?

—¡Oh, sí! Entre ellas... Pero, ¿no se lo vas a decir a nadie?

Hice el signo de la cruz y lo besé. Ella rió con ganas. Usaba una risa franca, sana. Me tomó una mano. Desde entonces las caricias corrieron por su cuenta. Y habló:

—Sí. Lo visitaban muchas mujeres. Todas mayores. Entre ellas, la señora Angustias de Estivil. Esa tenía llave de la casa.

—¿Y la señora Petra consentía todo eso?

—Creo que sí, aunque casi siempre ella salía cuando él..., cuando él recibía esas visitas. ¿Me comprendes?

—Te explicas muy bien. Eso es lo que se llama tolerancia civilizada o algo así.

Mientras ella me sobaba una mano, con la otra saqué del bolsillo una foto tomada en un recibo familiar de la mansión Estivil. Se la mostré y dije:

—¿Cuáles de estas personas visitaban al padre Paolo o a la señora Petra?

Su recelo, que hacía rato se había agazapado, dio un salto. Se despegó un tanto y movió un índice ante mis narices.

—¡Tú eres de la policía! —exclamó.

Fabriqué una carcajadita para que sirviera de preludeo a mis palabras:

—No seas tonta, Irene. ¿No me ves ahí? Este soy yo. Y esta es mi novia. Es la hija del otro que mataron. Pero no la quiero. Sólo me interesa su dinero. Ahora necesito saber si ella también se entendía con Rossini.

Tuvo lástima de mí. Lo vi en su mirada y lo sentí en el apretón casi maternal que dio a mi mano. Pero su compasión también se hizo verbal:

—No, no. Ella no. Puedes estar seguro. A él no le gustaban las jóvenes. A mí, nunca me miró.

—Menos mal —dije—. ¿Y qué me dices de las otras?

Cogió la foto para examinarla bien.

—Esta es la señora Angustias —dijo—. ¡Espera! —señaló a Angélica de Forniéres—. ¡Esta piruja también iba! —indicó a doña Lola—. Y esta tal Carlota. ¿Sabes una cosa? Un día la vi revolcándose con el padre Paolo en un sofá.

—¿Y los hombres?

—Este iba. Es el marido de la... de la Angélica. Y este muchacho —lo decía por Pedro Isauro—. Y este también. Es don Anselmo, el que vino a buscar aquella noche al padre Paolo, según me dijo la señora Petra. ¡Dios me perdone, pero yo creo que ellos se entendían!

—¿Quiénes, nenita?

—Don Anselmo y la señora Petra.

—¡Caramba! —comenté—. La casa del reverendo era una sucursal de la mansión de Estivil.

Esbozó una sonrisa; pero en seguida se enserió. Le agarré una oreja y le dije:

—¿Hay algo que no me has dicho?

Me miró y tomó de mis ojos ánimo para decir:

—Sí. Jugaban. ¿Cómo se llama ese juego? Es con barajas americanas.

—Póker.

—Eso es: póker. El padre Paolo tenía mucha suerte. Siempre ganaba.

—¡Pobre hombre! —lamenté—. Afortunado en el juego y afortunado en amores. Y ahora, muerto. Dicen que era muy inteligente, un verdadero sabio... ¿Tú estabas en la casa cuando... cuando lo mataron?

—No. Era mi noche libre.

—Pero oí decir que tú descubriste el cadáver.

Su mano se crispó en tomo a mi muñera. Volvió a mirarme para retomar valor.

—Sí. No quisiera acordarme de eso. Llegué a las seis. La señora dormía todavía.

—¿Tienes llave de la casa?

—Sí, de la puerta trasera.

—En fin, entraste y...

Preparé el desayuno del padre. Lo subí y...

Cerró los ojos y volvió a oprimirme la muñeca.

—No te angusties, Irene. Eso ya pasó... Escucha: ¿el reverendo acostumbraba dormir con el calefactor?

—No, no. Como era algo grueso, siempre estaba acalorado. Por eso me extrañó ver aquel aparato funcionando en su cuarto. El pobre...

No pudo más con la tensión y rompió a llorar. En esos casos, cuando una mujer llora, lo mejor es distraerla. Y para que se distrajera, la llevé a Kasalta.

Como no lo vi interesado en el relato, le pregunté:

—¿Qué le parece, querido tío, ese llanto, cuando nadie la mira, de esa señora?

—Una de dos: remordimiento o terror.

Eché una ojeada al tablero. Las negras estaban en una situación tan comprometida que les administré, mentalmente, los santos óleos.

—Esa muchacha, además de bonita, es un libro abierto. ¿Me da su permiso para casarme con ella?

Movió una pieza blanca y se reclinó en la butaca.

Con los ojos cerrados, me preguntó:

—¿No se te ha ocurrido visitarla?

—¡Cómo no! Tengo cita con ella para mañana. Tendré que excusarme en el trabajo, porque se terminaron mis vacaciones. Si usted me necesita, puedo pedir unos días... ¿Le parece bien hasta el viernes próximo? Es viernes doce y...

No era necesario terminar la frase. Desde que algunos años antes comenzamos a jugar a los detectives —sólo animados por el más puro

diletantismo—, se estableció entre nosotros una suerte de pacto tácito — demasiado tácito, por cierto, ya que tío jamás se comprometió con él ni de palabra ni por escrito, aunque nunca dejó de cumplirlo—. Este convenio unilateral —era yo quien lo promovía, alentaba y casi imponía— nos obligaba —¡lo obligaba a él!— a dejar resuelto cada caso que investigábamos en no más de siete días, a partir de la fecha, de consumación o descubrimiento del hecho en cuestión. Y como los asesinatos de Estivil y Rossini fueron cometidos el viernes 5, el día tope era el viernes 12^[2].

Por supuesto, tío no respondió a mi solapada insinuación. Lo que hizo fue inclinarse sobre el tablero y realizar exactamente tres jugadas que, para mi vergüenza, dieron el triunfo a las negras. Luego sonrió de un modo especial. Eso significaba que aceptaba —¡tácitamente!— mi imposición.

X. Defensa de un santuario

Domingo 7 de agosto de 1960. 9:25, p.m.

Después de comer en casa de Amiel, mi amigo desde la niñez y compañero en la lucha clandestina y en la guerra serrana, me fui a Miramar.

Enriqueta daba pataditas impacientes en el portal. Al verme, ojeó el reloj y se me enfrentó con evidente intención de arañarme las narices.

—¡Las nueve y veinticinco! —increpó.

Le sujeté las manos y le dije, en tono conciliador:

—Querida, el carburador del espantajo sufrió un ataque de tos.

Acogió mi ingeniosa justificación con una sonrisa triste, me echó los brazos al cuello, me besó con delirio y me tomó el meñique para secuestrarme, con el habitual objeto de usarme un poco. Al entrar en la casa, pude ver que la viuda de Estivil se dirigía al santuario. Enriqueta me soltó y corrió para interceptar con violencia a su madre.

—¿Qué vienes a hacer aquí? —le preguntó con bien manifiesta furia.

La señora, apenas repuesta de su asombro, atinó a decir, en tono maternal:

—Hija, ¿qué modales son esos?

—¡Bien sabes —replicó Enriqueta— que no quiero ver a nadie aquí!

Se volvió hacia mí para rectificar:

—Perdona, querido. Tú sí.

Angustias Vargas encogió los hombros y recomendó:

—Tendrás que ver a un psiquiatra, Queti. La muerte de tu padre te ha afectado mucho.

Queti replicó, con retintineante sarcasmo:

—¿Por qué no me recomiendas al tuyo? Indudablemente, es muy bueno, porque a ti te hizo olvidar a mi padre en un par de días.

La señora bufó, pateó el suelo, echó el mentón adelante, hizo puños con las manos y salió de estampía escaleras arriba.

Entramos al santuario. En rigor, éramos las dos únicas personas que podían hacerlo. Nos sentamos en el inmensurable sofá y, luego de un tierno calentamiento visual, iniciamos un afectuoso, **clinch** simultaneado con una cariñosa sesión de gimnasia labial.

Aproveché el minuto de descanso —¡Madre mía, aquellos minutos de veinte segundos cronometrados por Enriqueta Estivil!— para decir a la cancerbera:

—Queta, ¿por qué te obstinas en impedir que alguien entre aquí?

—No es obstinación, amor mío. Es un deber filial. Este lugar es obra de mi padre. Él me lo cedió; él proyectó su decoración; él lo amuebló; él me obsequió cada uno de esos juguetes, de esas miniaturas, de aquellas muñecas, de estos cojines... Para mí, este es su legado, un legado sacrosanto... Y yo deseo conservarlo puro... No quiero que ninguno de ellos mancille con su presencia este lugar. Todos son indignos de entrar aquí: mi madre, mi hermano, mi tío, Carlota... Ni uno solo ha sentido aflicción por la muerte terrible de mi padre. Ni siquiera se han amparado con la hipocresía. Sólo piensan en el dinero. Andan enloquecidos detrás de cierto medio millón de dólares. Peor aún: son fanáticos de la obscenidad y adictos al adulterio. ¿Sabes que los amantes de mi madre se cuentan por docenas? ¿Quieres saber con quién durmió anoche?... ¡Con el chofer de mi padre!

Dejó de retorcerse los dedos para golpearse la cabeza con los puños. Y, ya en el clímax del paroxismo, chilló:

—¡¡No!! ¡¡No quiero que ellos entren aquí!! ¡¡No quiero!!

De pronto, todos sus músculos se ablandaron y su cuerpo garboso y erguido se transformó en una masa fofa, delicuescente, al tiempo que estallaban sus lagrimales... Lloró mucho, mucho...

Tía Alberta —no sé por qué, aunque ella dice siempre: «Por si acaso»— suele poner en mis bolsillos tres pañuelos. Y aquella noche, al salir, tuve que exprimir los tres junto a los resales del jardín.

XI. Mano a mano con el ñato

Lunes 8 de agosto de 1969. 7:35 a. m.

Salté de la cama y me fui al teléfono. No pude hablar con quien quería. Era la tercera vez que me fallaba. Malhumorado, tomé por el pasillo, rumbo a la cocina. A medio camino encontré a Tila. Estaba tan jovial y fragante que me inspiró un melodioso silbidito. Por supuesto, el malhumor se deshizo.

En la cocina —amplia y reluciente— estaba tío, taza en mano. Tía Alberta me sirvió mi ración. Paladeé un sorbito, me senté en mi taburete favorito, de frente al espaldar y pregunté:

—Querido tío, ¿usted, que es del oficio, puede decirme a qué horas están los médicos en casa o en el consultorio?

Tía —¡no faltaba más!— corrió hasta mi lado, solícita y desasosegada.

—¿Te sientes enfermo, nene?

—No.

No me creyó y palpó mi frente. No confió en sus manos y aplicó sus labios a mis sienes. Tampoco dio crédito a sus labios.

—¡Ve y acuéstate! —prescribió, autoritaria—. Voy a ponerte el termómetro.

Mientras tío reía, expliqué:

—Estoy rebotante de vigor y optimismo, querida tía. Quiero hablar con el doctor Saguerí sobre un asunto particular. Pero es que...

Me interrumpió con un ademán.

—¿El doctor Saguerí? —dijo—. ¿Celedonio Saguerí, el buscafortunas que se casó con Hildita Lobo-Mena?

—El mismo.

Hizo un gesto desconsolado al decir:

—¡Quién hubiera sabido que querías hablar con él!

—¿Por qué lo dice?

—Porque lo vi el sábado en Fin de Siglo.

—¡Ah, sí!

—Sí. Compró un par de maletas.

—¿Grandes? —preguntó tío.

—Sí. Y de las más caras.

Miré a tío. Ya él me miraba. En ambas miradas había idénticas interrogaciones. Por su parte, tía Alberta, luego de colocar las tazas en el fregadero, dijo, ingenua, mientras secaba sus manos en el pulcro delantal:

—Seguramente, Saguerí piensa abandonar el país. Es lo mejor que puede hacer. Casi toda su clientela está en Miami. Y el que lo abastecía de clientes, murió.

—¿Quién lo abastecía de clientes, tía?

—El padre Rossini. ¿No sabías eso? Desde el confesionario, enviaba niñas pecadoras al consultorio de ese sinvergüenza.

Mire a tío, pero él andaba sirviéndose otra dosis de café. Le di un beso en la frente a tía Alberta y salí. Ella me alcanzó en el pasillo y me dijo:

—Deja eso de mi cuenta. Hablaré con Hildita para que Saguerí te reciba.

Cuando me dirigía a la barbería para que Leonel me cortara el pelo que estaba a punto de saltar por encima de las orejas, vi al ciudadano de los espejuelos reflexivos. Estaba acodado en el mostrador del bar Wilson. Decidí aplazar la cita con mi fígaro y entré.

—Buenos días —dije.

Richard, el eficiente barman, correspondió a mi saludo con un cordial «¡Hola, doctor!» Me volteé hacia el tipo para mostrarle mi mejor cara de buscabullas y le dije:

—¿No oyó que di los buenos días?

No se inmutó. Por el contrario, replicó con acidez:

—No me gustan los fanfarrones, señor mío.

—¿Y por qué los sigue en su tortuga negra?

—No necesita decirme que usted es hábil para escabullirse.

—Esa no es la mejor de mis habilidades.

Por primera vez me miró de frente y pude admirar mi imagen duplicada en los grandes cristales de sus espejuelos. Sorbió de un trago la copa de ron que tenía delante y me dijo:

—¿Quiere charlar un rato?

—No deseo otra cosa desde hace un par de días. ¿Nos sentamos?

Asintió con la cabeza. Tomamos asiento ante una de las mesas del portal. No perdió tiempo. Dándome oportunidad para que contemplara el colt 38 que llevaba debajo del sobaco, sacó del bolsillo interior del saco una cartera bastante deteriorada. Extrajo de ella una tarjeta y me la entregó. «Braulio Fonts. Detective privado», rezaba la cartulina. Recordé lo que se decía de él en ciertos círculos y sonreí al decirle:

—¡Caramba! No recuerdo si yo asistí a los funerales de esta profesión.

Me devolvió la sonrisa y replicó:

—Todavía no la han matado... Al menos, hasta ahora, no me han prohibido trabajar. Soy un hombre honrado y...

—Ya sé —interrumpí—. Usted necesita mantener a su familia; pero yo le aconsejaría que buscara otra ocupación más útil.

Se echó hacia atrás, enganchó los pulgares en el cinturón y rezongó:

—No necesito consejos.

—¿Es que no quiere llegar a viejo?

Los músculos de su cara se tensaron; pero volvieron a relajarse cuando Richard llegó a preguntar:

—¿Van a tomar algo?

—Café —dije.

—¿Y usted, señor?

—Un carta doble.

Cuando Richard se alejó, pregunté al desnarizado:

—En fin, señor Fonts, ¿qué desea usted?

—Me interesa ese doble crimen de Miramar.

—¿Por cuenta de quién se interesa?

—Por mi propia cuenta.

Me eché hacia adelante y me reí ante su maqueta de nariz.

—No se contradiga, amigo —repliqué—. Antes insinuó que necesita trabajar para vivir y ahora dice que trabaja por amor al arte.

El barman colocó lo pedido sobre la mesa y se alejó. Tomé un sorbo de café, en tanto el hombre tragaba un buche de ron. Súbito, di una palmada sobre la mesa y exclamé:

—¡Ya sé! ¡Usted anda en busca de un cliente! —paladeé otro sorbo y agregué—: Pero tomó un camino equivocado. Aunque soy un sospechoso en este asunto, no puedo contratarlo. En primer lugar, soy insolvente. En segundo lugar...

No me conocía, claro está. Por eso se atrevió a decir:

—Usted, además de ser uno de los sospechosos, no tiene coartada.

Richard sacaba brillo a una copa que casi se le escapó de las manos cuando solté una de mis carcajadas favoritas: la bullanguera. Al rematarla, me doblé sobre la mesa para acercarme al tipo.

—Me gustaría saber —le dije— cuáles sospechosos más hay en su lista y cuántos de ellos tienen coartada. Por ejemplo: el sábado fue usted a intimidar a una muchacha. ¿Sospecha de ella?

Como no respondió, volví a tomar la palabra:

—A propósito: ¿quién le dijo que yo había estado en la habitación de ella?

Aunque era un profesional, cayó en la trampa.

—Tengo mis propios métodos —dijo con mucha inmodestia.

—¡No se haga el autosuficiente, señor Fonts! Usted me siguió hasta la puerta de la calle. Me vio subir. Todo su método consistió en esperar a que yo bajara para subir usted. ¡Ah, ya caigo! Usted llama pomposamente método propio a la simpleza de preguntar, a una señora con una verruga en la cara, por la habitación en que había estado un tipo con mis señas.

Aunque no podía ver sus ojos detrás de los cristales espejeantes, intuí que su mirada estaba cargada de ira. Como ya lo había vapuleado un poco, decidí darle cartas para que jugara.

—Escuche, señor Fonts, usted sabe que este bar está en el camino que tomo todas las mañanas para ir a buscar mi carro. Eso quiere decir que me esperaba. ¿No es cierto? —hizo un gesto de asentimiento—. Por tanto, usted desea hacerme algunas preguntas. ¿Es así?

Tomó un sorbo de ron y carraspeó antes de confesar:

—Así es.

—Pues sepa que estoy dispuesto a contestárselas. Comience.

Así, el naricillas volvió a caer en la trampa. Y es que era un profesional; pero de los deficientes. Tuve que reprimir la risa cuando se acercó para preguntarme, en tono misterioso:

—¿Qué hizo usted la noche de los crímenes entre la una y quince y las cinco de la madrugada?

—No lo recuerdo... Pero, ¿qué más le dijo Pedro Isauro Estivil?

Dejé que se repusiera del asombro y volví a la carga:

—¿Acaso le dijo qué había hecho él en ese mismo horario?

—El muchacho estuvo en varios bares.

Medité unos segundos, porque pensé que el hombre pudiera estar armando un ceпо. En rigor, yo no podía creer que fuera deficiente hasta el punto de dejarse robar la iniciativa; pero lo cierto es que era yo quien estaba haciendo las preguntas. Mentalmente, encogí los hombros y proseguí:

—¿Lo verificó usted?

—Al menos, en dos bares recuerdan haberlo visto.

—Pero, ¿la visita a esos dos bares cubren todo el tiempo entre la una y quince y las cinco de la madrugada?

—No. Sin embargo...

—¡Espere, espere, señor Fonts! En ese caso, el muchacho también está en su lista de sospechosos, ¿no es cierto?

—¡No, no! El muchacho estaba demasiado borracho para cometer dos asesinatos.

Me di un par de golpecitos en la frente.

—¡Ahora comprendo! —dije—. Usted piensa que Pedro Isauro Estivil sería un buen cliente. Pero no se haga ilusiones. Ese jovencito no tiene con qué pagarle honorarios. ¿Por qué no escoge otro sospechoso? Si me pidiera opinión, le aconsejaría que se acercara a la viuda de Estivil.

El tipo abrió la boca y poco faltó para que los espejuelos se ahogaran en la copa de ron. Se los reacomodó en su remedo de nariz y preguntó:

—¿Cree usted que ella...?

El tonillo de la pregunta me dio la alarma. Entonces, vi el cepo. No me importó. Con no pisarlo, bastaba. Decidí responder a su pregunta:

—En este asunto, señor Fonts, lo creo todo y dudo de todo. Como usted bien ha dicho, soy un sospechoso. Y lo peor es que, tal y como le dijo el joven Estivil, no tengo coartada —esperé que el tipo se inflara un poco—. Esa es la razón por la cual me jode muchísimo eso de andar con un pontiac negro a las espaldas —ahora dejé que se desinflara—. Por tanto, le aconsejo que se olvide hasta del color de mi Chevrolet.

Desinflado y todo, tuvo osadía suficiente para rodar la silla hacia atrás y preguntarme:

—¿Eso es una amenaza?

—¡Tómelo como le salga del culo!

—¡Oiga! —gritó—. ¡No le permito que...!

Llevó la mano al sobaco; pero ya yo tenía la pistola en la mano.

—¿Y quién carajo es usted —riposté— para permitirme o no permitirme esto o lo otro?

—Yo soy... —titubeó.

—No me haga su biografía. Sé quién es usted. En primer lugar, algo he oído de su larga historia de chantajista profesional. En segundo lugar, usted es un ente que no encaja en la actualidad, porque no es más que un rezago obsoleto de una sociedad que se fue a la mierda para siempre.

Ahora el tipejo estaba replegado e inmóvil en la silla. Saqué del bolsillo una moneda y la coloqué sobre la mesa.

—Richard —dije—, cobra mi café.

Devolví la pistola a mi cintura y me dispuse a salir. Ya en la puerta, viré en redondo y grité al tipejo:

—¡Hasta nunca, hijo de puta! ¡Y recuerdos a su cliente!

¿Es necesario decir que su cliente era la viuda de Estivil?

Como Leonel, mi alegre fígaro, sabe muy bien que me molesta estar sentado más de diez segundos consecutivos, terminó en seis tijeretazos la obra de arte que suele realizar con mis rebeldes cabellos. Volví a casa. Tío estaba en el portal, al parecer absorto en la contemplación lírica de los imponderables lirios del jardín. Como lo consideraba un asunto personal, yo no tenía proyectado hablarle del asunto y es por eso que estuve a punto de romper la marca de salto alto cuando él me dijo, con fingida indiferencia:

—Tu amigo Richard pasó por aquí.

Hice un buen esfuerzo para poder decirle con naturalidad:

—Buen tipo.

Me miró de cierto modo y leí en su mirada todo lo que sabía.

—Eso carece de importancia, tío —dije.

Acentuó la severidad al preguntarme:

—Pero, ¿no era el mismo individuo que te siguió cuando fuiste a casa de Tila?

Resignado, me golpeé los muslos.

—Sí, tío, sí.

—Entonces, no carece de importancia. Cuéntame.

Le conté lo hablado y lo ocurrido en el Wilson. Cuando terminé, comentó:

—No es nada asombrosa esa coincidencia de una ramera y un delincuente. Sin embargo...

Su pausa meditativa tenía asomos de interminable, por lo que dije:

—Sin embargo...

Me miró como él sólo sabe mirar de aquel modo y se decidió a salir de su monólogo interior:

—Sin embargo, nene, esas relaciones entre canallas siempre son progresivas. Y, al final, desembocan en lo imprevisible.

—No me asuste, tío —dije, riendo.

—El día que te vea atemorizado —replicó con marcada gravedad— dejaremos estos juegos. Todo lo que te pido —su circunspección llegó al clímax— es que abras bien los ojos.

Aunque su tono me conmovió, escondí la turbación detrás de una sonrisa.

—Tío —dije—, mi vista está clasificada como veinte-veinte.

—Hijo, en este caso no se trata solamente de ver con los ojos.

Le eché un brazo por encima de los hombros y le dije, en tono emocionalmente filial:

—Despreocúpese, despreocúpese. Mi intuición tiene la misma clasificación.

Y todo terminó con un intercambio de sonrisas.

XII. Una casa non sancta

Lunes 8 de agosto de 1960. 9:00 a.m.

El camino era muy trillado y el espantajo me llevaba por sí mismo para que yo meditara a gusto. Tenía hartó ocupadas las neuronas. La culpa correspondía al rompecabezas de tío. Como él, cuando le daba por eso, era más hermético que un adoquín, yo no alcanzaba a pronosticar cuántas piezas faltaban para completarlo. «Quizás —me dije— de mi divertida entrevista, con el desnarizado, tío haya sacado dos o tres piezas que le encajen.» Consideraba divertida la entrevista, no por su festivo desarrollo, sino por la graciosa conclusión que saqué de ella. Verdaderamente, era muy regocijado pensar que Angustias Vargas, al contratar los servicios detectivescos de Fonts —con el quimérico propósito de librarse ella y librar a su hijo de aquel embrollo—, estaba regalando al desnarizado la providencial oportunidad de ejecutar un lucrativo chantaje en el que ella haría el papel de víctima propiciatoria. En este punto de mis reflexiones, tropecé con un problema: ¿el chato daría cuenta a su cliente de nuestra entrevista? Era probable, aunque, en verdad, poco tenía que decirle. Todo lo objetivo que pudo haber sacado del Wilson era que yo tenía un carácter irascible y una pistola. Pero eso él no iba a divulgarlo. Más, ¿a quién creyó él que yo me refería al enviar «recuerdos a su cliente»? En rigor, no era conveniente que Angustias Vargas supiera que yo estaba al corriente de su conexión con el detective. Sin embargo, como era

evidente que el ñato no tenía el cacumen necesario para inferir de lo hablado que yo me refería a la viuda de Estivil, sin duda inferiría que los **recuerdos** míos estaban destinados a Pedro Isauro. Además, cabía la posibilidad de que el señor Fonts habría decidido mostrarse prudente y reservado con respecto a mí desde que yo le dijera que conocía sus antecedentes de extorsionista. De cualquier modo, nada de eso iba a causarme desvelo. A las últimas, yo, para todos ellos, no era más que un infeliz sospechoso, con un móvil del tamaño del Everest y, para más desdicha, sin coartada.

El espantajo se detuvo ante un semáforo. Desde Paseo se incorporó al tránsito de Línea el buick recientemente pintado de rojo. Cuando la luz verde me abrió la vía, apresuré el rodar. En la esquina de la calle 18 pasé junto al buick. Estaba pacíficamente aparcado a la vera del bar y el dúo Molínez-Forniéres estaba acodado en el mostrador.

Me abrió la puerta con mucho sigilo y con más sigilo la cerró detrás de mí.

—¿Por qué caminas en puntillas, nena? —le pregunté.

—Tengo miedo.

—¿No estamos solos?

—Sí. La señora no volverá hasta la noche.

—Entonces, me marchó.

Me retuvo por el brazo y preguntó, atribulada:

—¿Por qué?

—Si estamos solos y tienes miedo, es que me temes.

—No, no. Ven. Te haré café.

La sala, precedida de un vestíbulo amplio, era inmensa. Trate de hacerme una idea siquiera aproximada del sueldo de un cura —un cura sabio, claro, es decir, de todo un señor teólogo— pero no lo conseguí, aunque supuse que, póker aparte, sus emolumentos serían respetables, a juzgar por el suntuoso mobiliario, por los exquisitos bibelots y por el Gauguin y el Renoir que ennoblecían las paredes. En la biblioteca anexa al salón había libros como para un par de siglos de lectura incesante.

—Ven a la cocina.

—No. Ve tú. Me gustan tus libros.

Se alejó su taconeo musical. Husmeé un poco en el ambiente, que olía a vida regalada, a discurrir placentero. Pasee la mirada por los títulos. Demasiado latín. Y mucha teología. Quizás toda la teología encerrada en anaqueles de roble encristalados. Todos los volúmenes estaban empastados en un color uniforme, entre el matiz del chocolate y el de la mermelada de ciruela. De pronto, advertí que algo desentonaba: sobre una mesita, junto a la delicada talla de un cristo crucificado, un ejemplar de **Time**, de la misma edición que supuse al verlo. Mi incorregible curiosidad me incitó a tirar de una gaveta. Tuve suerte. Tomé un par de mazos de naipes americanos. Los examiné; pero pude haberme ahorrado ese trabajo, porque, antes de mirarlas, yo estaba seguro de que tenían marcas, aunque las marcas eran sutiles, casi teologales. Otra gaveta me reveló su secreto: una sensacional colección de postales en las que la pornografía y el arte parecían emular.

—¿Le sirvo el café en la sala, caballero?

Era ella, ahora con una falda cortita que permitía admirar las tres cuartas partes de sus muslos adolescentes. Un cinturón de lástex comprimía su cintura breve y airosa. Traía una bandeja en la que humeaba una cafetera de porcelana escoltada por dos tazas del mismo material. Abrió un anaquel y sacó una botella de coñac Martell.

—El padre siempre echaba un poquito de coñac al café —me informó.

—¿No sería que echaba un poquito de café al coñac?

Me pagó el chiste con una sonrisa. Preparé dos carajitos cargados de Martell. Titubeó un par de segundos antes de tomar la taza. Saboreó el contenido, chasqueó la lengua y comentó:

—¡Qué rico!

La nena, se resistió al principio, pero después del segundo carajito accedió a guiarme hasta la habitación del padre Paolo, en el piso alto. Contra lo que yo esperaba, era sobria, si se exceptuaba la cama ¡Qué digo cama, el suntuosísimo lecho! Su anchura me hizo deducir que allí podían dormir, o lo que fuere, tres matrimonios, o los que fueren. ¡Y el dosel, tía mía! Era uno de esos doseles que antes solamente viera en películas de época y en unas revistas viejas del tío. Junto al excitante lecho contrastaba una modesta mesa sobre la que descansaban algunos libros. Me asombró mucho ver a Lactancio

en la reprobable compañía de Los Kama Sutra. La muchacha me miraba con ojos estimulantes.

—No somos nada, Irene —le dije—. Hace tres días, aquí vivía un sabio. En esa cama dormía. Y desde esa cama dio un salto y cayó en el cielo. Y ya.

Agregué algo. Ella no oyó bien y preguntó:

—¿Qué dijiste?

—No hagas caso. Es un latinajo que aprendí de mi tío.

Me acerqué a la ventana. Abajo se veía el bien cuidado jardín, desde el que se alzaba el enorme mango con algunas de sus ramas al alcance de mis manos. Abrí la gaveta de otra mesilla de noche, vi lo que contenía y la volví a cerrar. Simulé inocente curiosidad y pregunté:

—¿A dónde da esa puerta?

Ella rió al decir:

—¡Pícaro!

Abrí la puerta. Como supusiera, conducía a otra habitación que, a pesar de estar bien amueblada, comunicaba la sensación de no tener uso práctico. Di unas vueltas antes de abrir el amplio closet. Miré dentro. Irene estaba de espaldas, frente al espejo de la cómoda, colocando en sus orejitas unos pendientes de la señora Petra. Trasteé un poco en el closet. Luego me acerqué a la muchacha y chasqueé dos dedos.

—¡Ya sé! —dije—. ¡Este es el cuarto de la señora!

Rió mucho. Señalé a la puerta de comunicación y dije:

—Pero ella dormía ahí al lado...

—¡Tú sabes mucho!

Volvió a reír. Estábamos muy cerca uno del otro. Quizás si demasiado cerca. Sus ojos fulguraban de un modo que yo conocía muy bien. De repente, ella corrió rumbo a la habitación del reverendo y se tiró sobre el inmenso lecho, boca arriba, con los brazos y los muslos abiertos, la respiración jadeante, la mirada lasciva...

Apreté los labios, estrujé los puños, oscilé un par de veces la cabeza y dije:

—Tengo que ver a un amigo. Gracias por todo, nena.

—Si alguien se atreviera a usar el camino del mango para entrar en aquella habitación, mi opinión es que le daría varias horas de trabajo a tres o cuatro cirujanos ortopédicos. Las ramas, que llegan hasta la ventana son demasiado débiles. Tampoco se ven huellas de escaleras de mano en el jardín.

Tío parecía estar sordo. Pasó un siglo. Movié una ficha negra, haciéndola saltar por encima de una blanca. Apartó esta del tablero e hizo un ligerísimo gesto de satisfacción. Intenté mover una pieza con el buen propósito de prepararle una jugada estupenda; pero él manoteó mis dedos, ¡Y yo que hubiera dado dos o tres de esos mismos dedos por jugar una partida con él! Y por ganarla, desde luego. Transcurrió buena parte del siglo siguiente y, al fin, dijo, sin mirarme:

—Hasta un morón mental deduciría que la muerte entró sin dificultad por la puerta de la calle y luego, naturalmente, por la puerta de la habitación.

Pasé por encima del hombro lo de morón mental y pregunté:

—¿Por cuál de las dos puertas de la habitación: por la que da al pasillo o por la que comunica con el otro cuarto?

—¿Crees que eso tiene importancia?

—¡No me haga esas preguntas! Bien sabe que usted y yo tenemos opiniones divergentes sobre la palabra importancia. No se ría —extendí un índice por encima del tablero—. ¿Sabe quién hereda la linda fortunita del padre Paolo?

—Ella.

—No, no. La nena no. Es la señora Petra.

—¿De dónde sacas tantas tonterías, muchacho? —hizo una pausa para tomar dos piezas negras que andaban sobrando en la partida—. Es admirable ver cómo la gente se ha ido corrompiendo al contacto de la civilización llamada occidental.

—¡Adiviné! —dije—. Usted inculpa de esos dos asesinatos a la sociedad de consumo.

Lo más probable es que no me oyera, aunque es posible que no deseara volver a insultarme.

—La cadena —dijo— comenzó en Grecia con cierto **esprit...**

—¿Usted llama **esprit** a la cicuta de Sócrates?

Tampoco pareció escuchar mi agudeza.

—...y en Roma acentuaron la nota vulgar —prosiguió—. En el Medioevo el crimen se hizo estúpido, aunque el Renacimiento trató de refinarlo con galano esfuerzo. Pero duró poco, apenas lo que duraron los Borgia. Desde entonces, vamos de mal en peor. Si no fuese porque la gente es proclive a lo bíblico, si no obedeciese obcecadamente el «creced y multiplicaos», ya apenas quedarían sobre el planeta unas pocas docenas de personas bien armadas y huyendo unas de otras. ¡Es un asco! ¡Un genuino asco!

Como quiera que cuando él se entregaba a teorizar se tomaba mucho tiempo y como el tiempo transcurría velozmente rumbo al viernes siguiente, me creí obligado a interponer una pregunta:

—¿Ya leyó un artículo sobre comercio que apareció en ese ya famoso número de **Time**?

Volvió en sí y me dijo, con tono doctoral:

—He leído ese **Time** línea por línea; pero sólo lo he hecho con el objeto de poder decirte, de una buena vez, que no insistas en ese tema, porque en esa revistucha no hay ninguna clave a lo Van Dine.

—Ese señor, querido tío, está considerado como uno de los maestros en...

—Calla.

Callé, claro está, pero callé contento por haberlo hecho regresar al buen camino. Escudriñó un rato la posición de las fichas en el tablero. Al cabo, dijo:

—Y ahora, dime: ¿qué estás ocultando?

—¿Yo?

—¡Date prisa!

No sé si he dicho que siempre he tenido un reverente respeto a mi tío. Acaso sea por eso que me apresuré a decirle, con tono dócil:

—Encontré esta obra de arte en la habitación de la señora Petra.

Miró lo que le mostraba y me dolió mucho su indiferencia ante aquella vaina de cuero martillado y con aplicaciones de cobre, cincelado a la manera de Cellini.

—¿En qué lugar de la habitación encontraste esa birria? —condescendió a decir.

—¿Qué birria, tío?

—Eso, eso que llamas obra de arte.

No era un buen momento para establecer una discusión sobre apreciaciones, por lo que me limité a responder:

—Dentro de uno de los botines del difunto.

—Y el botín estaba dentro del closet, ¿no es así?

—Por supuesto. A juzgar por lo que vi, la señora Petra me parece un ama de casa ordenada y hacendosa.

Tío cabeceó un par de veces antes de preguntar:

—¿La policía no había registrado allí?

—Sí, tío; pero comprenda que Perea y Colino, los combatientes encargados del caso, son principiantes. Además, allí están alineadas decenas de botines. Yo, simplemente, tuve suerte al curiosear. ¡Ah! También vi docenas de sotanas. Estoy seguro de que aquella habitación sólo se usaba como guardarropía. En el renacentista lecho del difunto se ven claramente las huellas que suelen dejar dos cuerpos a lo largo de años. Yo diría que...

—¡Vete al...!

Esa era otra de sus virtudes: decir malas palabras sin pronunciarlas. Se calmó y dijo, ahora con la voz muy suavizada:

—Tienes que volver a ver a esa muchacha.

Me acerqué a su cara para decirle, como espantado:

—¿De veras cree que debo violarla?

Movió un índice muy estirado delante de mis narices al decir:

—Lo que tienes que hacer es desprenderte de ese adefesio. Devuélvelo al interior de la bota.

—¿Estoy en peligro, tío?

—Tú sabes defenderte. Pero, sin duda, ella no sabe hacerlo.

Tomé la preciosa vaina y la coloqué en mi cintura. Me volví para irme; pero él me atajó con un silbidito y dijo, con las cejas alzadas y el tono cómicamente conminatorio:

—¡No te atrevas a violarla!

—Descuide —repliqué—. Digo tonterías, pero no las hago.

—Convéncela de que debe regresar a su pueblo.

—Ya había pensado en eso. Tengo el boleto en el bolsillo.

Era el momento de sonreír a dúo. Y sonreímos.

XIII. Piezas blancas y piezas negras

Lunes 8 de agosto de 1960. 2:00 p.m.

Volví a tomar el camino trillado. Y otra vez vi el buick rojo. Pero no venía detrás del espantajo, sino en dirección opuesta. Estaba bien cargado: delante, el señor Molínez con una morenita casi sentada en las piernas; detrás, el señor Forniéres, muy atareado en saborear los labios de una rubita. Sin duda fue una sensación meramente intuitiva, pero olfateé cierto tufo, mezcla de efluvio de alcohol y emanación de puta. Por supuesto, no experimenté sorpresa. Oprimí el acelerador y me fui a cumplir con mi obligación.

Después de informarle que la vaina estaba dentro de la bota, la virgen Irene en el ómnibus y la llave de la puerta trasera en mi bolsillo, dije a tío:

—Según mi parecer, el caso está complicado. Hay demasiados sospechosos, y le confieso que no sé cuál escoger.

—En primer lugar, el complicado no es el caso, sino tu sentido deductivo. ¡No me interrumpas! Y en segundo lugar, aunque no sé a quiénes consideras sospechosos, puedo decirte que una buena mayoría de los implicados están en el juego. Unos son piezas negras y otros son piezas blancas. Unos tuvieron la oportunidad de matar y la aprovecharon. Otros tuvieron alguna vez la

intención de hacerlo, y la simple intención es repugnante. Y lo más terrible es que Isauro Estivil lo presentía.

—¿Y qué me dice del reverendo?

—Lo del cura fue un diabólico atajo en el camino del criminal.

—Sin embargo, yo creo que...

Me contuvo con un ademán:

—No especules. ¿No te he dicho que ya sé quién lo hizo y cómo lo hizo?

—Pero, ¿faltan muchas piezas por encajar?

—Ahora, gracias a ti, faltan menos.

—Gracias por el elogio. Sin embargo, permítame decirle que **menos** no es lo contrario de **muchas**.

—Si se trata de un juego de palabras —replicó, zumbón—, cambia **menos** por **pocas**.

Reconozco que mi testarudez linda con la contumacia. Por eso aproveché para decir:

—A propósito: he notado en este caso la persistencia de cierta palabra: en un cartel, en una revista, en un yate... Yo diría que...

Repitió el ademán cortante para decirme, entre indulgente y burlón:

—Mira, nene, nunca te he castigado; pero creo que andas con unos deseos tremendos de comerte un ejemplar de **Time**. ¿Lo prefieres asado o con salsa bechamel?

Burlón a mi vez, paseé la lengua por los labios. Esta vez me hizo el honor de reír. Tomó entre los dedos una pieza negra coronada y barrió las piezas blancas que quedaban en el tablero. Después, me dijo:

—Si me sintiera con ánimo iría a besar y abrazar a Enriqueta.

—¡Tío! —exclamé, mientras miraba alrededor—. ¿Qué diría tía Alberta si lo supiera?

—Sin duda, lo encontraría inmoral. Y reñiría.

—Está bien. Mi mejor deseo es conservarlos puros y unidos en mi recuerdo. No se moleste. Iré yo.

—¿Ahora mismo?

—Usted manda.

XIV. Mano a mano con una prostituta

Lunes 8 de agosto de 1960. 3:35 p.m.

Al entrar, lo primero que llegó a mis sentidos fue el mordiente vaho de un perfume extraño, nuevo, lo que quiere decir que no se contaba entre los clásicos. Era de esos que más que perfumes, son como filtros nigrománticos. En la antesala estaba apoltronada la señora de Forniéres. No era necesario ser el sobrino de mi tío para advertir en seguida que de ella manaba aquella fragancia magnetizada. De todos modos, puse cara de galgo y olisqueé por la antesala hasta acercarme a ella. Vestía un llamativo modelo rojo, con uno de esos diminutos bolsillos en los que nunca se guarda cosa alguna. Pareció alegrarse mucho de verme, porque su cara de **spleen** se borró para dar paso a un gesto que decía claramente «Así se las ponían a Fernando séptimo.»

—Buenas tardes —dije un tanto cohibido, casi tímido.

—Buenas tardes. Siéntese —su voz tenía un son alegre, como de cascabeles en un **scherzo pianissimo**.

Me senté. Ella hizo justamente lo que cualquiera hubiera esperado de una hembra de su especie; desmontó la corva izquierda de sobre la rodilla derecha e inmediatamente encabalgó la corva derecha encima de la rodilla izquierda. Tenía los sólidos muslos del mismo color marfil que el resto, tradicionalmente visible, del cuerpo. Saqué un pañuelo y me limpié un poco

de baba hipotética. No sé si ella comprendió, pero la vi sonreír. Hasta la antesala llegaba el silencio que inundaba la casona.

—¿Y Enriqueta? —pregunté.

—Salió a las tiendas con su tía Alberta, que es una persona muy persuasiva. Con ellas fueron Angustias y Lota.

—¡Caramba! —dije.

—¿Usted no lo sabía?

—No —respondí—. Pasaba por aquí y...

—No sea apático con su novia, joven. Y tenga cuidado. Ahora ella es millonaria y pudiera perderla.

—¿Usted cree?

—No me haga caso. Usted es demasiado atractivo....

Rió ligeramente mientras se recomponía la falda con la fórmula tradicional, es decir, primero: estirándola un poco hacia las rodillas, y segundo: recogéndola demasiado hacia lo más ancho de los muslos. De pronto, preguntó, inclinada hacia mí:

—¿Usted sabe que es el culpable del sufrimiento de dos personas?

Puse cara de tonto con vértigo. No hizo efecto la treta porque sonrió burlonamente; pero me sirvió para medir fuerzas. Decidí que, dado el adversario, no perdía nada con aventurarme:

—¿Es una adivinanza?

—Sí —replicó con vivacidad al tiempo que volvía a menear los cascabeles.

—Déjeme pensar —puse dos dedos estirados en la sien—: dice usted que hago sufrir a dos personas. Yo no uso tenazas candentes ni otros instrumentos de tortura. Luego, no las hago sufrir físicamente. ¿Voy bien?

—Está acercándose tanto, que se va a quemar.

Me golpeé la frente y dije, a la manera de Arquímedes, pero correctamente vestido:

—¡Enriqueta y su marido de usted!

Otra vez los cascabeles, de modo tal, que el eco de su resonar pareció llenar toda la casa. Y otra vez el descruzar y el cruzar de piernas; pero en esta ocasión el tobillo izquierdo, no la corva, quedó peligrosamente equilibrado

sobre la rodilla derecha. Molestaba la vista tanta superficie marfileña. Parece que el premio consistía en decirme con mucha melosidad:

—Es usted muy ingenioso....

—La que propuso la adivinanza fue usted —riposté—. Y no era fácil. De todos modos, señora, yo creo que no la propuso bien.

—¿Usted la habría propuesto de otra manera?

—Sí; pero hubiera alterado un factor y agregado otros: yo diría que quien produce sufrimiento a más de dos personas, y a más de tres, es usted.

Me clavó una mirada que yo conocía muy bien por haberla visto más de una vez en algunas películas francesas. Se puso de pie, anduvo con majestuosa lentitud los cinco pasos que nos separaban, y se inclinó hacia adelante, no tanto para darme la oportunidad de admirar la soberbia erección de sus senos desnudos, como para darme un beso en la boca sin que encontrase —debo decirlo—, ni resistencia ni cooperación.

—La solución —dijo— es la misma, más tú. ¿No es cierto?

—Sí. Y más tú. ¿No sufres tú también?

Apenas pude terminar la frase, porque ya andábamos en el segundo beso, este ejecutado con mi mejor colaboración mientras pensaba en Enriqueta, agradecido de ella, ya que a ella debía, tras un largo entrenamiento, aquella técnica de contener la respiración indefinidamente.

Al soltarme los labios, dijo, un tanto exaltada:

—¿Me invitas a dar un paseo?

—No deseo otra cosa.

Mi espantajo sabía el camino de esos paseos y lo tomó. El mar estaba hermoso por lo calmo y la tarde era luminosa. Los parques rebosaban niños felices. Aquí y allá, parejas de ancianos intercambiaban verbales pedazos de vida. En el muro del Malecón hociqueaban los enamorados tempraneros. Angélica de Forniéres no quitaba los ojos de mi cara y yo apretaba, con mi tosca mano derecha, su maño izquierda, aparentemente hecha de espuma de goma. Lo raro era que ella no hablaba. Todo era mirarme y mirarme... El espantajo me adivinó el pensamiento, es decir, torció Prado arriba, dio la vuelta a la altura de Neptuno y enfiló hacia el mar. Un par de veces volví la cabeza para mirarla. No era necesario que hablara. Su mirada era demasiado elocuente.

Al llegar a Barlovento la observé de reojo y vi que hizo un esfuerzo por no mirar al yate anclado casi al alcance de la mano. Lo que hizo fue clavar sus ojos en los míos, como si intentara manosear mis pensamientos. Torcí a la izquierda, a tiempo de ver al señor Estivil y a Carlota Corbeiro entrar en el bar de Chepa. Detuve el carro a pocos metros del fairlane, de don Anselmo.

—¿Por qué te detienes aquí? —preguntó ella.

—Es un magnífico lugar para refrescar. Y uno de los pocos sitios donde todavía puede encontrarse whisky escocés legítimo. Vamos...

Se echó por encima de mí para cerrar la puerta semiabierta.

—No me gusta este lugar —me apretó la mano y agregó—: Ni me gusta que tú lo conozcas.

—Hay una habitación muy discreta, querida.

—¡No!

—¿Por qué? —volví a martillar.

—No quiero. Además, no soy tonta. Sé por qué me has traído aquí. Pero deseo que me lleves a otro lugar.

Mi espantajo —que es buen entendedor— echó a andar alegremente. Ya camino de otro lugar, ella se fue sosegando hasta que asió mi mano ruda con su mano de espuma de goma.

—No pensaba que tuvieras misterios en tu vida —mentí—. Me hacía de ti la idea de un cristal transparente, limpio...

—No es oro todo lo que reluce.

La respuesta era espantosamente cursi; pero, en el fondo, decía algo y, además, facilitaba mis propósitos. La repliqué con otro tópico de película de Oro:

—No me gustan las mujeres fatales.

Me oprimió la mano hasta el borde del dolor. Sus ojos relumbraban al decirme, exaltada:

—A mí sí me gustan los hombres como tú.

—¿Cómo son los hombres como yo?

Se las compuso para colocarse de lado, sentándose sobre una pierna doblada. Me miraba a su gusto, mientras me acariciaba las mejillas y me desordenaba el pelo con sus dedos expertos.

—Te diré —respondió—: los hombres como tú saben escapárseles a los autos rojos que los siguen.

El espantajo se detuvo bajo un flamboyán. La calle estaba desierta. Una brisa delicada entraba por las ventanillas. El momento no podía ser más oportuno. Ella apresó mi cara entre sus manos y aproximó mis labios a sus labios. Fue un beso intenso, frutivo, inagotable... Comparada con aquella mujer, Enriqueta Estivil era una principiante. Ahíta, jadeante, me repelió blandamente y suspiró de un modo tan hondo que el Chevrolet se llenó de un vaho cálido.

—Querido mío...

La interrumpí:

—En fin, ¿qué quieres saber?

Se aflojó tanto que pareció estar hecha con una sustancia gelatinosa. Entrecerró los ojos y rindió la bandera:

—Nada quiero preguntar. Y estoy dispuesta a responder...

La inflexión de su voz era sincera, casi humilde; pero, además, sus palabras me concedían ventaja. Arranqué el carro y tomé el rumbo de una zona que seguramente ella conocía. Dedicué unos minutos a montar una táctica adecuada. Al cabo, pregunté:

—¿Cuándo es el próximo viaje?

—El sábado.

—Quiero irme en ese viaje.

—No. Espera el siguiente, querido —percibí en su voz un matiz suplicante—. Entonces iremos juntos.

Le hundí una mano en el hombro y le dije, intimante:

—Necesito salir en seguida.

—¿Por qué?

—¿No habíamos convenido en que yo haría las preguntas?

Me convenció, terminantemente, de que era una digna contendiente cuando replicó:

—Tienes derecho a no responder. A lo que no tienes derecho es a mirarme de ese modo tan... tan duro —enroscó su brazo en mi brazo—. Comprende: te hice la pregunta porque me preocupó el tono de urgencia que advertí en tus palabras.

Sonreí, sin mover un solo músculo de la cara. Ciertamente, no era posible repetir una pregunta con más sutileza.

—Acertaste —dije—. Necesito salir del país con urgencia porque estoy metido hasta la cabeza en ese lío y no tengo coartada. La policía —considero que, en ocasiones, el mentir es una virtud— me ha interrogado varias veces. Ellos quieren saber cómo y dónde empleé el tiempo entre la una y las cinco de aquella madrugada; Pedro Isauro sólo me sirve hasta poco después de la una. Su brazo tembló en torno al mío. También su voz vacilaba al decir:

—Pero, ¿qué hiciste después? ¿Es que no lo recuerdas?

—Lo recuerdo perfectamente, Angélica. Sin embargo...

No cayó. Lo que hizo fue razonar con el clítoris.

—¿Estuviste... —titubeó—, estuviste con una mujer todo ese tiempo?

Reí al responderle con aire machista:

—Todavía no he encontrado una mujer que merezca tan peligrosa discreción.

De improviso, cayó del dirigible en que viajaba.

—¡Querido! —exclamó.

Poco faltó para que el espantajo se volcara cuando ella abalanzó sus labios contra los míos. A ciegas, aparqué junto a la rotonda de Coney Island. Al terminar su admirativa efusión oscular, me tomó la cara con las manos, echó hacia atrás mi cabeza, me contempló, enajenada, y me dijo, confidencial:

—¡No sabes cuánto me alegra saber eso!

—¿Qué? —pregunté, con el rostro endurecido.

—Que perteneces a una organización clandestina y que estuviste aquella madrugada en una reunión.

Le así el brazo y le hundí las uñas al decirle:

—Nenita, esas cosas, cuando se saben, no se dicen.

Se replegó en el asiento, como un perro dócil. Volví a poner el carro en marcha. Poco después estábamos en la **zona**. Ella pareció reconocerla, porque hizo un gesto de gula. Aminoré la velocidad. Me acarició la nuca con mano ducha.

—No te preocupes, amor mío —dijo—. Como no puedes salir en el viaje del sábado, te esconderás en mi casa. Estaremos solos durante varios días.

—¿Y tu marido?

—Él sí va en ese viaje —acentuó el experimentado masaje en mi nuca—. ¿Sabes que hoy regresamos a nuestro apartamento del Vedado? Es mi cumpleaños y lo festejaremos. Te invito —desvió la mirada hacia un muro donde un letrero rezaba: «La cama de piedra» y continuó—... después de... de...

—No me gustan esas fiestas. Además, antes de... de... necesito que me digas qué quieren saber ellos.

Se golpeó un par de veces la frente con el puño y exclamó, un tanto enojada:

—¡Créeme, por favor! No quiero hacerte preguntas. Le diré a Charles que eres duro, que no te pude sacar nada.

En el oficio, a veces uno siente náuseas; pero debe apretarse las narices, cerrar la glotis y seguir adelante.

—¿Quieren saber dónde está Tila?

Esta vez se golpeó fuertemente las sienes al gritar, muy desesperada:

—¿Por qué insistes? ¿Crees que estoy haciendo un doble juego? —bajó el tono—. ¿No me crees capaz de amar sinceramente a alguien?

—¿Es eso lo que quieren saber? —machaqué.

—¿Por qué hablas deliberadamente en plural? Entiende, amorcito: hasta ayer creía que eras un poco tonto; pero hoy he descubierto que eres un hombre excepcional.

Remachaqué:

—¿Es eso lo que quieren saber?

Fue a refugiarse en el extremo del asiento y desde allí dijo, enfurruñada:

—¡Si!

—¿Por Tila o por el papel?

—Por las dos cosas.

—¿Ustedes consideran a esa muchacha como una cosa?

—Es un decir. No seas cáustico.

—Sé tú sincera: ¿qué tiene que ver esa niña en todo esto?

La contestación fue peor que inesperada:

—Aquella madrugada yo la vi asomada a la puerta de su habitación.

Eso significaba que ella también estuvo atisbando **aquella madrugada**. Mi silencio le sugirió preguntar:

—¿Ella no te lo ha dicho?

—No. Y no hablemos más de eso hasta que salgamos de aquí. No me agrada mezclar los afectos con las intrigas.

Llegábamos al **otro lugar**. Hice un giro rápido, entré en la callecita privada y aparqué bajo el emparrado, junto a la puerta entreabierta.

Tres horas después, de regreso por el mismo camino, apoyó su cabeza en mi hombro y me preguntó, mimosa:

—¿Que más quieres saber?

Hice un gesto de fastidio y le dije:

—Entiende una cosa, Angélica: si algo tengo de excepcional es que no me gusta meterme en líos ajenos. Me basta con los míos.

—Creí entender que estabas interesado en esa muchacha.

—Sólo a lo quijote. Pero ese embrollo de tanta gente acechando desde las puertas mientras se cometía un doble crimen es un enigma que no me interesa descifrar. En ocasiones, saber ciertas cosas es peligroso.

—Sin embargo, querido, eso tiene que ver con Tila. Saben por mí que ella vio llegar aquella noche a la señora de Estivil y a mi marido.

Dediqué unos segundos a fingir asombro antes de preguntarle:

—¿Cómo dices? ¿Tu marido y esa señora habían salido?

—Sí. Pero no juntos. Charles había salido antes que ella. Y creo que tú sabes a dónde él fue.

Mi imaginación voló hacia el dios fumador de carunchos. No podía ser. Aquel hombre, que conocía muy bien a Forniéres, pudo haber hablado de mí con él, según habíamos convenido, más no era tan estúpido como para hablar contra sí mismo. Por eso me arriesgué a replicar con energía:

—¡Te equivocas, nena! ¿De dónde has sacado eso?

—No te enojés, mi cielo —dijo con acento cándido—. Ese paseo por Barlovento y tu parada en el bar de Chepa me hicieron presumir que lo sabrías. Eres muy inteligente. Y muy extraño. Demasiado extraño. Quizás sea por eso que me gustas tanto.

—En fin —dije, conciliador—, decías que tu marido había salido antes que esa señora...

—Sí. Él fue a Barlovento. El «Time» tiene un desperfecto. Como el packard de Charles está en reparación, Angustias fue a buscarlo. Saber eso es lo que complica a la muchacha.

—No veo el porqué.

Tras una brevísima pausa, enfatizó:

—¿No comprendes? Forniéres piensa que...

Me di un manotazo en la frente y dije, en tono un tanto burlón:

—¡Ah, vamos! El propósito es callar a la muchacha. Va a sufrir mucho, la pobrecita, porque ese puñal debe estar muy mellado.

—No bromees. No van a usar la violencia. Sólo quieren sacarla del país.

—Me alegra esa buena intención. Y ahora que sé todo eso, me he ganado el derecho a salir yo también. Sin embargo, me parece que se preocupan demasiado y sin razón. La muchacha está asustada; pero, por eso mismo, no hablará.

—¿No te ha dicho nada a ti?

—No.

Eché mano a su reserva de impudor y preguntó:

—¿No has usado tu... tu técnica con ella?

Le eché encima una mirada terrible. Y como me pareciera poco una mirada, le dije:

—Yo no me apellido Forniéres, nena. Ni Estivil. Ni Molínez. Saqué de la circulación a esa muchacha por dos razones: primera y principal: porque, a pesar de que está atemorizada, quiero estar seguro de que ella no hablará de ciertas cosas antes de yo largarme de aquí; segunda: porque tu marido y Molínez la seguían y no me gustaría que esa muchacha sufriese un accidente después de haberme exhibido con ella por toda La Habana. No soy completamente idiota. Lo soy sólo un poco, pues, por ejemplo, la inteligencia no me alcanza para comprender por qué pudiste ver a Tila Gonsés asomada a su puerta.

Sonrió ingenuamente y explicó:

—Es muy sencillo aclararlo, querido. Hacía calor y decidí tomar un baño. Al sentir ruido, entreabrí la puerta y...

—Y la viste. En fin, culpemos a la curiosidad. ¿Cambiamos de tema?

—Como quieras...

—¿Tú marido te sugirió hacerme alguna pregunta acerca del papel?

—Sí —me bañó con una cascada de pasión visual—; pero si la pregunta te parece inconveniente, guárdate la respuesta.

Consideré que el momento era muy propicio para enviarle un recado a Forniéres y sus acólitos de uno y otro sexo y lo hice:

—De cuando en cuando, querida, me complace satisfacer la curiosidad ajena. En este caso, pienso que sería mejor que lo supieran: el papel no significa nada. Ha sido un chasco. Un ocasional agujero en el suelo y en el que todos hemos caído, como en aquellas primeras películas de Chaplin.

—Entonces, no comprendo...

—El papel es codiciado, nenita. Además, nadie me creería hasta no verlo. Por eso lo guardo. Es algo así como mi pasaporte y mi boletín de viaje.

Me dejó ver su asombro al tiempo que decía:

—Razonas bien.

—Y puedo razonar mejor —repliqué—. Todos estábamos asustados con ese papelucho. En rigor, no era para menos. **Todos los que teníamos una razón para matar a Estivil** temíamos que el hombre pudiera haber escrito una acusación póstuma, basada en una sospecha de su cerebro debilitado. Y el temor era explicable, pues existía un indicio.

—¿Cuál?

—La coincidencia de la estilográfica destapada y la mano oculta bajo la frazada, donde crujía un papel. ¿Quiénes pudieron captar ese indicio? ¿Tú, por ejemplo?

—Yo sólo me fijé en la estilográfica.

—Te lo creo. Sin embargo, tu marido, que no es tonto, presintió el papel, pues, sin duda, lo oyó crujir.

—¿Cómo puedes estar seguro de eso?

—Yo lo oí, y estaba al otro lado de la cama. Forniéres andaba más cerca.

—¡Eres fantástico! —dijo, mientras daba saltitos en el asiento, los que le ofrecieron magnífica oportunidad para adosarse más a mí.

—¿Quiénes más —pregunté— pudieron haber oído el ruido del indiscreto papelucho? ¿Angustias Vargas? ¿Anselmo Estivil? ¿Carlota Corbeiro?

¿Pedro Isauro? No importa. Ahora sé que tu marido y Molínez están interesados en silenciar a una muchacha que no ha cometido delito alguno.

Me echó un brazo sobre los hombros y me dijo lo que yo esperaba que dijera:

—Lo que no comprendo, querido, es por qué Tila tomó ese papel y lo escondió.

Hice una pausa antes de sacar un maravilloso conejo de mi mágico clac:

—Ella no tomó ese papel.

Se asustó un poco al ver saltar al conejo; pero se repuso en seguida para inquirir:

—¿Y quién lo cogió?

Metí la mano en el clac y saqué otro conejo, este mucho mayor y más saltarín:

—Yo.

Abrió tanto la boca que pude verle las amígdalas. Repuesta de su asombro, sólo se le ocurrió una pregunta infantilísima:

—¿Y por qué ella abandonó la casa? Yo la vi salir, maleta en mano, y puedo asegurarte que estaba asustada.

—¿Quién sabe por qué? Lo hizo impulsada por un reflejo condicionado. Por temor. Por algo. La gente suele hacer cosas así, inexplicables. Yo mismo, nena, no sé por qué quiero huirle a este asunto. ¿Y tú? ¿Te sientes segura?

Alzó los hombros, hizo con los labios un mohín de despreocupación y respondió:

—Nada tengo que ver con esos crímenes.

La miré de reojo al decirle:

—Me alegra saber eso.

Dudo que me haya oído, porque parecía cavilar.

—¿En qué piensas? —pregunté.

—En que tú guardas un papel que sabes inútil y...

La interrumpí con un ademán violento, al tiempo que volteaba la cabeza para preguntarle, mordaz:

—¿Te decidiste a jugar doble, nenita?

No se enojó, sino que puso en acción toda su sensualidad para decir:

—¡No seas tonto, macho! ¿No acabo de demostrarte que te quiero muchísimo?

Me grabó un sonoro beso en la mejilla. Aflojé la dureza de mi mueca, decidido a cambiar de táctica:

—Sí, chiquilla —yo había descubierto que se reblandecía cuando le decía **chiquilla**—; pero acaso eso te hace ser desmemoriada. ¿No te dije que con ese papel inútil pienso pagar mi pasaje a Miami?

—Eso es lo que me preocupa —replicó—, porque parece confiar en que ellos acepten un papel sin importancia. Además, no tendrían seguridad de que fuera el que buscan.

Aquella era otra buena oportunidad para enviar otro recado.

—Sí la tendrían —riposté—, porque se trata de la portada de una revista que ellos tienen.

—¡No tienen esa revista, querido!

Milagrosamente, no contraí una apoplejía fulminante.

En mi programa de festejos estaba incluido un número que prometía ser divertido: una entrevista con Charles Forniéres, durante la cual yo proyectaba perseverar en mi intención de viajar a toda costa, el sábado siguiente, a bordo del yate anclado en Barlovento. Para jugar a eso, la portada que tenía en mi poder ofrecía ser una buena carta de triunfo. Sin embargo, yo esperaba que Forniéres —a fin de convencerse de que no comía gato frito en lugar de liebre asada— exigiría verificar que el borde rasgado de la portada coincidiera con el desgarrón del ejemplar de Time que me pareció haber sido escamoteado por él, de junto al lecho del moribundo Estivil. Naturalmente, la sorpresiva e inesperada exclamación de Angélica de Forniéres desmoronaba mi proyecto de disfrutar un rato festivo a costa de su marido.

Pese a que el tono de su voz inducía a creerla, cuando salí de mi mal disimulado estupor, frené el auto, le clavé los dedos en los hombros y le dije, amenazador:

—¿Cómo dices? ¿Tu marido no tiene esa revista?

—No. No he oído hablar de eso, querido. Sólo se habla de un papel.

Acerqué mis narices a su nariz para increparla:

—¿Estás segura?... ¡Responde! ¡Y no mientas, porque puede terminar violentamente esto que ha comenzado hoy!

—¡Créeme, cariño! —dijo, suplicante.

—¿No tomó él un ejemplar de **Time** que estaba sobre la mesa de noche?

—No. Puedo asegurarte que no —su voz era persuasiva—. Si él la hubiera cogido, yo lo sabría, no te quepa duda —sentí en mi costado todo el calor voluptuoso de su cuerpo—. Comprende, amorcito: Charles me... me... —su lengua se paralizó entre los labios semiabiertos; al fin, soltó, con manifiesta franqueza, lo que su pudor, el poco pudor que le quedaba, pugnaba por no expresar—... me comisionó para que te sacara información sobre ese maldito papelucho. Ahora bien, si él tuviera esa revista de que hablas, y que tú consideras relacionada con la portada que tienes, ¿por qué iba a ocultármelo?

El razonamiento parecía razonable; pero se me ocurrió ahondar más:

—¿Quieres hacerme creer que no hay secretos entre ustedes?

—¡No los hay!... No puede haberlos... —súbito, desenlazó su brazo del mío y se llevó las manos a la boca—. ¡Oh!

Puse mucho escarnio en mi sonrisa y sobrada mordacidad en mi voz al decirle:

—¿Ese pacto que ustedes tienen te obliga a contarle **todo** lo que ha ocurrido esta tarde?

Colérica, dio un salto hacia atrás. Con las manos crispadas retorció sus cabellos y gritó:

—¡¡Nooo!! ¡Él nunca lo sabrá **todo**!

El espantajo se detuvo bruscamente. No era para menos. Angélica de Forniéres convirtió en reblandecimiento amorfo la cólera que sentía contra sí misma y se desplomó sobre mis muslos. Su llanto fue quedo, contrito. No experimenté piedad, aunque tampoco sentí indiferencia. Y como no era cosa de pasar allí toda la noche, hundí mis dedos entre sus desordenados cabellos. Cuando se sabe cómo hacerlo, eso siempre produce buen efecto. Lentamente, capitularon los sollozos. Milímetro a milímetro, su cuerpo se irguió y su cabeza se hundió en mi pecho

Hice un giro brusco para no atropellar a un niño que mal guiaba su bicicleta por Quinta Avenida. Ella, nerviosa por el incidente, apretó mi brazo. Sentí en la mejilla el calor de su mirada. Entretanto, yo pensaba: «Voy a pedirle a tío que me recete algo específico contra estos ataques de

imbecilidad que padezco. ¿Qué carajo me puede importar que ese chulo tenga o no tenga la condenada revista? ¿Y qué coño me interesa si ella se lo cuenta **todo** o se limita a narrarle una versión libre de La caperucita roja?... De todos modos, tendré que hablar con él. Y no faltarán temas para una divertida conversación.» Sincronizó sonido a mi soliloquio la voz pacifista y consoladora de ella:

—No te preocupes, mi cielo. No veo la importancia que eso pueda tener. Quizás todo sea un equívoco. Te garantizo que saldrás en el próximo viaje, dentro de un mes. Le diré a Charles que estoy segura de que no tienes lo que busca. ¿Es eso lo que te conviene?

Alcé los hombros y respondí:

—Escucha, chiquilla: el lío en que ando metido me impide discurrir sobre lo que me conviene o no me conviene. Y como tú nada tienes que ver en todo eso, te dejo en libertad para que hagas lo que mejor convenga a tus intereses matrimoniales.

El espantajo se llenó de silencio, un silencio frío, fastidioso. Pensé en mi tío. ¿Qué iba a decirle de todo aquello? De pronto, la intuición —esa inapreciable virtud mía a la que tío llama vicio detestable— me planteó una sospecha.

—Angélica —dije—, si hoy te cambiabas a tu apartamento, ¿qué hacías sola en casa de los Estivil?

—¿No te lo había dicho? Esperaba a un policía.

La duda comenzó a debilitarse.

—¿Cómo te había citado?

—Por teléfono. Me rogó, con mucha cortesía, que lo esperase allí. ¿Por qué lo preguntas?

Como la sospecha hizo ¡paf!, tal una pompa de jabón, dije:

—Porque quería saber a qué casualidad debo agradecer la fortuna de nuestro encuentro.

—¡Amor mío! —exclamó, sin duda contenta por el halago; pero la euforia pasó en seguida—. ¡Oye! —dijo, un tanto asustada—. ¿Y qué le digo ahora a ese policía?

—No te preocupes, chiquilla.

Atravesábamos el túnel y dejó de preocuparse.

—Querido —dijo—, déjame ahí, a la salida. Tomaré un taxi.

Tío leía. Pasé por su lado sigilosamente. En el pasillo, hablé un ratito con Tila. Me gustaba oír su voz cadenciosa, grata. Entré en mi cuarto. Me bañé bien, con una esponja dura. Iba rumbo a la calle, no menos sigiloso que al entrar, cuando tío estiró un brazo y me agarró el faldón del saco.

—¿Dónde pasaste la tarde?

—No recuerdo...

—¿No fuiste a ver a Enriqueta? —subrayó **Enriqueta**.

—No, señor policía —subrayé **policía**.

Se rió.

—¿No tienes nada que contarme?

¿Qué iba a decirle? No **todo**, por supuesto.

—Poca cosa —respondí—: más que Tila, a esa gente le interesa el papel crujiente. Esa prostituta de altura estaba comisionada para sacarme información. Parece que ellos no tienen la revista y no sé de qué servirá la portada si no pueden cotejarla... ¡Ah! Creo improbable que yo salga el sábado en el «Time»; pero tengo garantizado el pasaje para dentro de un mes. Otra cosa: ¿me da permiso para pasar unos días entre los brazos de esa señora?

Sonreímos...

XV. Intermedio hogareño

Lunes 8 de agosto de 1960. 8:30 p.m.

Por aquellos días se comía temprano en casa debido a que tía Alberta dedicaba las noches a impartir elementos de aritmética y gramática a un grupo de domésticas de la barriada que deseaban cambiar el rumbo hacia menesteres más útiles a la sociedad en formación. Al levantar el mantel, tía me dijo:

—Nene, hablé con la Lobo-Mena. Saguerí va a recibirte mañana martes, a la una.

—Gracias, tía...

Ella se marchó a sus clases en la sala y yo formulé ex profeso —mi intención era hacerlo entrar en materia—, una pregunta peor que tonta:

—A propósito de Saguerí, tío: ¿cree usted que él vació las cápsulas de Polivitaminerol?

—¡Otra vuelta a la noria! —exclamó—. ¿Por qué habría de vaciarlas si él sabe que esas cápsulas llenas son igualmente inútiles?

—Entonces —dije con son ingenuo—, ¿sospecha usted de doña Angustias o de doña Lota?

—No te hagas el tonto. Bien sabes que me repugnan las sospechas.

—Ese es su punto de vista. Por el contrario, el mío...

—¡No me hables de esa enfermedad tuya! Te he dicho más de una vez que no pierdas tiempo en sospechar, especialmente en sospechar de cosas que no conducen a ningún resultado.

—Perdone, pero he oído decir que por el hilo se saca el ovillo.

—Eso sólo vale —replicó en tono cáustico—, cuando se conoce la diferencia que existe entre el ovillo y el hilo...

—¡Tío!

—No finjas irritación. Atiende: los hechos, no las sospechas, demuestran que la puñalada que arrancó la vida a Estivil fue un cambio de táctica provocado por algo inesperado. De otro modo: la muerte lenta planeada por el asesino y sus cómplices, entre los cuales puedes contar a ese medicucho, fue sustituida improvisadamente por la muerte rápida y violenta.

—Es curioso —apunté con énfasis un tanto burlón— que usted se refiera solamente al asesinato de Isauro Estivil. En verdad, hasta donde yo sé, Paolo gozaba de excelente salud. Él solamente se inyectaba androgenona. Y usted sabe que...

Cortó violentamente el aire con una mano, al tiempo que inventaba un verbo:

—¡No mentecatices, muchacho! —no hizo caso de mi gesto de protesta y añadió—: El asesinato de ese sacerdote no puede separarse del todo, porque forma parte integral de él.

—Eso significa que estamos frente a un criminal astuto.

Me hizo saltar cuando dijo, con mucha naturalidad:

—Todo lo contrario...

Al recobrar el equilibrio, tras la conmoción, razoné:

—Espere, tío, espere: según infiero, usted considera que el propósito del asesino y sus cómplices era el de deshacerse de Isauro Estivil. ¿Es así?

—Ni más ni menos

—También ha dicho usted que el asesinato de Rossini, a pesar de ser **parte integral del todo**, fue cometido porque el sacerdote se encontraba en un atajo del camino que llevaba el criminal. ¿Cierto?

—Más o menos...

—¡Oiga, oiga, no es lo mismo **ni más ni menos** que **más o menos**!

—Tampoco son iguales tus proposiciones, muchacho. La primera es objetiva, sustancial. La segunda es subjetiva, imaginada. Yo no he dicho que el cura esperaba pacientemente en un atajo con el fin de probar cuánto dolía una puñalada.

—¿Yo lo dije así?

—Así, **menos o más**. Lo que yo digo es que el crimen del sacerdote fue un diabólico atajo que el asesino tomó para conformar el todo. ¿Entendido?

—¿Qué le digo: **ni más ni menos o más o menos**? —sonrió él y sonreí yo—. En fin, lo indudable, es que quien esgrimió ese puñal, supo hacerlo sin dejar evidencias.

—Es que tú llamas evidencias a las huellas dactilares, a las pisadas en el polvo, a las manchas de rouge en copas y cigarrillos...

—¿Esas no son evidencias?

—Suelen serlo, aunque no siempre se puede confiar en ellas ciegamente. En este caso, nuestro torpe asesino dejó detrás evidencias, que, si quieres, puedes calificar de abstractas, que son muy reveladoras.

—¿Reveladoras de qué?

—De que el puñal asesino fue movido por la precipitada necesidad de entrar en posesión de un buen montón de dólares. Y la precipitación al actuar, siempre conduce a la comisión de errores.

—¿Y usted ha detectado tales errores?

—¿Lo dudas?

—No lo dudo. Lo que ocurre es que yo no los veo. ¿Por qué no me recomienda un buen colirio?

Tuvo la gentileza de sonreír antes de insultarme:

—Nada de colirios. Lo que necesitas es un buen estimulante de las neuronas.

Quise replicarle con una mordacidad; pero las neuronas no me ayudaron a encontrarla. Todo lo que se me ocurrió decir fue:

—Voy a preguntarle a tía Alberta cuál es la farmacia de turno.

Hice el intento de levantarme. Colocó una mano suave sobre mis dedos toscos y me dijo, incitador:

—¿Tienes la noche libre? Te lo pregunto porque quizás te agradaría dar una vuelta por el Olimpo, para ver a alguna de las Parcas.

—Le advierto que no tengo carcaj. Y aunque lo tuviera, no sabría hacer el papel de Eros con señoras gruesas y respetables.

—¿No sería mejor que representaras a Hades?

—Usted ordena, señor Zeus.

Antes de asumir el papel de dios de los Infiernos, pasé por la mansión. En el portal, Angustias Vargas canturreaba **Dolor y perdón** mientras se balanceaba en un cómodo **rocking-chair**. Pareció alegrarse mucho de verme.

—¡Hola, hijo! —exclamó—. ¡Qué bien se conserva tu tía Alberta!

—Sí. Tío es muy buen médico.

No dio importancia a la ingeniosidad y agregó:

—Hoy pasamos una tarde deliciosa con ella.

—Ella me dijo que también la había pasado bien.

—¡Ve, ve a ver a Queti! —me estimuló—. Está sufriendo una crisis de histeria.

Mientras me dirigía al saloncito, pensé en que ni la voz ni los gestos de la viuda denotaban que supiera de mi encuentro con el desnarizado de los espejuelos reflexivos. De todos modos, yo ya había decidido no dar importancia a eso.

En el santuario, Enriqueta Estivil empapaba de lágrimas el mullido relleno del enorme sofá. Por segunda vez en pocas horas, hendí mis dedos en una cabellera de mujer. Reaccionó en el acto. Se incorporó, me echó los brazos al cuello; miró hacia la puerta abierta y me dijo, gimoteante:

—¡Soy una desgraciada!

—¿Por qué dices eso?

—¡No me dejan en paz! ¡Hoy hice cambiar la cerradura de nuestro nido!

Se levantó, fue en puntillas hasta la puerta y se asomó al pasillo, acechante. Luego dijo, mientras accionaba el artefacto:

—Es de doble vuelta.

Dejó pasadas las dos vueltas del cerrojo y regresó al sofá con paso sigiloso. Se sentó a mi lado y susurró a mi oído, en tanto miraba a su alrededor:

—Estoy en peligro.

—¿Por qué?

—Hoy he descubierto que aquí falta una cosa.

—¿Qué falta?

Volvió a mirar a todas partes y espiró ante mis narices:

—¡Un puñal!

—¿Un puñal?

—Sí. Era un regalo de mi padre. Un puñal de ataujía que le vendió un anticuario. Una maravillosa obra de arte.

La memoria se acercó a decirme con voz de tío: «¡Eso es una birra!» Enriqueta me volteó la cara con las manos y me increpó:

—¿Por qué no me atiendes, malvado?

—Queti, yo...

—¿No comprendes? ¡Con ese puñal mataron a mi padre! Por tanto, el asesino es alguien de esta casa... Pero, ¿quién, quién?

Con aspaviento melodramático se arrancó dos mechones de cabellos. La sujeté por las muñecas.

—¡Cálmate! —dije—. ¿Dices que hoy descubriste la falta de ese puñal?

—Sí.

—¿Cuándo lo viste por última vez?

—No recuerdo... Hace muchos días... ¡Oh, ya sé qué quieres decir! ¡Fue el jueves! Ese día Tila me ayudó a sacudir. Desde entonces, esto no se limpiaba. Hoy me decidí a hacerlo y...

Lloró otra vez. Otra vez la calmé. Sosegada, pero con la boca semiabierta y la mirada entontecida, se acercó a mi oído:

—¿Sabes lo que pienso?

—¿Qué?

—Que usaron ese puñal para cargarme con la culpa.

—No seas tonta, Queta.

Se desentonteció y me golpeó el pecho con los puños.

—«¡No seas tonta!» —parodió—. ¿Eso es todo lo que se te ocurre decirme, mal hombre?

Se echó a llorar otra vez, ahora para empaparme la camisa. Volví a sobarle el cráneo y la nuca. En tanto, reflexioné y coincidí con ella en dos

puntos: con el puñal damasquinado, alguien de la casa había ultimado a dos hombres.

XVI. Hades frente a una Parca

Lunes 8 de agosto de 1960. 11:15 p.m.

Ante el espejito del espantajo ensayé gestos, maneras y ademanes de Hades, es decir, de la imagen ideal que yo me hiciera del terrible señor de los Infiernos en los días de mi adolescencia dedicados a la ingenua adoración de los maravillosos personajes que comunican cándido encantamiento a las mitologías paganas. Acaso esa evocación de mi mocedad produjo el regocijo casi infantil con que me dirigía al encuentro con una de las Parcas.

Es posible que tío las llamara así porque las tres deidades mitológicas — si vamos a creer a Hesíodo—, eran hijas de la Noche, o acaso lo hiciera porque se trataba de las diosas a quienes estaba encomendado el devanar, repartir y cortar el hilo vital de los humanos.

No sé por qué tomé la decisión de enfrentarme primeramente con la Moira eclesiástica. La hora no era muy oportuna para hacer visitas, pero aquella era algo más que una visita. Aparqué el Chevrolet. Anduve cincuenta metros, abrí la verja del jardín y me dirigí a la puerta trasera del chalet. Utilicé la llave recién incautada, atravesé a oscuras el largo y ancho pasillo y subí por la monumental escalera. Con el objeto de hacer más intimidante la sorpresa, toqué en la puerta de la habitación con nudillazos a lo Drácula; pero inmediatamente hice girar el mango de la cerradura.

Allí estaba ella, junto al monumental lecho, de rodillas, rosario en mano y envuelta en una bata de casa demasiado vaporosa para una dama cargada de rodetes de grasa. Al verme, se alzó. No exteriorizó el miedo; pero la denunciaba su palidez. Su voz apenas tembló al decirme:

—¿Qué hace usted aquí?

—Sólo vine a verificar si esta cama, que sin duda forma parte de la herencia, era un bien comunal.

Apretó los labios y clavó en mí las lucecitas que despedían sus pupilas enmarcadas por las hondas y negras fosas de las ojeras. Como yo esperaba esa actitud silenciosa, continué:

—Si le molesta hablar, no lo haga. Pero yo sé, y la policía no tardará en saberlo, que usted y el desdichado padre Paolo compartían este lecho.

Se le aflojó el maxilar inferior y sus ojos se entrecerraron. Con una de sus manos intentó hacer la señal de la cruz; pero desistió, acaso porque me viera cara de ateo. Esperé unos segundos para darle la oportunidad de derramar algunas lágrimas; pero parece que no las tenía maduras todavía.

—¿Ha comprendido el motivo de mi visita? —pregunté.

Se apagaron las lucecitas y su cabeza cayó hacia adelante.

—Estoy en pecado mortal —murmuró.

—No se preocupe —satiricé—. El padre Rossini, pese a sus devaneos y a sus cartas marcadas, hizo méritos suficientes para ganar la gloria eterna. Estoy seguro de que él la ayudará desde allí.

Su mohín me dejó ver que le desagradaba la ironía. Sin embargo, encontró valor para decir:

—¿Cómo sabe usted todo eso?

—Las domésticas suelen ser muy comunicativas, señora Petra. Por supuesto, Irene no iba a ser una excepción.

Soltó el rosario sobre una almohada.

—¡Maldita sea! —masculló.

Mientras ella rumiaba incoherencias inaudibles, me senté en el borde de la cama.

—Si lo desea —dije, con tono de consejero espiritual—, puedo ayudarla a ensayar el interrogatorio más formal a que sin duda la someterá muy pronto

la policía. Por ejemplo: ¿usted abrió la puerta al señor Anselmo Estivil aquella noche?

Después de unos segundos de vacilación, se decidió a contestar:

—Sí.

—¿La muchacha tenía la noche libre?

—Sí.

—¿Usted vio salir al señor Rossini acompañado por el señor Estivil?

Movió la cabeza afirmativamente.

—¿Usó cada uno su propio automóvil?

—Sí.

—¿El reverendo regresó solo?

—Sí.

—¿Cuánto tardó en regresar?

Se tomó unos segundos para meditar:

—Eso no lo sé... No puedo precisarlo.

Colocada ya en disposición de responder, era oportuno dar comienzo al ablandamiento y me dispuse a ello.

—¿Se acostaron en seguida? —sus ojos me rociaron con destellos recelosos—. Sí. Sin duda, lo hicieron. Era tarde: las dos y tantos de la madrugada. Me imagino la escena: él, cansado y somnoliento, se tendió en el lecho, y usted, solícita y deleitosa, lo acurrucó en su seno —clavé una mirada aguda en sus enormes tetas—. ¡Hermoso, abundante y comfortable seno!

La palidez dio paso durante unos segundos al rubor.

—¡Basta! —exclamó, más vergonzosa que enfadada, y agregó, en presta transición—: Yo no he cometido ningún delito.

—No la contradigo. Sin embargo, la policía puede formarse otra opinión.

Se mordió dos dedos. Dio un par de pasos laterales en dirección a la mesita de noche. Me puse de pie. De pronto, me preguntó:

—¿Cómo entró usted aquí?

—Montado en una escoba de bruja que encontré en el jardín. ¿Es suya o de doña Angustias?

En su rostro apareció la ira. Se volvió hacia el teléfono y descolgó el receptor. Sonreí irónicamente al preguntarle:

—¿Va a llamar a la policía o a algún cómplice?

En una brillante jugada beisbolera atrapé en el aire el teléfono y lo lancé sobre la cama. Entretanto, ella abrió una gaveta de la mesilla. Como yo presumí lo que iba a hacer, desabotoné el saco y mostré la pechera de la camisa. En efecto, tomó el revólver, es decir, uno de esos jugueticos con apariencia de **vanity**, y lo apuntó hacia mí. La mano le temblaba, naturalmente.

—Tenga cuidado con el dedito, señora. Si se le escapa un tiro, aparte del disgusto que daría a mi tía Alberta, su situación se hará más complicada.

El juguetito cayó blandamente junto al rosario. Ya con el miedo muy visible, preguntó:

—¿De qué me acusa usted?

—Se equivoca. No vengo a acusarla, sino a defenderme.

—¿Defenderse de qué?

—Escuche, señora —dije en tono persuasivo—: cuando yo tenía tres meses sentí deseos irreprimibles de chuparme el pulgar; pero mi tía Alberta me untó en el dedo cierta sustancia. No recuerdo su nombre, aunque todavía quedan en mi paladar vestigios de su sabor acre. Por otra parte y hasta donde yo sé, usted tampoco tiene el feo hábito de lamerse el dedo. Eso nos iguala un poco. Pero es el caso que ambos, usted y yo, nos parecemos a la policía en ese mismo detalle.

Por supuesto, yo estaba seguro de que mi tío tampoco tenía tal mala costumbre, pero no lo dije. Lo que hice fue seguir el hilo de sus sugerencias. Entré a fondo:

—En resumen, señora Donoso: necesito probar que no me he manchado las manos en esta orgía de sangre. Y creo que usted necesita probar algo parecido.

Pareció cobrar ánimo, porque alzó la gruesa papada, echó hacia adelante el voluminoso busto y declaró enfática:

—No tengo nada que probar.

No creí que estuviera segura de lo que decía y, por tanto, yo no podía conceder crédito a sus palabras. Era, pues, necesario apretar un poco más el tornillo.

—Perdone, pero no pienso lo mismo. En verdad, como su situación es más comprometida que la mía, yo no estaría tranquilo en su lugar.

Comprenda: la policía nunca creerá que usted tiene el sueño tan profundo como para no despertarse mientras apuñalan a un hombre que duerme a su lado.

Estoy seguro de que las miradas no matan. Lo sé porque no fallecí de modo repentino cuando Petra Donoso, me lanzó aquella ojeada repleta de centelleante aborrecimiento. Por supuesto, concedo que quizás ella, al mirarme de tan terrible manera, no tendría designios homicidas, sino la simple intención de manifestarme cuánto era capaz de odiar. No creo necesario decir que su evidente aversión me regocijó, aunque me causó más placer el tono de inculpabilidad que impuso a su voz al decir:

—Yo no dormí esa noche en esta habitación.

Me contradije; pero ella no estaba preparada para objetar contradicciones:

—Lo sé. Me lo dijo la **maldita** muchacha. Y agregó que era la primera vez, en un par de años que llevaba a su servicio, que usted no amanecía en esta habitación, sino en la de al lado. No se enfade; pero, a mi modo de ver, eso empeora su situación, porque, ¿no le parece demasiado casual que asesinen a un hombre justamente la noche en que usted rompe el viejo hábito de darle calor conyugal? —hice una pausa profesional antes de darle otra vueltita al tornillo—. ¿Qué pasó? ¿Habían reñido?

Sus ojos me dijeron que no le interesaba responder.

—¿Le dijo él que pensaba irse al extranjero el próximo sábado en cierto yate?

Tampoco respondió.

—¿La amenazó con desheredarla? —me golpeé la frente—. ¡Eso es! Seguramente Rossini la sorprendió a usted cuando se revolcaba en un sofá con Anselmo Estivil. ¿O fue con Charles Forniéres?

Otra vez centelleó el odio.

—¡Maldito seas! —bramó—. ¡Maldito seas!

—¡Y tú para que lo veas! —rimé, riendo.

Fui hasta el rincón donde se hallaba el calefactor. Lo señalé con un índice al preguntar:

—¿Quién conectó este artefacto la madrugada sangrienta?

Naturalmente, no habló.

—¿Lo conectaron antes de matarlo o después?

Como yo esperaba, tampoco contestó. Atenué el tono para decirle, otra vez en plan de conciliador:

—Es lástima que no tenga usted elementos que puedan ayudarla a defenderse cuando la policía vuelva para hacerle esas preguntas y otras más difíciles de responder. En fin, allá usted —hice sonar dos dedos—. ¡Ah, señora Donoso!, olvidaba decirle que soy coleccionista de sotanas célebres. Tengo una que usó don Tomás de Torquemada. Y otra que perteneció a César Borgia. Está manchada de agua tofana. ¿Cómo pudiera conseguir la que vistió el padre Paolo para administrar los santos óleos al desdichado Isauro Estivil? ¿Está aquí?

Encogió los hombros.

—Escuche, señora: la mudez y los encogimientos de hombros no satisfacen a los investigadores de estos días. Son jóvenes y gentiles, pero tercos.

Se retorció los dedos de una mano con los de la otra. Al fin, dijo con tono suplicante:

—Pero, ¿qué quiere usted? ¿Qué quiere?

Me acerque a ella para decirle, confidencial, susurrante:

—Zafarme de este lío. Y, además, ver si puedo hacer algo por mi novia Enriqueta. Usted la conoce. Ella venía a jugar...

—Eso no es cierto. Nunca vino —replicó.

—Me alegra saberlo. Y, a propósito: ¿Paolo compraba las barajas marcadas o las marcaba él mismo?

Temí que se desintegrara cuando aulló, mientras se clavaba las uñas largas y perladas en el rostro regordete y pálido:

—¡Basta, por favor! ¡Le he dicho cuanto sé!

Tenía que apretar más el tornillo y lo hice:

—Excepto que ahí al lado, dentro de una bota de su amante, está la vaina del puñal asesino —acerqué la boca a su oído—. ¿Sabe usted dónde está ese puñal?

Dio un paso atrás y me miró. En sus ojos y en su gesto advertí síntomas de idiotez. De pronto, las lágrimas se le maduraron y corrieron con ligereza y abundancia. Sin embargo, Petra Donoso era una mujer de natural fuerte, porque lloró en silencio, sin histeria ni gemidos. Al verla, pensé en el llanto a

solas de que me hablara Irene y recordé lo que tío me dijera; pero, ¿aquellas lágrimas estaban inspiradas por el terror que le infundía el asesino o por el remordimiento de haber matado o haber sido cómplice del crimen? Aproveché su estado de indefensión y le dije, casi cordial:

—¿No sabe dónde está el arma?

—No.

—¿No vio al asesino?

—No.

—¿Tampoco lo oyó entrar o salir?

—No.

—¿Sospecha usted de alguien?

—No —acaso cansada de tanto **no** monótono, agregó—: ¿Quién pudo haber sido capaz de arrancar la vida a un hombre tan bueno?

Creí llegado el momento de hacerle un par de preguntas que me recomendará tío. Pausadamente, le dije:

—¿Le gustaría saber quién mató a su amante?

Irguió la cabeza y sus ojos volvieron a brillar.

—Por supuesto —dijo.

—¿Cuánto pagaría por saberlo? —dije, silabeante.

Sorprendí en su rostro el reflejo de un gesto defensivo. Los síntomas de idiotez desaparecieron. Di un buen apretón al tornillo:

—¿Pagaría por saberlo, digamos, diez mil pesos? —hice una pausa de esas que yo llamo congelantes—. ¿O los pagaría usted para que no se supiera quien lo hizo?

Su mirada se aceró, pero por entonces yo había aprendido a mirar con terrorífica dureza. Nunca he olvidado aquel momento, al que todavía considero como el minuto más excitante de la semana que siguió a los casi simultáneos asesinatos de Isauro Estivil y Paolo Rossini. Fue un duelo intenso en el que las pupilas —perdón por el lugar común— hacían de espadas prestas y dispuestas para vencer a ultranza. Debo admitir que nunca antes nadie me mirara con temple tan tenaz y soberbia tan hostil. No obstante, vencí. Apenas su mirada transida chocó contra el suelo, salí... Detrás dejaba a una mujer derrumbada sobre un lecho borgiano. Desde la escalera escuché sus gemidos. Yo iba tan contento que hasta me atreví a tararear, en mi estilo

más desafinado, una canción muy en boga por aquellos días. Mi alegría estaba bien justificada: llevaba conmigo la certeza categórica de que Petra Donoso conocía a la persona que usara dos veces en una noche cierto puñal damasquinado. Eso era lo importante. Aunque también estaba muy seguro de que ella jamás la denunciaría...

—Tienes razón, muchacho —me dijo tío al colocar sus manos sobre mis hombros—. Esa señora lo sabe todo; pero no hablará más de lo que ha dicho.

—¡Pero es que no dijo nada que pueda servir de prueba!

Desasíó mis hombros, echó el tablero de damas hacia un lado y me preguntó:

—¿Tú lo crees así?

Como su pregunta significaba que mi observación era una simpleza, enarqué los hombros y puse cara de desentendido. Él, siempre consecuente, explicó su disentimiento:

—Ella sólo dijo lo que le interesaba que tú supieras o que tú creyeras. Sin embargo, sus **sí** y sus **no** y aún su mudez resumían todo un discurso. Y ahora, vete a descansar. Has tenido un día muy agitado, aunque también muy provechoso.

Entré en la biblioteca a buscar una novela de Hammett que deseaba releer. Allí estaba Tila, con los codos sobre una mesa de lectura, los dedos entrelazados en la frente y la mirada recorriendo las líneas de un libro. No advirtió mi llegada. Me acerqué en puntillas a sus espaldas y posé mis manos en sus ojos. Las pestañas —¡tan largas son!— me hincaron las yemas. Ella, sin sorprenderse, dijo:

—¡Eres tú!

Como había adivinado, réimos.

—¿Qué lees? ¿Una aventura del Llanero Solitario?

—Eso quedó atrás —replicó con mucha seriedad; y agregó—: Estudio. Quiero terminar mi carrera.

—¡Buena falta hace! —dije con no menos mesura.

—¿Por qué? —preguntó inocentemente.

—Porque necesito asistencia —clavé un dedo en mí frente—. Desde que te conozco, no estoy bien de aquí —señalé el lugar donde late el corazón—, padezco de taquicardia —me acerqué y le indiqué mis labios— y aquí creo que...

No me dejó terminar. Me tomó por las orejas, atrajo hacía su boca mi boca y...^{[3][4][5]}

XVII. Cita con las otras Moiras

Martes 9 de agosto de 1969. 9:00 a.m.

Las cité por teléfono y acudieron puntuales a la cita. Celestino —camarero y amigo—, al verme con aquellas damas tan carnosas y peor que cuarentonas, alzó las cejas y frunció los labios para componer un gesto de burlona incompreensión.

—¿Nada menos que dos? —susurro discretamente a mi oído al abrir la puertecilla y darnos paso.

—Por favor —le dije—, traiga una botella de ron, una cafetera llena y un infiernillo.

El reservado del Vista Alegre era un escenario reducido, pero, por lo íntimo, muy apropiado. Nos sentamos. Una de ellas lo hizo a mi lado. La otra se sentó frente a mí. Estiré una mano, corrí el pestillo de la puerta y les dije; implorante:

—¡Señoras, por favor, ayúdenme!

El ama de llaves se echó hacia atrás y la viuda se volteó en dirección a mí para decirme, muy preocupada:

—¿Qué te pasa, hijo?

Eché una mirada acuciante alrededor, deteniéndola unos segundos en cada una de ellas. En ese momento advertí en que se parecían a la otra: las

tres tenían los ojos enterrados en hoyos profundos y cercados por ojeras de ese color que les comunica el ejercicio consuetudinario de la concupiscencia.

—La policía sospecha de mí —les dije—. Me han interrogado tres veces.

—No seas tonto —dijo Angustias Vargas—. ¿Por qué ibas tú a matar a Isauro y a Paolo?

Tocaron. Descorrí el pestillo. Entró Celestino y colocó sobre la mesa lo pedido y los aperos. Conectó el infiernillo eléctrico y encaramó en él la cafetera. Cuando se marchó, medié las tazas de café y terminé de llenarlas con ron.

—¿Qué es eso? —preguntó doña Lola.

—Es un remedo del carajito español, señora. Yo lo llamo coñito. Es un buen estimulante. Lo necesito. ¿Usted prefiere el calé solo y el ron **straight**?

—No, no. Probaré esto.

Lo hizo. Y pareció que le gustaba. La viuda de Estivil también llevó la taza hasta sus labios y paladeo, gustosa, la mezcla. Yo las imité, con mano temblorosa. Volví a correr el pestillo y volví a lo mío:

—¡Enriqueta es la heredera universal!

—En ese caso —replicó la aspirante a suegra mía—, ella sería la sospechosa.

—¡Pero yo soy su novio!

—¡Bah! —hizo el ama de llaves; pero reaccionó súbitamente para preguntarme—: ¿Cómo, cómo? ¿Usted sabía lo de... lo de la herencia, antes de... de que mataran a... a...?

Estaba tan embrollada con los **de... de...** y los **a..., a..., a...**, que me creí obligado a prestarle auxilio.

—No. Pero no puedo probar que no lo sabía. Tampoco puedo probar otras cosas. Yo no tenía por qué matar, pero pude haberlo hecho. Y todo porque no tengo coartada. Es cierto que nadie la tiene. O casi nadie. Por ejemplo: usted, doña Lota, ¿la tiene?

Ale miró desafiante al replicar:

—Yo me acosté cuando Isauro lo ordenó, apenas Anselmo salió a buscar a Paolo.

—Señora, eso es sólo su palabra contra la de la policía... Además...

Dejé que el **además** flotara un ratito sobre ella. Su mirada era inquisitiva, expectante.

—...además, señora —hice una pausita para acomodar sonido de verdad a la mentira—, yo sentí ruido en su habitación aproximadamente a las dos de la madrugada.

Carlota se derrumbó en el sofá al tiempo que Angustias se abalanzaba sobre mí para preguntarme:

—¿Qué hacías allí a esa hora, muchacho?

Puse cara de pecador irremisible, crucé las manos sobre el pecho, rendí la mirada y mentí otra vez:

—Perdóneme, madre. Estaba como loco. Quería ver a Enriqueta en su habitación. Padezco una enfermedad. Creo que la llaman lascivia. Yo había subido otras veces.

—¿Qué dices, niño?

—Perdóneme. Yo tengo una llave de la casa —hice tintinear el llavero en mi bolsillo—. ¿Saben que el doctor Saguerí también tiene un llavín?

La viuda de Estivil respingó. El ama de llaves me miraba alelada. Yo puse cara de tonto.

—¿Quién te dio esa llave? —preguntó Angustias Vargas señalando mi bolsillo.

La otra salió de su lelez para soltar un poco de veneno:

—Sin duda, se la dio la Tila.

—No, no —repliqué—. Me la consiguió Elena, aquella muchacha que estuvo de sirvienta.

—¿Dices que habías subido otras veces? —preguntó la madre.

—Sí; pero soy tímido, ¿sabe usted? Solo aquella noche terrible me atreví a tocar en la puerta de la habitación de Enriqueta...

—¿Te abrió ella?

Siempre es lamentable tener que hacerlo con damas, pero tenía que seguir guiándolas por el **túnel de los horrores**. Volví a llenar las tazas con otra fórmula; un tercio de café y dos tercios de ron. Pese a mi condición de guía, necesitaba esa tregua. Tomé un sorbo de coñito. Al fin, todavía con la taza en alto, pregunté:

—¿Qué decía usted?

—Que si Enriqueta te abrió la puerta.

No sé si he dicho que cuando estoy en plan de mentir no sé cómo parar. Sin embargo, esta vez volví a reflexionar: tío me había sugerido la respuesta a esa pregunta, respuesta que yo consideraba un tanto arriesgada, aunque cabía la posibilidad de que Tila tuviese más confianza en él que en mí.

—No —dije resueltamente.

—¡Menos mal! —exclamó contenta la Lola, sin duda con el pensamiento puesto en el himen, que supondría intacto, de Enriqueta Estivil.

Faltaba una segunda parte a la respuesta y la expresé:

—Queta no durmió aquella noche en su habitación.

Me causó extrañeza que no se sorprendieran, pero seguí adelante:

—Ella durmió en nuestro saloncito.

Tampoco hubo reacción. Empezaba a pensar en si ellas conocerían o no ese detalle, cuando la viuda me borró la duda al preguntar, muy apremiante:

—¿Le has dicho todo eso a la policía?

—¡No, no!

Las dos suspiraron con burdo disimulo. No era mal momento para empujarlas un poco más hacia adentro del túnel. Me volví y dije a doña Angustias, en un susurro confidencial:

—Tampoco he dicho a la policía que la vi entrar a usted acompañada por Forniéres. Eso complicaría más el asunto.

El «¡Madre mía!» que soltó lo tengo anotado para incluirlo en mi proyectada «Antología de exclamaciones tremendas». En tanto la señora Corbeiro mantenía paralizada su taza a la altura de la boca abierta, la señora Vargas contuvo el aliento. Al cabo, dijo:

—Hijo mío, no vayas a pensar mal de mí. ¡Te lo pido por la felicidad de Quetica!

—No pienso mal de usted; pero, ¿y si la policía llegara a saberlo?

—No sé... No sé... Sería algo terrible.

La dejé a un lado para que se atribulara a sus anchas y me volví hacia la Moira llavera.

—En cuanto a usted, señora Lota —le dije silabeante—, le prometo también que no diré una palabra a la policía.

—Yo no tengo nada que temer —replicó con altanería—. Tengo la conciencia tranquila.

Naturalmente, la petulancia me irrita. Por eso, riposté:

—La tranquilidad de conciencia no se ve, señora, ni se oye. Si la policía llega a saber que usted fue amante de Isauro Estivil y que ahora lo es de su hermano Anselmo —las dos Parcas llevaron sus manos a las bocas—, va a tener que revisar su concepto de la conciencia tranquila. Por otra parte, ¿puede usted hacerme creer que se puede dormir en paz después de vaciar cápsulas de medicina destinadas a un enfermo?

Dio resultado: las dos, al mirarse recíprocamente, confesaron tácitamente su complicidad en el estúpido escamoteo de presuntas vitaminas y supuestos minerales. Noté que el tenebroso túnel las horrorizaba demasiado y decidí encender una lucecita.

—Y hay más, señora Lota: usted mintió al decir que estaba dormida. Le repito que yo la sentí moverse en su habitación. No me interrumpa, por favor. Sé muy bien que no se puede culpar a nadie por estar despierto o por estar dormido. Lo grave sería que alguien hubiera visto al asesino y no lo declarara.

La Parca Lota se apresuró a decir:

—Yo no lo vi.

—¿Ni escuchó nada anormal?

—No. Es decir, sólo escuché las voces de Anselmo y el padre cuando subían las escaleras.

—¿Cómo supo que subían?

—Me... me pareció que las voces se acercaban.

—¿No se asomó usted para verlos?

—¡No, por Dios!

—¿Escuchó algo más?

—No.

La Parca Angustias entró en el juego:

—Yo sí.

Me volví hacia ella, irritado:

—¡Señora, por favor! ¿Qué escuchó usted?

—Escuché y vi bajar al padre Paolo.

¡Aquello sí era nuevo! Puse mi mano en su brazo y pregunté:

—¿Cómo pudo verlo?

—Me disponía a salir de mi habitación cuando percibí que se abría la puerta de la alcoba de mi marido. Anselmo y el padre hablaron. Así supe que Isauro se sentía mejor, que dormía. Luego, el padre Rossini bajó las escaleras.

—¿Y qué se hizo de su cuñado?

El ama de llaves, aparentemente repuesta de su estupor, tomó la palabra para decir:

—Se iría a dormir.

—Es lo que hizo —corroboró la viuda—. El reverendo le había dicho que no se molestara, que volvería solo a su casa.

Todo eso confirmaba la versión de Tila. Muy complacido por dentro, fingí temor por fuera.

—Tengo miedo —dije a mi presunta futura suegra.

Le tomé las manos. Las tenía heladas; pero deposité un beso en cada una de ellas.

—¡Valor, hijo! No temas —dijo con son franciscano—. Estoy a tu lado.

—Gracias, señora. Y usted perdone por... por mi... Y usted también, doña Lota. ¡No sé lo que hago ni lo que digo! ¡Es el miedo, el miedo!

Angustias Vargas, maternal, me echó un brazo por encima y me besó en la mejilla. Ya muy dueña de sí, me prometió:

—Yo te ayudaré.

—Y tiene que ayudar también a su hijo. Pedro Isauro no sabe lo que hizo aquella maldita madrugada.

—No te preocupes. Tengo dinero. El dinero lo resuelve todo.

Fugazmente, recordé a Fonts, el ñato. Examiné la cara de la Moira viuda: sí; ella estaba estancada en el pasado y no podía comprender qué había ocurrido el primero de enero de mil novecientos cincuenta y nueve.

—Yo te ayudaré —repitió—, cueste lo que cueste. Y también sacaré a Pedrito Isauro de ese lio. Pero, escucha: tú no debes decir a nadie que estuviste allí aquella noche y que me viste llegar con Forniéres. La verdad es que yo fui a buscarlo.

—¿A dónde? —pregunté con cara de don Simplicio.

—A Barlovento.

Acentué la cara de bobo para decir:

—¿Qué hacía él allí? ¿Pescaba a esa hora?

—No, niño. Arreglaba el yate.

La Parca Lota le dirigió una mirada muy significativa y la Parca Angustias se llevó tres dedos a la boca abierta.

—¿El yate? —dije con son de retrasado mental.

Como no podía embragar la marcha atrás, tuvo que seguir adelante.

—Sí —confesó—. Tenemos un yate. ¿No lo sabías?

—No.

—Lo compramos hace poco. Ahora está en reparaciones. Cuando se casen, tú y Enriqueta pueden hacer el viaje de bodas en él.

—¡Oh, gracias! —di un saltito en el asiento—. Siempre soñé con viajar en un yate. Tengo una gorra con visera dorada y un pulóver a rayas azules y blancas. ¿Cómo se llama el yate?

Cuando me dijo el nombre, exclamé:

—¡Qué casualidad! Se llama como la revista aquella. La de la portada que tenía don Isauro y que...

Súbito, me tapé la boca con todos los dedos. Las dos Parcas intercambiaron rápidas miradas; pero no dijeron una palabra. De todos modos, sus gestos me demostraron que conocían la existencia de aquel papel impreso. Preparé tres coñitos con una nueva fórmula: un cuarto de café y tres cuartos de ron. El resto de la conversación discurrió por caminos hollados.

Al despedirnos en la zona de aparcamiento del Vista Alegre, parecíamos tres cómplices juramentados de una conspiración que obligaba al silencio eterno. Ellas se marcharon en el mercedes. Cuando trepé a mi espantajo. Celestino salió de los portales del café muy apresurado.

—¡Doctor! —gritó

—¿Qué pasa, indiscreto desvergonzado?

—Una de las damas olvidó esto —indiscreta y desvergonzadamente subrayó **damas**.

Era una enorme cartera de charol negro. Mi impenitente curiosidad me excitó y abrí el costoso morral. Lo de siempre: un tubo de pastillas de evanol, ganchitos para el pelo, un monedero, una billetera, cosméticos variados, un

frasco de lavativa vaginal, un par de libretitas con nombres, direcciones y teléfonos, un encendedor, dos o tres bolígrafos, otros tantos pañuelitos, un sobre nuevo y otro algo ajado, un manojito de llaves, un pomito de perfume «My sin», un peine... También vi dos objetos poco comunes en un bolso femenino: ¡un pucho de habano dentro de un preservativo evidentemente usado! Además, otra cosa no muy habitual en ese tipo de registros: una cuenta bancaria. La hojeé: expedida a nombre de Angustias Vargas, tenía en su haber ochenta y seis mil seiscientos cuarenta y ocho pesos con tinta muy fresca, un asiento revelaba la extracción de quinientos pesos. Mire la fecha: «9 de agosto de 1960», o sea, que la operación había sido realizada aquella misma mañana. Hurgué en la billetera: dos billetes de a veinte, uno de diez, dos o tres de a uno. Abrí el sobre nuevo: allí estaban diez estirados y crujientes billetes de a cincuenta. La curiosidad me incitó más y saqué el papel que contenía el otro sobre. Era una carta, es decir, no propiamente una carta, sino cuatro líneas escritas por una mano nerviosa: «¡No como ni duermo! Estoy desesperado. La policía vino a interrogarme. Tengo miedo. Necesito salir urgentemente del país. ¡Tú tienes que ayudarme!» Debajo, a modo de firma: «C». En dos segundos deduje y me dije: «Ce de Celedonio». Devolví el papel al sobre, devolví el sobre a la cartera y devolví la cartera al asombrado Celestino.

—Devuélvela al reservado —le dije—. No tardarán en regresar a buscarla.

Corrió hacia el café. Puse en marcha el carro y enderece Belascoaín arriba. Muy a tiempo, porque el retrovisor me ofreció la imagen del mercedes aparcando en el espacio vacío dejado por mi espantajo.

Yo estaba seguro de dos cosas: de que había sembrado un poco de miedo en ellas y de que ambas Parcas —y quizás las tres— pertenecían a una banda perfectamente organizada. «Pero —recuerdo que me pregunté—, ¿organizada para qué? ¿Para apuñalar hombres a discreción? ¿Para sacar del país a criminales de guerra y contrarrevolucionarios? ¿Para conspirar y atentar contra la nueva sociedad en construcción?» No alcancé a contestarme terminantemente, pero intuí que quizás con un solo «sí» podía responder a las

tres proposiciones. Por otra parte en mi cerebro bailoteaban dos hipótesis relacionadas con el doble crimen: una: Pedro Isauro Estivil estaba dolido de la infidelidad de su madre con el reverendo, odiaba asimismo a su padre — del cual se suponía uno de los herederos— y, además, había tenido buena oportunidad y tiempo sobrado para echar a andar toda la violencia de su carácter. Esta conjetura se apoyaba en que Angustias Vargas estaba dispuesta —«Cueste lo que cueste», había dicho ella minutos antes— a sacar a su hijo de aquella dificultad. Dos: mi aspirante a suegra también contó con tiempo suficiente para ir a Barlovento, volver acompañada de Forniéres a casa de Paolo Rossini, hundir —ella o él— el puñal y regresar a la mansión Estivil para completar el doble asesinato. En cuanto a los demás implicados — Carlota Corbeiro, Anselmo Estivil, Celedonio Saguerí, Petra Donoso y Angélica de Forniéres—, cualquiera de mis dos teorías les asignaba el papel de cómplices por acción directa o por consentidores...

Decidí no decir a tío una sola sílaba de mis hipótesis. En verdad, hubiera sido inútil hacerlo, porque él se niega a creer en las conjeturas y en las suposiciones. Nunca he olvidado que años antes, en una ocasión semejante, luego de mirarme de cierto modo, me dijo: «¿Sabes que es un caso urgente de cirugía eso de que te quepan en la cabeza nada menos que dos hipótesis?» Me limité, pues, a contarle los detalles de mi entrevista con las damas. Al final, todo lo que se le ocurrió fue decir:

—Nada nuevo.

—¿Ah, no?

—No.

—Menos mal que sólo perdí tiempo —dije—, porque mi futura suegra se obstinó en pagar lo consumido.

Se disponía a iniciar una partida y coloqué una mano sobre el tablero.

—Siquiera reconozca —le dije— que acertó en su presunción de que Enriqueta había dormido aquella noche en el saloncito.

—No era una presunción —repuso.

Mientras yo volvía a pensar en Tila, él, con suma delicadeza, alzó mi mano y la alejó del tablero. Esperé que hiciera el primer movimiento para

decirle:

—¿Y qué le parece esa operación bancaria?

Alzó la cabeza para mirarme. Su aire era paternal, muy paternal.

—Con ese dinero se puede comprar una vida —dijo.

Yo no tenía por qué saber que se trataba de una profecía. Iba a decirle no sé qué; pero entró Tila con dos tazas de café sobre una bandeja.

XVIII. Choque con un epígono de Malthus

Martes 9 de agosto de 1960. 1:00 p.m.

Con un beso casto y reconciliador me despedí de Tila y salí. Iba a realizar lo que tío y yo denominamos «Operación Desbrozo», que consiste en verificar si existen malezas en el camino, en cuyo caso, el objetivo es arrancarlas y apartarlas.

Vi por primera vez al doctor Saguerí en una de las veladas de la mansión. Por entonces, era un hombre alto, fuerte, peripuesto, arrogante, de maneras delicadas, lengua desenvuelta y miradas altivas. No era así el doctor Saguerí que encontré al entrar en el aparatoso consultorio de su clínica privada. Su estatura parecía haber disminuido y su fortaleza física había devenido masa de músculos blanduchos. Desaliñado, huidizo, con modos vulgares y miradas medrosas me señaló una butaca en tanto él tomaba asiento detrás de su ostentoso buró y me decía, con voz entrecortada:

—Siéntese, por favor.

Lo hice. Sentí la sensación de que la butaca conservaba el calor de nalgas de burguesitas con dificultades embarazosas. El famoso ginecólogo ordenó

unos papeles que no estaban desordenados, movió el teléfono dos centímetros hacia la derecha, pasó un índice sobre el pulcro cristal de la mesa, se miró la yema del dedo, con la nariz un tanto fruncida, y me dijo, con voz desmayada:

—Estoy de vacaciones; pero como su tía ha mostrado interés en que yo lo consulte, he decidido hacer una excepción. ¿Qué tiene usted?

—Me siento deprimido, doctor.

—¿Trabaja usted mucho?

—Lo suficiente para ganarme el sustento. Pero, al decirle **deprimido**, no me refería a mi estado físico.

—¿Ah, no?

—No, doctor. Mi depresión es psíquica.

—En ese caso, sólo puedo recomendarle a un buco psiquiatra.

—No, no... Mi tío entiende algo de eso y, después de un par de largas sesiones de sofá, me sugirió que lo viese a usted.

El célebre partero iba a decir algo, pero le tomé la delantera al informarle:

—El caso es, doctor Sagnerí, que mi novia ha heredado una fortuna inmensa.

Pese a su disimulo, percibí que se ponía en guardia.

—¿Se refiere a Enriqueta Estivil? —dijo con falso asombro.

Con aire de nené de cuatro añitos, le repliqué:

—¿Se puede tener más de una novia, doctor?

Comenzó a aflojarse. Intentó sonreír, pero sólo consiguió muequear.

—Perdóneme —dijo—. Yo no sabía que...

—Pues así es... Y, como comprenderá usted, eso hace recaer sospechas sobre mi novia, y, naturalmente, sobre mí.

Se reacomodó en su butacón giratorio y argumentó:

—Perdone, doctor. No veo qué relación...

Lo interrumpí con un gesto y continué mi camino:

—No es agradable que sospechen de uno. Especialmente si uno se sabe inocente. De ahí mi depresión psíquica.

—Le repito que yo...

—Espere, doctor Sagnerí. Comprenda de una vez que no vengo a verlo como paciente, sino como sospechoso de haber cometido un par de asesinatos. Tengo mucho interés en conservar la integridad del apellido.

El doctor Saguerí comenzó a sentirse tremendamente desventurado. No sé de dónde sacó un poquitito de voz para decir:

—No veo como pueda yo...

—Usted era el médico de la familia Estivil y del padre Paolo.

—Pero...

—Y acaso pueda usted ayudarme a probar mi inocencia.

Con el mentón desencajado, repitió:

—¿Cómo puedo yo...?

Es una buena técnica la de mantener a esa clase de gente limitada a la reticencia, porque las hace perder el equilibrio mental.

—Yo dije que acaso pueda usted ayudarme y, en verdad, no sé cómo... Quizás si usted accediera a responder a unas preguntas...

Volvió a reacomodarse, tragó un poco de aire y dijo:

—Yo... yo... En fin...

Fui directamente a la semilla:

—Usted tiene llave de la mansión Estivil.

—¡No!

Puse cara de lobo feroz y di a la voz entonación de ogro malvado.

—Comenzamos mal, doctor Saguerí. Yo no formulé una pregunta, sino una afirmación... ¡Ah, ya! Es que usted devolvió la llave.

—¿De dónde sacó usted eso?

—De mis pupilas. Semanas antes del crimen, yo le vi entrar en la casa. Y para ello usó un llavín que traía colgado de su llavero. ¿No es cierto?

Se volvió a replegar y su palidez se acentuó.

—Es cierto —dijo, ya domado; aunque sus ojos se avivaron un tanto al preguntar—: Pero, ¿qué tiene que ver eso con los crímenes?

Crucé las manos sobre el pecho, afilé la mirada y repliqué:

—¿Yo le he dicho que eso tiene algo que ver con los crímenes, doctor Saguerí?

—No, no —respondió, otra vez con los ojos apagados—, pero... En fin... No entiendo... Yo...

Me pareció llegado el momento de meterle un par de diablos en el cuerpo y le dije, en tono confidencial:

—Verá usted: desde aquella noche, me he preguntado varias veces: «¿Por qué el doctor Sagerí entra con llave propia en casa ajena?» Y me respondí cada vez: «A robar no sería, por supuesto. A menos que fuese a robar la honra de alguien.»

Sin duda, mi tono pausado le dio ánimos para golpear la mesa con las palmas de las manos, echarse hacia adelante y decir, con un poco de enfado:

—¿No está usted inmiscuyéndose en mi vida privada?

Como esa es una pregunta clásica, yo la esperaba.

—Sí —repliqué—. Eso hago, y lo hago porque a mí, en particular, y por razones comprensibles, me interesa conocer ese detalle, y también porque acaso, con una buena justificación, pueda salir sin descrédito, en cierto sentido, su propia vida privada. Por otra parte, reconozca que hay dos asesinatos en el camino de **nuestras vidas privadas** y a esos jóvenes investigadores del caso les complacería saber con quién mantenía usted relaciones íntimas en aquella casa.

El ilustre ginecólogo se fue por una tangente demasiado pueril:

—Yo puedo decir a la policía que usted miente al afirmar que yo entré en aquella casa y...

Le paralicé la lengua con una de mis miradas **ad hoc**, al tiempo que le decía, casi letra a letra:

—Eso puede decírselo usted a la policía, señor Sagerí; pero no a mí.

Se hizo más pequeño en su poltrona y se mordió los labios. Yo moderé mi tono al decirle:

—En fin, convengamos en que su noctívaga visita clandestina de hace unas semanas se debió a motivos sentimentales. Ahora bien: aquella noche vivían en la mansión cinco mujeres. Una de ellas era Enriqueta Estivil. Y Enriqueta Estivil es mi prometida oficial. Por tanto, me interesa saber si era ella el objeto de su ronda sentimental.

El hombre recobró fuerzas para volver a llenar la butaca y su boca soltó un soplo aliviador:

—Puedo asegurarle —dijo, un tanto declamatorio— que no fui a... a ver a la señorita Estivil... Ella es una muchacha decente y...

Lo interrumpí con un ademán brusco y le dije, en tono duro:

—¿Cómo puedo estar seguro de eso?

Dio un saltito en el asiento y soltó un rezaguito de su buena educación:

—¿Cómo? ¿No creé usted en mi palabra?

En el oficio de indagador conviene, de cuando en cuando —a los efectos de conseguir la desestabilización del interrogado—, administrar una dosis de eso que yo llamo filosofía trivial y que todos solemos llevar por dentro. Por eso, repliqué, con pose y tono peripatéticos:

—¡Las palabras, señor mío, son hojas caídas que arrebatara el viento!

—¡Cálmese, doctor, cálmese! —dijo, bastante desestabilizado, luego de digerir mi frasecita—. Comprendo lo que quiere decir... Pero me pone en una situación embarazosa, difícil... Es mi caballerosidad la que...

—¿Y usted —interrumpí— está pensando en caballerosidades delante de dos cadáveres todavía frescos? Atienda, doctor: todos los que vivían en aquella casa y todos los que la visitaban, hombres y mujeres, pueden ser considerados presuntos culpables. Respecto a Usted, sus relaciones íntimas con una de esas mujeres lo señalan como un buen presunto cómplice.

—¡Eso es absurdo! —dijo con bastante aplomo.

—No tan absurdo. Existía para todos un móvil poderoso: el dinero.

El ginecólogo volvió a resoplar aliviado. Más aún: se atrevió a decir, con asomo de ironía:

—¿No ha dicho usted que la señorita Estivil es la heredera universal?

—Yo no utilicé la palabra universal —dije, sonriendo—, aunque es posible que usted la haya sobreentendido. Lo cierto es que nadie, ni la propia Enriqueta sabía que lo era antes de cometerse los dos asesinatos. El cambio de testamento se había hecho en secreto sólo una semana antes.

—Entonces... —masculló.

—Entonces, el móvil del dinero muy bien puede aplicarse a la señora Angustias Vargas e, indirectamente, en calidad de cómplice, a la señora Carlota Corbeiro. ¿A cuál de las dos fue usted a ver aquella noche que yo lo vi entrar?

Recobró desvergüenza suficiente para decir:

—Ni a una ni a otra.

—En tal caso, ¿fue usted a echarse en los brazos de Angélica de Forniéres?

—No.

Se me paralizaron la circulación de la sangre, la respiración y hasta las neuronas. Aquel **no** dejaba sólo una posibilidad que yo no podía admitir. Le concedí que gozara de bienestar unos segundos, exactamente los que empleé en levantarme lentamente, bordear el buró y apretarle el nudo de la corbata.

—¡Es usted un solemne hijo de puta! —le dije en medio de la oreja.

Hizo un esfuerzo inútil por deshacerse del dogal y me miró con los ojos congestionados. Aflojé una pulgada la cuerda y pregunté:

—¿También tiene usted instrucciones de hacer leña del árbol caído?

—No lo comprendo —barbotó.

—Yo sí lo comprendo a usted. Está claro: nada más natural que los amores clandestinos de un médico y una enfermera. ¿De dónde sacó la idea? ¿De Elynor Glynn o de Corín Tellado?

Como percibí que tenía el terror en sazón, solté la corbata y regresé a mi asiento.

—Cambiemos el tema, doctor Saguerí —dije en tono armonizador—: el señor Isauro Estivil padecía de una enfermedad mortal y tengo razones para sospechar que el tratamiento a que era sometido no era el más idóneo, desde el punto de vista de un profesional honesto. Por ejemplo: ¿por qué no solicitó usted en ningún momento la colaboración de un hematólogo?

Intentó decir algo, pero lo atajé con un violento ademán. Con modos de prestidigitador, extraje de un bolsillo el frasco de Polivitaminerol. Al verlo, el afamado ginecólogo dio un salto hacia atrás.

—¿Prescribió usted esto a su paciente?

—Sí —respondió débilmente.

—¿Sabe usted que el laboratorio que fabrica este específico no ofrece garantía alguna? ¡No responda! Yo sé que usted lo sabe. Y sé que sabe de la existencia en el mercado de medicamentos más confiables, aunque, de todos modos, y eso también lo sabe usted, no hay en el mundo un solo complejo de vitaminas y minerales capaz de atajar a la anemia hemolítica en su última etapa.

El célebre comadrón inclinó la frente.

—Pero no es todo —proseguí—. ¿Sabe usted que las cápsulas que contiene este frasco están vacías?

Alzó la cabeza y abrió los ojos. Destapé el ponto, extraje una cápsula, separé sus dos partes y las volteé. Al gran tocólogo sólo se le ocurrió decir:

—¿Quién las vació?

—Si no fue usted, lo cual es muy probable, sería alguien que siguió sus instrucciones.

A veces, el desequilibrio nervioso hace que algunas personas, al negar una acción reprobable, confiesen otra peor. Eso le sucedió al doctor Saguerí al exclamar:

—¡No, no! ¡No era necesario hacer eso!

Quedó tan despavorido, que aproveché para preguntarle:

—¿Quién era su cómplice en ese manejo? ¿Angustias o la otra?

—Angustias —dijo—. ¡Maldita sea mil veces!

—Doctor —dijo, otra vez cordial—, ¿cómo pudo caer usted en ese agujero?

Se le soltó la lengua. Con lo que me dijo y con lo que yo sabía completé su biografía amoroso-profesional. Cierta tarde, el insolvente recién graduado Celedonio Saguerí y la opulenta recién casada Angustias Vargas coincidieron en una esquina habanera. Bastó una mirada ardiente de ella y un insinuante requiebro de él para dejar sentadas las bases de un duradero adulterio, del cual, a su vez, surgió en la capital la más moderna y mejor instalada clínica de ginecología. La señora de Estivil aportó, además del dinero, una buena parte de la clientela. De ese modo, el doctor Saguerí muy pronto se especializó en el productivo oficio de arrancar tiernos fetos a los úteros pecadores de las más conspicuas solteritas de la high-life; con una de las cuales, para mejor cubrir el mal paso de la nena, contrajo matrimonio. De esa manera, el ambicioso Celedonio consolidó, al tiempo que su posición social, su situación económica que ya por entonces no era despreciable.

Con las manos en el rostro, el desdichado me confesó que más de una vez intentara deshacerse de los brazos de la ya ajada señora de Estivil, aunque esta se negara a deshacer el vínculo.

—Sin duda —comenté—, ella considera que usted le debe agradecimiento eterno.

El hombre extrajo un habano del bolsillo y lo encendió con manos temblorosas, en tanto su mirada vagaba por el techo. Yo pensaba en un pucho

originalmente envuelto que había visto pocas horas antes, cuando él dijo:

—Yo creo que ella está bien pagada con los años que le he dedicado — hizo una pausa y agregó una sola palabra—. Pero...

El tono de su voz me dio la clave y le pregunté:

—¿Chantaje?

—Sí —dijo y abatió la cabeza.

Observé pacientemente su postración al cabo de largos segundos, alzó la frente y, sin mirarme, dijo:

—Esa arpía tiene una lista detallada de...

No se atrevió a decirlo, pero yo completé la frase:

—...de sus legrados fatales. ¿Cierto?

Asintió con la mirada y se animó a justificarse:

—La práctica de esas operaciones, la mayoría de ellas realizadas con cierta urgencia, siempre exige una cuota de... mortalidad.

—Cuota que, en su caso —dije, por probar algo—, siempre está amparada con el silencio cómplice de los familiares de las víctimas.

En efecto, el cinismo le brotó a flor de piel al decir:

—Por supuesto... Usted comprenderá que yo solo no voy a correr el riesgo...

Me habría complacido mucho aplastarle las narices; pero me limité a preguntarle:

—¿Ella lo amenazó con dar esa lista a la publicidad?

—Sí. Y no le faltarían periodistas amigos para dar el escándalo.

—Naturalmente, doctor Saguerí, por eso usted acudió, no sólo a mantener vivo el viejo adulterio, sino también a precipitar la muerte de Isauro Estivil.

—Desgraciadamente —dijo, con desvergonzada franqueza—, la enfermedad de Estivil era inevitablemente mortal. Su tío es médico... Él puede decirle...

—Ya he hablado de eso con mi tío y no quiera saber la opinión que tiene de usted.

Volvió a encajar el mentón en el pecho y aproveché su postración para desequilibrarlo otro poco.

—¿Ya hizo las maletas?

Funcionó el electrónico de la sorpresa. Alzó la frente y preguntó automático:

—¿Qué maletas?

Me incliné sobre la mesa para acercarme a su cara pálida y sudorosa.

—No se haga el tonto —le dije—. Usted tiene pasaje reservado para el próximo viaje del yate. Posiblemente sea el premio que otorga esa gente a su colaboración. O quizás sea la respuesta de ella a esa nota en que usted la urgía a que lo ayudase.

De repente, se balanceó hacia atrás y me clavó una mirada de orate.

—¿Cómo lo supo usted? ¿Se lo dijo ella?

—Tengo mis propios medios de información. Y, a propósito: ¿por qué una cartita? —me golpeé con un puño la palma de la otra mano—. ¡Ah, ya sé! Usted desconfía del teléfono y rehúye el contacto con sus cómplices, por eso le entregó furtivamente esa nota en la funeraria. ¡No se asuste! A fin de cuentas, de todo esto, lo único que me interesa es mi propia seguridad. Ya le he dicho que soy un sospechoso más y todo lo que deseo es ser su compañero de viaje.

—Yo no tendría inconveniente, pero...

Me puse de pie para gritar:

—¡Usted puede y tiene que ayudarme! ¡Hable con ellos! ¡Necesito salir en ese yate el próximo sábado!

—El próximo sábado no habrá salida, doctor...

Volví a bojear el buró y le retomé la corbata. Pero no apreté el dogal. Era inútil torturar a un hombre deshecho. Le recompuse el cuello de la camisa, regresé mi butaca y le dije:

—¿Está seguro?

—Sí —dijo con la maquinal sinceridad que suele producir el miedo insuperable—. El motor tiene un desperfecto. El próximo viaje será en los primeros días de septiembre.

Quedé complacido con esa verificación. No obstante me pregunté: «¿Y a dónde demonios proyectan llevar ese barco el sábado, trece de agosto?» Me respondí: «A un viaje especial. Ya lo sé; ¿pero qué es un viaje especial?» Me arrellané en la butaca y, sólo por divertirme, dije al tembloroso ginecólogo:

—Dígame, doctor: ¿no usó usted su llavín particular el pasado viernes entre la una y treinta y las cinco de la madrugada?

El proyecto de divertirme se vino abajo, porque la inesperada respuesta me dio un mazazo en el occipital.

—Sí —murmuró al batir la barbilla contra el nudo de la corbata.

Cuando me repuse decidí ahondar a mi manera en la nueva variante introducida en el juego por aquel sí. Crucé los brazos sobre el buró, eché el torso hacia adelante, puse —aunque me costó trabajo— cara de yo-te-ayudaré y dije, con lástima fingida a duras penas:

—¡Madre mía, doctor! ¡Eso sí lo compromete!

—Lo sé —susurró.

—Pero, ¿a qué fue usted?

—Estábamos citados... Es decir...

—¿Es decir... ?

—Yo... Ella... Nosotros siempre nos... veíamos los viernes...

—¿Para... para hacer el amor? —asintió con la cabeza, sin alzarla—. ¿Cómo es posible? ¿Los viernes no son días de abstinencia de carne?

Por primera vez a lo largo de nuestras relaciones, lo vi sonreír, aunque, en verdad, fue una sonrisa afligida, marchita.

—Lo que no entiendo —dije— es el porqué de esas citas ilícitas en la casa... Hay lugares más discretos...

Estaba muy maduro, casi podrido, y ese es un estado ideal para la confesión de pecados y deslices. Levantó los ojos y repuso:

—¡No conoce usted a Angustias Vargas, doctor! Es una hetaira... En la intimidad, me imponía que la llamara Friné...

Como quiera que era una crasa herejía llamar de ese modo a una señora gorda y ajada, sentí deseos de reír, pero no lo hice.

—¿Y ella —dije— cómo le llamaba a usted? ¿Praxíteles?

—No... Me... —se avergonzó un tantito, pero, al fin, lo dijo—... me llamaba Centauro.

—¿Centauro? ¿Por la parte del hombre o por la parte del caballo? —volvió a soltar una sonrisa amarga—. En fin, eso no justifica los encuentros histórico-mitológicos en la mansión.

—Verá usted —alzó más la cabeza—: ella gusta de las emociones aventureras, de las sobreexcitaciones arriesgadas... No se detiene ante el peligro... Una noche...

—Una noche... —dije para sacarlo de la pausa.

—Una noche... me llevó a hacer el amor en la cama donde dormía su marido.

Tragué el asco antes de preguntarle con mola:

—¿Y usted está seguro de que el marido dormía? —él volvió a sonreír, esta vez un tanto cínicamente, y yo regresé a lo que me interesaba—. Veamos, doctor Saguerí: ¿a qué hora entro usted en la casa?

Vacilo unos segundos antes de declarar:

—Alrededor de las dos. Era la hora acostumbrada.

—¡Uy, uy, uy! —exclamé, en tono animador—, según he podido saber, esa es una hora clave en el asunto. ¿Lo sabe usted.

—Sí... sí.

Me vino a la mente el juego de «quién-salía-y-quién llegaba» de Tila y pregunté:

—¿Parqueó usted su automóvil junto a la mansión?

—No. Lo dejé dos cuadras más abajo. Por cierto, que...

—¿Qué?

—Vi a Pedro Isauro en la esquina de Quinta Avenida.

—¿Él lo vio a usted?

—Supongo que no. Me oculté detrás de un árbol, hasta que él tomó un auto de alquiler.

Me alegró verlo animado y proseguí.

—Por supuesto, luego entró usted en la casa y subió....

—No subí.

—¿Ah, no? ¿Y por qué?

—Porque encontré a Angustias en el vestíbulo. Se disponía a salir. Al verme, me dijo, sorprendida. «¿Tú aquí» «Es viernes», le respondí. «¡Es cierto!», replicó, «pero no puedo recibirte hoy. Te llamaré mañana».

—¿Usted no le preguntó a dónde iba?

—No. Estaba muy nerviosa, casi histérica. Inmediatamente, salimos y ella se marchó en el mercedes.

—¿Qué dirección tomó?

—Hacia Quinta Avenida, donde dobló a la derecha.

El hombre, ya bastante repuesto, parecía esperar más preguntas y lo complací:

—¿Qué hizo usted después?

—Fui a buscar mi auto.

—¿A dónde se dirigió?

—A mi casa.

—¿A qué hora llegó?

—A las dos y treinta, aproximadamente...

—¿No le parece demasiado tiempo para ir desde la mansión hasta el Náutico?

—Fui despacio... Estaba preocupado...

Me pareció que la preocupación no encajaba y pregunté:

—¿Preocupado? ¿Por qué?

—Porque... la cita falló. Pensé en que ellos... en que ella iba a marcharse del país sin llevarme... No sé...

Me rasqué la barbilla durante un ratito antes de decirle, en abogado marrullero:

—No creo que tenga usted dificultades, doctor Saguerí. Cuando la policía vuelva a interrogarlo, puede decirle que llegó a su casa a la una y treinta, o antes. Su esposa, sin duda, no se fijaría en la hora, aunque si se fijó, no se negaría a colaborar con usted y... —me interrumpí al ver que se estremecía—. ¿Qué le ocurre, doctor?

—Que mi esposa no estaba en casa. Desde el día cuatro estaba en Cienfuegos con sus padres. Regresó el día siete.

—¿Quiere decir que nadie lo vio llegar?

—Nadie. Los criados duermen en un pabellón aparte.

—¡Eso se llama mala suerte, doctor! —dije.

Los resacos labios del señor Centauro temblaban. Y sus manos también cimbraban al abrir una gaveta, sacar un fajo de billetes y ponerlo ante mí.

—Como abogado —dijo—, ¿qué me aconseja usted?

Sonreí por dentro y corrí el manojito de dinero hasta cerca de su nariz y le dije:

—Lamentablemente, doctor, mis facultades profesionales apenas alcanzan para defenderme yo. Le aconsejo que eche algunos billetes más encima de esos y contrate a un criminalista taimado, de esos que todavía quedan por ahí.

Volvió a derrumbarse en el sillón giratorio, con los ojos clavados en el rimero de billetes. Me levanté.

—Buenas tardes —dije—. Y usted perdone la molestia.

Le hice el cuento y, para rematarlo, dije:

—¿Desbrozó algo?

—Sí, algo, algo... —clavó el mentón entre las manos y los codos en los muslos—. Hemos llegado a ratificar que los crímenes fueron planeados con precipitada urgencia aquel mismo día.

—¿Cómo **hemos** llegado a saberlo? —pregunté, con énfasis en el **hemos**.

—Por la frustración imprevista de aquella cita concupiscente. Ella dijo haber olvidado que era viernes.

—Muy bien —repliqué—. Y gracias por el plural. En verdad, usted llegó solo a esa conclusión.

—Pero tú trajiste el dato, ¿no es así? Más, no divaguemos. Escucha bien: ¿tú dijiste que esa crápula vaciló cuando le preguntaste a qué hora había llegado?

—Sí, pero recuerde que él estaba un poco nervioso y... —le miré a los ojos, el fondo gris brillante de sus ojos—. ¿En qué está pensando, don Merlín?

—En el papel que viste en la cartera de esa... hetaira.

—No le veo la importancia. Ese papel sólo revela que el amante de Friné tiene bastante miedo.

—Indudablemente; pero, ¿miedo a qué?

La inflexión de la pregunta sonaba a reto y me escapé:

—Yo sólo traigo datos, tío, y usted es el encargado de procesarlos en su computadora neuronal.

—Miedo —dijo, sonriendo— a que se le suelte la lengua.

—¡Ya caigo! Usted imagina que Sagerí sabe más de lo que me dijo.

—Bien sabes que carezco de capacidad para imaginar. Razona: después de vacilar al decirte la hora de su llegada, él, según dijiste, recobró el ánimo perdido y te dijo que vio a ese muchacho tomar un auto de alquiler...

—Ahora que me recuerda eso —interrumpí—, me pregunto: ¿A dónde fue ese muchacho? ¿No iría, puñal en mano, a casa del señor Rossini?

—No especules... También Saguerí te declaró que había encontrado a su amante en el vestíbulo.

—Cierto —interrumpí otra vez—. Y recuerde que ella dobló Quinta Avenida a la derecha y que en Quinta Avenida, pocas cuadras más allá, está la susodicha casa de Paolo. ¿No iría ella a ver si su idolatrado hijo se había manchado de sangre la camisa?

—Esas no son pruebas, muchacho. Son suposiciones. También tomando por Quinta Avenida, a la derecha, se puede llegar a Barlovento. Y a Pinar del Río. Y, con tiempo, es posible llegar al cabo de San Antonio. ¡No te enfades! Lo que quiero es demostrarte una vez más que las conjeturas, sin evidencias que las apoyen, no conducen a soluciones. Y tú conjeturas demasiado.

Alcé las manos, puse cara aterrorizada de villano de western y le dije:

—¡Me rindo! —él se rió; yo bajé las manos y pregunté—: ¿Por dónde iba?

—Verás: al hablarte del muchacho y de la amante, él aportó dos datos que ya tú conocías, que todos conocemos. ¿No es así?

—Así es.

—Bien: aparte de que ese miserable daría con gusto un ojo, y hasta los dos, a cambio de ver a esa... esa señora envuelta gravemente en el asunto, esos dos elementos que te ofreció graciosamente le sirvieron para ocultar deliberadamente un tercero. Además, no olvides lo de su preocupación.

—Estaba preocupado por la cita frustrada y porque...

Hizo su clásico ademán de cortar el aire y replicó:

—¡Tonterías! Todo eso para él, que deseaba, por encima de todo, romper su vínculo con esa vieja gorda y dominante, tenía que ser motivo de regocijo, no de preocupación —desencajó el mentón de entre las manos y se palmeó los muslos antes de decirme, con fingido autoritarismo—: ¡Y no preguntes más!

A mi vez, simulé enojo al replicarle:

—¡Oiga, oiga!, ¿por qué me niega ese derecho?

—Porque quiero —respondió sonriente—, para que tú quedes satisfecho, que encuentres por ti mismo una piececita que encaje en el rompecabezas.

—¿Sugiere que vuelva a ver a Saguerí para sacarle ese tercer elemento que oculta?

—Sí.

—¿Qué llevo: las pinzas saca uñas o la picana eléctrica?

—Lleva el talento...

XIX. Un sospechoso ante el tío

Martes 9 de agosto de 1960. 3:40 p. m.

Lo esperábamos aparecer de un momento a otro. Apenas le abrí la puerta, se me echó en los brazos.

—¡Sálvame! —exclamó.

Como siempre, olía a alcohol, a alcohol caro, claro. Lo hice pasar a la sala. Aunque yo sabía por qué venía, le pregunté:

—¿Qué quieres?

—Quiero que seas mi abogado.

—Ya te he dicho que no ejerzo. Ni quiero ejercer.

—¡Es que estoy en peligro y tú eres mi cuñado!

—Todavía no lo soy...

—Me buscan. Un policía llamó a casa y preguntó por mí.

Es justo decir que el tal **policía** había sido yo, pero él nunca llegó a saberlo. El muchacho temblaba cuando me dijo:

—¿No puedes esconderme aquí, en tu casa?

Negué con un gesto. Se llevó las manos a la cabeza.

—¡Voy a volverme loco!

Se dejó caer nada menos que en la butaca listada de Alberta. Y allí quedó, inmóvil, con los ojos enrojecidos, el labio interior colgante y los brazos

estirados hasta el suelo. Me sentí un tanto compasivo y puse una mano sobre su pelo grasiento.

—¡Cálmate! —le dije—. Será alguna denuncia por deudas. Firmas muchos tickets en los bares y luego no te acuerdas de pagar.

—No. No puede ser por eso. Es por lo otro. Tú me lo advertiste en casa de esa muchacha —alzó los ojos e hizo una transición apresurada—. Oye, quiero decirte que ella y yo... No hay nada entre nosotros.

—Estabas en su casa. Es todo lo que sé...

Colocó las manos sobre el pecho y declaró, con voz acongojada:

—¡Te juro que no hay nada! Pasaba y entré. Sabía que ella vivía allí. Lo supe por Elena, la otra muchacha que estuvo en casa. ¿La recuerdas? Esa era más complaciente. Tila no. Nunca me hizo caso. Es una muchacha extraña, diferente... ¿Sabes que dejó la colocación? —hizo otra transición, esta vez malintencionada— ¿Dónde se habrá metido? ¿Tú crees que ella...?

—No digas tonterías —dije, disimulando la ira—. Ella tiene una buena coartada. En cambio...

Alzo los ojos otra vez para regalarme una mirada lastimera.

—Sé lo que quieres decir: que yo no la tengo. Pues, sí, es cierto.

Se cansó de mirarme y bajó la vista.

—Después de dejarte aquí aquella noche, me fui a un bar.

—Ya lo has dicho. Luego estuviste en tu casa alrededor de las dos. Volviste a salir y tomaste un auto de alquiler. ¿A dónde fuiste?

—Ya te lo he dicho. Fui a beber...

—¿A qué lugar?

Se golpeó las sienes con evidente desesperación.

—¡No lo recuerdo! Nunca lo recuerdo. ¡Es una maldición!

—No es una maldición, jovencito. Es una cosa muy natural.

Al escuchar la inesperada voz amable y grata de mi tío, volvió rápidamente la cabeza y quedó como alhelado al verlo frente a él, sonriente.

—¿Quién es este hombre? —me preguntó, desconfiado.

—Mi tío.

—¡Ah! ¿Este es el tío de que tanto hablas?

—Es el único que tengo y no es culpa mía. Tío: este joven es el hermano de Enriqueta.

—¡Hum! —hizo tío.

—¿Y dice usted que no acordarse de las cosas es muy natural? — preguntó Pedro Isauro Estivil.

—Sí, hijo. A veces la falta de memoria tiene como causa una enfermedad llamada amnesia. Pero ese no es su caso.

—¿No?

—No. Su caso tiene otro motivo, amiguito. Usted, según he sabido, bebe demasiado. El alcohol embota los sentidos, altera la sensibilidad...

Tío se le acercó para examinarle los ojos. Al cabo, se volvió para ordenarme:

—Trae una taza de café fuerte.

Salí. Cuando regresé diez minutos después, parecían los mejores amigos del mundo, algo así como si el muchacho también fuese sobrino de mi tío. Pedro Isauro tomó el café a sorbos lentos. Seguramente la conversación sostenida en mi ausencia le sirvió de sedante, porque estaba sonriente, despejado. Tío se dirigió a mí:

—¿Tú conoces al juez de esa causa, verdad? —no esperó mi respuesta, que él sabía sería negativa—. Llámalo e interésate por este joven. No creo que él sea culpable.

Sus palabras no me causaron sorpresa porque él siempre había pensado, sin conocerlo, que Pedro Isauro Estivil no era capaz de matar una mosca, aunque yo sí lo creía apto para derribar a un elefante con un botellazo, especialmente cuando estaba borracho. Y la madrugada de los crímenes lo estaba. De todos modos, como ese era un asunto de mi tío, me fui al portal.

Al regresar, varios minutos después, presencié el más insólito de los espectáculos. Algunos años atrás —lo recuerdo porque fue el día que cumplí los diez años— tío me dio como regalo el inapreciable honor de jugar una partida de damas conmigo. Pero nunca más había accedido a brindarme otra oportunidad, pese a mis reiterados intentos, no importa que fueren apremiantes, retadores o suplicados. Sin embargo, ahora estaba allí, frente a frente e intercambiando jugadas con alguien a quien acababa de conocer. Yo sé muy bien que él me sintió llegar, pero no alzó la mirada, acaso porque le diera vergüenza enfrentarla con la mía, debido a que ese lance no estaba en el programa del día. Era como un número extra. Me acerqué, deseando muy

vivamente que aquel mequetrefe le diera una paliza. Pero no... Era poco menos que imposible... Miré la posición de las piezas. Evidentemente, jugaban las blancas, es decir, las de Pedro Isauro.

—¡Madre mía! —exclamé.

Tío chistó para que me callase. El muchacho meditó unos segundos más y... ¡No era posible, pero sí lo fue! El hermano de Enriqueta movió la pieza precisa. Tío estaba obligado a tomar un peón enemigo. Lo hizo. Y sobrevino la catástrofe: mi presunto futuro cuñado barrió las fichas negras del tablero. Aquello era humillante. Y, que yo supiera, por primera vez en su vida mi tío estiró la diestra por encima del tablero para felicitar a un contrincante vencedor. ¡Y sonreía! El muchacho, con el pecho inflado y la cara llena de ofensivo orgullo, se volvió hacia mí para decirme con son irreverente, mientras señalaba a su víctima con un afrentoso pulgar:

—¿Y es este el que tú decías que nunca había perdido una partida?

Ante tal impertinencia, en tanto yo me tragaba el encono, tío tiñó de rosado sus mejillas, aunque hizo lo posible por disimular el sonrojo al estirar los labios para formar una parodia de sonrisa. Por supuesto, cambió de tema:

—¿Sabes que tu futuro cuñado te imita muy bien? —me informó—. Ha copiado perfectamente, tu voz, tus gestos, tu manera de andar, todo...

De este modo, comenzaba a funcionar lo que habíamos planeado y entré en el juego:

—Lo sé. Y creo que, además de ser, desde ahora mismo, campeón mundial de damas, es en lo único que se destaca del montón. Y no dude que cuando él salga de aquí, vaya a un bar a divertirse imitándolo a usted...

Pedro Isauro Estivil rió largamente. Era un hombre distinto, desconocido para mí. Tío me miró de cierto modo convencional y volví a jugar:

—¿Por qué no imitas a mi tío?

—No... no —dijo—. Es un tipo difícil. Hay tipos así, como tío Anselmo, como Forniéres, como Petra... Tienen la voz neutra, normal. Forniéres, además, es demasiado natural. Y eso hace difícil imitar sus gestos.

—En verdad, joven —dijo tío—, no sé, si debo agradecerle la comparación.

Pedro Isauro perdió el equilibrio. Él no entendía de sutilezas y no replicó. Tuve que volver a jugar:

—Una de tus mejores imitaciones es la de doña Lota. ¿Por qué no la haces?

—No tendría gracia —dijo tío—. Yo no conozco a la tal doña Lota y no podría comparar.

—Claro, claro —dijo el muchacho— ¿A quiénes conoce usted de la casa? Me acerqué a la puerta de la biblioteca, mientras tío decía:

—A su hermana Enriqueta, por ejemplo.

—Esa es de las más fáciles. Usted verá.

Se levantó y, mientras remedaba con mucha gracia el andar sofisticado y los ademanes artificiosos de mi prometida oficial, entreabrí la puerta de la biblioteca. El muchacho imitó la voz melosa y la manera exquisita de sentarse de su hermana. Entretanto, mi tío reía, es decir —y perdóneseme que invente un verbo—, mandibuleaba. Y lo peor es que no fingía al hacerlo. Ya inspirado y con el público a su favor, el artista continuó imitando a los demás: a doña Lota, a su madre, a Petra Donoso, a su tío Anselmo, a los Forniéres —en un diálogo conyugal graciosísimo—, al cocinero chino, al chofer fascista, a Tila y hasta a su padre y al reverendo Rossini. De pronto, mi tío dejó de mentonear —perdón otra vez— y quedó boquiabierto, mirando hacia el pasillo. Pedro Isauro quedó inmovilizado en medio de una pirueta. Enrojecido, murmuró:

—Perdone, señora...

No contábamos con eso: en la puerta estaba tía Alberta, y la mirada que clavaba en mi boquiabierto tío y en el avergonzado imitador era aterradora, casi horripilante.

—¡No puedo creerlo! —dijo ella, entre dientes.

Me le acerqué y le hablé a] oído. Se marchó, refunfuñona, todavía airada por el sacrilegio del muchacho y por nuestra complicidad con el hereje.

—¿Jugamos otra partida, viejo? —dijo Pedro Isauro, sin duda por romper la tensión.

—No —rechazó, sin resentimiento—. Me basta con una derrota. Pero — se volvió hacia mí—, ¿qué te dijo el juez instructor?

—¡Es verdad! —exclamó el muchacho—. Me había olvidado.

—Todo se arreglará —mentí.

El joven Estivil, emocionado, corrió hacia mí para abrazarme. Le di dos palmaditas en las espaldas mientras él me decía:

—Gracias, hermano. No sé cómo pagarte esto. ¿Quieres venir a tomar algo?

—Jovencito, jovencito... —regañó mi tío con su tono más amigable.

—Es verdad —repuso el jovencito—. Perdone. No me acordaba de que le prometí... En fin, seguiré su consejo: iré a casa, me daré un baño tibio, me tomaré un vaso de leche y me acostaré a dormir. ¡Buen susto se va a llevar la familia! —tendió una mano que tío apretó, cordial—. Hasta otro día...

Lo acompañé hasta la puerta de la sala nada más. No quería perderme lo que venía. Cuando oí cerrar la puerta de la calle, me volví. Mi tío llamó:

—Tila.

La muchacha entró desde la oscuridad de la biblioteca y pronuncio dos palabras:

—No, señor.

Tío sonrió; pero no pude —más tarde sabría que no supe— interpretar el sentido de su sonrisa. Él hizo una seña a Tila y ella se retiró.

—En fin —dije—, ¿qué consiguió sacar de su experimento?

—Un poco de diversión —dijo, evasivo.

—¿Nada más? ¿Y para lograr sólo eso eran necesarios tantos rodeos y tanto sigilo? Yo lo hubiera invitado a la Sala Idal. Allí...

—No te enfurezcas, nene.

Creo haber dicho en otra parte que yo estoy acostumbrado a desenfurecerme, aunque el enfurecimiento sea fingido, cuando él me dice **nene** con su peculiar tono paternal.

—Está bien —concedí—. Usted sabe lo que hace.

—Tú también conoces todo lo que hago.

—Sí, pero no **todo** lo que piensa.

—¿Por qué insistes en hacerte el olvidadizo para intentar el quebrantamiento de las reglas tácitas de nuestro juego? Tú...

—¡Ya sé, ya sé! Soy muy apasionado y muy... muy...

—Dilo: «Y muy imaginativo.» Presta atención: este repugnante asunto no podemos solucionarlo solamente con la imaginación.

—¿Usted no ha dicho que ya tiene la solución?

—No, exactamente. Te he dicho que sé quién lo hizo y cómo lo hizo. Pero ahora me refiero a la solución práctica, al desenlace material. Para llegar a ella, es necesario acopiar algunas evidencias palpables —movió los dedos como si entre ellos tuviese un objeto duro, áspero—, encontrar ciertas pruebas tangibles —hizo un puño con la mano—... Y eres tú el encargado de encontrarlas y serás tú el encargado de mostrarlas físicamente en el momento oportuno. No obstante, para lograr esos fines es mejor que obres por ti mismo, con tus propios medios. El conocimiento de mi solución, en el estado teórico en que se encuentra, limitaría la libertad de tu estilo, de tus maneras... —hizo una pausa—. Y te repito que no sé nada que tú no hayas oído o visto.

—No tiene que recordarme que soy un incompetente —repliqué.

Sonrió largamente antes de reponer:

—Lo que quiero decir es que tú evalúas los hechos y tasas las palabras de un modo intuitivo; irreflexivo, en ocasiones; frívolo, a veces...

—¿Conoce usted —dije con notable desenfado— algún remedio contra la intuición?

—¿Yo te he dicho alguna vez que la intuición es una enfermedad?

—No, pero...

—Calla, calla —interrumpió suavemente—... La intuición, muchacho, es una meritoria manifestación de sensibilidad humana, y quien no es sensible, no vive. Sin embargo, no siempre la intuición conduce a pronósticos infalibles y, en tal caso, no pasa de ser presentimiento frágil, inconsistente... Insisto: este caso no lo resolveremos diciendo a alguien, con enfática seguridad: «¡Yo sé muy bien que usted mató a dos personas!», sino que necesitamos madurar las condiciones para obtener la confesión explícita del culpable y el desenmascaramiento de sus cómplices. ¡Ah! Adicionalmente, piensa en que, detrás de las dos puñaladas hay, sin duda, algo peor.

No se me ocurrió nada para replicarle. Por eso me alegré tanto al escuchar el timbre del teléfono. Acudí al pasillo. Tila se había movilizado también rumbo al aparato; pero yo la aparté y le dije, demasiado bruscamente:

—¿No se te ha dicho que no atiendas a la puerta ni al teléfono?

Descolgué el receptor:

—Diga...

Me respondió una voz conocida. Preguntaba por mí.

—Yo soy —dije—. ¿Qué desea?

—Hablar con usted. Soy un amigo.

—Sé quién es y esperaba su llamada. ¿Cuándo y dónde?

—Ahora, si es posible. Puedo pasar a recogerlo. Dentro de cinco minutos estaría en su casa.

—No. Mejor en la esquina de Diecisiete. Ya salgo.

Colgué y volví a la sala. Tío alineaba sus soldados negros y blancos en el reducido campo de batalla.

—Llamó el amigo —le dije—. Voy a verlo.

—Buena suerte —anheló antes de añadir, irónico—: Y no te olvides de llevar la intuición.

Bien sabía él que yo no podía olvidar algo tan coexistente conmigo. Me fui a mi cuarto para recoger otra cosa, por si acaso, y salí.

XX. Controversia con dos canallas

Martes 9 de agosto de 1960. 5:30 p.m.

No tuve que esperar mucho. El auto parqueó a mi lado y el hombre que ocupaba el asiento trasero abrió la puerta derecha. Rehusé con una sonrisa, abrí la portezuela delantera y me senté un tanto ladeado para observar al que conducía, pero sin perder de vista al otro. El amigo no dio muchos rodeos, sino que tomó el camino más directo hacia donde yo imaginara que iríamos. Después de los **hola-hola** de ritual, se abrió un paréntesis silencioso y lo aproveché para especular en torno al desenlace que tuviera la escena recién desarrollada en casa. Al final del acto, Tila había dicho solamente: «No, señor»; pero, ¿«No, señor que»? ¿«No, señor, no me gustan las monerías de ese niño»? ¿«No, señor, en la biblioteca no hay cucarachas»? Al cabo de mis infructuosas reflexiones, encogí los hombros. De todos modos, yo estaba seguro de que el experimento le había demostrado algo a tío y no me importaba saber qué. A lo largo de años él me ha inculcado la virtud de saber esperar y —como él dijera—, nunca limitó mi libertad de acción en la búsqueda de piezas para los rompecabezas que siempre ha sabido armar con paciente habilidad. Y como ahora iba en camino de dar rienda suelta a ese libre albedrío, me froté las manos mentalmente porque presumía que iba a pasar un rato de regocijo.

El hombre al timón llevaba en los labios una leve sonrisa que, pese a embozada, permitía advertir un plieguecillo irónico. Sólo por romper el silencio, pregunté:

—¿A cuál vamos siguiendo? ¿Al mercury gris o al oldsmobile marrón?

—No me interesa seguir a nadie —dijo el que guiaba—. Lo que me preocupa es que alguien nos siga.

—También a mí me preocupa eso —repliqué.

Me acomodé en el asiento, sin bajar la guardia.

La tarde caía triste y blanda sobre las casas y las calles y la gente. Olía a humedad fresca, a lluvia recién caída. Al dar el carro un giro hacia la izquierda, a la altura de Barlovento, se metió en mis narices la fragancia levísima de un perfume nada clásico, como emanado de un filtro renacentista, mágico. Persistía tanto y mellaba tanto mis pensamientos, que me movía inquieto. Al colocar mi mano para ayudarme en el movimiento, mis dedos tocaron algo que no tenía la consistencia áspera y rígida del vinyl rojo de la vestidura. Tiré un poco con los dedos índice y corazón. Hizo resistencia, pues estaba bien hendido en la juntura formada por el asiento y el respaldar. Logré asirlo y vencerlo. No era sólo tela. Era tela —una tela suave, como seda— y metal —un trocito de metal con forma de llave—. Envolví ambas cosas en mi mano, justo a tiempo. El auto se detenía ante el bar de Chepa.

Primero bajó el tipo de atrás, con su rostro verde y el aspecto cómicamente tétrico que comunicaba a su expresión la acordonada cicatriz que corría desde la oreja hasta la barbilla. Luego bajé yo. Después, un tanto perezoso, el conductor del carro, que demoró bastante en colocarse a la cabeza de la fila para entrar en el tugurio.

—Chepa —ordenó desde la puerta—, una botella.

Atravesamos el salón —cuatro mesas sucias, una docena de sillas en estado lamentable, un mostrador burdo y un portentoso anaquel de caoba con extraordinarios dibujos churriguerescos tallados a mano por alguien que, sin duda, se tomó todo su tiempo. El surtido de mercancías era, además de excelente, poco común en el comercio legal de aquellos días. Cinco pasos más por el patio. Al entrar en la habitación, el conductor tropezó en el umbral, pirueteó con los brazos en alto y fue a caer, trastrabillando, en la

cama ancha y vestida de limpio. Allí quedó, poco menos que absorto. El otro, que se había apresurado a echar una mano a su socio, permaneció de pie y con cara de lelo. Ya yo estaba sentado en la butaca de gastado forro gris. Me pareció que se sentían disgustados por la casual disposición escénica. Seguramente, habrían planeado que yo me sentara en la cama, junto al rincón. Allí se sentó Caracortada. Por las miradas que intercambiaron comprendí que ellos entendían que el destino, y no yo, había dispuesto así las cosas; pero era dispensable tal entendimiento, porque no tenían modo de saber que —aparte lo fortuito del tropezón en el umbral— no soy hombre que se deja arrinconar. Chepa entró, dejó la botella y los vasos sobre una mesita y salió. Era el momento de iniciar la partida. Estiré la pierna, cerré la puerta de un puntapié y dije:

—¿Qué desean los señores?

—Ya lo sabe —dijo el amigo—. Hablar con usted.

Abarqué la habitación con una mirada y olisqueé el aroma a práctica sexual continuada que estaba pegado a cada cortina, cada objeto, cada mueble...

—Se sobreentiende —dije, en tono sarcástico—. Otra cosa no podríamos hacer aquí.

Advertí que el hombre no encontraba el modo de arrancar y le facilité el camino:

—Usted quiere hablarme de un viaje.

En efecto, arrancó:

—De eso y de algunas cosas más. Ya le dije que lo considero como un amigo —hizo una pausa falsamente reflexiva—. ¿De veras quiere usted abandonar el país?

—No es que lo quiera —repliqué—. Es que lo necesito urgentemente.

Uno miró al otro, y viceversa.

—Estamos dispuestos a complacerlo; pero no es posible llevarlo en el próximo viaje. Ya le explicaré por qué. Ahora quiero decirle algo: mi esposa me dijo que había salido ayer con usted.

No sé de dónde saqué una sonrisa beatífica para adornar mi pregunta:

—¿Su esposa siempre le cuenta todo lo que hace?

No sé de dónde sacó la impudencia suficiente para responder:

—Siempre lo ha hecho así. Sin embargo, sospecho que esta vez no me lo contó todo.

—¿Por ejemplo? —dije.

—Por ejemplo —replicó con voz fría y seca—, yo no creo que usted haya dejado pasar la oportunidad de... de estar con ella a solas.

No sé si he dicho —o dado a entender— que soy alérgico al cinismo. No me refiero a cierto tipo de franqueza descarnada que suele tener a su favor la necesidad imperiosa de mostrarse en determinadas circunstancias. Me refiero al cinismo neto, ese cinismo crudo y viscoso que se desnuda sin pudor para mostrar las llagas repugnantes del espíritu. Ahora estaba frente a una de las peores manifestaciones cínicas y no puedo asegurar que logré ocultar bien el gesto de asco que traté de enmascarar detrás de una sonrisa. El **amigo** rehuyó la mirada furiosa que contradecía a mis labios sonrientes, pese a lo cual dijo, con tono indagador:

—¿No me responde?

—¿Usted preguntó algo, señor Forniéres?

Pareció comprender que el camino se le perdía bajo los pies. Meditó unos segundos antes de cambiar el rumbo.

—Escuche, doctor —me dijo—, no creo que usted no sepa dónde está el papel.

Eso, sin duda alguna, significaba que su esposa no se lo había dicho. Y se lo dije yo:

—Sí sé dónde está el papel.

Charles Forniéres pronunció justamente la inocentísima palabra que yo esperaba:

—¿Dónde?

—Aquí —dije palpándome el pecho—. ¿Quiere verlo?

El otro, el que hacía de mudo, echó una mano hacia atrás de la cintura cuando yo moví mis dedos hacia el bolsillo interior del saco.

—No se asuste todavía —le dije con evidente sorna.

Extraje el precioso papel. El señor Forniéres lo tomó con un ademán de avidez y una mirada egoísta. Lo desplegó y lo escrutó. El de la cicatriz leía por encima del hombro de su compinche. No demoraron mucho. En realidad,

eran sólo tres palabras las que les importaban: una impresa —**Time**— y las otras escritas con tinta azul por una mano temblorosa —**is money**.

Aunque Forniéres llevó una mano hacia atrás, no me inquieté. El bulto, que formaba una fea arruga en su americana bien cortada, era una revista. Al verla, me alegré de que entrase en el juego que yo previera. Al mismo tiempo, pensé en la posibilidad de que Angélica de Forniéres desconociera la existencia de aquel número de **Time**, lo cual —pese al pacto con su marido que parecía implícito en sus palabras de la víspera— la situaba fuera de una conjura que cada vez se hacía más enigmática. Más seguro de mí en cuanto a la posesión de la revista, pregunte a Forniéres:

—¿Es usted ilusionista?

—¿Por qué? —preguntó con sorprendente candidez.

—Porque no pude ver cuándo y cómo escamoteó usted esa revista aquella noche.

Sonrió, aunque no pareció haberme escuchado. Él y su socio estaban muy atareados en comprobar a cuatro manos si la portada arrancada coincidía con el resto de ella que había quedado en aquel ejemplar de la **orientadora** publicación norteamericana. Naturalmente, coincidían con exactitud. Como estaba preparado para tal circunstancia, no solté la carcajada que merecía aquella doble expresión de estupor, de incompreensión supina. Sin embargo, yo estaba muy regocijado por dentro, pues entendía que ellos ya no tenían nada que hacer o que decir. Me equivoqué. El señor Forniéres tenía que decir algo; poca cosa, pero algo. Y lo dijo en un murmullo, como hablando consigo mismo:

—**Time is money**.

Esperé unos segundos para no interrumpirle la laboriosa deglución de la frase y tomé la iniciativa, diciendo lo que tío me sugiriera:

—No se rompa la cabeza. Eso no significa nada.

Dio un salto hacia adelante para chillar:

—¡Qué sabe usted!

—Pues sé —reliqué calmosamente— que esas palabras solamente fueron inspiradas por el inocente deseo de entretenerse surgido en un hombre solitario que moría en una cama auxiliado por un montón de ambiciosos.

—Entre ellos, usted —se atrevió a decir.

—¡Y usted, naturalmente! —repuse—. Sin embargo, yo estaba entre ellos, pero no revuelto con ellos. Al menos, no hice nada físico para matarlo, por ejemplo: vaciar cápsulas vitamínicas... Si acaso, recé un par de salves y prometí unas velas a no recuerdo qué santo. Yo no tenía prisa. Me limitaba a esperar pacientemente que la enfermedad se llevara al infierno a Estivil. De esa manera, sin riesgo alguno, yo habría entrado en posesión, por la expedita vía matrimonial, de una buena parte de la fortuna. Desdichadamente, una puñalada importuna me desinfló el sueño. Peor aún: una inexplicable segunda puñalada me provocó pesadillas. No voy a negar que en los primeros momentos hice esfuerzos por hallar el escondite de cierto medio millón de dólares que usted y sus asociados también buscan afanosamente; pero ya me cansé de luchar. Todo cuanto deseo es salirme de este lío. Por eso, la posesión de ese papel me alivió mucho. ¿Comprende?

Claro, no comprendía. Y el otro, desde luego, tampoco. Tenía que ser más explícito y lo fui:

—Le he dado mil vueltas a ese asunto, señor Forniéres. Diez mil y una vueltas, y siempre he ido a dar a la misma calle cerrada: ese papel nada aporta. En mis febriles reflexiones llegué a suponer que Isauro Estivil arrancó esa portada y tomó la estilográfica con la intención de escribir el nombre de su asesino en el último momento, un último momento que él esperaba, pues sin duda intuía que no iba a morir de anemia hemolítica. Mis consideraciones me llevaron hasta el extremo de sopesar la posibilidad de que el moribundo, en medio de la inconsciencia que suele producir esa implacable enfermedad, pudiera haber escrito el nombre de alguien a quien envidiaba, temía o detestaba. Por ejemplo, mi nombre, pues siempre presumí que él me aceptaba como presunto yerno solamente por no contrariar la irreductible voluntad de su hija, a la que, como usted sabe, idolatraba —hice una pausa para saborear a gusto el tenso silencio de los dos socios—. Pero, al final, amigo Forniéres, llegué a la conclusión definitiva de que mis especulaciones eran peor que infantiles, porque únicamente a un idiota podía ocurrírsele que un asesino diría a su víctima antes de descargar el golpe: «Escriba, escriba mi nombre, señor Estivil, que yo mismo llevaré ese papel a la policía.» Por otra parte, todos los presuntos autores del crimen sabíamos que ese papel existía debajo de la frazada, porque todos escuchamos sus crujidos. Lo sabía mi novia, lo

sabía Angustias Vargas, lo sabía Anselmo Estivil, lo sabía Pedro Isauro, lo sabía su esposa de usted, lo sabía Carlota Corbeiro, lo sabía yo y, particularmente, lo sabía usted, porque tiene un oído muy alerta. Un oído que le sirve tanto para detectar un ruidillo sospechoso en el motor de un yate como para escuchar el chirrido de un papel que oprime un desdichado condenado a muerte.

Hice otra pausa para observar, complacido, la boca semiabierta de Charles Forniéres y la completamente abierta del señor Molínez. Por supuesto, no me causaron extrañeza ni el asombro que mostraban ni el silencio que guardaban. Apuré un sorbo de whisky y continué, sin salirme de la línea trazada por mi tío:

—Eliminadas esas pueriles teorías relacionadas con ese papelucho, quedaba una incógnita —me eché hacia adelante y señalé la portada que Forniéres asía—: ¿qué quiere decir **Time is money**? —volví a reclinar me en la butaca y dije, con énfasis—. Nada, amigo Forniéres. En vano intente usted relacionar esa frase con algo que diga la revista. Ya veo que usted la ha hojeado tanto como yo, porque, como comprenderá, no me hurgo las narices con los dedos. Ahí no hay una sola línea que sirva como clave, a los efectos de relacionarla con el dinero escondido por Estivil con el censurable objeto de no dar la debida participación a sus asociados en vaya usted a saber qué negocios.

Forniéres alzó una mano, miró a su socio y dijo:

—¿No cree usted, doctor, que vale la pena buscar ese escondite?

Su ademán, su gesto, su mirada, la inflexión de su voz y aún su frase un tanto extemporánea, hicieron que mi recalcitrante intuición me recordase a Angélica de Forniéres y me estimulara a decir con dejo irónico:

—¡Claro que vale la pena, Forniéres! La idea no es mala. Todo para usted, excepto una migaja para su agente de viajes.

El agente de viajes intentó incorporarse. Con un ligero empujón lo obligué a recuperar su posición de espectador mudo y pacífico. Por su parte. Forniéres, con su gesto de pasmado, me dio a entender que mi intuición había machucado la cabeza del clavo. La ocasión era buena para proseguir:

—Me imagino que ni siquiera su esposa conoce esa intención utilitaria —abrió los ojos, pero no permití que abriese la boca—. ¡No se asombre ni se

enfade, Forniéres! Ni se justifique. Comprendo muy bien que medio millón de dólares alcanza para adquirir algunas mujeres más frescas que Angélica con las cuales irse a disfrutar de una nueva vida plácida y dulce en un lugar donde no haya conmociones sociales.

Se removió para decir, indeciso:

—Doctor, yo...

—Espere. No se lo censuro. Yo, en su lugar, pensaría lo mismo. Lo malo es que le falló el presentimiento.

Golpeó la revista con una mano y dijo con tono tenaz:

—Yo sigo pensando en que...

—Piensa equivocadamente. No hay ningún indicio en esa revista y lo reto a que me demuestre lo contrario. Pero no me detuve ahí, Forniéres. Sepa usted que me gusta agotar todas las posibilidades que conduzcan a beneficiarme. ¿Comprende? Por eso llegué hasta el límite de hallar una relación entre la frase y el nombre del yate: pero llegué a una consecuencia incuestionable: tal coincidencia nada tenía que ver con el dinero oculto. Pude haberlo hecho, más, no me molesté, como sin duda usted lo hizo, en registrar hasta las cuadernas de esa embarcación, porque comprendí que Isauro Estivil, que no era totalmente tonto, no habría cometido la imprudencia de poner una fortuna tal al alcance de la mano de usted.

Forniéres tragó una dosis de whisky y me dijo:

—Razona usted muy bien.

—Y puedo razonar mejor. Veamos: ¿de dónde sacó el moribundo esas palabras presuntamente enigmáticas? ¿Usted, amigo Forniéres, no ha estado en cama con gripe alguna vez? ¿No ha visto pasar, desde debajo de las sábanas, el fantasma del tedio? ¿No ha tomado entonces un lápiz para solucionar un crucigrama? ¿Nunca ha matado usted sus ratos de hastío trazando ovalitos y rayitas y laberintos y caritas elementales en una hoja de papel o en los márgenes de una revista? Pues algo de eso fue lo que hizo Isauro Estivil. Sólo que él no tenía imaginación para inventar figuritas y se limitó a copiar un letrero idiota que estaba frente a su cama. Quizás su única ingeniosidad consistió en que no escribió por su mano la frase completa, sino que utilizó el título de la revista como primera palabra. Por supuesto, no niego que el hecho inducía a creer en una clave o en un mensaje secreto. No

obstante, como habrá comprendido, no hay tal. En rigor, el señor Estivil entendía mucho de importaciones, mas no tenía talento para idear jeroglíficos y, además, en sus últimos días carecía de cerebro intelectual tanto como de cerebro físico, porque el infeliz en la última etapa de su anemia hemolítica no era capaz de coordinar siquiera un par de medias ideas razonables.

Los dos hombres estaban graciosamente perplejos. Fue Forniéres el primero que hizo ademán de encoger los hombros. Después, el otro lo imitó. Sin embargo, fue el mudo quien tomó la iniciativa de servirse un trago largo y echárselo garganta abajo. Forniéres lo remedó con igual prodigalidad. Me pareció que iba a pasar por descortés si no compartía aquella especie de brindis tácito y también ingerí una dosis prudente de whisky escocés. Cumplida la tregua, rompió el fuego Forniéres al decir, mientras se servía dos pulgadas más de la añeja y seca bebida:

—Es usted muy inteligente, doctor. Lo que no entiendo es que se resigne a dejar la lucha. ¿A ti no te parece raro eso, querido Molínez?

El querido Molínez asintió con un imperceptible movimiento de cabeza. Yo tenía instrucciones precisas de mi tío y retomé la iniciativa:

—Permítame —mi tono era conciliador—, primero: darle las gracias por considerarme inteligente y, además, expresarle mi seguridad de que usted no lo es menos. Analice: todo lo que me resta es una novia seudomillonaria, pues lo que le han dejado no pasa de una mezquina cuenta corriente en pesos cubanos y un montón de bienes muebles e inmuebles, bienes que, como usted debe haber presentido también, se irán al diablo en cualquier momento de esta tremenda conmoción revolucionaria en que vivimos. ¿Sería usted capaz de darme por todo eso siquiera el valor de esa botella de whisky? No. Usted no es tonto. Sabe eso. Y también sabe que yo no voy a correr el riesgo de participar en una carrera con usted y su silencioso asociado, y con todos los demás que se creen con derecho de posesión, para ver quien alcanza primero el escondite. Pero hay más y peor: no me conviene que me molesten con sospechas que impliquen mi participación en dos asesinatos vulgares.

Su gesto complacido, amigable, me hizo pensar en que su mujer le había comunicado la presunción de que yo era un audaz conspirador contrarrevolucionario en activo, y dejé que saborease su discreta admiración. Luego, continué mi camino:

—Aparte de otras **razones**, prefiero no ver a mi tía Alberta con un ataque de histeria o con una de sus insufribles jaquecas, y me lastima la sola idea de imaginar a mi pobre tío con las manos en la cabeza. Usted dirá que son sentimentalismos. Sea. No es culpa mía que usted no sepa de escrúpulos familiares.

Su gesto admirativo dio paso a una mueca de enfado. Se incorporó unas pulgadas, pero a los efectos de madurarlo, yo no podía detenerme:

—Usted, por ejemplo, ya está habituado, tanto a sobar senos de señoras gordas y maduras como a echar por delante a su mujer.

Levantó una mano y dijo, con énfasis autoritario:

—¡No hablemos de eso!

—Sí. Hablemos. Acepté su desafío y el duelo no ha terminado. Sí. Salí con su esposa, señor Forniéres. Entendí el juego y entré en él con absoluta conciencia de mis actos. ¿Y sabe por qué? Porque usted no perdía nada, no importa a los extremos a que yo llegara con ella, y porque yo quería ganar algo. Cuando accedí a intercambiar algunas mentiras y varias verdades con su esposa, tenía un solo propósito: atraerlo a usted para conseguir un fin.

Mientras el otro lo miraba, incrédulo, Forniéres tenía los ojos muy abiertos, aunque su boca estaba contraída por un rictus duro, airado. Se me ocurrió intercalar un poco de espectacularidad y extraje del bolsillo un llavín.

—Y para demostrarle —dije— que quiero desentenderme de este escabroso asunto criminal, así como que nada tengo en contra de sus maniobras, le puedo obsequiar esto. Devuélvaselo usted a su dueña, la señora viuda de Estivil, aunque de nada va a servirles, porque ya he comprobado que el dinero no está en aquella casa. ¿Sabe dónde la encontré? En el jardín del padre Paolo y sirve para abrir la puerta trasera del chalet. Pero, ¿la perdió ella o la perdió usted mientras estuvieron juntos aquella madrugada? ¡No! ¡No se moleste en responder! No me interesa saber eso.

Dio resultado. Pálido, nervioso, se irguió para sentarse en el filo de la cama y dijo, apresurado

—Escuche, doctor, nada tengo que ver con ese llavín. Yo...

—Le repito, Forniéres —dije en tono cordial—, que nada concerniente a los crímenes me interesa. Todo lo que me importa es salir del país. Me ahoga el ambiente. Mi única carta en este juego era ese papel, porque sabía que a

usted le interesaba verlo, tenerlo en sus manos, y sólo pensaba en utilizarlo como pasaporte y boleto de viaje en el «Time», recompensa que todavía espero de usted. Pero eso no es todo: registre sus bolsillos y encontrará una tarjeta mía, la que dejé a ese vagabundo de Barlovento con la seguridad de que iba a llegar a sus manos, señor Forniéres.

La calma regresó a su rostro. Secó su frente con un pañuelo empapado en colonia cara y dijo, entre compungido y obstinado:

—En el viaje del sábado no es posible, doctor.

—Estoy dispuesto a pagar... Dos pasajes.

Forniéres dio un salto. Se quedó corto, porque el mudo dio dos. Aproveché para ponerle más carnada al anzuelo:

—El otro es para Tila, la sirvienta.

Los dos socios intercambiaron miradas. El jefe dijo:

—¿Qué interés tiene en ella?

—¿No quedamos en que soy un sentimental? —repliqué.

Esbozó una sonrisa de mundano, pero se le borró cuando le dije, muy pausadamente:

—Además, ¿su esposa no le dijo que no me conviene que Tila hable?

—No.

Era un no franco, casi cándido. Y puse más carnada:

—¿Quiere saber por qué? Porque esa muchacha me vio entrar aquella madrugada en la casa.

—¡Santo Dios! —fue todo lo que acertó a decir, en tanto se echaba hacia atrás para mirarme con espanto.

—No piense mal, amigo Forniéres. No fui a matar, sino a hacer el amor. De modo que, llevando a Tila conmigo, gano dos cosas: dar rienda suelta a mi sentimentalismo y asegurarme el silencio de esa jovencita.

El mudo habló, acaso para demostrarme que era un retrasado mental:

—¿Usted entró en la casa aquella madrugada?

—Sí, señor —volví a mentir—. Pero sepa usted que cuando llegué ya todo estaba consumado. A propósito: a mí, de ser un desalmado, me hubiera bastado con una puñalada. No comprendo el porqué de matar al padre Rossini. A menos que el asesino, o la asesina, o la pareja de asesinos, creyera que Estivil, al confesarse, le hubiese dado una información valorada,

digamos, en medio millón de dólares. La historia está llena de casos de moribundos que, en las últimas, deciden comprar a la Iglesia la vida eterna.

—Un momento, por favor —interrumpió Forniéres—, ¿usted tomó este papel de las manos del cadáver?

—No, señor. Lo tomé a las once y tantos, cuando todos nos retirábamos, después de la inyección. Es decir, pocos segundos después de que usted escamoteara la revista.

Me pareció oírle mascullar algo. Como yo quería enredarlo en más dudas, me acerqué a su cara pretextando servirme un trago, para soltarle, a media boca y a media voz:

—¿Usted creía que el papel me lo había dado Tila?

La respuesta merecía meditación y él se tomó su tiempo para hacerlo; pero lo justificó muy bien al servirse lentamente otra dosis de scotch.

—Era de esperarse —dijo—. Ella tuvo la mejor oportunidad de tomarlo.

—En fin —dije—, yo he enseñado mi juego, Forniéres. ¿Por qué no pone sus cartas sobre la mesa?

Trasladó el whisky del vaso a la boca y sonrió, pero tomó por otro camino:

—No tengo inconveniente, doctor. Sí. Me pareció ver que esa muchacha tomaba este papel después de inyectar al viejo.

Desde mucho tiempo antes la experiencia me había enseñado que es necesario tener paciencia ante los rodeos verbales. Es por eso que dije:

—También yo incurrí en ese error. Pero quise convencerme y me retrasé a la hora de salir de la habitación. Recuerde que usted salió antes que yo. Yo fui el último. Y mientras mi novia besaba a su padre, levanté la frazada. El papel estaba allí. ¿Usted lo hubiera dejado?

—No, por cierto —dijo, riendo—. Bebamos, doctor.

El mudo sirvió con generosidad en los tres vasos. Dispuesto a regresar al tema, alcé mi trago y dije:

—¿Por qué brindamos? ¿Por la salud de la inocente Tila o por nuestro feliz viaje el próximo sábado?

—¡Ahora, sólo por ella, doctor! —dijo, con inflexible terquedad.

Era el momento de actuar. Lancé el vaso contra la mesita. El cristal se quebró con un chirrido. Me puse en pie violentamente. El mudo, con una

mueca homicida en el rostro, llevó una mano a la cintura. Era demasiado lento. El filo de mi mano derecha se hundió en su hombro izquierdo, al mismo tiempo que mi puño siniestro —siniestro en dos sentidos— estallaba en sus narices. El colt calibre 38 cayó sobre la cama. El tipo lanzó un quejido sordo al caer hacia atrás. Forniéres hizo un ademán defensivo y le solté una patada en el pecho.

—¡Doctor, doctor! —exclamó, tembloroso—. ¡No se vuelva loco!

Molínez hizo un esfuerzo y se irguió. Instintivamente, volvió a llevar una mano a la cintura, pero se aterró al ver la pistola en mi mano y se dejó caer en su rincón. Se pasó los dedos por la destrozada y sangrante nariz y se encogió tanto, que me pareció una cucaracha. Charles Forniéres, espantado, se alzó lentamente, con una mano en alto, en solicitud de tregua. Con Fingido paroxismo, exclamé:

—¡Señor Forniéres, creo que usted no me ha entendido bien! Acepté esta entrevista confiado en su ofrecimiento de amistad. Ya le he insinuado más de una vez durante esta larga conversación que tengo la imperiosa necesidad de largarme. ¡No tengo otra salida! Y usted se empecina en negarme esa oportunidad sin darme una razón, sin ensayar siquiera una mentira que, en este caso, sería piadosa.

—Cálmese doctor —atinó a decir en un tono afable, casi humilde—. Puedo darle una razón: tengo cubierta la capacidad del yate.

—Escuche —dije, ahora en tono moderado—: no se trata de darle la vuelta al mundo a lo rockefeller. La muchacha y yo podemos ir hasta Miami en la cubierta, en el techo de la cabina... Dondequiera... Pero, ¡no! ¿Sabe lo que va a hacer usted? Usted va a cancelar dos pasajes para cedérmelos.

—No tengo dos pasajes disponibles, doctor —replicó, titubeante—. Tengo un solo pasajero y no puedo dejarlo en tierra. Y es necesario que él viaje solo.

Ante tal contradicción, lo miré bien por saber si se había vuelto idiota de repente, pero sólo advertí que era un mentiroso. Empecé a ceder:

—Así no llegaremos a ninguna parte, Forniéres. ¿Cómo es posible que un solo pasajero vaya a cubrir toda la capacidad de ese yate? En fin, ¿quién es ese misterioso personaje? ¿Un criminal de guerra o un malversador?

—Por favor, doctor. ¿No comprende que en este negocio la discreción es muy importante? Sepa que es un peje gordo que paga bien el secreto. ¿Verdad, Molínez? Pero este viaje del sábado será breve. Procure esconderse.

Poco me faltó para vomitar cuando insistió en mostrarme el trapo sucio del cinismo, esta vez muy mal envuelto en una frase repugnante y que sonaba a conciliadora:

—Le ofrezco mi casa para ocultarse, en tanto el barco regresa. Mi esposa se queda...

Por no apretar el gatillo, guardé la pistola. Di un paseo por la habitación. Pasé un dedo por un espejo colgado en cierto ángulo favorable con respecto al uso habitual de la cama. Me volví lentamente, hurgándome el pelo con todos los dedos y dije:

—Está bien, Forniéres, usted gana. Pero le advierto que si juega usted con trampas, no lo olvidaré.

Hice una pausa para reflexionar en si dejaba algo detrás. Nada. Agregué, para su complacencia:

—Le agradezco su ofrecimiento... Pero, por si lo necesito dígame su dirección.

Me la dijo y salí.

—¿Lo llevo a su casa, doctor? —escuché desde el patio.

No respondí. Al atravesar el bar, reconocí las espaldas de Anselmo Estivil y Carlota Corbeiro.

En la calle, la noche avanzaba contra la tarde. Desde el mar venía un aire muy denso, muy opaco, como triste. Me recosté contra un muro. Vomité. No por el whisky. Fue por el asco. Me recompuse un poco y limpié mi boca con un pañuelo. Di unos pasos. Un niño maravilloso lanzó una pelota y acerté a tomarla en el aire. Cuando se la devolví, leí en su dulce sonrisa un mensaje de felicidad, de futuro. Entonces, alcé la frente, apresuré el paso y también sonreí. En rigor, no creía que iba a serme tan fácil volver a ser yo mismo.

XXI. Un cadáver más

Martes 9 de agosto de 1960. 9:00 p.m.

Al atravesar el jardín, vi el grupo en el portal. Todos sus componentes parecían estar muy contentos. Enriqueta me tomó el consabido meñique para remolcarme hasta el santuario. En el momento de entrar, sonó el teléfono de la antesala y ella fue a descolgarlo.

—Es para ti, querido.

Me dio el auricular y entró en el saloncito.

—Aló —dije.

Era mi tío.

—¿Ese teléfono tiene extensiones? —preguntó.

—Es el único de la casa que no las tiene.

—Escucha: hace un par de minutos Hilda Lobo-Mena llamó a tu tía para decirle que mataron a tiros a su marido.

—¡Linda complicación! —exclamé.

—¿Por qué dices eso?

—Porque aquí, en el portal, están todos ellos.

—¿Todos y todas?

—Sí. Dos de las Parcas, el agente de aduanas, los Forniéres, Anselmo Estivil y el niño malcriado... ¿A qué hora ocurrió eso?

—Hace diez minutos.

—Humm.

Del otro lado de la línea sólo me vino silencio.

—¿Difícil el asunto, verdad? —dije en tono zumbón—. Medite, medite...

—No meditaba. Sólo sacaba una cuenta: quinientos dólares entre cinco tiros, tocan a cien por disparo.

—No está mal por sólo cinco flexiones de índice. En la compañía me pagan mucho menos por todo un mes de trabajo agotador.

Como en cada caso en que trabajamos estoy obligado a golpearme la frente varias veces, aproveché para hacerlo una vez más al decirle:

—¡Oiga! ¿Usted también se imagina que esa reunión en el portal estaba programada?

—No me lo imagino. Estoy seguro de que fue programada y sincronizada.

—En fin, ¿tiene alguna sugerencia que hacerme?

—Sólo deseo que abras los ojos.

—¿Cree que la señora hizo otra extracción del banco?

—¿Los asesinos a sueldo siempre cobran por anticipado?

—No. Algunos trabajan a crédito. Depende del cliente... ¿Sabe de quién me recordé ahora?

—Sí. De Braulio Fonts.

—¡Brujo! —exclamé.

Lo escuche reír.

XXII. Captura de un asesino

9 de agosto de 1960. 11:00 p.m.

Me deshice de Enriqueta y salí. Desde el portal pude ver que el mercedes arrancaba y partía con su dueña a bordo. Incitado por la curiosidad, trepé al espantajo con la intención de seguirla. No fue difícil hacerlo. Por el contrario, me pareció demasiado fácil. Ella manejaba despacio, aparentemente muy atenta al tránsito y las señales, y siguió un itinerario nada sigiloso: Quinta Avenida, Calzada, Malecón, Galiano... En San Miguel, torció a la izquierda y fue a parquear junto al Palermo. Yo aparqué veinte metros detrás. Cuando ella entraba, miró con tanto fingimiento hacia atrás que comprendí su maniobra.

Otra cosa he aprendido muy bien a lo largo de años, y es que en este riesgoso oficio de cazar alimañas uno no puede pararse a calcular los reales o presuntos peligros, sino que debe afrontarlos sin vacilaciones ni aplazamientos, aunque, naturalmente, para ello es preciso estar bien provisto de buena astucia y de prevención mejor. No siempre es así, claro está. Hay ocasiones en que es aconsejable —aconsejable, no prudente, porque la prudencia es otra cosa— un cambio de táctica. En aquel caso, hubiese sido válido haber eludido la burda trampa, en la que, por otra parte, yo no advertí riesgo considerable. Me habría bastado para ello con echar a andar el espantajo y alejarme del lugar, dejando a Angustias Vargas con el cebo en el

cepo y con un poco más de inquietud en su irreflexiva mente. Sin embargo, decidí jugar una partida propuesta sólo por ver los alcances de la conjura.

Esperé unos minutos y entré en el bullicioso night-club. Tomé asiento en la barra, junto a la vidriera de lunch. Antonio, el barman, se acercó, diligente:

—¡Hola, doctor! —dijo.

—¿Qué tal, Piricuti? ¿Y los nenes?

—Bien, bien... ¿Qué vas a tomar? ¿Cerveza o algo peor?

—Algo intermedio: un tom collins.

Mientras él preparaba la refrescante mezcla, mis ojos se habituaron a la oscuridad y eché una mirada al salón. Walterio presentaba, en su estilo espectacular, a Omara Portuondo. En una de las mesas, de espaldas a mí, vi a la señora. Estaba acompañada, muy mal acompañada. Piricuti colocó el gran vaso delante de mí y, con su habitual perspicacia, miró hacia donde yo miraba.

—¿Desde cuando te gustan las viejas? —preguntó con amigable sorna.

—¿La conoces?

—En estos días ha venido dos o tres veces.

—¿Sabes quién es el tipo?

—¿No lo sabes tú? Es Fonts, el detective privado. Le dicen Cara-o-cruz, porque en todos los asuntos suele jugar con baraja doble.

—Eso lo sabía. ¿Y ella siempre ha estado aquí con él?

—Sí. ¿Quién es?

—Aspira a ser mi suegra.

—¿Es la madre de Enriqueta?

—Sí.

Se rascó la frente con dos dedos y dijo:

—¿Eso quiere decir que Fonts anda ocupado con ese negocio de los dos crímenes?

—Sin duda alguna.

—Pues creo que debes aconsejar a esa señora, antes de que Cara-o-cruz la arruine...

—¡Cuando tú lo dices...!

El hombre de nariz pequeña y los espejuelos reflexivos pasó por mi lado, presuntamente con rumbo al baño. Me hice el desentendido. Omara —

con su voz cálida, tropicalísima— cantaba **Contigo en la distancia** de Portillo de la Luz. Esperé. El hombre demoraba demasiado y pensé en que quizás padecería de anguria. Pero no. Ya regresaba, más, no venía de los baños, sino de la calle. Volvió a su mesa y arrimó más su silla a la de ella. Quiso iniciar un escarceo en los muslos de la viuda, pero esta apartó con suavidad la mano impúdica al tiempo que regalaba al tipo una sonrisa procaz. Aún tomé otro tom collins antes de salir.

Subí al Chevrolet, moví la llave y oprimí el arranque. Nada. Insistí. Inútil esfuerzo: el espantajo se negaba a obedecer. Bajé del carro justamente cuando Angustias Vargas salía del Palermo y subía al mercedes. Parecía llevar prisa. Iba sola. Peor: medio oculto ante la puerta del night-club, estaba el hombre desnarizado. Levanté el capó y eché un vistazo al motor. La gasolina llegaba al carburador. Iba a rascarme la cabeza cuando noté algo anormal. Todas las bujías tenían la cabeza sucia, excepto una, que relucía de puro limpia. Sonreí y miré con disimulo a la puerta del Palermo. Apenas si se veía un par de milímetros del sujeto. La cosa prometía ser divertida. Sin duda, la trampa estaba preparada en otra parte. Puse en estado de alerta a toda mi previsión y a buena parte de mi astucia. Bajé el capó, cerré el carro y eché a andar por San Miguel hasta la esquina de Águila, donde me detuve para esperar el ómnibus de la ruta 23. No me molesté en escrutar las calles. «Parece que el cepo está armado en El Vedado», me dije.

Bajé en 23. Con el rabillo del ojo vi al pontiac negro adelantarse al ómnibus. Tomé por J. Era mi camino habitual y, además, era un camino bueno porque yo andaba de frente al tránsito de vehículos. La calle estaba desierta y oscura. Al cruzar 19, vi el pontiac negro aparcado bajo un árbol a diez o doce metros de la esquina. Fue un error del tipo hacer eso. Cuando hube cruzado la calle, anduve unos metros, abrí la rejilla de un jardín y me oculté detrás de un seto de mar pacífico. El individuo parecía tener prisa, porque pocos segundos después se detuvo delante de mi escondite. Llevaba el revólver en la mano. Me regocijó ver su gesto de incomprensión. Sin duda, pensaba en que yo poseía el don de convertirme en aire. Sin embargo, era un viejo profesional de la maldad y, súbitamente, comprendió. Echó una ojeada a la rejilla abierta, pero no le di tiempo para más. Salí de mi escondrijo a velocidad de meteoro y le hundí el puño derecho en el estómago. El colt y los

espejuelos saltaron a la acera. El rufián se dobló con las manos apretadas contra el lugar del impacto, al tiempo que exhalaba un bufido sordo. Cuando intentó reincorporarse, le golpeé la cara con ambas manos. Aún hizo un esfuerzo por ripostar, pero no me gusta que me peguen y esquivé el golpe antes de soltarle un mandarriazo en la barbilla. Cayó en la acera, apoyado en las manos y las rodillas. Le di un puntapié en el culo. Poco faltó para que se comiera un pedazo de muro. Recogí el revólver, tomé al mercenario por el cuello del saco y lo alcé.

—¡Vamos, hijo de puta! —dije.

Casi a rastras lo llevé hasta el pontiac. El motor estaba en marcha, preparado para la huida frustrada. Le registré los bolsillos y encontré lo que buscaba: cinco billetes de a cien. Y una bujía. Abrí la puerta y lo metí dentro. Di la vuelta y me senté a su lado. Encendí la luz interior. Sangraba por las comisuras de la boca y tenía semicerrado el ojo izquierdo. Apagué la luz y esperé que se recobrara. Cuando lo consiguió, volteó la cabeza para mirarme con el ojo sano.

—¡Cuánto siento no haberte acertado en la nariz! —le dije.

Era un chiste, pero no lo entendió.

—Arranca el carro —le ordené—. Vamos a Miramar.

Obedeció. Al cabo de un rato, Línea abajo, abaniqué los billetes ante su ojo sano y le pregunté:

—¿Esto es lo que cobraste por el asesinato de Saguerí o es lo que te pagaron por matarme? ¿En tan poco me aprecian tú y esa bruja? ¿O es tan sólo un anticipo?

Por supuesto, yo no esperaba que me respondiera. Al enfilear la Quinta Avenida, me preguntó:

—¿A dónde vamos?

—A casa de tu cliente, de tu última cliente. Ya te dije una vez que nada tienes que hacer en medio de lo nuevo que se construye a tu alrededor sin que quieras verlo. Comprende, estúpido, que eres una brizna de la ceniza que dejó, al incendiarse, aquella sociedad en que medrabas. ¡Escóndete! ¡Huye! ¡Que yo no te vea más, porque si vuelvo a tropezar contigo te voy a sacar el alma a patadas!

Detuvo el pontiac ante la casona envuelta en negrura y silencio. Le puse el dinero entre las manos y le dije:

—Coloca eso ante la puerta, en el suelo.

Con los ojos enloquecidos por el pasmo, bajó del carro. Anduvo lentamente por el sendero bordeado de rosales y se detuvo frente a los tres escalones de mármol. Ante su indecisión, hice sonar el claxon. Despertó, colocó los billetes y regresó muy apresuradamente. Ya sentado ante el timón, me interrogó con una mirada estúpida.

—Vamos a Kasalta.

Ya en camino, le dije:

—Recuérdalo, Cara-o-cruz: ¡piérdete, desaparece! No vuelvas a acercarte a esa puta ni a ninguno de sus parientes o amistades. ¿Me comprendes?

Asintió con la cabeza mientras volteaba la cara, acaso para que yo viese en su ojo sano los destellos de terror que mis palabras le encendieron. Al llegar a Kasalta, bajamos. Hablé con un chofer de alquiler, quien, en seguida, puso el motor en marcha. Tomé por un brazo al casi tuerto y lo llevé hasta junto a un teléfono público.

—Ahora, asesino —le dije—, va usted a hablar con su cliente para decirle que renuncia al trabajito que le encargó y que ella baje a recoger el dinero. Por supuesto, no mencione mi nombre. No me agrada la publicidad.

Marqué el número de la casa y le entregué el auricular. Mientras el hombre hablaba, pude escuchar claramente la voz de Angustias Vargas. Por lo que decía, comprendí que estaba aterrada y que necesitaba más explicaciones en torno a la actitud de su interlocutor, pero Braulio Fonts se limitó a repetirle lo que yo le aconsejara que dijera. Cuando colgó el aparato, le dije, al tiempo que le daba un empujón cargado de furia:

—¡Y ahora, vete al carajo!

Por su mirada comprendí que no deseaba otra cosa.

Subí al auto de alquiler y di al chofer la dirección de la mansión Estivil. No era necesario ir allí, pero sentía el deseo morboso de disfrutar hasta la fruición la última parte de mi plan. Llegamos a tiempo. Desde dentro del auto pude ver la silueta a contraluz de la mujer acercándose a la puerta. La abrió lentamente, miró al suelo y se llevó las manos a la boca antes de agacharse a recoger los billetes.

Escuchó atentamente mi relato y dijo:

—¿Conoces algún teléfono de esos muchachos investigadores?

—Sí. El de Vladimir Perea.

—Llámallo. Tenemos que entregarle ese revólver.

A mi entender, aquello iba a entorpecer nuestros planes e intenté disuadirlo:

—Son las dos de la mañana.

—La Justicia no duerme.

Insistí:

—El tipo no va a escapar, tío. Esperemos al viernes y...

Entonces me dio una lección inolvidable:

—¡Calla, nene! Los tiempos han cambiado y, por tanto, tienen que cambiar los métodos —aflojó el tono para agregar—: No podemos ocultar la presunta prueba de un asesinato.

—¿Dijo presunta? —asintió con los ojos—. ¿Cómo? ¿No cree que haya sido Fonts el que mató a Saguerí?

—¿Tú lo viste disparar con ese revólver?

Yo no lo había visto, naturalmente. Llamé a Perea. Perea vino. Tío habló con él. Y él dijo:

—Es posible, es posible. Pero antes tengo que hablar con... con el oficial del caso. Déjalo de mi cuenta. Y gracias por su colaboración...

XXIII. Un revólver inocente

Miércoles 10 de agosto de 1960. 9:30 a.m.

No podía explicarme cómo aquel miércoles —que no era, un miércoles cualquiera, sino el miércoles que antecedió en dos días al viernes prefijado como tope para resolver el endiablado asunto— tío perdía buena parte de la mañana leyendo un libro con tres pulgadas de lomo. En vano entré once veces en la biblioteca con diferentes pretextos, entre ellos el de preguntarle si había visto pasar al abominable hombre de las nieves y el de pedirle que me auxiliara en la solución de un crucigrama en la que me faltaba un río de Suiza, cuyo nombre, de tres letras, comenzaba con A y terminaba con ere.

Fui al pantry y hablé con Tila, Tila habló con tía Alberta en la cocina y tía Alberta hizo una colada extra. Entré en la biblioteca oculto detrás de la muchacha y cuando él llevaba la taza a sus labios, me asomé a decirle:

—¿Se le alivió la sordera?

Sonrió y, al fin, se dispuso a escuchar el relato de mi entrevista con Forniéres, la cual, alegando cansancio, no había querido oír después de yo haberle contado mi encuentro con el desnarizado. Me sorprendió mucho que no me interrumpiera con alguna sagaz pregunta, a pesar de que le hice una narración detallada y con calma, deteniéndome en algunos pasajes para subrayarlos con premeditado silencio. Lo cierto es que, cuando comencé a hablar, él inició la enésima partida de damas de él contra él. Y él, que llevaba

las blancas, le ganó una brillantísima partida a él que conducía las negras. Después de observar durante un ratito la posición final, alzó los ojos y me preguntó:

—¿Dijiste Carlota Corbeiro?

—Sí. Y no es la primera vez que se ven allí. ¿No le dije que el lunes estuvieron también en ese bar?

—No.

—Perdone. Los idilios irregulares suelen provocar lapsus en mi memoria. Además, no creo que eso tenga importancia. Usted sabe que lo mismo pudo haber sido doña Angustias, aunque mi ya imposible futura suegra no tiene necesidad de ir a casa de Chepa a practicar liviandades. Ella tiene cama propia e independiente. También pudo haber sido la tal Petra. O Angélica de Forniéres. Sospecho que ese hombre es un hipersexual. ¿Se dice así?

—Tonterías. ¿Ellos estaban en plan de divertirse?

—Estaban tan acaramelados como cuando usted y tía Alberta se entregan a recordar el grato pasado, y usted perdone el modo de comparar. Yo diría, con todo respeto, que estaban mucho más amartelados. Una mano de don Anselmo trasteaba por debajo de la mesa y la señora parecía encantada con la procaz travesura. ¡Ah! Sobre la mesa había sidra y coñac. La sidra era de la marca El gaitero y el coñac llevaba el célebre nombre de Felipe segundo. La mezcla de ambas sustancias líquidas produce un brebaje detestable que se denomina **España en llamas**. Si se atreve a preguntarme lo que está pensando ahora, le contestaría: «Sí, tío. Ellos esperaban que se desocupara la habitación del patio.»

Regularmente, él sonreía cuando yo usaba ese estilo de narración, pero ahora no me concedió ese honor. Se limitó a mirarme y decirme:

—¿Y qué me dices de la llavecita y el pañuelito?

No me acordaba de eso. ¡Peor! En medio del entusiasmo al contarle la entrevista con Forniéres y el hombre de la cicatriz, no había mencionado el asunto. Me eché hacia atrás para mirarlo bien. Pero no. No era un brujo, ni un médium, ni un dios. Lo supe cuando vi en su mano, balanceándose, la llavecita atada el pañuelito azul, que todavía olía a **lucreciaborgia**. Sólo se me ocurrió preguntarle:

—¿Usted también me registra los bolsillos?

—No. Eso es asunto potestativo de tu tía. Ella encontró esto colgando del bolsillo superior del saco que llevabas ayer.

—Seguramente —dije— quedó en esa posición cuando saqué el pañuelo después de la náusea que sufrí.

Sopesó la llave y dijo:

—Esto nos va a ahorrar un trabajo. Toma. Guárdala. El viernes te servirá.

—¿Para algo importante?

—Importante, pero no fundamental, porque todavía existen cerrajeros excelentes.

Retiñó el teléfono en el vestíbulo y me fui a atenderlo. Al colgar el receptor, quedé poco menos que impávido. Cuando logré recobrar la locomoción, volví a la biblioteca. Él estaba detrás del libro gordo. Asomó la nariz y un ojo para preguntarme:

—¿Por qué traes esa cara?

—Llamó Perea —le informé.

Él sabe —por médico y por tío— que tengo el corazón sano y a prueba de sustos. Quizás sea por eso que me preguntó, nada menos que sonriendo:

—¿No fue con el colt de Fonts que mataron al partero?

—¡Tío! —exclamé—. ¿Qué hacía usted anoche en casa de Saguerí?

—¡Déjate de tonterías! —colocó el libro sobre una mesita—. ¿Qué otra cosa pudo haberte dicho Perea que fuera capaz de hacerte poner esa cara perpleja?

La perplejidad sólo me permitió decir:

—Entonces...

—¡No lo digas!

Reaccioné para preguntarle:

—¿Usted sabe lo que iba a decir?

—Sí. Escucha, muchacho: ¿hay alguna ley que obligue a un asesino a usar la misma arma para matar a dos personas?

—¡Usaron la misma arma para asesinar a Estivil y a Rossini!

—¡Eso no está probado!

—¿Ah, no?

—No. Puede haber dos puñales iguales. Y cien...

—¿Quiere decir que se usaron dos puñales?

—Eso es una inferencia tonta. Yo no he dicho eso. Lo que digo es...

—¡Ya sé, ya sé! —interrumpí—. Lo de siempre —parodié su tono—: «Hay que probar los hechos, nene.»

—Ni más ni menos. Siéntate.

Me senté junto a él. Colocó una mano sobre mi hombro y preguntó:

—¿Van a poner en libertad a Fonts?

—Sí, señor. Al fallar la **presunta prueba** no pueden hacer otra cosa; aunque, antes de soltarlo, van a verificar su coartada.

Se golpeó los muslos con las manos y exclamó:

—¡Y dale con las coartadas!

—Fonts declaró haber estado entre las cinco de la tarde y las diez de la noche con un amigo. ¿Y sabe quién es ese amigo?

Otro inconveniente del oficio: lo inesperado: el hecho que no se presume, la reacción que no se sospecha, y también la pregunta imprevista o la respuesta inopinada. Se da por inexcusable que un investigador ha de contar con un buen arsenal de inteligencia y habilidad —sin llegar, claro está, a la omniscencia— que le permitan sortear sin sorpresa lo impensado o, cuando menos, soslayando sin turbación ni descrédito. Recuerdo el caso de cierto loco homicida que, desnudo después de un minucioso registro, extrajo de su hedionda pelambreira su insólito revólver^[6]. Y nunca olvidaré al niño Tommy Vincenzo^[7], quien no recordaba algo que a mí me interesaba hacerle recordar. «¿Es importante?» —me preguntó. «Mucho» —respondí. «¿Y cómo podía saber yo que eso **iba ser importante?**» Esa inconveniencia de lo inesperado, cuando viene del sospechoso o del testigo, es enervante, porque desequilibra el plan trazado o tuerce la intención propuesta. Pero para mí, lo imprevisto es peor aun cuando surge de mi tío, lo cual —¡pobre de mí!— suele ocurrir con harta frecuencia. Quizá parezca ocioso repetir cuán arraigado tengo el presentimiento de que un día u otro me desmenuzará el frontal de un puñetazo al escuchar una de sus repentinas preguntas o respuestas. Afortunadamente, en esta ocasión no conseguí hacerme añicos la frente, pese al duro golpe que le propiné cuando él me respondió, luego de tres segundos de pausa:

—El chofer de la viuda de Estivil.

Después del doloroso porrazo, le tomé los hombros, lo volteeé con delicadeza hacia mí y le dije:

—¡Por tía Alberta!, ¿quiere decirme cómo lo supo?

Me concedió la más paternal de sus sonrisas y respondió:

—Nada hay más a la vista, nene —**nene** es su palabra más tierna—. Ese sujeto no puede ser pasivo e indiferente, porque, para esas... esas señoras, él es un semental. En fin, todos están en el juego.

—Fonts no estaba en el juego desde el inicio —argumenté.

—Pero cayó en él por gravedad o, si quieres, por afinidad de conciencias.

—Está bien —concedí, pero ahora ese fascista va a declarar en favor de él. Y de ese modo quedará impune el crimen de Saguerí.

Se inclinó hacia adelante para adoptar su pose favorita: codos en las rodillas y mentón entre las manos, Al cabo de unos segundos, dijo:

—Impunidad no significa exculpación. Exculpar es un término concreto, definitivo. Lo impune es subjetivo, transitorio.

—¿Pese a la coartada?

—¿Otra vez lo mismo? ¿Cuándo hemos estimado como pruebas las coartadas?

—No use el plural —dije en tono renuente—. Es usted quien siempre las ha desestimado.

—Y siempre hay que desestimarlas en tanto no se verifiquen de modo exhaustivo.

—¿Usted desecha, pues, la posibilidad de que Fonts asesinara a Saguerí y, quizás, a los otros dos?

Posó en mis ojos su mirada más penetrante al decirme:

—¿Por qué insistes en especular sobre posibilidades? No olvides que una probabilidad es solamente el germen elemental, incompleto, de una supuesta prueba.

Mi terquedad incurable me obligó a machacar:

—¿Está pensando en el colt del desnarizado?

—¿No habíamos quedado —dijo, con dos adarmes de sorna en la voz— que ese revólver era inocente?

Fue hasta frente al tablero de damas, se sentó y comenzó a colocar las fichas en posición de batalla. Al terminar, dijo:

—Por supuesto, si sueltan a ese hombre, van a vigilarlo.

—Sí. Han destinado a Colino para esa tarea.

Movió una pieza blanca y una negra antes de preguntarme en un tonillo que yo conocía muy bien:

—¿Estará muy afligida la señora viuda de Saguerí?

—No sé —respondí—. Pero me gustaría saberlo.

XXIV. Cara a cara con otra ramera

Miércoles 10 de agosto de 1960. 1:15 p.m.

Hildita Lobo-Mena era pequeñita, pero parecía tener su joven y bien formado cuerpo lleno de pimienta, o de algo peor. Me recibió envuelta en una bata de casa vistosa y larga, aunque sólo abotonada hasta un par de pulgadas más abajo de la cintura. Me guió hasta la pomposa antesala de su monumental mansión rodeada de jardines versallescós. Su boca, diminuta y húmeda, sonrió al invitarme a tomar asiento en una enorme butaca giratoria y de balance. Sus ojos, que casi ocupaban la mitad de la cara, eran tan rotatorios y oscilantes como la butaca. En su rostro aniñado no parecía haber signos de viudedad reciente.

—Lamento no tener mucho tiempo —me dijo—. A las cuatro entierran a mi marido. Sólo vine a cambiarme.

—Mi tía ha lamentado mucho el caso —dije.

—Su tía Alberta es muy buena, muy...

Como ella no encontraba la palabra, se la soplé:

—Muy humana.

—Eso es.

—Tengo entendido que usted la llamó a ella apenas... apenas ocurrió el hecho.

—Sí. Lo hice porque usted y su tío tienen fama de... de... Y yo quería que se ocuparan de investigar por qué mataron a Celedonio.

—Mi tío está muy interesado en el caso. Por eso he venido.

—¡Cuánto me alegro! —dijo, felicísima, mientras aleteaba la bata, acaso con la intención de abanicar sus muslos.

Decidí entrar en materia en seguida y pregunté:

—¿Usted escuchó los disparos?

—Sí.

—¿A qué hora?

—A las nueve. El reloj del recibidor daba la hora en ese momento.

—¿Qué hizo usted?

—Corrí a la biblioteca —me señaló una puerta inmensa de caoba tallada—. Es ahí. ¿Quiere verla?

Asentí. Me levanté y, seguido por ella, entré en una estancia muy larga, muy ancha y muy atestada de libros. Sobre la gran mesa de lectura se veía un teléfono descolgado. También había un maletín abierto que contenía ocho o diez tomos. Junto al maletín, otros libros dispersos y una mancha de sangre seca que se extendía por el terso cristal. A espaldas de la silla casi imperial que existía detrás de la mesa, se veían un imponente ventanal y una puerta majestuosa que miraban al jardín.

—Esa puerta estaba abierta cuando yo entré —me informó la viuda.

—¿No vio usted a nadie correr por el jardín?

—Me pareció ver una sombra larga que huía. Saguerí estaba ahí, detrás de la mesa, con un libro entre las manos —se llevó los dedos a la cara—. ¡Fue horrible, horrible!

—¡Cálmese! ¿Cuánto tiempo demoró usted en llamar a mi tía?

—No mucho. Quizás cinco minutos, o menos. No sé.

—¿Sospecha usted de alguien?

—¿De quién podría sospechar?

—¿Sabe usted si recientemente él tuvo algún caso... algún aborto fatal?

—No lo creo. Hacía más de dos meses que él no ejercía. Además, siempre tomaba precauciones antes de... de operar —apoyó las manos en la mesa—. ¡Oh! Me siento fatigada.

Se dejó caer en una butaca y cruzó las piernas. La bata se abrió lo suficiente como para permitirme admirar sus bien formadas —¡eran famosas! — pantorrillas y una generosa parte de sus muslos blancos y sólidos. En verdad, no advertí en ella el menor síntoma de fatiga.

—Siéntese, por favor —me dijo mientras sus ojos se movían con audacia.

Tomé asiento en otra butaca, frente a ella. De pronto, me preguntó:

—¿Y Enriqueta? ¿Está muy atribulada?

—Mucho.

Se compuso las faldas de la bata con objeto de disponerlas más artísticamente, quiero decir, de modo que los muslos se mostrasen más admirables. Luego, preguntó:

—¿Cree usted que... que el caso de Saguerí tenga relación con... con los casos de Rossini y Estivil?

Me pareció adivinar en qué estaba pensando y le dije:

—¿Qué cree usted?

Hizo girar las pupilas entre pestañeos abanicantes, se mordió ligeramente la pulpa de un pulgar y respondió:

—No sé qué pensar. Se dice que Angustias Vargas no es ajena al asesinato de su marido.

—¿Quién dice eso?

—Es lo que se rumora en... en nuestros círculos.

Era buen momento para entrar directamente en el tema.

—¿Y no se rumora también que Angustias era amante de Saguerí?

Dio un saltito hacia adelante. La bata se abrió un poco más.

—¿Sabía usted eso? —me preguntó con son cándido.

—Sólo por murmuraciones.

Se entretuvo en tapar un milímetro del muslo izquierdo, al mismo tiempo que destapaba ocho pulgadas del derecho.

—Él me lo confesó —dijo, un tanto compungida— poco después de casarnos. Debo decirle que Saguerí la odiaba, pero no podía desprendérsela de encima.

—¿Y es por eso que usted asocia todos esos crímenes?

Se llevó las manitas a la boca y preguntó, con mucho candor:

—¿Yo los he asociado?

—Me pareció que lo había hecho... Otra cosa: ¿proyectaban ustedes marcharse del país? —señalé hacia la mesa—. Ése maletín parece indicarlo.

—¡Él sí quería irse! —respondió irritada.

—¿Y usted no?

Hizo una pausa dubitativa antes de responder, vacilante:

—No, no —otra pausa—. Creo que todo esto pasará pronto.

Todo esto, claro está, era la Revolución. Me levanté y fui a dar un paseo. Me detuve ante la mesa. Iba a colgar el receptor del teléfono, pero ella dijo, exaltada:

—¡No, por favor! Déjelo así. No quiero hablar con nadie.

Eché un vistazo detenido a la profusa anaquelera de caoba. En todos los entrepaños se alineaban libros doctos, con olor a científicos. En todos, excepto en uno. Fui hasta allí: había dos o tres centenares de novelas encuadernadas en tela verde ópalo. Entremezclados, estaban Faulkner, van Dine, Saroyan, Spillane, Hemingway, Stout, Chandler, Mann —el bueno—, Christie, Maupassant, Cain, ¡Maquiavelo!... Al mover un par de ellos, escuché un gritito. Di media vuelta. Hildita Lobo-Mena tenía las pupilas quietas, estáticas en medio del blanco azulado de las escleróticas.

Ya se sabe que mi tío, en más de una ocasión, ha puesto objeciones a mi sentido intuitivo. Él alega que la intuición no pasa de ser una hipertrofia de la sagacidad. Verdaderamente, yo sé lo que él quiere decir, o sea que la clarividencia repentina no debe constituir un obstáculo para la deducción sensata. Sin embargo —y estoy seguro de que él lo admite—, si me despojara de la intuición, de muy poco le valdría yo para ayudarlo a lograr conclusiones definitivas. Por otra parte, ya lo he dicho, mi sentido presuntivo —llamémosle de ese modo— es, acaso por innato, bastante contumaz. Así, ante los ojos extrañamente paralizados de la señora Lobo-Mena, me vi impelido a preguntar, mientras señalaba la fila de tomitos verde ópalo:

—¿Su marido leía estos libros?

—No —dijo, con una uña entre los dientes—. Esos son míos.

Volví a enfrentarme a los **pocket-books**. Removí dos o tres... Otro gritito, este más cerca, junto a mí. La mano de la mujercita se posó sobre la mía. La miré. Ella me miraba con un brillo caliente de lujuria en las pupilas. Se adosó a mi cuerpo. Me echó los brazos al cuello, se alzó sobre las puntas

de los pies y formó con los labios una O diminuta y húmeda. Con paciente delicadeza me escapé de sus brazos.

—Me gustas —dijo—. Hace mucho tiempo que me gustas.

Ese es otro de los gajes amargos del oficio. Al menos, para mí, que no soy un freudiano, o como se llame eso. En alguna parte de la ciudad, estaba tendido un cadáver fresco. Es cierto que era el cadáver de un concupiscente y que aquella boca era la de una mujer concupiscente, pero la concupiscencia no es una enfermedad contagiosa. Puse en una sonrisa lo más nocivo de mi ironía y la aparté. Volví a los libros. Hojeé algunos. Ella, aplastada contra los estantes, me miraba otra vez con los ojos paralizados. Saqué del anaquel una docena de tomos. La tabla era ancha, demasiado ancha para los **pocket-books**. Al fondo, advertí una caja. La tomé y la abrí. Estaba llena de cartas. Ella hizo un intento por arrebatármelas. La repelí sin violencia y fue a sentarse, lloriqueante, en la butaca imperial. Las cartas, cargadas de repugnantes aberraciones sexuales, estaban firmadas con un nombre que me era familiar: «Charles».

—Ojo por ojo —dije.

A ella pareció alegrarle mi comentario. Lentamente, quitó las manos de sobre los ojos, y me dijo, con descarnada franqueza:

—Sí. Yo odiaba a Saguérí.

Pareció comprender que había dicho un despropósito y se derrumbó en la silla.

—¿Y Forniéres también lo odiaba? —pregunté, silabeante.

—¡No, no! —gritó.

Pero el **¡no, no!** sonó, a **¡sí, sí!**

Se echó de bruces sobre la mancha de sangre seca. La tomé por la nuca y le alcé la cabeza hasta reclinársela en el acolchado respaldar de la butaca. Me miró, alelada. Le acaricié la frente. Sonrió con amargura.

—¿Fue él? —le pregunté.

—No sé.

—Escucha: puedo salvarte.

Sus ojos volvieron a moverse al decir:

—¿Quieres salvarme?

—He dicho: puedo. ¿Fue él?

—¡No lo sé! De veras, ¡no lo sé!

—Dicho de otra manera: ¿pudo haber sido él?

No respondí.

—Si sigues por ese camino, estás perdida —le dije.

—¡Sálvame! —gritó.

—Para hacerlo, tengo que saber de qué, nenita. Óyeme: ¿lo hiciste tú?

—¡No, no, no! —chilló, con las manos en la cabeza.

—¿Pagaste porque lo hicieran?

—¡Nooo!

Por no ser menos que otras en iguales circunstancias, Hildita Lobo-Mena se arrancó dos mechones de cabellos.

Le sujeté las manos y le dije, amabilísimo:

—¡Cálmate, muñeca!

Se desasíó de mí. Se puso de pie, súbitamente, y desabotonó la bata para mostrarme la estupenda desnudez de su cuerpo. Los senos, duros y erectos, temblaban. El pubis, retador, avanzó hacia adelante. La boca se ofrecía incitante y en los ojos aleteaba la tentación.

—¡Tómame! —suplicó.

Benedictinamente, le abroché la bata y la llevé a la silla.

—Ahora no —le dije—. Antes, vamos a enterrar a tu marido.

—¿Te gusto? —preguntó con alegría pueril.

—Mucho —mentí, y hasta tuve valor para sonreír—. Pero tienes que decirme la verdad. No me siento capaz de acostarme con una mujer mentirosa.

—No te he mentado, No sé si fue Charles. Y yo no lo hice.

—Sin embargo, leo en tus ojos que me ocultas algo.

Bajó la mirada...

—¿Qué es, muñequita? —insistí.

Se levantó y salió de la biblioteca. Al regresar, traía en la mano un colt calibre 38. Me apuntó y dijo, en un tono ficticio, absurdo:

—¿Y si te mato?

—Te hundirías más, tonta.

Me tendió el arma. La tomé por el cañón. Estaba descargada.

—Lo encontré en el jardín —me dijo.

—¿Cuándo?

—Al ver la sombra larga que huía, salí.

—¿Tan valiente eres?

—Estaba nerviosa. Grité.

Era cierto. Algunos vecinos habían oído los disparos y dos de ellos la escucharon pedir socorro.

—La noche era oscura —apunté—. ¿Cómo pudiste ver el revólver?

—Tropecé con él, mientras gritaba.

Como quiera que parecía inverosímil que un asesino, en tales circunstancias, dejara detrás un arma, alcé el mentón de la señora Lobo-Mena para preguntarle cara a cara:

—Si fue así, ¿por qué lo ocultaste?

Me respondió lo que yo imaginaba que respondería:

—Pensé que había sido él.

—¿Quién?

—Charles Forniéres.

Examiné las cachas del revólver y le pregunté:

—¿Lo limpiaste?

—Sí.

—Eso se llama amor —dije, con ironía de celoso.

—¡No, no! —se apresuró a decir—. Borré las huellas porque... porque creí que, de haber sido de él, me comprometerían.

—Después de eso, ¿no has hablado con Forniéres?

—No.

—¿Intentaste hacerlo?

—Sí. Por teléfono. Pero él no está en La Habana.

—¿Dónde está? —pregunté, intrigado.

—No lo sé.

—¿Cómo sabes que él no está en La Habana?

—Me lo dijo Angélica.

Pensé en que acaso el «Time» habría partido subrepticamente con una carga de canallas, destruyendo de ese modo todo el paciente trabajo de largos días. Por hacer algo, coloqué las cartas en la caja, cerré esta y se la entregué. Ella puso cara de imbécil y preguntó:

—¿Qué hago con ellas? ¿Las quemo?

—Sí —respondí con acritud—. Y echa las cenizas en el ataúd de tu marido.

—No seas cruel.

Se acercó y abarcó mi brazo con sus manos.

—¿Vas a ayudarme? —inquirió.

—No temas nada —le dije—. No fue Forniéres el asesino de Saguerí.

Hizo un mohín que me paralizó, porque parecía significar que le había desagradado mi afirmación.

—¿Estás seguro? —preguntó, anhelante.

—Sí. Ayer, a las nueve de la noche, él estaba en el portal de los Estivil.

La sorpresa volvió a inmovilizar sus pupilas. Al cabo de un rato de meditación, razonó:

—Entonces, ¿me culparán a mí?

Guardé el colt en un bolsillo y repliqué:

—No sé. Hablaré con mi tío.

Me dispuse a salir y me atajó junto a la puerta, ¡otra vez con la bata desabotonada!

—¿Volverás a... a verme? —dijo, con los labios y los ojos oferentes.

Le di un empujón y salí.

Le mostré el revólver a tío, quien me hizo poner de pie súbitamente cuando dijo:

—Sin duda, ese es uno de los dos.

—¿Qué quiere decir? —pregunté con ansiedad.

—Siéntate —dijo—. Tu sorpresa está justificada porque no conoces el resultado de una plausible verificación que se hizo. Como sabes, Saguerí recibió cinco balazos. En los primeros momentos, sólo se cotejaron, rutinariamente, dos de los proyectiles hallados en su cadáver y se dio por supuesto que los otros tres habían sido disparados con la misma arma. Sin embargo, alguien, sin duda aficionado a **probar las pruebas** —subrayó con mordacidad las tres últimas palabras—, se tomó el trabajo de cotejar los otros tres plomos, con lo cual demostró que cuatro balas fueron disparadas con un

revólver calibre treinta y ocho y que la quinta procedía de otra arma del mismo calibre.

Todo lo que atiné a decir fue:

—La autopsia demostró que sólo un disparo fue mortal por necesidad.

—Sí. Uno de los cuatro, el que atravesó el corazón.

—Eso complica a la Lobo-Mena, ¿no es así?

—¡Esa es una señora de por sí complicada! —dijo con tonillo sarcástico, y agregó—: Como lo es Angélica de Forniéres.

Me miró de cierta manera que yo entiendo muy bien. Corrí al teléfono y disqué, con dedo nervioso, un número. Escuché la voz que esperaba oír:

—Sí, soy yo, querido. ¿Vas a venir?

—Hoy no —respondí—. Escucha: ¿Saguerí era uno de los próximos pasajeros del yate?

—Sí. Iba a salir, pero no el sábado, querido, sino en el viaje siguiente, en el que irás tú también.

—¿Su mujer estaba incluida en el proyecto de viaje?

—No. Celedonio se negaba a llevarla. Ella estaba furiosa...

—¿Y qué pensaba tu marido de todo eso?

La línea se llenó de silencio durante unos segundos. Al cabo, ella dijo:

—¿También sabes eso?

—Sí. Me lo contó la propia interesada.

—Esa meretriz millonaria era parte de nuestro negocio. Pero, ¿por qué te interesan esos detalles?

—Por saber de dónde salió una bala homicida —respondí—. Te veré mañana.

—¿De veras, amor mío?

—Sí. Espérame.

Como los besos por teléfono hacen un ruido harto desagradable, colgué el receptor.

XXV. Bisado con Enriqueta

Miércoles 10 de agosto de 1960. 9:20 p.m.

Había llevado el espantajo a Lino —su médico— para que le aliviase la tos que sufría. Tomé un ómnibus. Llegué con veinte minutos de retraso y me asombró no ver a Enriqueta dando pataditas de impaciencia en el portal. La que estaba allí era Carlota Corbeiro, quien correspondió con sequedad —más sequedad de la habitual— a mi no muy afectuoso saludo.

—¿Y Enriqueta? —le pregunté.

Movió el mentón para señalar al interior de la casa. Tenía la carota embadurnada de furia.

Enriqueta estaba en el santuario. Lloraba.

—¿Por qué lloras? —pregunté con voz cordial.

—¡Porque sí! ¡Porque tengo derecho a llorar! ¡No solamente llegas tarde, sino que ni siquiera puedo refugiarme aquí para recordarte a solas!

—¿No crees que exageras?

—¿Lo crees tú? ¡Brutal! ¡Eres brutal!

Me coloqué las manos en el pecho, receloso de si, verdaderamente, sería brutal. Como no me encontré culpable, le acaricié la barbilla.

—¡No me toques! —gritó—. ¡Pensar que exagero, mal hombre! —volvió a su ritornelo—. ¡No quiero, ¿sabes?, no quiero que nadie entre aquí, excepto tú y yo!

—¿Quién entró?

—¡Esa maldita doña Lola! No entró, pero intentó hacerlo con el pretexto de ayudarme a sacudir —cambió el tono y el tema—. ¿Dónde se habrá metido Tila? Creo que la policía la busca. A mi hermano también. ¡Todo esto es como para volverse loca!

—Tu hermano estuvo a verme. No tendrá dificultades. Tampoco creo que Tila tenga algo que ver con ese horrible asunto.

—¿Por qué lo crees?

Por ver si la hacía entrar en materia, le dije:

—Ella tiene una coartada.

Di en el clavo.

—¡Coartada! —dijo, haciéndome recordar a mi tío—. ¡Sólo oigo hablar de coartadas! ¡Coartadas! ¿Qué cosa es una coartada? ¿Decir que aquella noche yo dormía? ¿O que estaba en otro lugar conversando con alguien? ¿Y si no dormía? ¿Y si el alguien con quien hablaba era mi cómplice? No, querido, las coartadas no sirven. Yo misma, por ejemplo, ¿tengo una coartada?

—Enriqueta...

—Tú eres abogado y te reto —ella ignoraba que a veces no basta con ser abogado y que, en ocasiones, estorba el serlo—. Si me preguntas dónde estaba cuando mataron a mi padre, tendría que mentirte, como mentí a la policía.

—¿Qué quieres decir, Queta?

—¡Que yo no estaba en mi cuarto cuando mataron a mi padre!

Puso a funcionar los lagrimales otra vez. No creo que haya una sola persona en el mundo que sepa qué hacer en semejantes ocasiones. Es decir, que hacer con lógica. Como era necesario verificar algo, me senté a su lado para pasar una mano por sus largos cabellos rubios. Cuando los sollozos comenzaron a apagarse le propuse:

—Querida, analicemos el asunto: dices que no estabas en tu habitación. ¿Dónde estabas?

—Aquí.

—¿Aquí, en este saloncito?

—Sí. ¿Recuerdas que te acompañé hasta la puerta cuando saliste con Pedro Isauro?

—Lo recuerdo. Alzaste la mano cuando nos íbamos. ¿Qué hiciste después?

—Entré aquí. No tenía sueño. Estaba inquieta por la gravedad de papá. Tila entró a dar cuerda al reloj. Le pedí un sedante y me trajo un frasco de... de no sé qué. Cuando se fue, me encerré aquí porque tenía ganas de llorar.

—¿Quieres decir que cerraste la puerta?

—Sí.

—¿Pasaste el cerrojo de seguridad de esa puerta?

—¿Por qué iba a pasar el cerrojo de seguridad, querido?

Me golpeé la frente, pero no físicamente, sino sólo con la intención.

—¡Claro! —dije—. ¿Por qué? Pero, estuviste despierta durante mucho tiempo?

—No.

—¿Hasta qué hora? Trata de recordar, siquiera aproximadamente.

—Oí sonar la una. Entonces tomé dos pastillas del sedante.

—¿No serían las doce y media? ¿O la una y media?

—No. Miré el reloj. Poco después, me quedé dormida.

—¿No escuchaste a nadie entrar o salir? La puerta de la calle está cerca. ¿No sentiste llegar o alejarse a algún automóvil?

—No. Estoy segura. El sedante era fuerte y... —se enfadó—. Pero, ¿a qué vienen tantas preguntas?

Tenía razón. ¿Por qué tantas preguntas? Sin duda alguna, mi tío hubiera dicho lo mismo: «¿Por qué tantas preguntas?» Intenté cambiar el rumbo.

—Escucha, mi amor —dije—: mi mejor deseo es verte libre de toda sospecha. No me complace que alguien pueda pensar mal de ti. ¿Me comprendes?

Asintió con la cabeza, es decir, con los largos cabellos color canario. Le eché el brazo por encima del cuello y, en efecto, su reflejo inmediato fue el de acurrucarse en mi pecho. Aproveché la ocasión para meditar y decidí que el mejor camino era seguir con las preguntas. Y pregunté:

—¿Has hablado de eso con alguien?

—¡Dios me ampare!

—Has hecho bien.

—Lo malo es que...

—¿Qué es lo malo?

—Que Tila lo sabe.

Logré sujetar mis nervios para que no estallaran. Eché a andar, lenta y suavemente, la mano por su mejilla hasta alcanzar el lóbulo de la oreja... Sabía que eso era para ella como llegar a la puerta del paraíso de su quimérico paraíso... Volví a cargar, con mucha dulzura:

—Veamos, veamos: Tila lo sabe... ¿Por qué lo sabe?

—Porque ella vino a despertarme. Eran las cinco. Lo sé porque el reloj tocó en ese momento —hizo un mohín angustioso—. El reloj de papá —por sus mejillas rodaron sendas lágrimas—. A esa hora él siempre se levantaba.

—Si vuelves a llorar, me enfado —dije—. Sigamos: Tila vino a despertarte. ¿Qué disculpa te dio por despertarte a esa hora?

—Ninguna.

La respuesta era muy apropiada para hacerme saltar. Reprimí el impulso de tocar el techo con la cabeza y pregunté con voz sosegada:

—Entonces, ella te dio la noticia fatal.

—No.

Salté; hipotéticamente, pero salté y creo que hasta rompí el ficticio techo de un cabezazo irreal.

—¡Madre mía! —exclamé.

—¿Qué te pasa, querido?

Paciente a la fuerza, volví a tomarle el lóbulo mágico y ella tornó a rebujarse en mi pecho.

—Nada —respondí—. Nada. En fin, ¿qué hizo el hada Tila?

—Me llevó a mí habitación y me dio una pastilla. Luego me dijo que era hora de inyectar a mi padre.

—¿Salió en seguida de tu habitación?

—Sí. Sentí que sus pasos se alejaban. Se abrió una puerta, muy lejos. Yo estaba adormilada... Escuché un rumor raro, muy distante...

—Los efectos del sedante, sin duda. Pero, ¿no te extrañó todo ese movimiento madrugador de Tila?

—No. Es decir, sí.

—¿Sí o no? —inquirí impaciente.

—Al principio, no. Después, cuando ella declaró ante la policía y no mencionó todo eso, sentí impulsos de desmentirla.

—¿Por qué no lo hiciste?

—Porque tuve miedo —sonrió—. ¿Acaso yo tenía coartada?

—¡Claro que la tenías! La propia Tila era tu coartada, tonta. Ella sabía que tú estabas aquí. Ella vino a despertarte...

—Espera: hay otra cosa rara. ¿Cómo ella sabía que yo estaba aquí?

—¿No dices que ella te trajo las píldoras que le pediste? ¿Al marcharse, no te dejó aquí?

—Sí, sí... Pero yo pude haber salido después —desatinó.

—¿Acaso saliste, Queta?

—¡No! ¡Te lo juro!

Siempre me había parecido algo tonta. Ahora ella misma estaba confesando que lo era bastante. En fin, la consolé:

—Entonces, tontuela, ¿por qué temer?

Me echó los brazos al cuello y me dio el primer beso de aquella noche. Es decir, fue un ensayo, casi la primera lectura de un beso. Después quedó meditativa hasta que preguntó:

—Pero, ¿por qué ella calló?

Yo intuía —¡nada menos que impulsado por un reprobable orgullo!— por qué Tila había callado; pero dije a Enriqueta:

—Por protegerte, querida.

Inmediatamente, comenzamos el combate.

XXVI. Entreacto con un tipo compasivo

Miércoles 10 de agosto de 1960. 12:00 p.m.

Salí a las doce. La noche estaba fría y soplaba un viento molesto que jugaba a entrar y salir por los espaciosos jardines que separan las grandes mansiones del aristocrático reparto. Gemían los pinos, susurraban los tilos y los pequeños arbustos se doblaban, silbando con aire triste. Lamenté la ausencia del espantajo. Cuando llegué a la Quinta Avenida, con la intención de esperar un ómnibus, un auto arrimó a la acera. Oí el abrir de la puerta y la voz que decía:

—Suba, sobrino.

Me llamaba sobrino. No me gustaba que lo hiciera porque lo decía en tono de no-tío. Sin embargo, como estaba programado hablar también con él, subí al fairlane. Arrancó. Manejaba muy despacio, muy precavido.

—¡Vaya viento! —dijo—. No parece agosto. ¿Lo llevo a su casa?

—Si usted me hace el favor.

Relampagueó y él se persignó.

—Iba a retirarme —explicó—, pero Enriqueta me rogó que lo alcanzase. Ella es buena, muy buena, sólo que tiene el carácter de su difunto padre, ¡que en gloria esté! Ayer me armó un lío porque entré en el saloncito. Claro, yo fui el culpable. Comprendo que ella le tiene mucho amor a aquel lugar tan grato,

tan apacible, y sé que son muy naturales esos caprichos de las muchachas jóvenes, sobre todo cuando son ricas. ¿Usted me comprende?

—Por supuesto, don Anselmo. Lo que no entiendo es cómo usted, a pesar de saber eso, la mortifica.

—Tiene razón, tiene razón. Pero es que, desde el triste suceso, ando trastornado. Deseo estar solo. Como le dije, el saloncito es acogedor, un verdadero remanso...

—¡Cuidado! —grité.

Dio un violento giro al timón para evitar el choque contra una moto y volvió a persignarse.

—No puede uno descuidarse —dijo—. Es que estoy preocupado. Pienso en mi pobre sobrino. No sabe hacer otra cosa que beber. Y ahora, desheredado, verse obligado a depender de su hermana, con lo orgulloso que siempre ha sido. Lo veo mal. Está como loco —hizo una pausa—. Quizás sean los remordimientos.

—¿Remordimientos?

—¿Cómo? ¿No sabe usted que días antes de la desgracia, discutió con su padre? Quería dinero. Una buena cantidad de dinero. Isauro se lo negó y le dijo que iba a desheredarlo. Y el muchacho, ¡es terrible saberlo!, le deseó la muerte. ¡Nada menos que desear la muerte del propio padre! También odiaba a Paolo. ¿Será canalla? ¡Acusaba a su madre de vivir con aquel santo padre!

—Todo eso constituye una acusación, señor Estivil —apunté.

—¡No, no! No se puede acusar sin pruebas. Me limito a informarle cosas que le interesan, porque, verdaderamente, usted es de la familia.

Por hacerlo volver al tema, lamenté:

—¡Pobre padre Paolo!

—No me recuerde usted eso, doctor. Daría esta mano por saber quién cometió tal sacrilegio. Porque eso fue un imperdonable sacrilegio.

—¿Y lo de su hermano? ¿No fue también un sacrilegio?

—Claro, claro —asintió—. Pero mi hermano era un hombre de presa, de garra dura. Los hombres así no suelen ser queridos por todos. Siempre siembran a su paso celos, rivalidades, envidias...

—...y calamidades —completé.

—No lo entiendo —dijo, evidentemente sorprendido.

Se lo di a entender, pero con un eufemismo:

—Usted acaba de mencionar una de tantas. ¿O no es una calamidad para la familia que la muerte del padre Rossini haya coincidido con la de Isauro Estivil?

—Por supuesto, sobrino, por supuesto. Eso es lo que yo no puedo explicarme. Ese hombre era un sabio. Escribía, por encomienda del Vaticano, una historia de la religión en Cuba, o algo así. Yo lo conocí en Santiago, cuando fue a buscar no sé qué datos a los libros de la catedral. Le aseguro que su muerte deja detrás muchas lágrimas. Sólo el pensar en cómo se sentirá Petra Donoso, me causa aflicción. Ella llevaba muchos años a su servicio.

Me espoleó el deseo de frenarle la compasión y le dije:

—Y parece que le servía muy bien.

Me miró de reojo, con las cejas muy juntas y la nariz arrugada, pero no habló. Insistí en el tema:

—Sin embargo, dentro de su dolor, ella tiene el consuelo de ser la heredera.

—¡Pero el dinero no lo es todo, señor! —abogó— ¡El dinero es una maldición! ¡Maldito dinero!

Le concedí unos segundos para que pensara en dinero, es decir, en medio millón de dólares que andaban escondidos en algún lugar y que él, como otros muchos, anhelaba encontrar.

—¿De veras —le pregunté— que usted no sospecha de nadie?

—¡No! —se apresuró a decir, pero agregó, en tono un tanto confidencial—: Aunque sospechase, sobrino, ¿qué hacer? Este es un asunto de familia. Uno no debe... no puede...

—Forniéres no es de la familia. ¿No pudo ser él?

—¿El señor Forniéres? —meditó un poco—. No sé, no sé...

—Tengo entendido que él mintió —insistí—. Aquella madrugada él había salido y...

—Sí, sí —dijo, muy apresurado—. Pero, ¿no ha pensado usted en que Forniéres no tenía motivo alguno para matar a esos dos hombres?

—Cierto, cierto —concedí—. Si se analizan los posibles móviles, más complicado estoy yo.

Rió con gana, con gana cáustica, y dijo:

—¡Caramba, es verdad! ¡La muerte de mi hermano lo hace muy rico a usted! —volvió a reír, esta vez en tono menor—. Perdona, sobrino —dijo, contrito—, es una broma. Usted es de buena familia; es incapaz de...

—Gracias —interrumpí—. Lo malo es que la policía no parece pensar lo mismo. En rigor, pude haber matado a don Isauro por dinero; pero, ¿por qué habría de matar a un sacerdote?

Frenó bruscamente.

—¡Maldito semáforo! —gritó.

Cuando puso el fairlane en marcha, comenté, por hacerlo poner en marcha a él:

—Y ahora, ese lío de Saguerí...

—Sí —dijo—. Todo un señor lío. Otra vez han comenzado a interrogarnos. ¿A usted también?

—También, sí, señor.

Dedicó un poco de tiempo a pasar a un carro que marchaba delante. Terminada la maniobra, dijo:

—Pero, ¿por qué? ¿Usted cree que la muerte de Celedonio esté relacionada con la de mi hermano y la de Paolo?

—La policía piensa que sí. Era el médico de la familia y... Además... —fingí vacilar antes de añadir—: parecen saber que su cuñada de usted era amante de Saguerí.

No entiendo mucho de prácticas beatas, pero estoy seguro de que Anselmo Estivil batió en aquel momento la marca mundial de persignación rápida, antes de parar el carro junto al parque de Víctor Hugo. Me miró. Estaba como aturdido.

—Usted, por supuesto —me dijo—, sabe eso.

—Sí.

Movió la cabeza pesarosamente, se acodó en el timón y exclamó compasivo:

—¡Pobre Angustias! Es una desdichada, una enferma... ¡Maldito sexo! Pero hay que dispensarla. Tiene el carácter débil, no sabe decir «No».

—Eso he oído decir.

—Hace años, Saguerí la sedujo. Ella, embelecada, no podía vivir sin él.

—A propósito, señor Estivil: la policía también me dijo que ella mantiene relaciones ilícitas con Forniéres, pero yo me resisto a creerlo.

Inopinadamente, cambió su posición con respecto al otro.

—Desgraciadamente, sobrino —lamentó—, es verdad. Charles la extorsiona. La ha llevado a la ruina. Es un gigoló... ¿Se dice así?

En su voz había un ácido matiz de acusador gratuito, de delator interesado. Por probar hasta dónde era capaz de llegar por esa ruta, dije, fingiendo reticencia:

—Asimismo, la policía me... me...

—¡Diga, diga! —estimuló.

—No, no. Hay cosas que son inverosímiles.

Me colocó una mano en un muslo y me preguntó en tono contrariado:

—¿No tiene usted confianza en mí?

—Sí, pero... —hice una pausa y simulé decisión para decir—: En fin, dicen que usted y... y su cuñada...

Rompió su propio récord de señal de la cruz veloz, golpeó el volante con las manos y exclamó, enfurecido:

—¿Se han atrevido a tanto? ¿Cómo puede creerse que yo?... ¿Y que Angustias...? —dio un resoplido teatral—. Soy el padrino de Pedro Isauro. ¿Cómo voy yo a cometer la herejía de vulnerar un sacramento de la Iglesia?

—Cálmese —le dije con afabilidad—, le repito que yo no doy crédito a ese rumor absurdo.

—Gracias, sobrino, gracias. En justa correspondencia, le diré que ese tal Perea, ¡a quien Dios confunda!, me preguntó acerca de sus relaciones de usted con Sagerí.

—Sí. Parecen interesados en eso. Pero yo...

—No se preocupe. Yo le dije a ese comunista preguntón que usted, a las nueve de la noche de ayer, estaba en casa con su novia.

—Se lo agradezco, porque eso refuerza mi propia declaración. También declararé que usted estaba allí, en el portal. Y que estaban los Forniéres, y la señora Estivil, y Pedro Isauro, y doña Lola... —me golpeé una mano con la otra—. Pero, ¿quién pudo haber asesinado a Sagerí?

Anselmo Estivil colocó una mano en mi hombro y dijo, en tono de guía espiritual:

—Es usted muy joven, doctor. Es por eso que carece de experiencia, de mundo... —calló para mirar mi máscara de ingenuo número once—. No conoce usted las perversidades de la vida. Para matar a alguien, no es necesario hacerlo con la mano propia.

—¿Ah, no? —pregunté con mi tono candoroso número nueve.

Como yo esperaba, aunque no presumía contra quién, soltó un chorrito de cianuro:

—No, hijo, no. Es muy fácil alquilar un pistolero.

Me coloqué la careta del asombro número veinticuatro para exclamar:

—¡Madre mía del alma! Pero, ¿quién pudo haber hecho eso?

Su conmiseración por mi inexperiencia se agudizó, al tiempo que se disponía a expeler un poco más de veneno.

—No sé si decírselo, sobrino.

—¿Qué? —pregunté con la boca muy abierta.

Fingió hacer un violento esfuerzo para vencer a su discreción y me dijo al oído, muy privadamente:

—Pedro Isauro odiaba a Celedonio Sagerí.

Abrí tanto la boca, que temí la posibilidad de no poder cerrarla nunca. Al fin, alcancé a decir:

—¿Y de dónde ese muchacho iba a sacar dinero para pagar a un pistolero?

Sin separar su boca de mi oreja, dejó caer dentro de esta:

—Alguien se lo habrá prestado. Tiene amigos ricos. Todos lo creen coheredero de la fortuna —hizo una transición mágica de lo presuntivo a lo misericordioso—. ¡Pobre muchacho! También es un enfermo, un desquiciado... Lo posee la obsesión de matar a todos los amantes de su madre.

—Según eso —dije—, el próximo cadáver será el de Charles Forniéres.

Se echó hacia atrás y me miró como si yo acabase de surgir del Averno, mientras se persignaba, esta vez despacio, cruz a cruz.

—¡Que Dios no lo quiera! —exclamó, catolicísimo.

Volví a golpearle entre lo apostólico y lo romano:

—O quizás aparezca muerto el chofer de don Isauro.

Me miró otra vez. Por su mueca, imaginé que él creía estar frente al propio Mefistófeles. No pudo resistir mucho tiempo mi mirada dura, seca. Abatió la cabeza, como aplastado, mientras murmuraba, reincidentemente compasivo:

—¡Pobre mujer, pobre mujer! No la culpe, sobrino. Hay seres que nacen para pecar, aun contra su voluntad. El sexo las esclaviza...

—¡Pobre señora! —dije.

Anselmo Estivil puso el carro en marcha.

La vi desde lejos y dije, con prisa:

—Déjeme usted aquí. No doble.

—¿No me acompaña a tomar algo? Vamos, vamos...

—No, gracias. No tengo ánimo para beber. Déjeme aquí.

—Como quiera —detuvo el fairlane—. Tenga usted una buena noche, sobrino.

—Lo mismo le deseo.

Me bajé y anduve los cincuenta metros que me separaban de casa. No me sintió llegar. Estaba acodada en el muro del portal. Cuando volvió la cabeza, su gesto me hizo saber que me esperaba. Por halagador que eso fuera, no iba a dejar de decirle:

—¿Por qué estás aquí?

—Me gusta sentir el viento cuando sopla fuerte.

—Entra.

—¿De veras crees que corro peligro?

—No sé. Pero es mejor no tentar al diablo. Vamos.

Entramos. Ya en el pasillo, le dije, con una mezcla de ironía y enojo en la voz:

—Ya sé que preferiste a tío para decirle que Enriqueta durmió aquella noche en su cueva.

Le subió a la cara una oleada roja, que tuvo la virtud de encenderme una grata emoción interna.

—¿Fuiste a despertar a Enriqueta antes o después de descubrir el cadáver? —le pregunté.

—Después.

—¿No le diste la noticia?

—No sé dar malas noticias.

—¿Por qué la llevaste a su habitación?

No respondió. Era un buen momento para indagar si yo no había confundido el motivo de mi estado emocional. Le tomé la barbilla y le alcé la cabeza.

—¿Por qué no dijiste nada de eso a la policía? ¿Por no perjudicar a Enriqueta?

—No. Fue por no perjudicarte a ti.

Naturalmente, mi emoción se agigantó.

—¿En qué pensaste? —pregunté cuando logré tragarme algo voluminoso que obstruía mi glotis.

Volvió a bajar la mirada y el rubor retornó a teñir su cara linda.

—En que... —respondió—, en que, si ella estaba complicada en esos crímenes, podrían sospechar de ti.

Alelado como estaba, no podía hablar. Ella, preguntó:

—¿La quieres?

—No.

La besé en la mejilla y me fui a mi habitación, porque no me agrada que me vean sonrojado. Poco después, arañaron la puerta. Abrí. Era ella. Traía en los labios una sonrisa maravillosa y en las manos una bandeja. Y sobre la bandeja el milagro noctívago de un tazón de chocolate humeante y unos bizcochos.

Estoy convencido de que nunca llegará a desentrañar el profundo misterio advertido por mí en las que llamo menudas contradicciones sentimentales. Por ejemplo: me duele no saber por qué en aquella ocasión, ante la aromática oferta de Tila —y pese a la emoción de que estaba lleno—, gruñí, áspero, desabrido:

—Gracias.

Por supuesto, ella hizo un gesto de enfado, volvió la espalda y cerró la puerta. Entonces, al enfrentarme al espejo de la cómoda, vi a un hombre con una bandeja entre las manos y sonriendo.

—¡Estúpido! —le dije—. Te has dejado atrapar.

XXVII. Tío me cuenta el final

Jueves 11 de agosto de 1960. 7:00 a.m.

Me levanté temprano, me vestí con rapidez y fui al comedor dispuesto a recordarle a tío que el día siguiente sería viernes y, además, en plan de exponerle mi media docena de hipótesis en torno a los tres asesinatos; pero él me atajó diciendo:

—Me llamó Vladimir Perea. Se comprobó que el revólver de la Lobo-Mena disparó contra Sagnerí.

—¿Una bala o cuatro balas?

—Una: la que le hirió el hombro izquierdo.

—Entonces, no hemos adelantado ni un milímetro.

—No seas pesimista. Al menos sabemos que fue otra el arma homicida.

—Y, claro —dije con ironía—, usted espera que lluevan revólveres para encontrar entre ellos el que sí mató.

Sonrió y cambió el lema:

—Ayer vi pasar en un automóvil a tu viejo amigo, el joven Amiel. Le sienta bien el uniforme. ¿A qué cuerpo pertenece?

—Parece que anda en investigaciones especiales.

Puso cara de haber atrapado el eufemismo y me preguntó:

—¿Hace tiempo que no lo ves?

Aunque yo había comido en casa de Amiel un par de días antes, se me ocurrió decir:

—Un siglo. O quizás un poco más...

Volvió a mirarme, esta vez con cara de incrédulo.

—¿Y no te avergüenza decirlo? —dijo.

—En estos tiempos, tío, cada uno anda en lo suyo.

—Cierto, cierto...

—Cada uno en lo suyo —recalqué—, excepto los médicos jubilados, claro. A propósito: mañana es viernes.

Estoy seguro de que captó la mordacidad, pero esta vez no usó uno de sus punzantes circunloquios, sino que replicó, directo:

—Yo también hago lo que puedo. Además, ahí tengo un almanaque. Por todo eso, te digo que tienes que ver hoy al teniente Amiel.

No permití que advirtiese mi sorpresa.

—Como cuento con su discreción —le dije—, puedo decirle que el teniente Amiel no puede ocuparse en asuntos baladíes.

—¡Horror! —dijo, al tiempo que echaba hacia el centro de la mesa su taza vacía—. Baladí ya casi no es palabra, muchacho. Está bastante corrompida, tanto por el desuso como por el mal uso. Sin embargo, estás equivocado. Eso que llamas baladí entra perfectamente dentro de las funciones de alguien que se ocupe de **investigaciones especiales**.

Él tiene el don de subrayar ciertas palabras al hablar, y como subrayó — con raya doble— lo de **investigaciones especiales**, pregunté, con una falsa inocencia que él debió verme a flor de piel:

—¿Usted cree eso?

—Nunca creo en esto o en lo otro. Siempre estoy seguro de lo que digo —atenuó la dureza de la voz—. Escucha, nene: los tiempos en que nos entreteníamos en estos asuntos por cuenta propia, han quedado atrás. Antes, la policía era una diabólica horda en función de la preservación de un orden caótico emanado de una sociedad desequilibrada y podrida. Existían repugnantes aparatos represivos, muy barnizados de contradictoria legalidad, y tú sufriste alguna vez sus métodos crueles. Recuerda el Sim y el Brac, clanes exclusivistas con poderes omnímodos que los facultaban para abandonar cadáveres mutilados en las carreteras y colocarles la etiqueta de

comunistas o de bandoleros. La otra, la policía organizada para una supuesta lucha contra los delitos llamados comunes, estaba integrada, en general, por un hato de malhechores uniformados que no husmeaban pistas de delincuentes, sino de cohechadores solventes, aptos para ser chantajeados. Pero tú y Amiel y otros muchos no se fueron a las sierras para practicar alpinismo, sino, entre otras cosas, para hacer cambiar el sentido de la justicia. ¿Comprendes?

No dije una palabra, porque sus «¿Comprendes?» no eran preguntas, sino simples pausas. Íbamos andando por el pasillo y apenas entramos en su salón, se sentó ante el tablero. Pero no tocó una sola pieza, sino que continuó:

—Es muy hermoso que ahora la justicia resida en el pueblo. En ti, en mí, en tu tía Alberta, en Tila... Cierta vez, hace algunos años, en una crónica más cursi que roja, alguien nos llamó «investigadores privados» y «detectives aficionados». Bien sabes que jamás fuimos ni lo uno ni lo otro. En rigor, luchábamos, sin ningún interés económico y hasta sin recursos, contra la astucia o el presunto talento del criminal y, al mismo tiempo, contra la venalidad y la incompetencia de la policía. No creo que hayas olvidado el caso en que se intentó sobornarnos y se nos amenazó por haber desenmascarado a un ricachón asesino. Y fue un policía el portador de las amenazas y de los billetes de a mil con que aspiraba a comprarnos.

—Lo recuerdo —dije—, pero...

—Pero es necesario —prosiguió— que se produzca una transformación radical de la viciada y obsoleta fórmula: **delincuente-policía-investigador privado**, tan manoseada en la novela como en la vida real y en la que sus componentes se embrollan y confunden hasta el punto de hacer imposible la identificación y los propósitos de cada uno.

—Tío, nosotros...

—Nosotros, por excepción, éramos intrusistas dentro de aquellos reprobables métodos leguleyescos y arbitrarios, algo así como detectives subversivos y clandestinos. Sin embargo, ahora no podemos ni debemos exceptuarnos de los justos cambios sociales que se producen y, por tanto, tenemos que integrarnos en una nueva fórmula que ha de ser más racional y efectiva: **pueblo y policía contra malhechor**, es decir, el pueblo unido con la policía, que ya es pueblo también ambos atareados en su propia defensa, en

defensa de su Revolución. Todavía falta mucho por hacer. Pero no es difícil organizar cuerpos especializados que se apoyen en las masas populares para combatir el delito en todas sus manifestaciones, porque, en la nueva sociedad que se construye, toda fechoría, hasta el vulgar hurto de una tendedera con ropas recién lavadas, es un atentado antisocial, contrarrevolucionario. ¿Comprendes?

Por supuesto, tampoco ese «¿Comprendes?» era una pregunta. No obstante, yo no alcanzaba a considerar como necesaria la intervención de Amiel en la investigación de crímenes comunes.

—Yo, en este caso que nos ocupa —dije—, sólo veo asesinatos vulgares cometidos por la ambición y sus derivados. El verdadero culpable es el dinero. Amiel está ocupado en asuntos importantes y...

—Te equivocas, muchacho —interrumpió—. En verdad, el culpable originario de esos crímenes está lejos, rumbo Norte.

Cambié de butaca para acercarme más a él y le pregunté:

—¿Usted está pensando en la Agencia Central de Inteligencia?

—¡Te quemaste!

Aquella exclamación era una apostasía en su boca, siempre cuidadosa de no expeler vulgaridades. Pero, además, dirigida a mí, pasaba a ser vulgaridad ofensiva. Pese a eso, la dejé pasar sin réplica, por no herirlo con una mordacidad, y esperé su explicación:

—Detrás de esas dos puñaladas y de esos disparos, hijo mío, existe toda una organización, financiada por el poderoso extranjero del Norte, que conspira contra nuestro pueblo. Tú mismo vas a convencerte. Por ahí tiene que andar alguien, seguramente un infeliz, que conoce los mecanismos ocultos del negocio de Isauro Estivil y de sus cómplices. Tienes que encontrarlo. No te será difícil. Quizás lo difícil será hacerlo hablar, pero confío en ti. Así tendrás la certeza de que en este sucio asunto anda en juego algo peor que la ambición personal de este o de aquel. Sin embargo, es necesario que hables antes con Amiel.

Entró Tila. Me sorprendió ver lo que traía en las manos. No sé si he dicho que mi tío siempre consideró al alcohol como un excitante, innecesario en un mundo excitante de por sí. De ahí mi asombro al ver que sobre la bandeja fulguraban —el sol entraba por el ventanal para arrancarles destellos— cuatro

copas de añejo. Como era la segunda vez que el ron entraba en el caso que nos ocupaba, dije:

—¿Se va a entregar a la bebida, tío?

—No —respondió sonriente, enigmático—. Es que el mundo, nuestro mundo, se va haciendo, pese a las dificultades, menos excitante, más placentero... —alzó una copa, volvió a sonreír y añadió—: Además, hoy es el cumpleaños de tu tía Alberta.

Me di un golpe en la frente —el enésimo no sé cuántos— y me levanté para correr a buscarla. Pero ella estaba allí, con el brazo acoplado a la cintura de Tila. La tomé entre mis manos trémulas, la alcé e hice restallar en sus mejillas mil besos, algunos de los cuales pusieron en mis labios sabor de lágrimas felices. Luego, todos de pie, brindamos.

Cuando las mujeres se alejaron, tío y yo nos sentamos y él dijo, en su tono paternalísimo:

—Hijo, has trabajado mucho y bien en este endiablado asunto y ya mereces el premio de saberlo todo. Y también, como te he dicho, has ganado el derecho de ser el desenmascarador del asesino de Estivil y Rossini

—¿Un solo asesino? —pregunté, acorde con mi hipótesis preferida, en la cual situaba a dos asesinos, cada uno con un puñal.

—Con sus correspondientes cómplices —añadió él.

—Yo pienso en dos criminales. Los dos asesinatos, prácticamente, fueron simultáneos y...

—Los puñales no vuelan, muchacho. Pero no divaguemos. Para cumplir nuestro pacto, es decir, el pacto que me has impuesto, apenas nos queda el tiempo justo. Escucha...

Escuché, con la boca poco menos que babeante, su teoría del doble asesinato, la cual, a simple vista, era mucho más que una teoría. Sin embargo, cuando terminó su exposición, pregunté:

—¿Y si todo **eso** no está **allí**?

—Todo **eso** está **allí** —respondió con el tremendo tono irreplicable que sólo suele usar cada lustro o poco menos—. Y ahora, nene, a buscar a ese hombre. Para mí no es importante, pero tú necesitas estar bien convencido para que mañana puedas actuar sin vacilaciones ni fallas. Espera. Si el

hombre se comporta bien, cómprale un pasaje de avión y obséquiasele.
¿Tienes dinero?

Dije que sí y salí. Todas mis hipótesis se habían desleído en la nada, pero me sentía orgulloso de ser sobrino de un tío así, y, además, feliz por estar a punto —y a tiempo— de aclarar todo aquel lío que ahora me parecía elemental, simple...

XXVIII. Un alma rumbo al infierno

Jueves 11 de agosto de 1960. 9:30 p.m.

Entablé una lucha conmigo mismo. De un lado, me disgustaba la idea de volver a enfrentarme con una dama que tenía el feo hábito de desabotonarse la bata inoportunamente. Del otro lado —aunque tío aseguraba que nada podía obtenerse por ese medio—, yo sentía la necesidad de entrevistarme nuevamente con Hildita Lobo-Mena, esperanzado en aclarar dos cosas: primera: si ella, como yo suponía, había disparado con el revólver que me entregara —tío estimaba que eso era innecesario, por cuanto aquel disparo no fue el que causó la muerte de Sagerí—; segunda: conseguir que la viudita de ojos vivarachos me dijera quién había disparado los otros cuatro tiros, puesto que, según los testigos, no hubo intervalo apreciable entre ellos y el otro. Por tanto, yo colegía que la maniática desabotonadora tuvo necesariamente que ver al asesino furtivo. Según mi tío, el miedo iba a impedir que ella me dijera la verdad; pero yo confiaba en mis métodos. Al fin, opté por lanzar una moneda al aire. Cayó con la estrella hacia arriba, exclamé: «¡Gané!» y me fui al Náutico.

Toqué el timbre y esperé. Volví a tocar y volví a esperar... Después del quinto toque y de la correspondiente espera inútil, mi imaginación —que es portentosamente fecunda— me obligó a pensar en un cadáver de mujer bien formada y llena de pimienta o de algo peor, yacente, con la bata

desabotonada, cerca de Hemingway, Chandler y compañía... Intrigado, bordeé la casa, portal adelante y a la derecha, hasta la puerta de la biblioteca. Estaba cerrada; volteé la manija; se abrió. Al entrar, me enfrenté al silencio, un silencio macizo, deprimente. Salí al recibidor. Nadie. Recorrí el gran salón de fiestas y otras estancias de la planta baja. Sólo encontré impalpables premoniciones. El aire olía a hiena. De pronto, desde el pie de la monumental escalera, escuché sonidos apagados, lejanos... Me costó un buen esfuerzo de memoria identificar la **Marcha Fúnebre de Chopin**. No sé qué me hizo subir las escaleras sigilosamente, en puntillas. En lo alto, a derecha e izquierda, corría una ancha galería repleta de cuadros colgados. Reconocí a Picasso, a Renoir, a Goya, a Rembrandt, a Cezanne, a De Vinci... Sobre sendas columnas de pórfido, dos docenas de dioses de mármol en actitudes olímpicas. Junto a una de las columnatas, contrastaba un bidón de plástico, del que parecía emanar olor a bencina. Frente al desemboque de la escalera, fui atraído por una gigantesca puerta de ébano y bronce. De allí brotaba la lúgubre música. La abrí con mano torpe y penetré, paso a paso, en un aposento espacioso, limitado por espesas cortinas de tercianela de Tours, colgantes desde el techo, y lleno de una densa penumbra, sólo rota por cuatro grandes candelabros de plata en los que ardían, crepitantes y llorones, otros tantos cirios amarillos y luengos. Cada candelero se alzaba en una de las esquinas del tálamo —y no digo **tálamo** por usar un sinónimo inusual y culto de **cama**, sino porque, en verdad, aquel mueble, sofisticado con entalladuras de lapislázuli, incrustaciones de nácar, enchapes de platino, taraceos de granate y filigranas de hornablenda, era más que un simple lecho, al lado del cual, el ya admirado por mí, del padre Rossini, no pasaba de ser una humilde yacija, lo cual, dicho sea al paso, parece demostrar que dentro de la plutocracia existen diferencias sustanciales hasta en los artefactos para dormir, o para lo que sea.

Todavía en puntillas, me acerqué a tan soberbio campo de batallas lascivas. Sobre un cobertor de terciopelo negro, estaba tendida Hildita Lobo-Mena. No tenía la bata desabotonada. Simplemente, no vestía bata. Puedo decir que el enfrentamiento con cadáveres —y he encontrado más de uno durante la práctica del oficio— no suele provocarme sensación alguna. Siempre he sabido mirar a la muerte con serenidad, lo cual no significa que

yo sea un indiferente ex profeso. No obstante, confieso que el espectáculo de aquel joven cuerpo desnudo, supino, inmóvil, amarillecido, me produjo una desapacible conmoción.

Con la intención de llamar a Perea, me dirigí al teléfono que, adornado con moñas y cintas, se hallaba sobre una mesa chata y laqueada. Alcé el receptor. Cuando comprobaba que el alambre en espiral estaba cortado, cesó la música fúnebre. Súbito, ella se incorporó con los brazos en cruz sobre el pecho. La belleza activa de su rostro se había transformado en beldad inanimada. Sus ojos —sus enormes ojos de pupilas saltarinas— estaban inertes. De su descolorida boca brotó de repente el gorjear de una risa amortiguada que, pian piano, fue haciéndose más alta, más aguda, hasta alcanzar un grado estridente que sonaba a burlón e indecoroso. Irritado por lo que imaginaba una broma histriónica, me incliné para preguntarle:

—¿A qué juega usted? ¿A Blancanieves y el Príncipe o al Juicio Final?

No cesó de reír. Entonces, comprendí... Salí del sombrío aposento. En la escalera, ella me alcanzó. Tarareaba, con admirable cadencia, el tema de la **Novena sinfonía** de Beethoven. Traía un velo rojo entre las manos y comenzó a danzar en torno a mí, con los ojos ausentes en medio del rostro inexpresivo. En sus rítmicos movimientos no había incitación sexual, sino mística entrega a un rito sagrado. Así, llegamos a la puerta de la mansión. Cuando abrí, ella corrió hacia la escalera. La vi subir muy apresurada. Cerré la puerta.

Al arrancar el espantajo, escuché un grito largo, trágico, espeluznante... Un hombre que pasaba, se detuvo, espantado, y señaló hacia lo alto. Miré. De dos anchas ventanas salían llamas, largas lenguas de llamas amarillas. Corrí, corrí... Entré por la puerta de la biblioteca que daba al jardín. Detrás de mí venía un grupo de hombres. Uno de ellos comenzó a discar en el teléfono del recibidor. Le oí exclamar:

—¡El cordón está cortado!

Subimos escaleras arriba. La puerta de ébano y bronce estaba abierta. Dentro, bramaba el infierno. El bidón de plástico estaba volcado y abierto junto a un candelabro derribado. Los cirios que permanecían en pie semejaban antorchas primitivas. Las cortinas de tercianela parecían cascadas

ígneas. Anduve unos pasos y alcancé a verla tendida sobre el tálamo. Es decir, ya no era ella, sino un amasijo de carnes y huesos llameantes.

Y así fue cómo no pude aclarar las dos cosas que me había propuesto apenas una hora antes.

XXIX. Vía libre hacia el final

Jueves 11 de agosto de 1960. 10:25 p.m.

Amiel es mi amigo desde la infancia y la amistad corrió sin alterarse durante nuestra adolescencia y va con rumbo seguro hacia nuestra vejez. Creo que esa es una buena razón para justificar el orgullo que sentí al verlo en su modesta oficina, con su uniforme verde olivo y aquellas barritas de cobre sobre sus hombros. Mientras él revisaba unos papeles, recordé el día en que, perseguidos con saña por la bestial represión policíaca, nos vimos precisados a salir de la clandestinidad urbana para tomar el camino del fusil. Cuando terminó la revisión de los documentos, me dijo:

—Habla.

Me escuchó atentamente, en tanto alternaba sonrisas de comprensión con gestos manifestantes de asombro. Al terminar mi detallada narración de los hechos, dio un giro a su silla y hurgó en un archivo. Extrajo un abultado dossier y ojeó unos papeles. Después, disco el teléfono. Habló con alguien. Lo hizo en voz tan baja y con frases tan cortas y ambiguas que no entendí una sola palabra. Al fin, me dijo:

—Aunque no es usual, todo se hará como lo propone tu tío. No es por excepción, sino porque parece un buen medio de abreviar el asunto. Personalmente, confío en que las pruebas de que hablas estén donde dices.

—Donde dice mi tío que están —me apresuré a aclarar, aunque en seguida comprendí que había soltado una anfibología.

Amiel entendió mi verdadera intención, es decir, que yo dudaba aún, y me replicó con una lección de confianza en mi tío:

—¡Yo estoy seguro de que están! Y, sin duda, esas pruebas contribuirán a desenmascarar al culpable y a sus cómplices.

No me avergüenza declarar que fueron sus palabras —¡ojalá mi tío me perdona si llega a leer esto!— las que destruyeron mi duda. Amiel sonreía, acaso porque adivinaba mi arrepentimiento. Sin embargo, por dentro me andaba otra duda —advierto que, pese a la reincidencia, no soy un adicto incondicional de la incertidumbre— y dije:

—Amiel, ¿la discreción te permitirá decirme si ya ustedes han llegado a probar el otro asunto?

—Sí. El caso se complicó un poco al ocurrir los crímenes de Rossini y Estivil, porque eso nos obligaba a investigar la posible relación entre esos asesinatos y la otra cuestión, de la cual, unos días antes, habíamos atado los últimos cabos. Y debo decirte que los datos que me suministraste nos sirvieron para lograrlo.

—¡Oye, oye! —interrumpí—, ¿Colino y Perea trabajan contigo?

—Sí —dijo sonriendo—. En fin, ahora la teoría del tío viene, no sólo a probar dicha relación, sino a solucionar de una buena vez todo el problema —hizo una pausa para mirarme largamente con sus ojillos claros y perspicaces—. A propósito, hay un puesto para ti en el Ge-dos, que es sólo el germen de un departamento que se está organizando para defender la seguridad del Estado con base científica, técnica adecuada y personal especializado, el cual se apoyará en la imprescindible colaboración del pueblo. También hay un puesto para el tío en ese departamento.

—Por mi parte —dije, jubiloso—, acepto. Y estoy seguro de que él también aceptará.

Amiel volvió a sonreír y me dijo, no menos feliz:

—Eso esperamos. La jefatura sabe que ustedes, en el caso que nos ocupa, han probado tener experiencia y talento, lo cual, desde luego, yo sé desde siempre —hizo una pausa que me pareció meditativa—. Debo decirte ahora

—en su voz había una aleación de broma y regaño— que algunos de los métodos utilizados por ti no parecen ser los más aconsejables ahora.

Súbito, vino a mi mente otra escena de mi niñez: la de cierta ocasión en que tía Alberta me sorprendiera en el goloso hurgar con un dedito en una maravillosa fuente de natillas.

—Ese es mi viejo estilo, teniente —dije, sin estar seguro de si era una buena justificación—. Yo...

No sabía qué decir. En tanto. Amiel sonreía, sin duda porque sabía que yo no sabía que decir. Me salvó Damila, la misma Damila que cierta madrugada, después de una escaramuza cerca de Bayate, me vendó con inolvidable ternura la pierna herida por una bala batistiana. Traía café. Y un papel, que Amiel leyó, en tanto Damila llenaba las tazas. Mientras gustábamos la infusión, el teniente me tendió la cuartilla.

—Toma —dijo—. Es una fórmula que legalizará tu situación provisionalmente. El lunes te expediremos el nombramiento oficial.

Damila no pudo contener más la emoción y volcó sobre mi incontenible emoción, el abrazo fraternal más estrecho que he sentido en mi vida. Amiel, no menos emocionado, vino a fundirse con nosotros.

Cuando la linda combatiente salió, el teniente me entregó una nota.

—Este puede ser tu hombre —dijo—. Estoy de acuerdo con el tío: sería bueno que lo vieras...

Sonó el teléfono. Amiel tomó el auricular y habló durante un par de minutos.

—Era Colino —dijo al colgar—. Es curioso —meditó unos segundos—. Ese individuo parece tener la obsesión de hablar por teléfono. Dondequiera que esté, cada diez o quince minutos, hace una llamada. Según Colino, ahora el hombre parece contrariado porque, sin duda, no le responden desde el lugar a donde llama.

XXX. Tope con un servil

Jueves 11 de agosto de 1960. 12:40 p.m.

Pasé por la oficina de Cubana y luego dirigí el espantajo hasta el frente de una casucha en la calle Mercaderes. Toqué. Se abrió la puerta y dije:

—¿Es usted el señor Prudencio Pollares?

El hombrecillo —pequeño, mondo, esmirriado, edente y deshecho—, me miró por encima de las antiparras para observarme con molesto detenimiento. Pensé en que tendría que desinflarle la vanidad.

—Sí, señor —respondió, aparentemente satisfecho de su prolijo examen—. ¿En qué puedo servirle?

Le entregué mi tarjeta. La tomó, coló la mirada a través de los cristales, acercó la cartulina a los ojos, hizo un gesto notable de desdén y preguntó, como si mi pobre título pudiera contagiarle la viruela:

—¡Ah! ¿Es usted abogado?

—Sí, señor Pollares. Pero no vengo como profesional, sino en nombre de mi prometida, la señorita Enriqueta Estivil

Apenas tardó dos segundos en reblandecerse. Se dobló hacia adelante, tanto, que temí se desarticulara tres o cuatro vértebras.

—Pase, pase —dijo, derrochando amabilidad—. Siéntese.

Entré y tomé asiento en un sofá incómodo y deshilachado. La sala, pequeña y despintada, olía a miseria crónica.

—¿Y la señorita Enriqueta? Me imagino lo afligida que se sentirá. Ella era la predilecta de don Isauro, ¡que en gloria esté! Si le digo que yo la vi nacer... Con estos brazos la cargué cuando pequeña... En fin, usted dirá.

—Ella me ha dicho que usted trabaja desde hace muchos años en la «Importadora Estivil».

—¡Cuarenta años, doctor, cuarenta años! Desde que don Isauro comenzó el negocio. Entré en la Casa, de mozo de limpieza y recadero. Poco a poco, a medida que la firma crecía, mejoró mi posición, hasta llegar a ser hombre de confianza.

—Por eso he venido a verlo. Necesitaré su ayuda para revisar la contabilidad.

El hombrecito levantó las manos en un místico ademán de imprecación:

—¡Ay, hijo! —lamentó—. Los negocios no marchan bien ahora.

—Sin embargo, yo necesito hacer un balance general.

—Poco va a encontrar ya.

—¿Qué quiere decir?

Me miró como si creyese ver a un tipo con siete narices y once o doce orejas.

—¿No sabe usted —me dijo con son de maestro de primaria— que desde hace unos meses el señor Estivil, ¡que en gloria esté!, andaba en plan de liquidar los negocios? —suspiró, con aire compungido—. Esta política de ahora es muy nociva para el comercio libre señor. Ya empezaron a nacionalizar las grandes industrias. Usted comprenderá que...

—La señorita Estivil —atajé—, única heredera de los bienes de su padre, tiene conocimiento de todo eso.

Hizo un gesto de incredulidad mientras decía:

—¿Dice usted que ella lo sabe? —abrió los brazos y añadió—. Menos mal, menos mal.

Comprendí que era necesario cambiar de método y dije:

—Escuche, señor Pollares, no me sobra el tiempo.

Me clavó una mirada de morón mental al decirme:

—No lo comprendo.

—Yo me haré entender. Primero: necesito ver esos libros de contabilidad. Segundo: deseo que usted me adelante una idea de cómo marchan realmente

las finanzas de la Casa. ¿Me entendió ahora?

Fingió que seguía encaramado en la Luna.

—No, señor. Aunque me parece advertir en sus palabras una amenaza.

Me incliné hacia adelante para soltarle muy cerca de la oreja

—Yo sabía que usted me entendería.

Se echó hacia atrás en la butaquita desvencijada. Por su mirada, lanzada desde los ojos entrecerrados, comprendí que trataba de ponerse en guardia. No le permití que se tomara mucho tiempo para pensar.

—Señor Pollares —dije calmadamente—, tengo cien mil razones para creer que algo no ha funcionado bien. ¡Ahora estoy hablando yo! ¡Escúcheme! Estoy dispuesto a llevar este asunto hasta las últimas consecuencias. Por tanto, le ruego que no me haga perder mucho tiempo, así como que no se escude tras una fingida ignorancia. Usted me acaba de ratificar lo que todo el mundo dice, es decir, que es, o era, el hombre de confianza del señor Estivil, ¡que en gloria esté!, y si persiste en mantener una actitud hipócrita lo consideraré como un empleado desleal a los intereses de la señorita a quien usted cargó cuando niña y que ahora es la dueña absoluta de todo lo que dejó el difunto.

—Pero, señor, yo...

—¡Cállese, alimaña! —grité.

Cruzó las manos sobre el pecho. En alguna parte yo había visto una estampita en la que un san no sé qué asumía la misma postura de penitente.

—¿Por qué me ofende usted? —dijo, muy condolido.

—Lo que he hecho es halagarle, señor Pollares. Si acaso, las que pueden darse por ofendidas son las alimañas. Usted es peor que la zorra. La zorra medra, es cierto, pero lo hace para vivir, para disfrutar la vida, su vida de zorra inmutable. Usted ha medrado y no vive. Usted es una zorra artificial, una zorra de utilería. Mire el escenario a su alrededor —abarqué el ámbito de la sala con una mirada, que subrayé con un movimiento circular del brazo—. Esto es menos que una cueva de hurones. Presume usted de llevar cuarenta años al servicio de la Casa y exhibe eso como una medalla al mérito, pero a mí no me engaña. Me bastó una mirada para calarlo a usted, para voltearle la piel peluda de zorra falsa y verlo por dentro tal como es en realidad.

Como era de esperar, el hombrecito, a medida que escuchaba, fue haciéndose más y más diminuto en la pequeña butaca, que chirriaba en cada una de las fases del encogimiento. Intentó hablar, pero su garganta apenas pudo formar un ruidito indefinible. Tenía los ojillos fijos en los gastados mosaicos del piso. De pronto, con manos apresuradas y temblorosas, alzó las rodillas hasta el mentón. Vi en sus ojos que estaba a punto de enloquecer. Miré hacia donde él miraba: pasaba una cucaracha. En verdad, esos bichos siempre me han producido repugnancia. Sin embargo, me llené de valor y la aplasté sin contemplaciones y con una energía de la que nunca me creyera capaz. El estallido del bicho me revolvió el estómago, pero conseguí el efecto que deseaba: el hombrecito me miraba como si yo fuera Odiseo. O, quizás, Atila. Era un buen momento para ayudarlo a razonar. Dulcifiqué el tono:

—Comprenda, señor Pollares, por favor. Apelo a sus mejores sentimientos. Si he venido a verlo es porque esperaba de usted un poco de compasión para esa muchacha a quien vio nacer. ¿O es que usted no tiene en el fondo de su alma cristiana un pedacito de piedad?

Callé para darle tiempo a pensar. Se tomó algunos minutos... Uno; dos, cuatro, no sé. Yo estaba dispuesto a esperar un siglo, a pesar de que era jueves. Al fin, dijo, con exagerada, pero muy falsa humildad:

—Señor, yo sólo cumplía al pie de la letra las instrucciones de don Isauro.

—¿Solamente de don Isauro?

—Sí. Es decir...

—¡Hable!

El hombrecito dijo algo de lo que yo esperaba:

—Él tenía socios.

—¿Figuran esos socios en la razón social?

—No, no, señor.

—¿Por qué los llama socios?

—Porque, virtualmente, lo eran, doctor, lo eran.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace unos meses. Desde que las cosas empezaron a ponerse mal.

—Eso es una contradicción, Pollares. Si las cosas empezaron a ponerse mal, ¿por qué nuevos socios?

—Usted no puede comprender. Ya le he dicho que esta política comunista no es favorable a los negocios, a las inversiones. Los nuevos socios vinieron a favorecer una liquidación ventajosa.

—Ahora empiezo a comprender —dije—. Usted quiere decir que se está liquidando la «Casa Importadora Estivil» de manera clandestina. ¿No es así?

—Más o menos, señor.

Me volví a sentir impaciente y le soplé en la cara:

—No regrese a sus zorrerías, señor mío. Sé más de lo que usted imagina. Pero quiero ayudarlo. ¿Y sabe por qué? Porque usted no es más que una víctima, un pobre diablo.

Se replegó más en la butaca y dijo, con voz desfallecida:

—Claro, claro, señor. Tiene usted razón. No soy más que una víctima.

—Hablemos, pues... Le prometo que lo sacaré de este sucio lío. Dígame: ¿el señor Estivil y sus socios realizaban operaciones ilegales?

—Yo no las llamaría ilegales, doctor. Comprenda. Usted pasa toda su vida trabajando, luchando por ser alguien, para tener algo y, luego, de pronto, la política se lo derrumba todo...

—Señor Pollares, ¿no hay allí otra contradicción? ¿Usted ha visto la mansión de los Estivil? ¿Usted no la ha comparado con esta casucha? ¿Usted no trabajó tanto o más que el señor Estivil para ser alguien, para tener algo? ¿Y cuánto llegó a tener él? Y usted, ¿cuánto tiene?

—Es la suerte, señor, la suerte de cada cual.

—¡No es la suerte, estúpido! Es otra cosa que usted no entiende. Su cerebro está embotado, lleno de números, de cifras, de asientos, de facturas, de papeles de aduana... ¡Usted era el hombre de confianza, sí, señor! —me reí ante sus narices—. Usted era el asno de carga que llevaba los dobles libros de contabilidad. Acaso alguna vez se sentó a sorber buchitos de cerveza tibia en un cafetucho y sintió por dentro el minúsculo orgullo de trabajar en la «Importadora Estivil». Pero, en realidad, su pretendido orgullo no era más que servilismo. Fue en la adulación incondicional a un explotador donde usted encontró apoyo para mantenerse esclavizado durante cuarenta años. Su fidelidad canina le garantizaba la piltrafa cotidiana.

—Así es, señor —concedió hipócritamente.

—Por supuesto, no lo critico. Cada uno hace lo que desea o lo que le conviene. Usted es un infeliz que se conforma con poco. El señor Estivil era un tigre que quería más y más.

El hombrecito hizo una mueca de espanto al decir:

—¿Y usted es el hombre que va a casarse con la señorita Enriqueta?

Como lo esperaba por ese flanco, le asesté un duro golpe:

—Sí, pero no me confunda. Yo no soy como usted. Yo soy como Isauro Estivil. Por eso estoy aquí. Y le diré una cosa, en confianza: no quiero casarme con una carga pública. Conocí rica a la señorita Estivil y sólo la haré mi esposa si conserva su riqueza.

Era más sagaz de lo que yo supusiera, a juzgar por su inesperada salida:

—Comprendo, doctor, comprendo. Es por eso que usted apeló a mi piedad.

Le riposté con rapidez:

—Cuando se trata de negociar con zorras, todas las armas son válidas. ¿No le enseñó eso el señor Estivil? —le mostré un puño bien apretado—. Y sepa que tengo otras apelaciones más convincentes. En fin, vayamos al asunto: decíamos que la Casa se estaba liquidando a marcha forzada; pero es el caso que no hay mercancías en los almacenes y tampoco el dinero que hay en el banco cubre el importe de las mercancías que faltan. ¿Por qué? ¿Todo se esfumó en el aire?

—No sé. Eso no puedo saberlo.

—Yo sí. Las mercancías se vendieron, pero el dinero no ingresó en el banco. Es fácil.

—Eso es lo que quise decirle, doctor, que no sé dónde está el dinero. Eso era un asunto del señor Estivil. Él lo guardaba.

—Ahora nos entendemos mejor, señor Pollares. Otra cuestión: no creo que sea fácil vender en el país y al por mayor tanta mercancía en forma ilegal, por decirlo así, sin que las autoridades detecten el asunto. ¿No es cierto? —asintió con un gesto—. Bien. ¿Dónde está el secreto?

—No sé de qué me habla, señor.

Por su mirada, por su gesto, por todo él, comprendí que era el momento que tío había previsto. Me levanté al tiempo que daba un formidable puñetazo

sobre una mesita de pino que, por supuesto, se descalabró para siempre. El hombrecillo dio un salto y me miró con los ojos aterrorizados.

—¡Señor Pollares —exclamé—, no me impaciente! ¿A quién teme usted? ¿A los socios del difunto? ¡Pues sepa que yo no soy menos temible! ¡Y sepa también que estoy dispuesto a jugármelo todo! ¡Está usted entre un toro furioso y un abismo!

—Cálmese, por favor —musitó—. No grite usted.

Resoplé y volví a sentarme.

—Perdóneme —dije.

Prudencio Pollares pareció condolerse y me dijo:

—Comprendo cómo se siente usted, doctor, lo comprendo.

—Me alegro de que comprenda mi situación. Y ahora, dígame: hace poco tiempo se realizó una operación importante. ¿No es así?

—Sí, señor.

—¿Cuánto produjo esa operación?

—Doscientos cincuenta mil dólares

—Entonces, esa operación no se realizó en el territorio nacional. ¿No es cierto?

—Cierto.

—Y antes, se habían realizado otras.

—Sí, señor.

—Y se proyecta una próxima operación. ¿No es verdad?

—Sí, señor.

—¿Cuándo será?

—El próximo sábado, es decir, pasado mañana.

—Muy bien y muchas gracias, señor Pollares. Ahora sepa que estoy decidido a entrar en ese negocio; pero antes tengo que sacar del camino, de un modo u otro, a esos socios. No me gustan las malas compañías. Quiero negociar solo. A menos que usted quiera echar a un lado esa estúpida humildad y hacerse un poco ambicioso. Siempre hay tiempo para hacer fortuna.

Se le iluminaron los ojillos detrás de las antiparras. Volví a lanzarme por el camino de las especulaciones, aunque ya sentía que bajo mis pies el tremedal se hacía terreno firme:

—¿Cómo es la cosa? ¿Se sigue utilizando el crédito exterior de la Casa?

—Sí. La mercancía procedente de Europa se consigna a la Casa, pero la Casa no la recibe aquí.

—¿Y qué hace?

—La traslada a otro país.

—¿A Estados Unidos?

—Naturalmente, doctor.

—Lo suponía. Ahora, escuche: ando en la búsqueda de medio millón de dólares que, según mis cálculos, estaban en poder del difunto Estivil.

—Quizás sea un poco más de medio millón, doctor.

—Me gusta hablar en números redondos —dije—. Tengo otra cosa importante que decirle: sé que también los socios de Estivil buscan lo que yo busco. Como quiera que yo le he sido sincero, espero que usted me corresponda con su discreción. Otra actitud sería peligrosa.

—Comprendo, señor; pero es que yo... Ya ve como vivo... Necesito...

También yo esperaba eso. Me levanté y comencé a registrar la covacha. En distintos lugares y en diversos recipientes encontré un total de dos mil setecientos ochenta y dos pesos con setenta y siete centavos. En resumen aquel tipo servil había sacado, después de cuarenta años de esclavitud, poco más de cinco pesos mensuales.

Le entregué el dinero y el boleto de avión.

—Señor Pollares —dije, afectuoso—, he pensado en que su salud peligra. Le conviene cambiar de aire. Por eso le sugiero que salga de aquí inmediatamente. Tome un auto de alquiler. Vaya al Cerro, a una calle de poco tránsito. Convéznase de que nadie lo ha seguido. Tome otro auto y vaya al aeropuerto. Su avión sale dentro de dos horas. ¿Comprende?

—Sí, sí, señor.

—Y sea bueno, señor Pollares. No sea infeliz. Hágase una vida nueva, útil. Hasta la vista.

Salí de en medio de aquel olor a miseria voluntaria y me enfrenté al airecillo purificador de la calle. Eché a andar el espantajo. Nunca he podido recordar qué melodía silbé aquella tarde, pero estoy seguro de que era una melodía alegrísima.

XXXI. Choque con un bloque de concreto

Jueves 11 de agosto de 1960. 2:35 p.m.

Según Vladimir Perea, en dos lugares —un bar y una cafetería— los habían visto juntos. En otros dos —un night-club y un bar—, no recordaban haberlos visto. En un quinto lugar, el barman, que conocía muy bien a Braulio Fonts, declaró que este no había estado allí, ni solo ni acompañado. Es decir, la coartada del desnarizado tenía fallas. Sin embargo, no se pudo precisar con exactitud una hora determinada. Saguerí había sido balaceado, sin duda alguna, a las nueve de la noche del martes 9, pero ninguno de los testigos que declararon haber visto juntos a Braulio Fonts y a Germán Tous, el chofer reaccionario, recordaba la hora exacta, circunstancia demasiado frecuente en ese tipo de pesquisas, especialmente las realizadas en lugares públicos. Uno dijo que «era un poco tarde», otro que «más o menos a las nueve o las diez» y el tercero que «creía que después de las once», testimonio imposible de tomar en cuenta, por cuanto después de esa hora yo había visto a Fonts y a Angustias Vargas en el Palermo, aunque, tomando como válida la declaración, «después de las once» muy bien pudiera querer decir «antes de las once». Por otra parte, Antonio Piricuti aseguró que el detective privado llegó aquella noche al Palermo pocos minutos antes que la viuda de Estivil.

En resumen: habían soltado al desnarizado, pero detrás de él, como una sombra invisible, andaba desde entonces, con su olfato y su sagacidad de guerrillero serrano, Liorno Colino.

Cuando Perea se marchó, sentí la necesidad de reflexionar sobre el mejor modo de enfrentar la tarea que tío me había asignado para el día siguiente y decidí dar un paseo en mi espantajo. Fiel a un viejo hábito, eché una ojeada alrededor antes de subir. Una cuadra más allá, estaba aparcado un mercedes y, junto a él, algo parecido a un bloque macizo de concreto con un uniforme negro y una anacrónica gorra de plato. Lo reconocí y trepé al Chevrolet. El leal retrovisor me ofreció la imagen del tipo cuadrado subiendo apresurado al mercedes. Arranqué y puse en marcha el carro. El mercedes también se puso en camino. Dispuesto a divertirme, doblé por Línea en busca del Malecón. En la calzada de Infanta doble a la derecha, casi en dos ruedas. El trozo de concreto era un buen **driver**, a juzgar por lo bien que mantenía la distancia, pese a mis maniobras para situar otros carros entre el espantajo y el mercedes.

La calzada de Infanta desbordaba gente. En las paradas de ómnibus, gente impaciente. En los balcones, gente curiosa. Junto a Radio Progreso, Carmelina Banderas y Juan Carlos Romero firmaban autógrafos a media docena de adolescentes. En la esquina de San Lázaro, el popular ostionero atendía a tres borrachos tempraneros. Gente aquí y allá. Gente cómicamente furtiva filtrándose en la iglesia del Carmen y gente francamente alegre ante las carteleras del cine Infanta. Gente rauda y diligente en los portales de este y aquel comercio. Gente triste junto a la funeraria San José y gente sonriente en los soportales del Manzanares y Las Avenidas. Gente que, más que ver, yo intuía. Al pie del Brindis bar, dos rameras rezagadas reciprocaban secretos. En la escalinata de la Séptima estación, dos milicianos desarmaban un máuser. A la derecha, a la vera de la embotelladora Cañada Dry, un hombre y una mujer permutaban caricias obscenas mientras andaban con rumbo a la cercana posada. A la izquierda, en un banco del parque de la Normal, un muchacho y una muchacha intercambiaban besos sigilosos mientras fingían leer un libro.

Entretanto, el cerebro no parecía servirme para deducir qué se proponía el tipo del mercedes. Al fin, de una neurona milagrosamente inestrenada, saqué un par de conclusiones: o el hombre llevaba consigo, con fines evidentemente

perversos, una potente bazooka, o andaba en busca de un lugar donde abordarme para conversar sin testigos. En este punto de mis reflexiones, recordé que yo solía visitar, precisamente los jueves por la tarde, a un primo de Enriqueta Estivil —yudoka con cinta negra, como yo—, que vivía en una pequeña finca más allá de Calabazar, lo cual era algo muy conocido en la mansión Estivil. En la esquina de Tejas aceleré al ver la luz amarilla en el semáforo. El hombre quedó atrapado por la luz roja mientras yo bajaba a toda velocidad por la calzada de 10 de Octubre. Todavía me duraba la risa cuando doblé a la derecha en Alejandro Ramírez y aparqué a pocos metros de la esquina. Un par de minutos después, el mercedes, con don Concreto desorientado a bordo, cruzaba raudo con rumbo al Puente de Agua Dulce.

Violé no sé qué artículo del reglamento de tránsito al dar marcha atrás para regresar a 10 de Octubre con el objetivo de cambiar mi posición de perseguido por la de perseguidor. Lo divisé cerca de la esquina de Toyo. Estaba parado junto al mercedes, con la enorme gorra en una mano, en tanto con la otra se rascaba la cabezota de concreto. Él también había violado el reglamento al parquear en aquella vía. Yo reincidí y detuve el espantajo veinte metros detrás. Bajé del carro y me filtré por entre la gente que discurría por los portales hasta situarme ante sus anchas y macizas espaldas. Se las pinché un par de veces con el índice y le dije, casi al oído:

—¿Tiene algún recado para mí?

Se volvió, reacomodó con el antebrazo algo que llevaba en la cintura, debajo de la chaqueta negra, se caló la gorra y me echó por encima una ojeada de asombro. Como no parecía decidido a responderme, volví a cargar:

—¿O es que tiene que cumplir una misión y le falta valor para hacerlo?

Mientras el tipo hacía esfuerzos por tragarse el impedimento que tenía en la garganta, verifiqué que el símil del bloque de concreto se ajustaba perfectamente a su físico. En verdad, era un sólido de cinco pies de alto, por tres de ancho y dos de profundidad, sobre el cual estaba encajada hasta la mitad una cabeza cúbica, en cuya cara anterior se veía un mentón cuadrado, una boca de labios anchos y gruesos, una nariz respingona, unas orejas inmensas, unos ojos pequeños y fríos, unas cejas tupidas y un solo dedo de frente. Al fin, echó esófago abajo el impedimento y me dijo, con un reflejo de ira en los ojos:

—Quiero hablar con usted.

—¿Y por qué perseguirme para eso?

Coincidió con mi deducción al decir:

—No lo perseguía. Creí que iba usted a Calabazar, a casa de Totico.

—¡Ah, vamos! —repliqué—. Se trataba de entablar un diálogo en un ambiente bucólico. ¿Tanto le molesta el smog?

Hizo un rictus desagradable al decir:

—Debo advertirle que no estoy para bromas.

Imité su mueca al ripostar:

—¿Es lo único que tiene que advertirme?

Sin duda, el individuo había visto muchas películas de gánsters, pero no sabía cómo imitar bien a Edward G. Robinson.

—Quizás no —se atrevió a decir con gesto desafiante y con la boca torcida, mientras su mirada se hizo más airada.

Recordé que tío suele insistir en que la condescendencia sirve para suavizar las relaciones humanas. Por eso sonreí y dije a don Concreto, con son conciliador:

—Si es así, será mejor que sus posibles advertencias me las haga delante de un vaso de cerveza. Venga.

Entramos en Los Isleños y nos sentamos ante una de las mugrientas mesas del comedor.

—Dos cervezas —dije al dependiente.

El hombre las trajo e hice espumar la mía en el tosco vaso. Sorbí un trago y la paladeé antes de decir:

—En fin, amigo Tous, usted dirá...

No respondió. Volvió a mirarme con sarcasmo a lo Paul Muni, llenó su vaso y echó gatzate abajo la cerveza sin perder tiempo en respirar.

No sé si he dicho que una de las grandes virtudes que he adquirido a lo largo de mi experiencia en estos asuntos es la de la paciencia, una paciencia que, en ocasiones, tiene el defecto de parecer ilimitada. Soporté, pues, que el trozo de concreto rellenara el vaso, lo trasegara lentamente y se volviera para decir al mozo:

—¡Dos cervezas más!

Y aún esperé que el hombre las trajese y que el tipo volviera a servirse. Aguardé también a que se espantara un par de moscas adictas al concreto, a que se repantigara en el taburete y a que volviera a reacomodar, ahora con una mano, lo que cargaba en la cintura. Mi paciencia, claro, estaba a punto de hacer ¡plof! Como diez me parecían demasiado, conté mentalmente sólo hasta seis y cuando él intentó agarrar su vaso, me le adelanté, lo tomé yo y lo coloqué en una esquina neutral de la mesa. Estiró la mano y le di un papirotazo en el dorso.

—Recuerde —le dije— que no se debe manejar beodo. Y ahora, dígame: ¿quién lo envía: su ex jefe Francisco Franco o su actual ama?

Trató de sonreír, pero sólo consiguió mostrarme un colmillo largo, mellado y ocre. Volvió a pecar de osado:

—¿De qué presume usted? —me dijo.

Acepté el reto. Me eché hacia adelante y le dije, casi a narices tocantes:

—Presumo de ser capaz de romperle los dientes.

Por el gesto de medroso asombro que puso al inclinarse hacia atrás, comprendí que por su mente pasó el relampagueante deseo de encontrarse a mil millas de Los Isleños. Sin embargo, reaccionó. En su cara, el miedo fugaz cedió el lugar a un gesto conciliatorio:

—Escuche —dijo—: le traigo una proposición.

—¿De parte de quién?

Hendió dos dedos en el bolsillo de la chaqueta para extraer un papel gris, doblado en dos. Al mismo tiempo, vi caer al suelo un pequeño pedazo de cartulina verde.

No sé qué opinarán mis colegas, pero yo creo que el peligro peor que se corre en esta profesión —cuando se la practica honestamente—, es el de vomitar las entrañas de puro asco cuando alguien supone que uno no pasa de ser una mercancía siempre en espera de un buen postor. Esto lo digo para justificar por qué, en aquella ocasión, hube de hacer un violento esfuerzo para reprimir la comezón física de arrojar las vísceras por la boca cuando verifiqué que el papel gris era un cheque: un cheque por diez mil dólares, extendido al portador y pasadero en Nueva York por «The Chase Manhattan Bank». Un dedo del tipo tapaba la firma.

Pasado el breve mal momento, sonreí con amargura, me di un golpecito en la frente y exclamé:

—¡Ah, vamos! ¿Y quién ha pensado en donar todo ese dinero para comprar armas y aviones?

El hombre expelió un bramido.

—¡Basta de burlas, señor mío! —chilló, aunque con sordina.

Dejé que alcanzara su vaso y apurara el contenido. No sé si fue porque lo refrescó la cerveza o porque se aconsejó a sí mismo mientras la bebía, pero es el caso que don Concreto me dijo, amigablemente:

—Doctor, piénselo. Usted quiere marcharse a los Estados Unidos. Estos dólares le vendrían muy bien para comenzar allá una nueva vida.

Fingí pensar en eso. Al cabo, dije, también amigable:

—¿Y quién me los obsequia? ¿Será la señora viuda de Estivil?

—No.

Era un no inesperado. Medité unos segundos, esta vez de veras, y me aventuré a decir:

—¿No? Entonces, ¿doña Lota tiene cuenta corriente en Nueva York?

El ex requeté hizo un mohín de disgusto y colocó el cheque sobre la mesa, ante mis ojos. No pude disimular el asombro al ver que el papel gris estaba firmado por Petra Donoso. Deduje que Germán Tous, amante número no sé cuál de la viuda de Estivil, era un amante más de la viuda de Rossini.

—¡Vaya, vaya! —dije—. ¿Y qué pide esa señora a cambio de su magnificencia?

A pesar de mi tono zumbón, don Concreto respondió con grave aire de inductor:

—Ella sólo quiere que usted guarde silencio.

—¡Caro silencio! —comenté.

Tomé el cheque y volví a llenar el vaso. El hombrazo me observaba con ojos brillosos y gesto expectante.

—¿Acepta usted? —preguntó, anhelante.

No respondí. Apuré la cerveza y me desabotoné el saco. Me agradó el gesto de sorpresa que descompuso los duros músculos de su cara al ojear la colt 45 en mi cintura. Lentamente, rasgué el cheque una vez, diez veces, cien veces... Los ojos del hombre se llenaron de espanto. Vertí los diminutos

pedacitos de papel en su vaso de cerveza. El tipejo tardó unos segundos en reaccionar. Pero cuando su impavidez dio paso a la ira, ya yo estaba preparado. Rápidamente, llevó una mano a la cintura. Con no menos rapidez, alcé su vaso con una mano y con la otra volteé la mesa contra él. Al verle perder el equilibrio, aproveché para colocar el vaso con los fragmentos de cheque en la mesa de al lado. Pese a su corpulencia, era ágil. Se levantó, ¡colt treinta y ocho en mano! Pensé en tío, en Amiel, en los cambios sociales, en los métodos, pero no encontré nada que aconsejara dejarse matar por un hijo de puta. Le lancé una patada y el revólver saltó de sus dedos. Me sobró la mitad de la potencia de un **hook** para hacerlo caer otra vez. Su cabezota se enredó entre las patas de un taburete. Me abalancé para ayudarlo a alzarse. Ya de pie, dio un paso atrás y despachó un puño con rumbo a mis narices. Lo esquivé. Y volví a golpearlo, esta vez con el filo de la mano, en la carótida. Trastabilló un poco de acá para allá, enloquecido, y, cuando atinó a verme, me embistió con la furia de cien toros. Lo esperé a pie firme, aferré sus hombros y alcé una rodilla. Cayó hacia atrás, con los brazos extendidos. La nariz parecía una albóndiga y la boca semejava un surtidor de rabia ocre. Ante una docena de ocasionales admiradores, tomé el vaso de cerveza en el que flotaban los trocitos de papel gris. Me agaché para hacerle tragar la mezcla, auxiliado por mis dedos.

—¡Traga, cabrón! —le dije una y otra vez.

Cuando hubo apurado el original coctel, recogí el revólver y también, sin saber por qué, al pequeño pedazo de cartulina verde. Guardé ambas cosas, puse un par de billetes sobre una mesa, abotoné el saco, me peiné con los dedos y salí por entre dos filas de espectadores boquiabiertos.

Le hice el cuento. Cuando llegué al episodio de la lucha, hizo un ruidito desaprobatorio con los labios y le dije, con una mano en alto, palma adelante:

—¡Juro que fue en defensa propia!

Se rió. Al terminar el relato, le mostré el revólver

—Aquí tiene —le dije—. ¿Quiere apostar a que con este sí mataron a Sagnerí?

—Nunca apuesto —replicó—. Pero —añadió en son de reto—, ¿no le preguntaste a ese estúpido por qué tenía **él** este revólver?

Al oírle subrayar el **él**, di un saltito y le pregunté, intrigado:

—¿Usted está pensando en que Germán Tous no es el asesino de Saguerí?

Puso cara de esfinge, alzó la mano, imitando mi ademán de antes, y dijo:

—¡Juro que yo no lo vi disparar!

—¡Oiga, tío —riposté—, no finja más! Ahora he comprendido que usted se ha propuesto acabar con mis neuronas.

—¿Qué neuronas? —dijo, riendo.

Yo iba a sonreír, pero recordé algo.

—¿Ha olvidado —le dije, desafiante— que la noche que mataron al médico, en la reunión programada del portal de los Estivil no estaban ni ese chofer ni Petra Donoso?

—Tampoco —ripostó— estaba yo, ni tu tía Alberta, ni Tila, ni nuestro vecino Pichardo ¿Vas a acusarnos de asesinato sólo por eso?

Me dejé caer en la butaca listada y tomé un ejemplar de **Bohemia**. Me disponía a buscar la página del crucigrama cuando me dijo:

—¿Quieres dejarme ver ese pedazo de cartulina verde?

Al mostrárselo, vi que era una de las partes que suelen devolvernos los porteros de cine después de rasgar los boletos de entrada que les entregamos. Estaba foliado. Además, yo sabía que, usualmente, los tickets de cine tenían un color distinto cada día de la semana. Por tanto, el número A11756 y el color verde eran excelentes indicios.

—Tío —dije, entre contento y zumbón—, ¿me permite **intuir** que ese trozo de cartón muy bien pudiera destruir la coartada de Fonts?

—¡Autorizada la **intuición**! —replicó alegremente—. Sin embargo —agregó—, aparte de que la tal coartada era una idiotez, la engorrosa investigación de esos datos va a robarte un tiempo que necesitas para otras cosas. Comunícate con Amiel. Seguramente él dispone de algunos hombres para acelerar esas pesquisas.

— ¿Por qué dice que la coartada era una idiotez?

—En primer lugar, porque la verificación que se hizo planteó dudas, y las dudas no son pruebas. En segundo lugar, todavía no se ha inventado el modo

de disparar un revólver en un sitio y estar, al mismo tiempo, bebiendo cerveza en otro lugar.

—Por ese camino —dije, presuntuoso—, regresamos a lo que yo había pensado y que usted no quiso admitir: Fonts asesinó a Saguierí. ¿No es así?

—Sí. Pero nunca dije que él no lo hiciera.

—Tampoco dijo que lo había hecho.

—En tanto no haya pruebas, no puede existir el delito, muchacho —sentenció.

Asimilé la mordacidad y repliqué:

—¿Qué pruebas tiene ahora?

—Las mismas que tú, de no andar siempre por las ramas, pudieras tener, aunque hay que confirmarlas: los teléfonos arrancados y descolgados de la Lobo-Mena; y las reiteradas llamadas que hacía Fonts.

Me di en la frente el porrazo más fuerte de los correspondientes al caso y exclamé:

—¡Él la amenazaba! ¡Y eso la volvió loca!

—No hay duda de que la amenazaba. Pero, ¿enloqueció solamente por eso? —dijo, sonriendo con sorna.

—¡Oiga, oiga! —exclamé—. ¡No acepto que me culpe por... por haberla desdeñado!

Era una trampa y yo había caído en ella. Lo comprendí cuando dijo, con más sorna aún:

—No seas vanidoso, muchacho. El más desconsiderado de tus desdenes, no es capaz de enloquecer a una prostituta de tal categoría.

—¡Ya caigo! Usted cree que otra persona la menospreció.

Me obsequió una de sus sonrisas más temidas por mí: la sonrisa-acertijo. Mientras se volvía hacia el tablero para colocar las fichas, preguntó, como si hablara consigo mismo:

—¿Dónde vive la señora de Forniéres?

Agarré en el aire la insinuación y salí con ella debajo del brazo.

XXXII. Una hetaira incorregible

Jueves 11 de agosto de 1969. 5:39 p.m.

Llegué, aparqué y rechacé con un ademán irritado al tipo joven, robusto y confianzudo que se ofreció para limpiar el espantajo. Entré en el lujoso lobby del edificio de apartamentos con vista al mar. Era de esos que llaman — ¡llamaban!— de propiedad horizontal y que, cuando aquello de la sociedad de consumo, sólo estaban al alcance de gente con más de cinco cifras en el banco. Entré en el regio ascensor, pulsé el dorado botón del piso doce y experimenté esa molesta sensación de cosquilleo que me acomete siempre en esos artefactos. Arriba, la puerta se abrió, silenciosa y mágica, delante de mí y, mágica y silenciosa, se cerró a mis espaldas. Anduve diez o doce metros por entre mármoles de seis colores. Había timbre, pero estaba tan doradito, tan pulido y brillante, que preferí dar tres toques delicados en la puerta.

Me abrió ella. Detrás, al fondo del colosal salón, un ventanal inmenso que miraba al mar y por el que entraba la tarde a raudales, lo que producía en ella —¡y de qué modo!— ese efecto que los fotógrafos llaman contraluz. Desde luego, no me asombre. Días antes yo había visto aquel cuerpo al natural, sin aquella **robe de chambre** tenue, vaporosa, sutil, casi imponderable. Me tomó por el brazo y me hizo entrar, al tiempo que con un hábil taconazo cerraba la puerta.

—Queridito mío —musitó al colgarse de mi cuello.

La aparté sin brusquedad y me dejé caer en un sofá que parecía estar relleno de nimbos. Eché un vistazo discreto a mi alrededor, pero ella era muy observadora.

—No hay nadie —dijo, muy sonriente—. Él está en Santiago de Cuba.

Mi tío dice a menudo que yo no voy a morir del corazón. Y tiene que ser cierto, porque si no, ningún momento mejor que aquel para que se paralizara mi órgano cordial. De todos modos, no pude evitar el imaginarme a Prudencio Pollares tirado en una callejuela santiaguera y con un puñal de ataujía clavado en el pecho. Agoté el último ápice de aplomo y pregunté:

—Entonces, ¿se suspendió el viaje del sábado?

—No, no... Vamos a tener mucho tiempo disponible, vidita.

Me urgía salir de la duda. Por eso insistí en el tema:

—Pero si él no va a poder ir en ese viaje...

—¿Qué quieres decir? —preguntó, como si replicara a una ambigüedad.

—¿No dices que él está en Santiago? —persistí.

Sonrió, acaso aliviada con mi idiotez, y dijo, cariñosa y profesoral:

—Escucha, tenorio del demonio: estamos en el siglo veinte. Eso que ves ahí enfrente no es el Guadalquivir, sino el mar. Ya la gente de las ciudades no se mueve en quitrines, sino en unos aparatos llamados automóviles. Tampoco existen las diligencias, porque se inventaron unos artificios denominados aviones. En resumen —sonrió largamente—: mi marido está en Santiago de Cuba, pero mañana estará en La Habana.

Reconozco que en su réplica había algo de humor, pero no sonreí, porque la duda persistía. Ensayé por otro camino.

—Ya sé —dije al machacar la palma de una mano con el puño de la otra—: el personaje misterioso que quiere viajar solo es de por allá.

Me mostró sus seductores dientes. Desde detrás de ellos brotó el familiar ruidillo de los cascabeles.

—¿Él te dijo eso?

—Sí. ¿He sido indiscreto? En verdad, tu marido es muy amable. Me ofreció esta casa para ocultarme. Me prometió que tú me tratarías bien. Y, ya en ese camino, me confió que no podía llevarme en el viaje del sábado porque un gran personaje, o algo parecido, deseaba viajar de incógnito.

—En verdad, no sé nada de tal personaje, como tampoco conozco el motivo de ese viaje misterioso. Por otra parte, él sólo fue a Santiago a buscar una pieza que necesita para el motor del yate. ¿Es lo que querías saber?

Se sentó a mi lado. Aunque volví a pensar en la broma-regaño de Amiel, lo cierto es que ya **aquello** había comenzado y no tenía más remedio que el de besarla. Cuando salió del encuentro oscular parecía una corderita inofensiva. Estaba laxa, blanda. Sus ojos refulgían más que el ventanal. Me acarició el cabello, de delante hacia atrás, y se detuvo en la nuca. Me imagino que ella creía haber encontrado en la parte posterior de mi cuello algo así como un talón de Aquiles. Sé que, anatómicamente, eso es un absurdo, pero ella, además de ser una hembra absurda, no entendía una palabra de anatomía. La dejé que me sobara la nuca un ratito, porque eso me daba ocasión para entrecerrar los ojos y meditar. Al cabo de no sé cuánto tiempo, dije:

—¿No has perdido nada?

Aflojó su dardo de París y me preguntó, con tono infantil:

—¿Yo?

Miré alrededor, como si buscara a una tercera persona y pregunté, con fingido recelo:

—¿No dijiste que estábamos solos?

Quedó muda durante unos segundos. Al cabo de ellos, dijo, admirativamente:

—Eres muy ágil. Hay que estar acechando siempre la intención de tus palabras.

—¿De veras no has perdido nada?

Se enserió. Estaba pensando. Hasta se tocó las perlas de los pendientes y miró su sortija de esmeraldas. Frunció los labios, movió la cabeza y dijo:

—No. Que yo recuerde, no... ¿Tú crees que yo he perdido algo, querido?

—Un pañuelito de seda azul.

—Te digo que no recuerdo. Pero, ¿a qué viene todo ese rodeo? —estaba enfurruñada y, con un movimiento casi violento, colocó las nalgas sobre una pierna—. Escucha: creo que tienes más de una razón para estar seguro de que no te juego con cartas escondidas. Sé que hablaste con mi marido. Y quiero que sepas algo que no le he dicho a nadie: ese hombre, más que mi marido, es

mi asociado. Tenemos un convenio, pero es más comercial que pasional. Este muñeco de porcelana, es una propiedad confín, al cincuenta por ciento. Esta casa también. Todo. Me conviene estar con él y a él le interesa andar conmigo. Aunque se le ocurriera cambiarme por otra, él no lo haría. Yo tampoco lo cambiaría a él. En nuestro mundo, en mi mundo, cuesta mucho trabajo y mucho tiempo formar una pareja que produzca buenos dividendos. Me gusta esta vida y a él también le satisface. Yo le hago falta a él y él me hace falta para mantener este lujo, esta comodidad —cambió las nalgas de una pierna para la otra—, este placer de no hacer nada, de no preocuparse por nada. Si ahora me ofrecieses matrimonio, te convencería de que no es necesario, de que el amor es una aburrida virtud doméstica, de que es mejor, para ti y para mí, no oficializar un sentimiento que creo recíproco. Incluso te concedo el derecho de que, cuando lo desees, vuelvas las espaldas y no regreses. No esperes que te diga que voy a sufrir o a lanzarme por ese ventanal si me abandonas. Sin aspirar a que me lo creas, debo decirte que te amo muchísimo. Sin embargo, amo a la vida más que a ti, más que a todo. Nunca lo olvides, pase lo que pase. Te digo todo esto para que comprendas que entre Charles Forniéres y yo no existen secretos, es decir, no existían hasta que te conocí. Este negocio exige un mínimo de lealtad, un ilimitado sentido de la sinceridad, porque, de otra manera, todo puede irse al diablo en un instante. Tú no tienes la culpa de haberte cruzado en mi camino. Ni yo. Ni él. Nos cruzamos y nada más. No soy fatalista, pero a veces creo en que la casualidad toma parte activa en el juego de la vida. Desde que te vi, estoy quejándome de la casualidad que nos puso frente a frente. Ahora mismo quisiera que no estuvieras aquí —hice un esfuerzo para acomodarme, pero ella lo interpretó a su manera—. ¡No te vayas! ¡Escúchame —plañó—, por favor! Llegaste, te acepto. Te alejas, me resigno —hizo una pausa para tomar aire—. Ahora es necesario decirte que, por ti y por primera vez, le he mentado a él. Cuando, por necesidades del negocio, tengo que fingir amor a un comerciante o a un sacerdote, él lo sabe. Como yo sé cuando él se mete con premeditación en brazos de otra, llámese Angustias Vargas, o Petra Donoso, o Hildita Lobo-Mena, quien pagaba muy bien las lecciones de lascivia.

Abrió otra pausa y aproveché para entrar en el tema que tío insinuara.
—¿La Lobo-Mena —pregunté— tenía prisa por salir del país?

—Sí —pareció reflexionar—. Desde que... desde que murió su marido estaba como enloquecida. Su obsesión era salir, huir... He llegado a pensar en que ella pudo haber asesinado a Saguerí. ¿Qué crees tú?

En un segundo decidí que nada se perdía con decirle parte de la verdad.

—Se sabe que ella disparó contra él —dije, y, en seguida, me aparté de ese camino—. En fin, parece que Saguerí quería dejarla atrás. ¿Y Forniéres? ¿Tampoco quería llevarla?

Me apretó fuertemente los bíceps y dijo, muy orgullosa de mí:

—Eres maravillosamente perspicaz. No. Charles no quería llevarla. Hildita Lobo-Mena, en lo sexual, era una ofuscada, una poseída. Perseguía a Forniéres. Lo celaba, le reñía... Hace apenas una semana llegó hasta el punto de abofetearlo en un lugar público. Eso es perjudicial, porque relaja los principios de discreción y... e ilicitud en que se basa nuestro negocio. ¿Por qué sonríes de ese modo? La prudencia y la clandestinidad son elementos imprescindibles en el juego. No se puede andar por el mundo con un tatuaje en la frente que diga: «Yo soy una puta sin remedio» o «Yo soy un chulo empedernido». Bien sé que a una persona rigurosamente moral, todo eso le parecerá escandaloso. Y quizás lo sea. Sin embargo, las personas estrictamente morales no pueden ir a París a comprar este trapo o esa alfombra, ni a Londres, para satisfacer la dulce vanidad de tener colgado en la sala un Gainsborough. Te repito: me complace ser como soy y me satisface mi modo de vivir. Por eso he cumplido siempre las reglas del juego, con una sola excepción, él no sabe lo que ocurrió aquella tarde inolvidable, ni sabe una sola palabra de lo que me confiaste. ¿Y sabes por qué lo hice? Porque te amo y no quería que te ocurriese nada desagradable.

Calló. Tenía los ojos húmedos. Acaso merecía que la besara, pero no quería besarla. Sólo le pregunté:

—¿Estás segura de que él no te ha mentado nunca?

—¿Estoy acaso segura de que tú me quieres? —replicó—. No. No es eso lo que quise decir. En esta vida, en mi vida, no es imprescindible tener seguridad absoluta en la lealtad, sino, simplemente, creer que tal lealtad existe. Cuando falta la confianza en eso, todo se derrumba. No. Sé que nunca, y de nada se puede estar segura, plenamente segura. Pero tampoco una se

puede permitir el lujo de la suspicacia, de la duda. Y, a propósito ¿crees que él me ha mentado alguna vez?

—No —mentí.

Y mentí pese a que yo estaba seguro de que él no le había dicho que tenía aquella revista, porque esperaba que fuera la clave para encontrar un tesoro escondido que él aspiraba a disfrutar solo y lejos de ella. También estaba seguro de que Forniéres le había ocultado el verdadero motivo de los misteriosos viajes especiales, indudablemente —y por la misma egoísta razón anterior— para que ella no conociera las pingües utilidades que producían.

—No —repetí—. Ni presumo que él te haya mentado, ni sé de fijo si lo ha hecho. Tenía una duda, pero tu explicación me ha satisfecho. Tienes razón, Angélica. En ciertas circunstancias es necesario creer en que existe la lealtad. Uno tiene que confiar, que no dudar...

No creo que su inteligencia fuese capaz de advertir que yo le había mentado. En rigor, detrás de aquella maraña de audaces concepciones, de tremendas ideas nacidas al calor de la ambición de vivir, de disfrutar la vida, estaba una mujer simple y elemental, pero sincera a su modo. Quizás alguien, al enfrentarse a esta historia, me reproche que no hice el menor esfuerzo por redimir a Angélica de Forniéres. Ese alguien —lo doy por descontado— tendría que ser un cura pío de aldea pobre o un morón mental. Intentar la redención de una mujer como aquella sería algo peor que echarse al mar para cazar una ballena con las manos. Lo comprendí cuando me dijo que amaba a la vida como a ninguna otra cosa, y conste que no me incluyo en el prorrato de sus cosas adorables. Pero pregunto, como me pregunté aquella tarde: «¿Hasta cuándo amar la vida? ¿Durante cuánto tiempo amarla de esa manera feroz?» La coonestación salta a la vista: por vivir, arriesgar la vida. Por un bibelot de porcelana, la cárcel. Por una copia de Gainsborough —porque era una Copia—, correr el peligro de que todo se vaya al infierno en un segundo. Sí, vivir, vivir. Pero también arriesgar a sabiendas que se arriesga y qué se arriesga. Es como jugar a la ruleta, como echar el resto sobre una presunta buena mano de póker. Y jugar es un vicio. Señor cura, o señor morón: ¿no cree usted que ella estaba demasiado enredada en los riesgos, demasiado corrompida con su juego? ¿Cómo, pues, intentar su redención? No. Odio al ridículo. No me gustaría contar ahora que le tomé las manos, que deposité un

beso casto en su mejilla, que la sermoneé franciscanamente para que tomase el buen camino y que ella, sarcástica, me echó ante las narices su risa cascabelera.

Evidentemente satisfecha, se levantó, atravesó el salón infinito, entró por una puerta bordeada en bronce, hizo un poco de ruido con cristales y regresó con una bandeja cargada de aperos para beber. Con manos litúrgicas comenzó la ceremoniosa preparación de un gin fizz.

—Es una invención mía —dijo durante el ritual—. Lo llamo Topacio fulgurante.

—¿Por brillante o por incisivo?

Los cascabeles retintieron al responder:

—Por ambas cualidades.

Servida la mezcla, alzó su copa y dijo:

—¿Por qué brindamos?

—Porque no te ocurra nada desagradable —dije con sinceridad.

—Gracias, mi amor —musitó.

Bebimos. Ella, mirándome por encima del filo de la copa, me dijo:

—¿Decías que yo había perdido un pañuelo azul?

Saqué de un bolsillo la llave anudada al trapito.

—¿Era eso? —dijo riendo.

—La encontré en el auto de Molínez.

—No es mía.

—¿De quién es?

—De alguien que la dejó olvidada en mi cama.

—¿Quién?

—No sé.

Le clavé una mirada escrutadora y le dije:

—¿Estoy obligado a creerte? Después de que él se marchó tuviste que estirar el cubrecama.

Los cascabeles echaron a tañer escandalosamente.

—¡Ojalá eso fuera un síntoma de celos, querido! —me acarició la barbilla antes de agregar—: ¿Yo te he dicho que se trataba de un hombre, de un hombre que se había acostado conmigo?

Yo sabía que no me lo había dicho. Fingí turbación y ella manifestó alegría infantil ante mi premeditado lapsus.

—Aquel día —explicó— era mi cumpleaños. Además, habíamos regresado a nuestra casa, ya remozada...

La interrumpí para preguntarle, aunque yo sabía la respuesta:

—¿Qué día?

—¡Santo Dios! —clamó—. ¡Pero si esto es un interrogatorio formal! En fin, fue el lunes, después de... de que nos vimos, querido. ¿Es que te has olvidado del lunes, de nuestro lunes? ¿No recuerdas que te invité a la fiesta que organizó Charles?

—Sí, sí —cedí, aunque sin bajar el tono de falso enfado—. ¿Quiénes vinieron a esa fiesta?

—Algunas personas que tú conoces: el nene Pedro Isaurito; Angustias Vargas, la viudota alegre; Anselmo Estivil, nada menos que acompañado de doña Lola, que se emborrachó hasta orinarse; Argelio Molínez; Chepa y el cocinero chino de los Estivil. ¡Ah! y Germán, el chofer, que llegó con Petra Donoso. Por cierto, eso provocó un raptó de celos en la doña Angustias. También vino gente que tú no conoces: el matrimonio del piso de abajo, un par de jovencitas que Charles encontró en la calle y dos amigas que yo invité. Cualquiera de ellos pudo haber dejado esa llave sobre mi cama. Ya sabes cómo son esas fiestas: todo el mundo moviéndose por toda la casa, sentándose y acostándose dondequiera.

—¿Cómo pudo ir a parar esa llave al auto de Molínez?

—Eso me estoy preguntando. Al terminar la fiesta, la vi sobre la cama. Tenía puesto el vestido rojo. ¿Lo recuerdas? Y metí el pañuelito y la llave en el bolsillito. ¡Espera, querido! Luego fuimos al bar de Chepa en el carro de Molínez para reponer el alcohol que habíamos gastado. ¿No crees posible que se escapara entonces de mi vestido?

—¿En qué asiento ibas?

—En el delantero, junto a mi marido. Molínez estaba demasiado borracho y Charles conducía el carro.

La explicación parecía satisfactoria.

—¿Nadie te la ha reclamado?

—No, querido. ¿Es tan importante esa llavecita?

La pregunta era difícil, pero tenía que contestarla.

—No sé. Es posible —divagué—. En este asunto, nenita, todo puede ser importante. Además —le eché un reojo a lo Otelo—, olía a ti y no sé qué pensé.

Soltó una risita.

—Yo sí sé qué pensaste; señor incrédulo —dijo **incrédulo** con manifiesta doble intención—. Pensaste en un escondite y en que acaso yo lo conociera. Respecto a eso, quiero decirte algo: todos participamos en una carrera desenfundada para echarle mano al dinero que ocultó ese infeliz anémico. Y al decir todos, te incluyo. Para tu mejor manejo, agregaré que todos, y me incluyo, estamos de acuerdo en que eres un hombre inteligente, que no te falta audacia y que te sobra algo que es muy raro encontrar en nuestro mundo, en mi mundo: valor, valor de verdad, sin artimañas peliculeras. Es por eso que acordamos permitirte participar libremente en esa carrera. Si encuentras el dinero antes que nosotros, nadie te discutirá el derecho de posesión.

—No sé cómo agradecer tal generosidad —dije.

—No es generosidad, querido. Es prudencia...

Me besó las mejillas y se dispuso a componer otro coctel de su invención. Se llamaba Rubí delirante...

XXXIII. Solución de un caso

Jueves 11 de agosto de 1960. 9:00 p.m.

Todo lo cabizbajo que pude, me dirigí a la sala y me alegré de que tío estuviese entretenido en una partida, porque así no tendría ocasión de ver mi cara perpleja. Desde detrás de él, dije:

—¿Tiene alguna moneda de diecisiete caras en el bolsillo?

No respondió. Me sentí obligado a explicarle:

—Se lo pregunto porque el lunes se celebró una alegre fiesta en casa de Forniéres. Había en ella diecisiete personas, cualquiera de las cuales pudo haber perdido esa maldita llavecita.

Sin volverse, repuso:

—¿Por qué hablas en ese tono derrotista? En verdad, yo creo que bastaría una moneda de una sola cara. ¿O es que no estuvieron allí el asesino y sus cómplices?

—Sí, señor. Estuvieron las personas de que usted me habló, pero...

Se volvió, hizo con la mano su habitual ademán interruptor y dijo, un tantito enojado:

—Entonces, ¿por qué dudas?

Nunca me cansaré de repetir que no soy un escéptico innato. También he repetido mil veces que tengo una confianza ilimitada en mi tío. Sin embargo, a veces me acomete la irresolución y entonces necesito **ver**, más que **oír**;

saber, más que **inferir**. Es cierto que en la fiesta de los Forniéres estuvieron las personas que él me señalara como culpables de los asesinatos de Estivil y Rossini, pero también asistieron otras personas, cualquiera de las cuales pudo haber perdido aquella pequeña llave atada a un pañuelito, que **yo no podía asegurar** que fuese el mismo pañuelito que viera en la mano del moribundo Isauro Estivil. Por otra parte, tío aseguraba que la llavecita serviría para accionar cierta cerradura. Y como quiera que de eso dependía el buen éxito de lo que yo me proponía realizar al día siguiente, la perplejidad alargó mi cara. Tío, claro, comprendió muy bien mi gesto y dijo, bíblico:

—Hombre de poca fe, ¿por qué no vas a ver a Enriqueta Estivil? Ella ha llamado varias veces.

La insinuación era estimable, como todas las de él. Iba a marcharme, pero en ese momento llegó Vladimir Perea.

Traía dos buenas nuevas. Primera: el colt 38 que yo ocupara a Germán Tous, había sido utilizado para disparar cuatro tiros contra Celedonio Sagerí, entre ellos, como se sabe, el que resultara mortal. ¡Segunda!: el pedazo de cartulina verde correspondía, de acuerdo con su folio y su color, a un boleto expedido en el cine Maxim para la tanda de las ocho de la noche del martes 9. Por añadidura, se averiguó que dicha noche, «alrededor de las nueve», «un tipo cuadrado, de cejas espesas y de mal genio», había conseguido escapar a la indignación popular que provocara con su desvergonzada y reiterada intención de «manosear los muslos de una niña de diez años». ¡Y había huido del lugar nada menos que en un auto cuyas señas coincidían con las del carro del difunto padre Rossini!

En ese punto del relato de Perca, exclame:

—¡Eso destruye la coartada de Braulio Fonts!

—Hay más —dijo Perea con aire de misterio—: al ser detenido, ese maldito chofer declaró otras cosas interesantes. Una: se confesó culpable de los abusos deshonestos. Dos: había conservado la media entrada para tener su propia coartada, por si fallaba la combinada para Fonts a ruegos de la viuda de Estivil. Tres: él necesitaba un arma —se volvió hacia mí— por si usted «se ponía pesado», doctor —hizo una pausa de esas que yo llamo intrigantes—. Y el colt se lo prestó nada menos que Fonts.

—Indudablemente —apunté—, con la piadosa intención de que si encontraban al fascista con el arma...

—Espere, doctor —interrumpió Perea—. Antes de la detención de Tous, habíamos recibido una llamada telefónica anónima. Una voz de mujer nos dijo que el ex requeté era el asesino de Saguerí y que llevaba consigo el arma homicida.

—¿Una voz de mujer? —dije, ensimismado.

Vladimir Perea parecía dominar bien el estilo Hitchcock.

—Sí —dijo, sonriendo enigmáticamente—. La grabamos —otra pausa de suspense—. Y una llamada, aparentemente de rutina, que hicimos a la casa de Miramar, y que también grabamos, nos permite asegurar que era la voz de Angustias Vargas.

Atónito, me volví hacia tío para decirle:

—Se quedó corto. Esa señora es peor que una Parca.

—Es sólo una Parca celosa —replicó calmadamente—. Sin duda, quería tener la exclusividad de ese semental lujurioso. Y como él ahora se entretiene con la Parca que tú llamas eclesiástica...

Me empaté con su reticencia:

—...enredó al tipo en ese lío de la coartada improbable y, quizás, influyó en el préstamo del revólver.

—Sin quizás —remató Vladimir Hitchcock—. Ella participó en la operación de dicho préstamo. En fin...

En ese momento, tío dijo:

—¿Que resultó del careo entre Fonts y Tous?

El joven investigador se revolvió bruscamente. A todas luces, estaba enfadado.

—¡Caramba! —dijo—. Pero, ¿cómo sabe usted lo del careo?

Tío se ruborizó. Evidentemente, el inusitado sonrojo subió a su cara porque él comprendió que había hurtado a Perea la sorpresa que nos tenía reservada para el final. Metió la cabeza entre los hombros y la ladeó en señal de arrepentimiento, antes de responder, con tono contrito y la mirada fija en el tablero de damas:

—Supuse —¡era la primera vez que yo le oía pronunciar esa palabra!—... Supuse —repitió a duras penas— que ustedes habrían realizado una

confrontación de Tous con Fonts.

Todavía un tanto dolido por la frustración, Perea confirmó:

—En efecto, la realizamos.

Yo iba a decir algo, pero me arrepentí. De todos modos, el muchacho lo dijo:

—Fonts se ablandó y acabó por confesar que había disparado contra Saguerí.

Yo tenía una duda y la puse sobre el tapete:

—¿Él vio a la Lobo-Mena disparar contra su marido?

—Sí. Y ella lo vio a él.

—Por supuesto —intervino tío—, después él la llamó por teléfono para amenazarla.

—Así es. Y lo hizo reiteradamente —dijo Perea mientras dirigía a tío una mirada de sorpresa mayúscula.

Por mi parte, claro está, no me asombré. Pero el asombro del muchacho creció mucho cuando tío preguntó:

—Angustias Vargas le pagó a ese asesino, ¿verdad?

—Sí, sí —dijo Perea, evidentemente aturrullado— Pero, ¿cómo lo sabe usted?

Le eché un brazo sobre los hombros y le dije:

—Si usted me diera su palabra de que no va a detenerlo, le diría una cosa, Perea.

—¿Qué? —preguntó cándidamente.

—¡Mi tío practica la magia negra!

Demoró cuatro segundos en decidirse, pero el muchacho se rió. Y reí yo. Y tío también.

XXXIV. Un viernes diferente

Viernes 12 de agosto de 1960. 9:00 a.m.

Aquel viernes era un viernes diferente al anterior. El día se asomó plumizo, pero a medida que avanzaba la mañana, el sol fue abriéndose paso lentamente hasta que desgarró el cielo gris para bañar de luz a la ciudad. Ya a las diez, cuando yo regresaba de hablar con Amiel, resultaban gratos los destellos de las ventanas y complacía ver los parques llenos de viejecitos alegres y de madres que llevaban a sus hijos para verlos correr y reír...

Las calles estaban animadas de pueblo feliz, de gente que andaba con paso firme, prisoso, la frente alta y la mirada clavada en el futuro, un futuro que ya en aquel mes de agosto de mil novecientos sesenta se presentía luminoso. La fe podía palpase, era tangible.

Al pasar por frente al edificio —el de los grandes ventanales que miraban al mar— vi el automóvil verde de Forniéres, recién remozado, el rojo de Molínez, el fairlane de Estivil y el mercedes de Angustias Vargas. «Junta general de accionistas», pensé. Seguí el camino del litoral hasta Barlovento. El «Time» se mecía en el canal. Giré a la izquierda y el espantajo se detuvo ante el bar de Chepa. Cuando entré, me recibió la voz del dios mitológico:

—¡Hola, doctor!

Pedí a Chepa que abriera dos cervezas. La cara del derelicto se animó. Miró en su torno y dijo:

—¿Qué? ¿Se va mañana?

—No. Tendré que esperar el próximo viaje.

—¡Yo me imaginaba que lo de mañana era algo especial!

—¿Y el motor? Me preocupa eso del motor.

—Está perfecto, doctor. El hombre fue a Santiago a buscar una pieza. Me encargó el trabajo y lo terminaré esta noche. Ahora sí se lo garantizo.

—Eso me gusta.

Le di unos golpecitos afectuosos en el hombro, compré un caruncho, se lo obsequié, eché unas monedas sobre el mostrador y salí. En ese momento arribaba a la acera el carro de Forniéres. No pareció extrañado.

—Me alegro de verlo —dijo.

—Lo propio. Vine a tomar una cerveza. Aquí siempre está fresca.

—Es cierto. A eso vengo yo también. ¿No me acompaña?

—No, gracias. Tengo qué hacer.

Me golpeó delicadamente el pecho y me dijo, amigable:

—Créame que es imposible llevarlo en este viaje. Pero le garantizo un camarote doble en el próximo.

Cambiamos guiños y sonrisas. Cuando él entró en el bar, avisté a Liorno Colino y a Vladimir Perea. Al parecer, estaban muy entretenidos en cambiar un neumático a un Chevrolet gris. Trepé sobre el espantajo y me alejé en los justos momentos en que llegaban el fairlane y el carro rojo. Me dio la impresión de que el día también era atareado para todos ellos.

Abandoné el despacho de tío, después de haber precisado con él algunos detalles relacionados con la función programada para la noche. Iba confiado. Para mí ya era un hábito, casi un vicio, creer en todo lo que decía, porque siempre, al final, los hechos le daban la razón. Según él, el tan buscado escondite era un compartimiento que el reloj del santuario tenía disimulado en su pedestal cuajado de trompetas, flores, ángeles y liras, todo pacientemente tallado a mano. Tal barroca profusión de figuras arracimadas era lo que me había impedido advertir, pese a que durante algunos años yo pasara varias horas diarias frente al monumental reloj, el pequeño agujero de la cerradura. La noche anterior, mientras Enriqueta me abrazaba, lo vi por

primera vez. Simulaba el ojillo de un ángel sonriente. Y cuando ella salió a buscar el café nuestro de cada noche —todavía no habían sustituido a Tila—, no pude escurrírmele a la tentación de probar la llavecita. Encajaba. Le di vuelta, pero no tiré de la puertecilla, a la que calculé poco más de quince pulgadas de alto. Tenía un pacto con mi tío y no podía faltar a él. Ese compartimiento, según me dijera, servía para guardar herramientas de relojería y un banquillo pequeño, destinado al operario que tuviera necesidad de subirse para desmontar la máquina del artilugio. Probé la llave en la otra puerta —la del cristal grande que permitía ver la esfera de nácar y el brillante péndulo de plata— y, en efecto, encajaba, pero no hacía girar la cerradura. Media docena de preguntas discretas e indirectamente formuladas a Enriqueta me convencieron de que aquella llave siempre estuvo en poder de su padre, pormenor que era conocido por toda la familia. El pañuelito azul había sido de ella. Un día su padre se lo pidió, porque deseaba tener «algo íntimo de su adorada hija».

Me sentía sereno y despejado, pero dormí dos horas después de almorzar. Me levanté a las tres, hice un par de llamadas telefónicas, charlé un ratito con Tila y tía Alberta, y salí a la calle. Me senté en un parquecito cercano a casa. La tarde era calurosa, pero debajo del flamboyán se sentía un agradable frescor. Un niño vino a preguntarme cosas, esas cosas sobre las que nos preguntan los niños sólo para hacernos ver que apenas sabemos menos que nada. En un banco frontero, debajo de otro flamboyán de encendidas flores, una pareja comunicaba la impresión de que estaba inventando el amor. Pichardo, nuestro vecino, llegó con su pequeña y linda hija. Y mientras Finita corría feliz de un lado a otro, su padre y yo conversamos sobre mil temas humanos y acerca de novecientos noventa y tantos asuntos divinos....

**XXXV. Al fin, el
cómo-cuándo-quié-
por qué**

Viernes 12 de agosto de 1960. 7:30 p.m.

Cuando llegué a la mansión Estivil, Enriqueta no estaba, pues, según lo planeado —sin ella conocer el plan, por supuesto—, había sido invitada a comer por tía Alberta. Un minuto después, llegaron Amiel, Liorno Colino y otros tres combatientes, todos de uniforme. El teniente decidió poner una guardia en el jardín. Desde ese momento, resultaría fácil entrar, pero sería imposible salir. Inmediatamente, comenzamos a trajinar. Nos costó bastante tiempo trasladar todo el mobiliario y toda la quincallería a la sala de té anexa a la terraza y me asombró el comprobar que el llamado saloncito cobraba dimensiones de aposento espacioso. Entramos algunas sillas y butacas, justamente las necesarias, y las dispusimos en semicírculo frente a una mesita que ubicamos junto al gran reloj. Tío había propuesto que el acto final se desarrollara en aquel escenario. Cuando salí al vestíbulo, tropecé con Anselmo Estivil y la señora Corbeiro. Él me preguntó.

—¿Desde cuándo uno no puede salir de su propia casa?

Encogí los hombros y él se alejó, refunfuñoso. Entretanto, el ama de llaves tomó el teléfono y estuvo un buen rato descolgando, discando, colgando y mascullando quién sabe qué cosas atroces. Yo no tenía por qué

decirle que todos los teléfonos de la casa habían sido desconectados. Al fin, hizo un ademán violento, puso cara de Parca airada y corrió escaleras arriba. En ese momento entraba Pedro Isauro Estivil. Estaba sobrio y elegantemente vestido. Amiel lo invitó a sentarse en una butaca, cerca de la puerta. Poco después, en compañía de un agente, llegó Petra Donoso, con la cara alargada por la incompreensión. Casi al mismo tiempo, bajaban, abrazadas y lloriqueantes, la viuda de Estivil y Carlota Corbeiro. Colino condujo a las tres a un sofá ubicado en un extremo del semicírculo. Cinco minutos más tarde, entró Tila y me alegró verla con aquel elegante vestido que le hiciera tía Alberta. La ubiqué en una butaca, junto a Pedro Isauro. No tardó en arribar el cocinero chino, quien se sentó en el filo de la silla tapizada que le indicara Colino, posición en la que permanecería, inmóvil e impasible, hasta el final del drama. Cuando Anselmo Estivil bajó, yo estaba en el vestíbulo y me dijo, ya muy calmado:

—Sobrino, el oficial me ha dicho que sólo se trata de una diligencia rutinaria. Me alegro, porque tengo una cita con Forniéres.

—Ahí llega él —le dije.

Miró con asombro hacia la puerta principal. Forniéres, muy atildado y sonriente, entraba al vestíbulo, llevando del brazo a la deslumbrante Angélica. Ella —no sé si era de esperarse— llevaba el vestido rojo del bolsillito inútil. Los seguía el señor Argelio Molínez, y los tres venían escoltados por Vladimir Perea. Miré el reloj grande: las ocho y cincuenta. Faltaba lo peor, al menos para mí. Y lo peor ocurrió a las nueve en punto. Enriqueta entró casi al galope y al ver cómo le habían puesto su santuario, lanzó un «¡Ay!» y cayó en brazos de su madre. El teniente Amiel, sentado junto a mí y frente a los invitados, comenzó a explicar:

—Tengan la bondad de prestar atención. Como se les ha dicho, se trata de una diligencia oficial. ¿Alguno de ustedes desea ampliar, aclarar, negar o rectificar sus declaraciones anteriores en relación con los asesinatos del señor Isauro Estivil y del padre Paolo Rossini?

El silencio llegó al grado de absoluto. Me correspondía entrar en escena. Alcé una mano y Amiel me hizo una seña de asentimiento. Me puse de pie y comencé:

—Deseo que se me permita ofrecer, en beneficio de la justicia, algunas consideraciones en torno a dichos crímenes, en los cuales estamos envueltos, en calidad de sospechosos, muchos de los presentes. En primer lugar, quiero plantear los hechos tal y como se presume que ocurrieron, basado en declaraciones de testigos, así como de acciones probadas e indicios probables. Se sabe que el señor Isauro Estivil guardaba cama desde varios días antes de ser asesinado. En verdad, sufría la última etapa de una enfermedad incurable. La noche anterior al pasado viernes cinco, aproximadamente a las once, el señor Estivil empeoró. Yo acompañé a Enriqueta al cuarto del enfermo. Allí estábamos todos los presentes, con excepción del señor Wong, de la señora Donoso y del señor Molínez. El señor Estivil tenía en su mano una estilográfica y bajo la gruesa colcha de lana que lo cubría se sentía crujir un papel. Como sobre la mesa de noche se hallaba un ejemplar de la revista **Time** con la portada evidentemente arrancada de un tirón, yo presumí que el papel crujiente podría ser dicha portada. Y, en efecto, no tardaría en corroborar que lo era.

Hice una breve pausa antes de mentir sin el menor sonrojo:

—Porque debo confesar a ustedes que yo tomé aquel papel después que la señorita Tila Gonsés inyectó al enfermo. Lo hice poco antes de salir de la habitación.

Un murmullo asordinado se extendió por el salón. Pedro Isauro preguntó:

—¿Por qué tomaste ese papel?

—Por lo mismo que lo hubiera tomado otro cualquiera. Pensé en que tu padre habría escrito una clave que condujera al lugar donde guardaba una buena cantidad de dólares. En rigor, otros también habían pensado en lo mismo y emprendieron una loca carrera en busca del papel. Por mi parte, pronto me convencí de que no existía tal clave.

El murmullo decreció bastante, pero esperé que cesara del todo para continuar por otro rumbo:

—Aquella noche salí de esta casa con Pedro Isauro Estivil y fuimos a un bar. A la una y once minutos, él me dejó frente a mi domicilio. Siempre siguiendo el curso de las declaraciones, se supone que a la una y treinta de la madrugada el señor Estivil comenzó a quejarse y que acudieron a su cuarto la señora Vargas y la señora Corbeiro. No obstante, la señorita Gonsés no

escuchó los quejidos, pese a que su habitación lindaba con la del enfermo. Asimismo se ha dicho que el enfermo solicitó los servicios religiosos del padre Rossini y que el señor Anselmo Estivil se apresuró a salir en busca del sacerdote. Por sus propias manifestaciones y por las de otros moradores de esta casa, se presume que el señor Anselmo Estivil regresó poco después, acompañado del padre Rossini, así como que cada uno de ellos vino guiando su propio automóvil. Se ha expuesto también, a lo largo de las investigaciones, que, cuando hubo cumplido su función sacerdotal, el padre Rossini salió al pasillo, donde fue abordado por Anselmo Estivil. Así lo ha declarado este, pero, además, la señorita Tila Gonsés declaró desde el primer momento que ella había escuchado las voces del sacerdote y del hermano del enfermo. Y luego yo llegué a saber algo más: la señorita Tila no solamente escuchó las voces, sino que, según ella, vio al padre Paolo cuando bajaba las escaleras después de rechazar el ofrecimiento de acompañarlo que le hiciera Anselmo Estivil.

La Parca Lota gritó:

—¿Ella estaba espiando a esas horas?

—No, señora. No espiaba. Simplemente, ella no dormía porque estaba preocupada. Tenía que inyectar al enfermo a las cinco y tomó dos pastillas de benzedrina. Por eso, por estar despierta, una inevitable curiosidad la llevó a abrir la puerta. Por otra parte, señora Corbeiro, recuerde que la señora Vargas me dijo, en presencia de usted, que ella también había visto bajar al sacerdote, sin que eso haga pensar en que la señora estuviera espiando.

Mientras yo sonreía, la Moira viuda y la Moira llavera intercambiaron miradas. A los efectos de la solución del caso, no era absolutamente necesario hacerlo, pero Amiel, tío y yo habíamos convenido en que intercalar el juego de quién-salía-y-quién-llegaba produciría una conmoción psicológica en los culpables. Y como el momento era oportuno, lo traje a cuento.

—Aquí es conveniente decir —expuse— que la señorita Tila Gonsés me dijo que, un momento después de haber visto bajar al sacerdote, escuchó que un automóvil se ponía en marcha y se alejaba.

—¡Claro! —dijo la Corbeiro—. ¡El carro del padre Paolo!

—No —repliqué—. Debo decir que la señorita Tila solía practicar un juego inofensivo que consiste en reconocer, sólo por el sonido, los autos de

los que viven en esta casa y aún los de algunos visitantes y vecinos. Si me lo permiten, podemos probarlo.

Vladimir Perea salió. El silencio era duro, pero no total, porque se escuchaba el jadear de algunos de los presentes. Cuando llegó el ruido de un auto que arrancaba en el patio, pregunté a Tila:

—Señorita, ¿puede usted decirnos qué automóvil es ese?

Ella respondió con voz clara y segura:

—Sí. Ese es el bel air de Pedro Isauro Estivil.

Todos miraron a la muchacha. Pedro Isauro puso cara de asombro legítimo. Se escuchó otro ruido de carro en marcha.

—¿Y ese? —pregunté.

—Ese es el fairlane del señor Anselmo Estivil.

Todas las miradas se volvieron hacia el aludido, quien miraba a la imperturbable Tila con los ojos muy abiertos. En el patio echó a andar otro motor.

—¿Reconoce ese ruido; señorita? —pregunté.

—Sí. Esa es la locomotora —algunos rieron y ella rectificó—, digo, es el viejo Chevrolet del vecino inmediato.

Otra oleada de silencio, hasta que se oyó el ronronear de un carro.

—Señorita Gonsés —pregunté—, ¿qué puede decirnos de ese automóvil?

Tila respondió sin vacilar:

—Ese es el mercedes de la señora Angustias.

—¿Fue ese el carro que usted escuchó arrancar y alejarse, poco después de haber visto usted marcharse al padre Rossini?

—Sí, señor —respondió, enfática.

—¿Eso no es cierto, maldita! —chilló la viuda de Estivil—. ¡Yo no salí aquella noche!

—Sí salió —dije, silabeando lentamente—. El difunto doctor Saguerí la vio salir. ¿No lo recuerda?

Se produjo una conmoción en el sofá de las Parcas. La señora viuda de Estivil, recostada al hombro de Petra Donoso, temblaba, espasmódica, en tanto Carlota Corbeiro le propinaba palmaditas en las mejillas. Como tengo mi propia opinión sobre la piedad, volví a golpear:

—A propósito, señora: ¿sabe usted que Braulio Fonts confesó **todo** lo concerniente al asesinato de Celedonio Saguérí?

El golpe la hizo derrumbarse. Delicuescente, se dio a jirimiquotear en tono mortecino. Entró Perea e informó, por su orden, sobre las marcas y propietarios de los carros que había puesto en marcha. Naturalmente, los datos coincidían con las declaraciones de Tila. Continué el hilo de mi exposición:

—Cuando escuchó salir el carro de la señora Vargas, la señorita Gonsés comenzó a leer un libro. Personalmente, he comprobado que estuvo leyendo exactamente veintisiete minutos y once segundos.

—¿Por qué se metía usted en todo eso? —preguntó Anselmo Estivil.

—¿No recuerda —repliqué— que hace unos días le dije que yo pude haber matado a su hermano? Usted, desde luego, no me creyó capaz de hacer tal cosa, y vuelvo a agradecerérselo. Sin embargo, yo pensaba que la policía bien pudiera sospechar de mí. Y quería salirme de ese lío. ¿Comprende, señor Estivil? —el hombre hizo una mueca con los labios y balanceó un par de veces la cabeza—. En fin —continué—, al cabo de dicho tiempo, la señorita Tila marcó la página que leía y volvió a asomarse a la puerta. Lo hizo porque, luego de escuchar que regresaba el mercedes, le pareció, al sentir pasos en la sala y en la escalera, que la señora Vargas no volvía sola. Y así era: la acompañaba el señor Forniéres. Esto puede ratificarlo la señora de Forniéres, porque ella también se asomó a su puerta en ese momento.

Quizás por primera vez en su vida, Forniéres movió un par de músculos de su cara para expresar inquietud. Pero no habló. Reanudé el combate:

—Después sobrevino una pausa que se prolongó hasta las cinco de la madrugada, hora en que la señorita Gonsés acude a inyectar al enfermo, pero encuentra un cadáver.

Carlota Corbeiro se levantó para chillar:

—¡Usted me dijo a mí y a la señora Angustias que había estado en esta casa aquella madrugada! ¿Por qué no lo repite ahora?

—Es cierto —concedí calmosamente—. Lo dije. Pero usted **sabe muy bien** que yo no maté a nadie aquella madrugada.

Estoy seguro de que, más que mis palabras, fue la mirada inculpadora que le clavé en los ojos lo que la hizo desplomarse sobre el sofá.

—Una hora más tarde —proseguí—, es decir, a las seis de la mañana, fue encontrado en su cama, aparentemente asesinado con el mismo puñal que ultimara a Isauro Estivil, el padre Paolo Rossini. Esta presunción, por supuesto, inducía a pensar en que ambos habían sido apuñalados por la misma mano, inducción que podía apoyarse en otra: la cercanía de esta casa con respecto a la del sacerdote pudo haber facilitado al asesino el cometer los dos crímenes casi simultáneamente.

Al fin, Forniéres condescendió a decir algo:

—Usted parece saberlo o presumirlo todo, doctor —su tono era retador, altivo.

No repliqué. Me limité a mirarlo fijamente y a regalarle una sonrisa irónica. Parece que mi silencio le inspiró osadía, porque se volvió hacia Amiel y le preguntó:

—¿Todo esto es legal, señor oficial?

El señor oficial le respondió:

—¿Usted considera ilegal el hecho de puntualizar cuestiones que todos estamos interesados en aclarar? —recorrió con una mirada el semicírculo—. ¿Alguno de los presentes tiene algo que decir en contra de lo manifestado hasta ahora?

Se abrió una pausa enojosa. El cocinero chino tenía una mano puesta detrás de una oreja. Enriqueta me miraba sin verme. Angélica de Forniéres me observaba, aparentemente admirada. Las tres Parcas semejaban un monumento a las tres virtudes teologales. Pedro Isauro se entretenía con la corbata. Molínez parecía estar aburrido. Anselmo Estivil, somnoliento, cabeceaba. Forniéres tenía los labios apretados y la mirada dura. Tila sólo tenía ojos —¡y qué ojos!— para mí. Amiel hizo un ademán y entré en materia más directamente:

—Señor oficial, como ya le he dicho, este asunto me interesó desde el principio, en mi condición de abogado. Veía algo extraño en el conjunto de hechos y declaraciones, porque de ellos surgían muchas hipótesis y muy escasas evidencias. Entendía que el móvil era un móvil vulgar: la ambición de dinero. Pero, en verdad, dicho móvil sólo estaba claro en cuanto al asesinato del señor Estivil, debido al dinero que él ocultaba. En cuanto al crimen de Rossini, yo me resistía intuitivamente a considerar el mismo móvil,

pese a que Petra Donoso, su heredera, parecía estar implicada en el hecho por comisión o por omisión —la Moira eclesiástica comenzó a lloriquear—. Como bien me dijo Anselmo Estivil hace un par de noches, su hermano Isauro pasó por la vida sembrando rivalidades, envidias, enconos... Pero a Paolo Rossini solo se le podía inculpar por el pecado de la concupiscencia que practicaba con señoras de nuestros círculos más exclusivistas y de otros círculos de menor monta. Y yo me preguntaba: ¿por qué lo mataron? ¿Acaso lo asesinó un marido burlado? No... Eso no encajaba bien. Los maridos celosos, siempre obcecados, matan de otra manera a sus burladores. Además, si aceptáramos esa hipótesis, surgiría otra cuestión: ¿por qué un cornudo habría de asesinar también al comerciante? Andando por ese camino, llegué a deducir que era necesario partir de ese enigma para desenredarlo todo. Una persona me dijo ayer que amaba la vida dulce y grata que proporciona el dinero y que amaba a esa vida más que a ninguna otra persona o cosa, sin importarle los posibles riesgos que pudieran correrse para alcanzar y mantener ese vivir grato y dulce. Yo sé que hay seres así, capaces de arriesgar la propia existencia y hasta de deshacerse de quienes les estorben, con tal de procurarse una vida holgada y con holganza. Los hay en este caso. Pero detrás del ansia de dinero de ellos, advertí algo sucio, algo mal oliente, algo muy propio de una clase social podrida y que se hunde sin remedio —hice una pausa para escuchar claramente el respirar anheloso de algunos circunstantes—. Justamente un día después que se cometieran los crímenes, el seis de agosto de mil novecientos sesenta, el gobierno revolucionario promulgó una ley que daba un golpe mortal a la burguesía: la ley de nacionalización de treinta y seis centrales azucareros, las compañías de electricidad y de teléfonos y las refinerías de petróleo. Debo decir, entre paréntesis, que el asesino y sus cómplices, con la colaboración técnica del doctor Saguereí, andaban por entonces en plena faena de acelerar hasta la muerte la enfermedad de Isauro Estivil. Pero, sin duda, el conocimiento anticipado de dicha ley, y digo **sin duda** al considerar que todavía tenemos muchos enemigos internos en activo, obligó a los conjurados a precipitar el fin. Ellos sentían desde siempre la necesidad de escapar cuanto antes de un ambiente político-social que los ahogaba, pero escapar con un futuro

asegurado, y asegurado por dólares. Así las cosas, un cerebro aturdido por el pánico urdió urgentemente un plan diabólico.

Argelio Molínez levantó una mano y me preguntó, sarcástico:

—¿Eso es una película, doctor?

—Sí, señor —repliqué, muy flemático—. Se titula: «Cuando veas las bardas de tu vecino arder, pon las tuyas en remojo.»

Algunos rieron. Molínez se encogió tanto, que no volví a verle la cabeza hasta el final.

—Ahora —continué— surgen dos preguntas: ¿cuánto dinero ocultaba Isauro Estivil? y, sobre todo, ¿de dónde procedía ese dinero? Las respuestas que encontré para tales preguntas revelan lo sucio, lo repugnante de que hablé antes. La «Casa Importadora Estivil», desde meses antes, estaba en liquidación, pero sólo aparentemente, porque continuaba negociando de manera ilegal. Esas maniobras especulativas permitieron a Isauro Estivil reunir una cantidad nada despreciable: medio millón de dólares —el chino cocinero soltó un resoplido—. Pero él tenía socios, no socios legales de la firma importadora, sino asociados en el vil manejo de trasbordar por alta mar considerables cantidades de víveres consignados a La Habana, para desviarlos hacia Estados Unidos.

El «¡Oh!» de asombro emitido por Angélica de Forniéres me demostró que ella ignoraba la existencia de tales manejos. Por su parte, Enriqueta Estivil metió la cara entre sus manos.

—Los receptores de la mercancía, por supuesto, pagaban en dólares y sin regatear, porque no les interesaba el beneficio económico sino el repelente objetivo de rendir por hambre a nuestro pueblo. Para ir a formalizar las operaciones y cobrar las pingües utilidades, se utilizaba el yate «Time», embarcación que, según se ha comprobado, también se usaba para el lucrativo negocio de sacar del país a burgueses desafectos y a criminales de guerra, así como para infiltrar en nuestro territorio a todo género de espías y saboteadores —miré al asesino, pero él no parecía muy interesado en mirarme—. Pero Isauro Estivil —continué— era egoísta. Y su egoísmo lo llevó a cometer la imprudencia temeraria de ocultar el dinero para no dar participación a sus compinches.

Se acercaba el final y abrí un paréntesis para provocar tensión emocional en los culpables. En rigor, todos los presentes —incluso los guardias— estaban inmóviles, expectantes. Al cabo de un largo minuto, continué:

—No he dicho que, al alzar la frazada para tomar el inútil papel, observé que el señor Estivil tenía, aferrado en una mano, un pañuelito azul al que estaba atada una pequeña llave. Sin embargo, cuando se descubrió el cadáver, la llavecita y el pañuelo no estaban allí. Al saber esto, deduje —¡quien lo había deducido era mi tío!— que el asesino había matado a Isauro Estivil para apoderarse de la llave, porque, sin duda, conocía la puerta que podía abrirse con ella. Por supuesto, él había inferido, con muy buena lógica, que detrás de aquella puerta estaba escondido el tan ansiado tesoro. Ahí estaban un crimen y su correspondiente móvil. Pero la incógnita persistía: ¿por qué matar a Paolo Rossini? Al fin, después de darle muchas vueltas a la cuestión, logré encontrar una respuesta.

También había sido tío quien encontrara tal respuesta, ¡y la encontró nada menos que el propio viernes 5 por la mañana!, pero no valía la pena decir eso allí. Apoyé los puños sobre la mesita, me eché hacia adelante, endurecí cuanto pude la mirada y dije, casi deletreando:

—El asesino, de acuerdo con su plan, necesitaba matar antes al padre Rossini!

Todas las mujeres, excepto Tila, chillaron. Todos los hombres, excepto los guardias y el cocinero, se removieron en los asientos. Amiel me dijo, con voz pausada:

—¿Usted puede probar eso, doctor?

—Intentaré probarlo, teniente. Mi deducción se basa en el hecho de que el asesino sabía que Isauro Estivil, debido a su gravedad y a sus sentimientos religiosos, requeriría los auxilios espirituales de un sacerdote. Algunos de los presentes han declarado que así lo hizo, así como que el señor Anselmo Estivil salió a buscar al padre Rossini y que regresó con él.

En este punto, como estaba programado, a los efectos de hacer una pausa larga, entró Perea con una jarra de agua helada y dos vasos. Llené uno de ellos y bebí lentamente. Todavía tuvieron que esperar a que me enjugara los labios con un pañuelo.

—Les ruego —dije— me permitan volver a las declaraciones iniciales. Por favor, señorita Gonsés, présteme atención. Usted ha dicho que había escuchado voces antes de ver bajar al sacerdote. ¿Cierto?

—Sí.

—¿Cuáles voces escuchó usted?

—La del señor Anselmo Estivil y la del padre Rossini.

Angustias Vargas, ya repuesta de su patatús, cobró audacia e intervino, puesta de pie:

—¡Es cierto! ¡Yo también los vi conversar en el pasillo!

—Señora Vargas —dije pacientemente—, usted no pudo ver ni oír más de lo que vio y oyó la señorita Gonsés —me volví hacia Tila—. Señorita —le dije—, ¿usted vio a las personas que dice haber oído hablar?

—No. Desde donde yo estaba, o sea en la puerta de mi habitación, sólo pude ver al padre Rossini pasar y bajar la escalera.

La viuda de Estivil volvió a gritar:

—¡Repito que yo vi a los dos!

Sonreí al decir:

—Vamos a creerla, señora, aunque no sea más que provisionalmente —hice una pausa, a modo de transición—. Tengo razones para suponer que el asesino no salió de esta casa después de matar a Estivil, sino que se dirigió a este salón, donde escondió el arma homicida y una sotana ensangrentada. ¡Y me imagino su alegría al verificar que en el escondite estaba el tan codiciado medio millón de dólares! /

Enriqueta se puso de pie para interrumpirme:

—Eso no es posible, querido. Recuerda que yo dormía aquí aquella noche.

—Tú lo has dicho —riposté—: dormías. Y dormías bajo los efectos de dos pastillas de un fuerte barbitúrico. La señorita Tila me ha dicho que, cuando vino a despertarte, tuvo necesidad de sacudirte. Además, querida, ¿por qué crees que tanta gente, después de la muerte de tu padre, tenía tanto interés en entrar aquí?

Enriqueta Estivil encogió los hombros y volvió a sentarse.

—Pero eso cuenta poco —dije—. Lo importante es que aquí, en este salón —confieso que me flaqueó la voz—, están, desde aquella madrugada,

las cosas que he mencionado. En cuanto a lo de las voces oídas o no oídas, puedo decir que entre nosotros hay alguien que es capaz de probar cómo es posible imitar casi todas las voces, especialmente las de acento extranjero. ¿No es cierto, Pedro Isauro?

El muchacho respondió con mucho aplomo:

—Es cierto. Cualquiera puede imitar bastante bien los acentos extranjeros: el acento inglés, el francés, el alemán. Pero el más fácil de imitar es el italiano.

La señora viuda de Estivil gritó:

—¡Cállate, hijo, que eso puede perjudicarte!

El muchacho le dirigió un gesto de desprecio.

—Pedro —le pregunté—, de entre las presentes, ¿cuál es la persona más difícil de imitar?

Paseó una mirada alrededor y dijo:

—Si te refieres a los gestos, a los ademanes, yo diría que el señor Forniéres, quien también tiene una voz difícil de parodiar. Tampoco es fácil de imitar la voz de mi tío Anselmo. ¡Ah! Y la del señor Molínez.

Yo dije en seguida, sin un segundo de transición:

—Yo sabía todo eso. Y de ello saqué una conclusión: el asesino imitó con facilidad el acento italiano del padre Rossini, pero no imitó la difícil voz de Anselmo Estivil. ¿Por qué?

Era el momento culminante del drama. Mi próxima acción no podía fallar, porque de ella dependía la confesión del asesino, confesión que era esencial, imprescindible, para dejar solucionado el caso. Saqué la mano del bolsillo del pantalón y remaché:

—**¡No imitó la voz de Anselmo Estivil porque a nadie se le ocurriría imitar su propia voz!**

Se levantó con el puño en alto. Por mucho que lo mereciera, no era necesario ni oportuno destruirle las narices. Esquivé el golpe y me abracé a él. Abracados, forcejamos, muy brevemente, porque Amiel y Colino intervinieron con rapidez para separarnos. El tipo estaba peor que frenético. Yo, aunque me sentía un tanto agitado, dije con calma:

—Oficial, yo juraría que ese hombre tiene en un bolsillo la llave del escondite.

—¡Jesús! —exclamó Angélica de Forniéres.

—¡Mientes! —barbotó el asesino—. ¡Todo esto es una patraña que has inventado para salvar a Enriqueta y para salvarte tú!

Amiel, después de registrarlo, mostró la llave atada al pañuelo azul que yo había metido en uno de los bolsillos de Anselmo Estivil durante el forcejeo. Dos de las Parcas parecieron diluirse. La otra, la eclesiástica, estaba como inanimada, con los ojos demasiado abiertos y demasiado inexpresivos. Enriqueta rompió a llorar, con la cabeza hundida en el respaldo de la butaca. Forniéres, muy sonriente, intercambió miradas y guiños con el no menos sonriente Molínez. El cocinero Wong, todavía sentado en el filo de la silla y todavía con la mano detrás de la oreja, parecía una estampa de la incredulidad. Angélica de Forniéres me regaló toda su admiración en una mirada larga. El asesino miraba la llavecita colgante como si estuviese viendo a un hipopótamo loco pendiente de un cabello. Pedro Isauro, de pronto, se abalanzó, impetuoso, hacia su tío, pero yo evité la peligrosa colisión. Después, me volví en dirección a Forniéres y dije, premeditadamente teatral:

—**Time is money**. Es la frase que completó Isauro Estivil en la portada de una revista. El tiempo es dinero. No hay sutileza alguna, porque aquel moribundo no entendía de sutilezas. Sin embargo, inconscientemente, dejó una pista: **Time is money**, el tiempo es dinero. Este reloj mide el Tiempo. Veamos la relación.

Puesto en cuclillas, hendí la llavecita en el ojo del angelito alegre. Confieso que mi mano temblaba. Tiré de la puertecilla. Valió la pena haber esperado aquel momento. Allí estaba, en montoncitos sujetos con bandas de goma, el medio millón de dólares. Y también se hallaban allí una sotana manchada de sangre reseca y un puñal de ataujía afeado por ennegrecidas huellas dactilares.

Anselmo Estivil salió violentamente de entre los brazos de Colino para dar remate al drama.

—¡Sí, yo lo maté! —confesó, arrebatado—. ¡Isauro era un canalla! ¡Quería robarme!

Colino volvió a sujetarlo. Me acerqué.

—¿Y usted no pensaba robar a sus socios? —le dije casi al oído mientras le desabotonaba el saco para extraer del bolsillo interior un boleto expedido

por Cubana, válido por un viaje a Santiago de Cuba—. ¿Usted no urdió todo ese plan con la intención de quedarse con las partes correspondientes a sus socios en ese negocio de los víveres? —el individuo clavó la barbilla en el pecho—. Sin duda —continuó—, ya Angustias Vargas y Carlota Corbeiro, sus amantes y cómplices directas en el asesinato de su hermano, le parecían demasiado ajadas y por eso concibió la idea de largarse solo, dejándolas con un palmo de narices.

En medio del murmullo general, Carlota Corbeiro y Angustias Vargas ejecutaron un dúo de chillidos histéricos. Acaso para ser fiel a mi tío, Pedro Isauro salió del ensimismamiento en que parecía hundido y preguntó al asesino:

—¿Y el padre Paolo? ¿Por qué mataste al padre Paolo?

Anselmo Estivil se revolvió violentamente, señaló hacia mí con el mentón y bramó:

—¡Ya lo has oído, imbécil! ¡Necesitaba la sotana!

Amiel se puso de pie y se acercó a él para decirle:

—Queda claro, pues, que usted, señor Estivil, aquella madrugada salió de aquí, asesinó en su casa a Paolo Rossini, vistió una sotana sobre sus propias ropas y regresó a esta casa para ultimar, con la complicidad de esas dos señoras, a Isauro Estivil, quien se negaba a entregarle la llave de ese reloj. Asimismo, queda aclarado que usted ocultó en ese lugar esa sotana y ese...

—¡Sí, sí, sí! —aulló—. ¡Yo lo hice! ¡Yo lo hice!

Repentinamente, se desplomó en una butaca. Parecía estar dormido. Algunos de los circunstantes intentaron levantarse, pero Amiel los detuvo con un ademán y dijo:

—Nadie se mueva, por favor. Especialmente usted, señor Forniéres, y usted, señor Molínez.

—¿Por qué? —preguntó el chulo.

—Porque tenemos evidencias, muy bien verificadas, de que usted es un agente de la CIA y jefe de una banda organizada para cometer delitos contra la seguridad del Estado y contra el bienestar del pueblo. Y sepa que en estos momentos ya han sido detenidos todos los integrantes de su pandilla de espías y saboteadores.

Angélica de Forniéres se puso de pie bruscamente para enfrentarse a su marido:

—¡No es posible! —dijo—. ¡No es posible!

Forniéres sonrió, utilizando sólo una comisura de los labios. Ella alzó las manos y lo abofeteó, en tanto decía:

—¡Eres un tipo asqueroso, Charles Forniéres!

En ese momento, el reloj hizo sonar el trocito de Schubert de las once. Dirigí una mirada compasiva a Enriqueta, que sollozaba sobre el hombro de su hermano, y salí. Detrás de mí, marchaba la procesión, precedida por Amiel: Forniéres, pálido, pero erguido parecía ajeno a todo. Casi colgado del brazo de su jefe, temblaba el hombre de la cicatriz. Inmediatamente después, destruidas, Angustias Vargas y Carlota Corbeiro, seguidas por Anselmo Estivil, que marchaba a duras penas apoyado en un brazo de Liorno Colino. En la puerta de la calle, Wong observaba el desfile con el gesto todavía incrédulo. Al pasar por mi lado, acompañada por Vladimir Perea, Petra Donoso me dirigió una de esas miradas tristes que he visto en los ojos de muchos que han perdido la razón. En ese instante, vi venir a tía Alberta, arropada en su chal de lana verde.

Se colgó de mi brazo y me dijo:

—Vengo a pasar unos días con Enriqueta. Me siento culpable de que ustedes se conocieran. Pero bien sabes por qué lo hice... Los tiempos eran duros y...

La besé en la frente y la vi alejarse hacia el interior de la casa. En el jardín, se me acercó Angélica de Forniéres.

—A pesar de todo —me dijo—, seguiré amándote.

—¿Piensas formar otra pareja?

—¿Qué otra cosa puedo hacer ya? —en su voz había un dejo de congoja—. Pero no aquí. Iré a donde sé que tú nunca irás.

Tila se acercó, me enlazó un brazo y me llevó consigo casi a viva fuerza. En la calle, me dio un pellizco y me miró con agradable furia. La luna estaba muy alta y tenía cara de tía Alberta. No era mala ocasión para limpiarme la suciedad en que estaba envuelto. Tomé a la maravillosa Tila por los brazos y le di un beso que me supo a nuevo... Después, le regalé la luna...

Notas

[1] Referencia al *El american way of death*, novela publicada en esta colección. (N. del E.)<<

[2] Esto explica el título de la presente obra. (N. del E.)<<

[3] Tachado. (N. del E.)<<

[4] ¿Por qué, señor mío? (*Protesta del autor*)<<

[5] Porque el lector puede distraerse y perder el hilo de la trama. (N. del E.)<<

[6] Referencia a “El caso del turbante negro”, cuento inédito del autor. (N. del E.)<<

[7] Personaje del *El american way of death*, cuento inédito del autor. (N. del E.)<<

TÍTULOS PUBLICADOS

GUERRA SECRETA,

Luis Báez

LOS SIETE PASOS DEL SUMARIO,

Arnoldo Tauler

EL SECRETO DE PLÁCIDO Y OTRAS NARRACIONES,

Varios

A LA LUZ PÚBLICA,

Luis Adrián Betancourt

ENIGMA PARA UN DOMINGO,

Ignacio Cárdenas Acuña

LA RONDA DE LOS RUBÍES,

Armando Cristóbal Pérez

NO ES TIEMPO DE CEREMONIAS,

Rodolfo Pérez Valero

LOS HOMBRES COLOR DEL SILENCIO,

Alberto Molina

EL CUARTO CÍRCULO,

*Luis Rogelio Noguerras y
Guillermo Rodríguez Rivera*

PROYECTO "C",

Julio Andrés Chacón

CRIMEN EN SANTIAGO,
Juan Carlos Reloba

EL ÚLTIMO CRÍMEN,
Leonelo Abello Mesa

AQUÍ LAS ARENAS SON MÁS LIMPIAS,
Luis Adrián Betancourt

JOY,
Daniel Chavarría

NO HAY ARREGLO,
Daniel Lincoln Ibáñez

CUENTOS FANTÁSTICOS CUBANOS,
Varios

EL ARCOIRIS DEL MONO,
Ángel Arango

EXPLOSIÓN EN TALLAPIEDRA,
Armando Cristóbal Pérez

CUENTOS POLICIALES CUBANOS,
Varios

TESTIMONIOS POLICIALES,
Varios

AL LECTOR

La Editorial le quedará muy agradecida si recibe de usted su opinión acerca de esta obra, de su presentación y diseño, así como de los títulos editados por esta Colección. Le agradecerá también cualquier otra sugerencia. Nuestra dirección es: Editorial Letras Cubanas, G No. 505, El Vedado, Ciudad de La Habana, Cuba.

SOBRE EL AUTOR



JUAN ÁNGEL CARDÍ (Ciudad de La Habana, 1914) se ha destacado como humorista y narrador. Tiene en su haber varios premios y menciones en certámenes literarios y periodísticos, tanto nacionales como extranjeros. Recientemente esta Colección Radar publicó su novela **El american way of death**.

Viernes en plural constituye un digno exponente de esto que ha dado en llamarse «la nueva novela policial cubana».

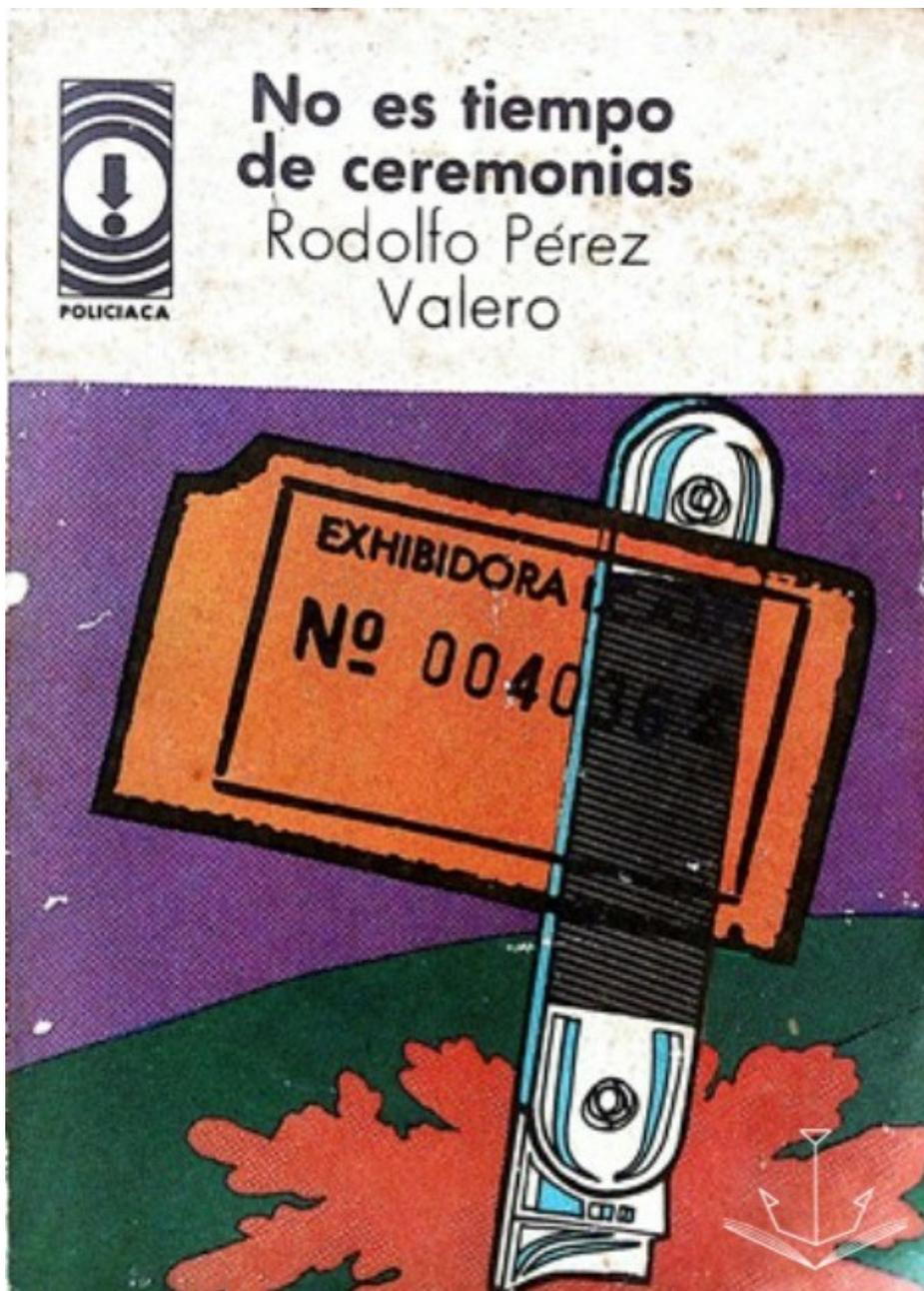
Su autor logra combinar en un argumento atrayente y equilibrado, los resortes esenciales de la «novela enigma» y la «novela negra», enmarcándolos, además, dentro de un entorno social de efervescencia revolucionaria, y proyectándolos hacia una simbiosis de lo puramente policial y lo que se conoce como literatura de contraespionaje.

Los asesinatos simultáneos de un anciano oligarca y de un tartufo santurrón echan a andar el proceso investigativo, que alcanza su desenlace luego de múltiples peripecias, entre las cuales aparece, como al trasluz, el proceso de descomposición sufrido por la burguesía cubana ante el avance arrollador de la Revolución.



Juan Ángel Cardi (Ciudad de La Habana, 1914) se ha destacado como humorista y narrador. Tiene en su haber varios premios y menciones en certámenes literarios y periodísticos, tanto nacionales como extranjeros. Recientemente esta Colección Radar publicó su novela El american way of death.

***TÍTULOS
DIGITALIZADOS***

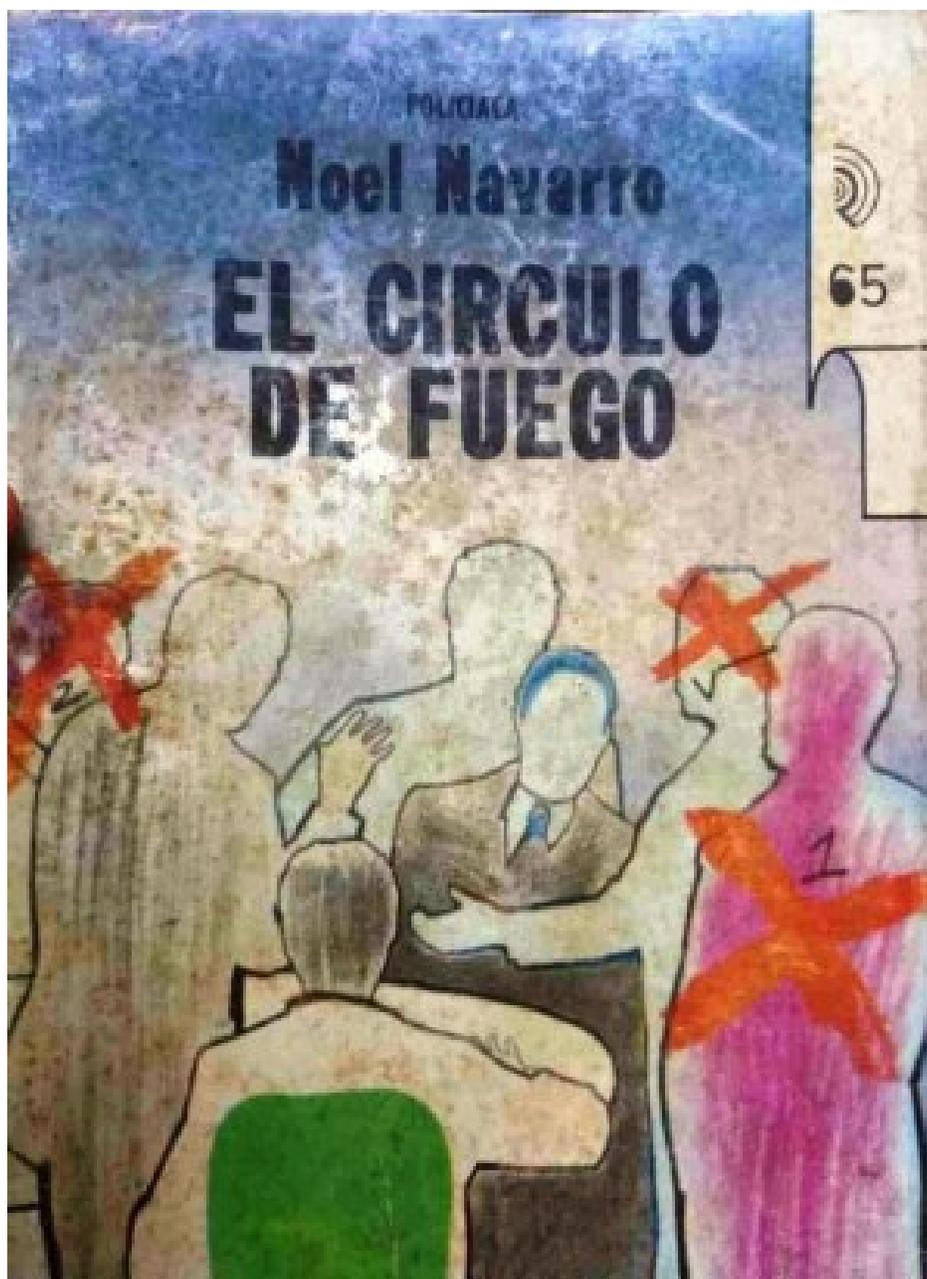


Con **No es tiempo de ceremonias**, su joven autor se incorporó al creciente número de escritores cubanos del género. Se trata de una novela en que el héroe no es aquel que, con un golpe genial, soluciona el enigma, tan frecuente en este tipo de literatura. Con fantasía legítima y buena dosis de imaginación, la trama agarra al lector por sus peripecias: los investigadores, apoyados en el pueblo —gran personaje— resuelven al fin la serie de incógnitos que conducen al culpable. Con la presente novela, su joven autor se incorporó al creciente número de escritores cubanos del género.



Preludio para un asesinato se desarrolla en La Habana, en los primeros años de la década del 60. El asesinato de Dalton Cutter —un extranjero dedicado a los negocios en nuestra capital— hace recaer sospechas sobre los miembros de dos «respetables» familias burguesas con las que mantenía estrechos vínculos. Los agentes encargados de la investigación del caso tienen ante sí un abanico de posibles culpables del crimen, dadas las características personales de Cutter, quien, aparte de sus múltiples actividades mercantiles, vivía inmerso en complicados trajines donjuanescos. El autor a través de un acertado empleo del suspense, logra una novela que contará con la favorable acogida de los lectores.

***TÍTULO POR
DIGITALIZAR***



En la capital de un país subdesarrollado se celebra una conferencia internacional en la que se debaten problemas candentes de la actualidad mundial. Un grupo de diez hombres decide tomar de rehenes a varias de las personalidades asistentes, para exigir, en cambio, una fortísima suma de dinero. Cuando parece que todo marcha bien, irrumpe, dentro y fuera del marco del secuestro, una mano asesina que pone en jaque a las autoridades locales y concentra en aquella ciudad la atención mundial. En medio de esa atmósfera de violencia aparece el detective Neftalí Carrasco, activo y minucioso, para darle, al fin, solución a la tragedia que allí se desarrolla.